

SUSANA ORO

*Je amaré
toda
la vida*



TE AMARÉ TODA LA VIDA

Susana Oro

Te amaré toda la vida

Susana Oro

Córdoba - Argentina

Año 2018

1ª edición: Septiembre de 2018

Registro Obra: Safe Creative Código N° 1809268535571

Imagen portada: Pixabay

© Susana Oro

©Todos los derechos reservados.

La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o

situaciones reales es pura coincidencia

.

*Para mi querida amiga Claudia Etcheverry,
Todavía recuerdo tu emoción cuando la leíste
Gracias. Esta historia está dedicada a vos.*

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

BIOGRAFÍA

SINOPSIS

Cuando Sami Ferguson se enamoró era demasiado joven. A pesar de su corta edad ella estaba segura que sería para toda la vida. Lo que no se imaginó fue lo doloroso e injusto que podía ser el amor, ni las dificultades que tendría que soportar porque los dos eran de clases sociales diferentes. Sami era la hija de Rosi, la empleada doméstica de la familia Arias, y Magda Arias no iba a permitir que su hijo Álvaro perdiera la cabeza y el brillante futuro que tenía por delante por culpa de sus ridículos sentimientos por la hija de su sirvienta.

Álvaro Arias se enamoró de Sami cuando ella era demasiado ingenua e inocente. Él sabía que tendría que esperar que ella creciera para concretar ese amor que les llegó demasiado pronto.

Cinco años después los dos se reencuentran, y Álvaro está convencido que ese es su momento con Sami. Pero nada salió como él se lo había imaginado.

Odios, culpas, resentimientos del pasado y celos serán los obstáculos que se interpondrán en la vida de los dos.

¿Podrán Sami y Álvaro sortear tantos escollos, olvidar las culpas y perdonar los errores? ¿Podrá el amor superar tantas pruebas?

CAPÍTULO 1

El autobús tenía el aire acondicionado al máximo. Sami Ferguson se estremeció mientras recorría el estrecho pasillo buscando el número de su butaca. La gente ya estaba en sus asientos, solo uno estaba vacío y supuso que sería el suyo. Observó que la miraban y eso la hizo sentir incomoda, pero igual se descolgó la mochila que llevaba en la espalda para sacar un suéter, porque no pensaba morirse de frío las tres horas que duraba el viaje hasta el pueblo Los Sauces, lugar donde la esperaba su madre.

El vaquero ajustado y la remera de licra, que se amoldaba a su delgado cuerpo, debían ser el motivo de tantas miradas lascivas. Se le enrojecieron las mejillas de vergüenza y le pareció que el hombre, que estaba sentado justo al lado de la que debía ser su butaca, sonreía con descaro. Supuso que la miraba, pero como tenía unos lentes de cristales oscuros no podía asegurarlo, aunque su rostro parecía recorrer cada centímetro de su cuerpo. Maldito desvergonzado, pensó Sami, pero no le prestó más atención que a una molesta mosca de verano.

Había sacado el pasaje con una semana de anticipación para conseguir el asiento del lado de la ventanilla, y menos mal que ese caradura no se lo había ocupado. Se paró junto a él esperando que se levantara para dejarla pasar, pero él ni se movió y siguió mirándola tras sus gafas de cristal negro.

–Me da permiso –dijo Sami, su voz era apenas un susurro tímido.

–Adelante –dijo, se levantó, y aprovechando que estaba oculto con sus

lentes de sol hizo un detallado recorrido visual por su cuerpo. Qué linda estaba, pensó, y se sentó nuevamente cuando ella se instaló en su butaca.

En la plataforma, una mujer de aspecto de solterona recorría las ventanillas del autobús buscando a su sobrina. Daba saltos e intentaba acercar el rostro de facciones toscas al vidrio de la ventanilla para ver si Sami ya había encontrado el asiento que le correspondía.

Sami tenía diecisiete años y vivía con su tía Julia desde que tenía doce. Julia era la hermana de su madre Rosi. Las dos mujeres eran como el agua y el aceite. Julia era la típica solterona con vestidos anchos de colores oscuros, el cabello entrecano siempre recogido en un rodete alto, y el rostro demacrado que dejaba ver la amargura de los años mal vividos. En cambio, Rosi Ferguson, a sus cuarenta y tres años seguía teniendo una belleza impactante y el mismo carácter agradable de siempre. Rosi tenía los ojos verdes y el cabello castaño con ondas grandes que le caía sobre los hombros, un cuerpo armonioso y un andar sexy y elegante. Todavía los hombres del pueblo se giraban para mirar a su madre, pensó Sami y sonrió.

A veces Sami se sentía culpable, porque su madre podría haber sido una modelo famosa, pero dejó de lado sus sueños cuando quedó embarazada de ella y tuvo que aceptar el trabajo de empleada doméstica que le ofreció su amiga Magda Arias.

Un golpe en el vidrio del autobús apartó a Sami de sus pensamientos. Se giró en el asiento y comenzó a reír meneando la cabeza. La tía Julia saltaba como loca en la plataforma y gritaba con voz de pito.

–No te olvides de llamarme por teléfono para avisarme que llegaste bien. Y dile a tu madre que no te compre tanta ropa, que mejor reserve ese dinero para casos de necesidad–gritó entre salto y salto.

Sami la miró horrorizada y le asintió con la cabeza. Hubiera querido decirle a su compañero de asiento que no sabía de dónde había salido esa

loca, pero se contuvo porque ya lo había visto de reojo conteniendo las risas. Además, cuando subió al autobús, estaba segura de que él le había hecho un largo recorrido por todo el cuerpo, por eso decidió que lo mejor era mantener la distancia con ese hombre tan descarado.

El autobús comenzó a retroceder por la plataforma. Sami suspiró aliviada, “solo un minuto más de la tía Julia despidiéndose como si no volviera a verme nunca más”, pensó, y la saludó con la mano disimuladamente.

–¿Te vas por mucho tiempo? –preguntó curioso su compañero de asiento.

Sami se giró para mirarlo y se quedó sorprendida. Él se había sacado los lentes de sol y tenía el rostro tallado a hachazos. De rasgos duros, firmes y fríos como una estatua de granito, aunque unas ondas castañas se deslizaban sobre su frente atenuando la dureza. Sami observó su mirada gris como el acero, una mirada intensa y segura, capaz de convertir en agua a cualquier mujer que se quedara observándolo.

Esos ojos eran idénticos a los de Álvaro Arias, el chico que ella había amado de la juventud... el que seguía amando. Sami estaba casi segura que si se lo cruzaba en la calle, no lo reconocería.

¿Qué habría sido de su vida?, se preguntó Sami. Apartó a un lado sus recuerdos y siguió su recorrido por el cuerpo de la escultura de granito que estaba sentado a su lado. Tenía los hombros anchos, los músculos marcados bajo la remera apretada, y las piernas largas, se dijo al ver que la rodilla rozaba la butaca delantera. Él la miraba como un desfachatado al que nada le importaba en el mundo más que sus propios deseos, que por lo que Sami suponía, no eran otros que entretenerse poniéndola incómoda a ella.

–Solo por un mes –logró responder Sami cuando salió del aturdimiento.

Él apretó los labios, pero Sami percibió que estaba haciendo un pésimo intento por contener la risa, se notaba por el movimiento de los hombros.

Sami lo miró indignada. Sus ojos azules sacaban chispas que anunciaban un estallido de furia. ¿Qué se creía ese desconocido para reírse de la tía Julia y de ella? Después de haberle hecho entender con la mirada que se ocupara de sus asuntos, se giró en su asiento y se puso a mirar por la ventanilla. Si algo no le gustaba de los viajes largos en autobús era tener que conversar con un desconocido poco agradable durante todas las horas que durara el viaje, por eso sacaba su pasaje del lado de la ventanilla con una semana de anticipación.

–Lo siento. Es la primera vez que viajo al pueblo en autobús y me resultó graciosa la despedida de tu madre –comentó, sin apartar sus ojos grises, como el hielo del Ártico, de los soñadores de Sami.

Sami asintió con la cabeza, sin aclararle que la ridícula que la saludaba no era su madre, después de todo a ese desconocido poco podían importarle sus relaciones familiares. Se volvió nuevamente hacia la ventanilla para darle a entender con su actitud que no tenía interés de entablar conversación.

–¿Podríamos empezar de nuevo? Me llamo Álvaro –extendió la mano en un gesto amistoso.

¡Álvaro!, ¡oh, no!, pensó Sami, se le tensó todo el cuerpo al escuchar su nombre, pero intentó disimular su nerviosismo.

¿Sería su Álvaro? ¿Sería el hijo de Magda Arias, la patrona de su madre? ¡Claro que debe ser él!, gritó su mente aunque todavía tenía ciertas dudas. ¡Madre mía! ¡Si era él, lo tenía sentado al lado!

Su Álvaro había sido el primer amor, el de la infancia, el amor tierno de los doce años, el que le tomaba la mano y apenas le rozaba los labios. Él

había sido el primero, y quizá el único, porque nunca había podido olvidarlo.

¿En ese hombre se había convertido su Álvaro?, se preguntó desconcertada porque nunca se lo había podido imaginar hecho un hombre. Bueno, tampoco tenía la certeza de que fuera él, pero había demasiados puntos en común para que el hombre que tenía al lado no fuera su Álvaro.

Desde hacía varias semanas Sami solo pensaba en él, a pesar de que sabía que no estaría en el pueblo, pero igual no perdía la esperanza de imaginar cómo sería el reencuentro entre ellos si se volvían a ver después de tantos años, cinco más precisamente. Y ahora, quizá lo tenía sentado junto a ella en el autobús y ninguno de los dos se había reconocido. Bueno, ella sí que lo había relacionado con su amor al ver sus ojos grises, y casi se desmaya cuando él le dijo su nombre. Pero si él era su Álvaro... ya no se acordaba de ella, pensó, y sintió que se le anudaba la garganta.

¿Cuántos años de su vida había compartido con Álvaro? Toda la infancia, porque Rosi y ella vivían en la casita de caseros que tenía Magda Arias en un rincón apartado del gran parque. Y Magda Arias era la madre de Álvaro.

En la adolescencia Magda y Rosi habían sido grandes amigas, pero ahora la amistad se había esfumado y entre ellas solo había una relación de empleada doméstica y patrona. Cuando Rosi quedó embarazada y sin posibilidades de continuar con su profesión de modelo, tuvo que aceptar el trabajo que le ofreció Magda. Era un trabajo estable, con un lugar donde vivir, un sueldo generoso y la posibilidad de tener con ella a su hija Sami.

La infancia de Sami fue hermosa, ¡qué más podía pedir! Estaba al lado de su madre y era la mejor amiga de Álvaro. Ella y Álvaro habían dibujado juntos, solían tomar la merienda mirando los dibujitos, se habían bañado miles de veces en el arroyo y corrido de la mano por el campo, incluso se habían trezado en luchas cuerpo a cuerpo.

Pero un día habían dejado de ser niños, y con un simple roce descubrieron que todo había cambiado. Sami sintió que la tierra temblaba bajo sus pies cuando él le tomó la mano para correr por los campos, y cuando la abrazó cariñosamente creyó que se iba a desmayar con ese contacto que tantas veces habían compartido pero ese día lo sintió muy distinto a los anteriores. Cuando Álvaro la sintió temblar bajo su cuerpo, se atrevió a rozarle los labios en un beso inocente que les hizo comprender que para él también todo había cambiado.

– Esto es un piquito de pájaros –le había dicho Álvaro–. Eres demasiado joven para algo más. Cuando crezcas te prometo que te lo voy a enseñar todo.

Piquito de pájaro o no, a Sami le había quedado todo el cuerpo electrificado ¿Qué más podía haber?, si con ese roce inocente en los labios sentía que flotaba sobre nubes de algodón hacia el paraíso, había pensado por aquella época. Además, nunca se había sentido tan mundana y experimentada, puesto que solo tenía doce años y había sido besada por el chico más guapo del pueblo, el que todas querían y solo ella tenía. Una gata ingenua conquistando al mejor gato arrabalero del vecindario, se decía entre risas nerviosas cuando estaba sola en su cuarto.

Lamentablemente, no pudo probar esos besos más intensos, porque Magda los descubrió tomados de la mano y le dijo a Rosi: “O se va Sami a vivir con tu hermana o las pongo a las dos de patitas en la calle”.

Su madre, cuando le anunció su decisión de mandarla a vivir con la tía Julia, se había esmerado en describir lo fantástica que sería su nueva vida y en el abanico de posibilidades que tendría en la ciudad.

¡Qué le importaban los edificios de veinte pisos, las calles pavimentadas, los centros comerciales, los cines y los teatros!, si en el pueblo estaban las dos personas que Sami más amaba. Ni siquiera le interesaron las

bibliotecas llenas de libros con las que Rosi intentaba tentarla. Sami sabía que todo ese discurso de su madre era una mentira, una gran mentira, ya que ella había escuchado tras la puerta de la cocina como Magda tomaba la decisión de alejarla de la casa. También había escuchado como su madre había suplicado entre lágrimas que no la separara de su hija. Pero Magda era una mujer inmune al sufrimiento ajeno, sobre todo si ese sufrimiento era de Rosi.

–¡No me voy a ir! ¡No me vas a echar! –Sami había maldecido, pataleado y gritado que no pensaba irse del pueblo, pero a la semana estaba con sus valijas en la terminal abrazada a su madre y envuelta en un mar de lágrimas. Rosi, conteniendo su angustia, le había acariciado el cabello y le había prometido una y otra vez que viajaría en sus días libres para estar con ella.

–Vamos a ir a comprar ropa a las tiendas, a almorzar juntas...vamos a hacer lo que tú quieras. Cariño, no llores, las dos nos vamos a acostumbrar – le había dicho Rosi con voz temblorosa, pero conteniendo las lágrimas–. Solo faltan tres días para mi día libre.

–No me importa. No quiero que vayas a verme –el resentimiento de Sami solo hacía más dolorosa la despedida. Pero Rosi sabía que su hija no era más que una niña desesperada por la separación. Ella no podía renunciar a un trabajo tan bien remunerado. La buena vida y los estudios de su hija dependían de sus sacrificios, y ella estaba dispuesta a hacerlos hasta que Sami lograra sus metas.

Desde los diez años su hija escribía cuentos. Era una niña emotiva que sabía reflejar los sentimientos en sus letras, y Rosi quería que Sami lograra su sueño de ser escritora. También sabía que nunca lo lograría al lado de Magda. En esa casa Sami solo iba a conocer lo que era la humillación y el desprecio. Por eso después de haber llorado durante varias noches por perder a su hija, pudo comprender que alejarla de allí era lo mejor para su hija.

Sami tuvo que irse cargando en su espalda el dolor por la pérdida de un amor que ni siquiera había comenzado a ser. Nada de lo que le dijeran podía quitarle la tristeza de verse separada de las dos personas que más quería en el mundo, su madre y Álvaro.

No se embelesó con los edificios de la ciudad que describía Rosi, ni con los cines o los centros comerciales, ni siquiera encontró alivio en el listado de bibliotecas que le había entregado Rosi. Nada le quitó la amargura. Sabía que vería a su madre, pero también sabía que nunca más vería a Álvaro Arias. Al final, ella misma trató de convencerse de que con el tiempo, quizás con el tiempo, podría olvidar a su primer amor.

–Veo que no aceptas mis disculpas. Y no te interesa que nos presentemos –dijo Álvaro, se incorporó en su asiento y ocupó parte del de Sami para sacarla de sus pensamientos.

–Perdón –contestó Sami algo distraída, y regresó al presente. Se giró y vio que tenía a Álvaro casi encima de su cuerpo–. ¡Eh! ¡Vuelve a tu asiento! He sacado mi pasaje con una semana de anticipación, y no te lo pienso ceder –contestó Sami, lo tomó por los hombros y de un empujón lo volvió a su lugar.

Álvaro se acomodó en su asiento y le sonrió con picardía. Sami se quedó observándolo embobada por unos momentos, pero con una sacudida de cabeza volvió a la realidad y se giró de nuevo hacia la ventanilla.

–No sabía que era tan divertido viajar en autobús. Casi me alquilo un coche cuando se me descompuso el mío –aclaró Álvaro.

–¡Engreído! Si hubiera sabido que iba a tener un viaje de perros me habría ido caminando hasta el pueblo, porque yo no podría alquilar un automóvil. Me tendría que gastar una semana entera del salario de mi madre –le dirigió una mirada de desprecio con la intención de que se quedara callado el resto del viaje.

Pero Álvaro no se acobardó.

–Voy a Los Sauces, ¿y tú? –dijo con una tierna sonrisa. Quería que se relajara. Desde que se había sentado a su lado, se sintió perdido por ella. Le encantó el rubor que tenía en el rostro cuando la mujer que la despedía, gritaba y saltaba tratando de asomarse a la ventana. Le gustó la sonrisa tímida que puso cuando asintió con la cabeza, y el suspiro de alivio que se le escapó cuando vio que el autobús se alejaba. Y cuando él se rio de su situación, se quedó fascinado con esos ojos azules tan bellos, llenos de indignación. Estaba encandilado por ella, y la habría tomado de la nuca para robarle un beso que la dejarían derretida en el piso. Pero se contuvo, porque estaba seguro de que ella le habría dado vuelta la cara de una cachetada.

–¡Ajá! –fue todo lo que le dijo sin despegar la frente del vidrio, que se le estaba congelando por culpa del aire acondicionado, pero no quería acercarse demasiado a él, por lo que siguió soportando el frío en la cara.

–¿Ajá sí, o ajá no? –preguntó Álvaro con tono burlón. Deseaba que le dijera “ajá sí”, aunque él ya sabía que los dos iban al mismo sitio.

–Sí –contestó sin mirarlo, pues no quería hablar mucho con él porque le estaba empezando a cosquillear todo el cuerpo de solo pensar que fuera su Álvaro. ¿Qué hacía él en ese autobús? Se suponía que su madre había conseguido permiso para que pasara las vacaciones con ella porque Magda iba a estar sola en la casa. Se suponía que ella nunca podía ir a ver a su madre si Álvaro estaba en la casa. La guerra que se iba a armar si él era su Álvaro y los dos coincidían en la misma casa, pensó Sami.

–Qué tal si tomamos un helado esta noche –sugirió Álvaro.

–No, gracias.

–¿Has alquilado una casa o tienes algún pariente? –le estaba costando demasiado entablar una conversación. Normalmente las mujeres lo buscaban a él, pero con ella se le hacía bastante difícil.

–¡Por Dios! Mi madre no podría alquilarme ni por dos días una casa – dijo gesticulando con las manos, como si fuera obvio que una empleada doméstica no se podía dar esos lujos.

–¡Vaya, vaya! Hemos vuelto a la oración –comentó Álvaro despatarrándose como pudo en el poco espacio que tenía para estirarse, y cruzó las manos detrás de la nuca.

Ese gesto la hizo reaccionar, y se giró curiosa a mirarlo. Él le arqueó las cejas y le hizo una mueca divertida con la boca.

–¿Qué has querido decir?

–La verdad, señorita remilgada, es que desde que te he preguntado adónde vas, has hablado con monosílabos y creí que, o eras muy tímida, cosa que no parece, o eras muy antipática.

–Sucede, señor arrogante, que he sacado mi pasaje con una semana de anticipación con la intención de conseguir el lado de la ventanilla para poder concentrarme en mi trabajo.

–¡Trabajas! Quién lo diría. Pensaba que eras un pollito recién salido del cascarón. ¿Se puede saber en qué trabajas? –preguntó con curiosidad, no la miraba y mantenía su postura de macho relajado con los brazos detrás de la nuca.

Sami se había vuelto hacia él, por momentos perdía el hilo de la conversación y se concentraba solo en mirarlo, analizarlo y descubrir en ese hombre a su Álvaro. Porque ella estaba casi convencida que era él. Lo que la ponía furiosa era que Álvaro no la había reconocido. En cinco años se había olvidado de ella. Cierto que los dos estaban muy cambiados. Pero los gestos, las expresiones, las miradas, no desaparecían con el crecimiento.

–Por ahora no es un trabajo. Solo es un sueño. –inclinó la cabeza hacia el hombro izquierdo y puso aquella cara de ángel que tenía cada vez que soñaba despierta–. Escribo ficción –sus cuentos y su primera novela incluían

situaciones sociales que ocurrían en su país, ahora estaba estudiando el éxodo de la gente de sus pueblos natales para conquistar la gran ciudad. Además, en todos sus escritos había una historia de amor porque ella en el fondo era una romántica.

Álvaro se repantigó en el asiento y la miró sorprendido.

–Si logras expresar en palabras la cantidad de gestos que he visto hoy en tu cara, te aseguro que vas a ganar mucho dinero.

Sami sonrió y se acomodó en su butaca. Las palabras de Álvaro la llevaron al mundo de ensueños que solía visitar con mucha frecuencia.

–Rubor en las mejillas, vergüenza, timidez, ira y una exquisita dulzura –recitó Álvaro sus expresiones, la miró con una sonrisa, y se volvió a estirar en su asiento esperando que fuera ella la que hablara esta vez.

Sami no le contestó, cerró los ojos y sonrió al recordar las últimas palabras de Álvaro. “Rubor, vergüenza, timidez, ira y dulzura”. ¿Cómo había logrado descifrar cada una de sus reacciones?, puesto que todo eso había sentido ella desde que se sentó en el tercer asiento del lado de la ventanilla.

–Si necesitas ayuda con tus novelas, podría presentarte a mi madre. Es escritora, sabes. Para mi gusto no es buena, pero vende y creo que gana bastante dinero. Supongo que a algunos les debe gustar lo que hace. Se llama Magda Arias.

¡Era él! Ya no había dudas, Magda Arias era escritora de novelas desde que ella recordaba, aunque eso de que ganaba mucho dinero era una mentira, ella lo sabía, pero apartó de sus pensamientos a Magda porque lo más importante que acababa de descubrir era que a su lado estaba sentado ¡su Álvaro!

¡Es mi Álvaro!, se dijo, ¿Qué hago? ¿Qué le digo?, se preguntó llena de ansiedad. *Hola Álvaro, te acuerdas de mí, soy Sami, la hija de la sirvienta de tu madre.* No, esa forma de hablar de su madre era muy injusta. *Hola*

cariño, recuerdas cuando tu madre me echó porque me tomaste de la mano, No, eso tampoco era bueno. ¿Cómo ha ido tu vida después de cinco años sin vernos?, tampoco sirve.

Al diablo contigo Álvaro. Ya te enterarás de quien soy cuando me veas en la casa de tu madre, puesto que ni siquiera me has conocido, pensó llena de indignación.

–Gracias, pero no me interesa –contestó a su ofrecimiento sin mirarlo, como si se dirigiera a un desconocido que se entrometía en sus asuntos–. ¿A qué vienes al pueblo?

–Es un pedido especial de mi madre al que no me pude negar. Llegan visitas a la casa, y mi madre cree que mi deber es atender y pasear a la hija del socio de mi padre. Como verás, me esperan unas vacaciones espantosas.

–¿Es una latosa, una vieja o una engreída? –preguntó Sami, y se incorporó a mirarlo con curiosidad.

Álvaro se sacudió en el asiento por la risa.

–No, es muy mona. Pero mi corazón ya tiene dueña –se incorporó en la butaca y analizó su expresión.

–Pues, deberías haber traído a la dueña de tu corazón para que esa chica no se haga ilusiones contigo –contestó Sami, giró hacia la ventanilla para que él no viera su tristeza. Álvaro se volvió a recostar en la butaca.

–La traigo –contestó sin mirarla.

–La pobre debe venir asfixiada dentro de tu maleta, porque desde que has subido no has dejado de molestarme.

–Creí que te estaba entreteniéndome.

–Yo diría que me has fastidiado unas cuantas horas de trabajo –dijo Sami. Ella había querido utilizar las horas del viaje para pensar en su próxima novela, pero al encontrar a Álvaro en el autobús se le bloqueó la mente creativa y la racional. Y ahora lo único que tenía eran cosquilleos en el

estómago y temblores en todo el cuerpo. También tenía bronca y tristeza, porque él ni siquiera sabía quién era ella.

Ante esa respuesta Álvaro permaneció recostado y con los ojos cerrados durante el resto del viaje. Sami se removía incómoda en su asiento, mirando de a ratos por la ventanilla, y de a ratos observa como dormía o simulaba dormir. ¿Se habría ofendido realmente con sus hostilidades? Ella era como su madre, siempre gentil, cortés y solidaria, pero con él se había comportado como una ordinaria.

Cinco años habían pasado desde la última vez que lo vio. Cinco años tratando de recordar su rostro, que con el paso del tiempo se iba borrando de su mente. ¡Cuántas veces había cerrado los ojos para tratar de verlo en su imaginación! A veces, aparecía ese chico delgado y algo desgarbado de diecisiete años con esos ojos grises de mirada tierna, y en otras, ella trataba de imaginarlo cómo sería ahora. La verdad que el hombre de veintitrés años que tenía a su lado era más impresionante del que ella había imaginado.

Verlo dormido a su lado le producía un escalofrío en todo el cuerpo. Y en varias ocasiones ella se removió en su asiento para disimular lo que estaba sintiendo desde que descubrió que era Álvaro Arias.

Álvaro no dormía, solo había cerrado los ojos para percibir sus reacciones. Por lo que podía sentir, ella estaba realmente nerviosa con su presencia, ya que no dejaba de moverse en su butaca. Por momentos, parecía girarse a la ventanilla, pero pasado un minuto, percibía que otra vez lo estaba mirando. Una sensación de bienestar le recorrió el cuerpo. Esa cosita preciosa se había puesto nerviosa con su presencia, pensó satisfecho.

Una fuerte sacudida en los hombros lo sacó de sus pensamientos.

—¡Hey, hemos llegado! Podrías mover tu trasero que no me dejas bajar—dijo Sami enojada. Tanta insistencia en hablar con ella, y en los últimos tramos del viaje la había ignorado. Lo que más le molestaba era que ni se

había dado cuenta que ella era Sami. La Sami que había dicho querer, la Sami que había prometido esperar, la Sami que había prometido no olvidar.

–Álvaro.

–¿Cómo?

–Mi nombre es Álvaro Ar...

–Está bien, no hace falta que me digas tu apellido. No me interesa. En realidad has sido una molestia para mí en este viaje –lo interrumpió furiosa.

Álvaro la miró sorprendido, y le dedicó su más encantadora sonrisa. Después los dos descendieron del autobús.

–¿Quieres que te acerque a algún lado? –preguntó mientras recogía su equipaje.

–No gracias. Mi pariente no va a tardar en llegar.

Él se encogió de hombros, y comenzó a avanzar con sus dos maletas hasta el estacionamiento de taxis.

–Como quieras –dijo Álvaro, cargó el equipaje en el taxi y vio que ella se alejaba por la calle del centro rumbo a la casa. Sonrió al pensar lo cansada que iba a llegar después de caminar diez cuadras en subida con dos maletas cargadas con sus pertenencias.

Álvaro pagó el taxi, descargó las maletas y se quedó de pie contemplando la casa. Sonrió cuando vio que Rosi venía corriendo en busca de su pichona. Al no verla, ella frunció el entrecejo.

–¿Dónde está Sami?

–Se quedó en la terminal –dijo Álvaro, sin darle importancia.

–No puedo creer que la hayas dejado allá –dijo Rosi, enojada.

–Se lo merecía.

–Son diez cuadras en subida y cargando una maleta pesada –dijo Rosi preocupada de que su niña tuviera que hacer tanto sacrificio.

–Dos maletas, Rosi. –curvó los labios en un gesto de burla.

Rosi negó con la cabeza, como si no pudiera creer su actitud.

–Me conoció al rato de haberle dicho mi nombre. ¿Y sabes lo que hizo tu pichoncita? ¡No, claro que no lo sabes! Te lo voy a contar en pocas palabras. Primero, no quiso decirme su nombre. Segundo, me dejó caer en el error de que Julia era su madre. Después me dijo que venía a la casa de un pariente, Y por último, cuando me ofrecí a acercarla me contestó, “no gracias”. ¿Qué habrías hecho tú? cargarla al hombro y meterla por la fuerza en el taxi.

Rosi sonrió pensando en todas las escenas del autobús, y se imaginó a los dos engañándose mutuamente. ¿Quién había engañado a quien? Pensó.

–También la engañaste –dijo Rosi, y sonrió.

–No...No, claro que no. Hasta le di el nombre completo de mi madre.

–No le dijiste que sabías quién era, la dejaste pensando que tú ni siquiera te acordabas de ella.

Álvaro la miró unos momentos, y sonrió.

–Tienes razón. Quizá deberías prepararle un buen baño y una succulenta cena. Va a llegar enojada, cansada y sudada.

–Deberías ir a buscarla –sugirió Rosi casi suplicando. Detestaba ver a su hija sufrir. Sabía que Sami no iba a tomar un taxi si había reconocido a Álvaro. Conocía tan bien a su hija, que ya se la imaginaba entrando a la casa saltando alambrados para demorar su encuentro con Álvaro.

–No, esta noche voy a ir a verla –levantó las maletas del piso, y caminó despacio hasta la casa.

CAPÍTULO 2

El pueblo estaba muy cambiado después de cinco años. Los grandes almacenes de Alberto, la tienda de regalos Chicha y el mercadito del padre de Jimmy seguían en el mismo sitio. Pero el quiosco Los Sauces ahora era una tienda de ropa interior, y el vivero Hojas Verdes, se había convertido en un enorme bar todo vidriado y con un hermoso parque al costado, lleno de palmeras y bananeros.

Mirando a lo lejos, se veía que el centro se había extendido varias cuadras más, y todas las tiendas estaban pintadas de colores intensos con toldos de lona del mismo tono. Era muy pintoresco y daban ganas de quedarse para siempre.

Sami había logrado arrastrar sus maletas hasta la plaza, que quedaba a dos cuadras de la terminal. No se imaginaba como iba a llegar a la casa con semejante peso. Por eso había decidido sentarse en un banco a esperar que pasara algún conocido que se ofreciera a llevarle los bolsos, así ella podría ir caminando y entrar en la casa cruzando los alambrados de las propiedades vecinas.

No quería que Álvaro la viera entrar por la tranquera, desde donde se veía completa la casa principal. Ya se enfrentaría con él después de algunos días. Ahora lo único que quería era estar sola y pensar. Él no la había reconocido y eso le dolía en el alma. Pero lo que más dolor le causaba era saber que él ya había entregado su corazón a una mujer. Tantos años esperándolo, imaginándose toda una vida al lado de Álvaro. Incluso había

soñado que ella y Álvaro caminaban de la mano por el pueblo, con un hermoso niño de tres años subido a sus hombros y una regordeta niñita de meses en sus brazos. Cierto que Sami siempre vivía soñando. Pero cuando una no tiene demasiado, los sueños alimentan el corazón.

La tía Julia, que era una mujer práctica, le decía: “Ya estás soñando otra vez, vuelve a la realidad y vete a hacer los mandados”, y ella despertaba de sus fantasías, pero por poco tiempo porque ni la tía Julia ni Rosi podían estar controlando día y noche lo que rondaba por su cabeza. Su más ambicioso sueño era que sus sueños se hicieran realidad.

–Tonta, idiota. La vida no es un sueño. Tú no eres Alicia –se dijo en voz alta.

Una camioneta Ford destartada y ruidosa paró en la plaza cerca del banco donde descansaba Sami.

–¿Sami Ferguson? –preguntó una voz ronca, mitad de hombre y mitad de adolescente. Un chico flaco, alto y algo desgarrado bajó de un salto y corrió hacia donde estaba Sami.

–¿Jimmy Marton? ¿Eres tú, Jimmy? –preguntó Sami, y se levantó apresurada del banco para correr hacia él.

–Ajá –contestó el joven que se paró a observarla-. ¡Por Dios Sami, qué hermosa estás!

–¡Cómo has crecido, Jimmy! Recuerdo que cuando me fui eras más bajito que yo, y ahora me sacas una cabeza –dijo Sami, que se le colgó del cuello para saludarlo-. Cuéntame que has hecho, cuéntame que ha sido de la vida de todos nuestros amigos. ¿Se han acordado de mí?

–Nadie ha olvidado a Sami Ferguson. Mi padre dice que tú eres inolvidable, como lo fue siempre tu madre.

Sami sonrió tiernamente por el comentario.

Estuvieron más de media hora contándose cómo habían seguido sus

vidas después de cinco años sin verse. Sami le contó que había pertenecido al equipo de vóleibol de su escuela y que escribía cuentos en sus ratos libres. Y Jimmy, que jugaba al fútbol para el club de Los Sauces. La invitó a ver un partido de la liga que se jugaba el domingo, y le prometió contactarse con su grupo de amigos para organizar una fiesta de bienvenida. Era un grupo grande, que siempre se reunía en la plaza los fines de semana. Ella y Álvaro no faltaban nunca, y muchas veces compartían almuerzos en el campo, cabalgatas o caminatas por las montañas. La vida en ese pueblo ocupaba uno de los mejores recuerdos de su vida.

–¿Jimmy, podrías llevar mis maletas a casa?, y si ves a mi madre dile que voy a demorar una hora en llegar –por fin había aparecido su salvador, pensó Sami. Ella y Jimmy habían sido muy amigos en su infancia, y Jimmy solía aclararle que si alguna vez Álvaro la dejaba por otra chica él estaría más que dispuesto a reemplazarlo. Todas sus insinuaciones eran a modo de chiste, pero Sami sabía que en el fondo sus palabras venían del corazón.

–Por supuesto que puedo. Recuerdas que todos los días te llevaba los útiles cuando salíamos de la escuela, para que no tuvieras que cargar la mochila hasta tu casa.

–Y tú llegabas doblado por la mitad con las dos mochilas al hombro –rio al recordar. Era flaquito y menudito en esa época y a veces llegaba sin aire a la casa por ayudarla con los libros–. Al menos ahora tienes una camioneta.

–Hago el reparto del mercadito de mi padre. Me paga bien y voy a disponer de buen dinero en el verano –comentó mientras cargaba las maletas de Sami en la parte trasera de la camioneta–. ¿Quieres que te lleve? –insistió Jimmy.

–Prefiero caminar. Hace cinco años que no recorro estas calles.

Las calles seguían siendo de tierra y estaban bastante descuidadas. Cada vez que llovía se formaban ríos que cruzaban de un lado a otro y hacían

difícil el tránsito de los coches más pequeños. La mayoría en el pueblo se desplazaba en camionetas para no quedar varados en los caminos. Los operarios con los camiones cargados de tierra siempre pasaban a rellenar los baches, pero con tantas lluvias seguidas no les alcanzaba el día para mejorar los caminos.

Sami caminó despacio por la acera, deleitándose con el trinar de los pájaros y el suave susurro de las hojas de los árboles movidas por el viento. El calor le estaba humedeciendo el cabello y pegando los pantalones a la piernas. Necesitaba un baño urgente y cambiarse esas ropas apretadas por un fresco pantalón corto y una remera suelta.

Apuró el paso porque Rosi ya se estaría preocupando por su demora. Cuando estaba a media cuadra de la casa cruzó los cercos de setos de la señora Rita, una dulce anciana que siempre le regalaba caramelos. Después atravesó la majestuosa casa de don Alberto, el viudo de cincuenta y tantos años que cortejaba a su madre desde hacía más de diez años, y por fin llegó al alambre perimetral que separaba la casa del viudo con la mansión de Magda Arias. Cruzando por los fondos desembocaba justo cerca de la casita de casero donde vivía Rosi. Era una chalecito de tejas rojas, que estaba rodeado de árboles en el rincón más alejado del parque de los Arias.

Pisó con las Nike uno de los alambres y levantó con la mano otro, para así poder adentrarse en el parque de Magda. Era difícil que Álvaro la viera entrando por los costados de la casa. Igual pensaba tomar la precaución de ir avanzando lentamente, escondiéndose entre los troncos de los árboles por si a él se le había ocurrido dar una caminata.

Se ocultó tras el primer árbol, miró para todos lados y no vio nada. Corrió hasta un ombú de raíces retorcidas y alguien la tomó de la cintura. Un grito se escapó de su garganta, e intentando liberarse comenzó a patalear y a tratar de asestar alguna trompada, pero estaba en desventaja porque tenía al

agresor a sus espaldas.

–Por fin has llegado –susurró alguien en su oído, le dio un ruidoso beso en el cuello y con un hábil movimiento de sus manos la giró en el aire hasta dejarla frente a él–. ¿Cómo fue tu caminata, princesa?

–Suéltame –dijo Sami, y le golpeó el pecho con los puños cerrados–. Mentiroso, arrogante.

–¿Por qué no dijiste que me conocías en el autobús? –preguntó Álvaro, apretándola más a su cuerpo.

–Porque tú no me conociste. Porque después de cinco años sin verme, no supiste que era yo. Ahora te has enterado por mi madre, pero estuviste horas sentado a mi lado y no supiste quién era –contestó Sami, que seguía forcejeando con él para liberarse de su apretón. Todo su cuerpo temblaba de emoción y de ira.

–Crees que no lo sabía. Crees que se me descompuso el auto y por casualidad conseguí el asiento junto al tuyo. ¡Qué coincidencia tan increíble! ¿Quieres saber la verdad? Cuando me enteré que venías al pueblo, llamé a Rosi para preguntarle qué día y a qué hora ibas a comprar el pasaje. Te esperé en la terminal y cuando saliste con tu pasaje en la mano fui a la ventanilla a comprar el billete junto a tu asiento –le liberó la presión en la cintura y con una mano le levantó el mentón–. Hola cariño, te he extrañado –no la besó, pero ni por un momento apartó sus ojos de los de ella.

Una emoción enorme se apoderó de ella al saber todo el trabajo que se había tomado él para sorprenderla. Sus manos comenzaron a recorrer el rostro de Álvaro, los ojos, las orejas, la nariz, los labios. Masajeó su pelo suave, y apartó con sus dedos esos mechones rebeldes que no querían quitarse de su cara.

–Y yo también te he extrañado –dijo Sami, con la voz entrecortada por la emoción–. Has crecido. Te he soñado, pero en mis sueños no eras tan

guapo.

Álvaro rio y la miró con ternura.

–No tuve necesidad de soñarte porque nunca he estado lejos de ti –le dijo, acariciándole una y otra vez el cabello y el rostro–. Lo que extrañaba era tocarte –se sinceró.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Sami, sorprendida con su revelación.

–Estuve en tu graduación, en tus campeonatos de vóleybol, en algunas de tus salidas nocturnas. He estado cerca de ti muchas veces, Sami. Oculto de tu mirada, pero cerca.

–¿Por qué?

–Porque te extrañaba. Porque necesitaba saber que estabas bien.

–¡Dios mío Álvaro! ¿Por qué nunca me hablaste? ¿Por qué, Álvaro? ¿Por qué? –preguntó, y lo miró seria.

–Por pedido de Rosi. Ella respondía a todas mis preguntas, pero me hizo prometer que nunca me acercaría a ti. Este es nuestro momento.

–¿Por qué mi madre haría una cosa así?

–No lo sé. Solo me hizo prometer que nunca le diría a nadie que te estaba viendo a escondidas.

–¿Nunca se lo contaste ni a tu madre?

–No. Y ahora Rosi me ha hecho un segundo pedido –dijo Álvaro sin dejar de tocarla. Le acariciaba la cara, los hombros, la espalda. Estaba saciándose de Sami. Él la había visto transformarse en una mujer hermosa, pero cuántas veces la había querido tener entre sus brazos y no lo había hecho por respetar el pedido de Rosi–. No quiere que nadie nos vea demasiado juntos.

–¿Y piensas seguir respetando sus deseos?

–Sí. Ella debe tener sus motivos. Y nosotros podemos encontrar algún sitio aislado para estar juntos, como este, bien ocultos entre los árboles –Sami

sonrió con ternura, sabía porque su madre tomaba tantas precauciones, y se sorprendió que Álvaro, ignorando esos motivos, respetara las ridículas decisiones de Rosi.

–Recuerdas la promesa que me hiciste. –lo miró a los ojos, y le miró los labios invitándolo a enseñarle esos besos profundos que le había prometido cinco años atrás.

–¿Cómo besa tu amigo?, ese flaco de pelo negro que te sigue a todos lados –preguntó Álvaro. Se había puesto furioso cuando la vio besándose con otro, pero al ver que ella le devolvía una cachetada se sintió en la gloria. Después de esa vez nunca la había visto besar a nadie. Sami salía, se divertía, pero en su vida no había nadie. Al menos eso creía él.

–Me lo robó. Fue espantoso porque me quitó el sueño de saber cómo era un beso profundo. Quería que fueras tú el primero.

–Ven, pequeña.

La atrajo con delicadeza hacia él y sus labios se posaron suavemente en los de ella, y sin urgencia la llenó de tiernos besos. Álvaro abrió la boca y con la lengua recorrió los labios de Sami, hasta que ella le permitió el ingreso, y él pudo deleitarse de su dulce sabor.

Él le estaba dando lo que le había prometido cuando ella tenía apenas doce años, y Sami creía que en cualquier momento se iba a desmayar de la emoción. Se olvidó dónde estaban o quién podía verlos, ella solo quería sentirlo. Ya eran adultos, eran un hombre y una mujer, dos cuerpos febriles saciando un hambre de muchos años atrás.

–Sami, mi Sami. Mi amor siempre ha sido para ti –esas palabras susurradas por Álvaro mientras la seguía besando, le dio la seguridad de que él sentía lo mismo. Álvaro nunca había dejado de quererla. Se apretó más contra su cuerpo y sin tener experiencia con los hombres le devolvió el beso, disfrutando de descubrir el sabor de su boca.

Mientras seguían tocándose, acariciándose y besándose, Sami rememoró las palabras que Álvaro le había dicho en el autobús.

“Mi corazón ya tiene dueña”.

“Por qué no trajiste a la dueña de tu corazón para que esa chica no se haga ilusiones contigo”, le había dicho Sami.

“La traigo” había contestado Álvaro.

¡Era ella! Solo ella era la dueña de su corazón.

Pasó una eternidad hasta que se separaron. Sami se acurrucó en su pecho y él le levantó la barbilla.

–Mírame. Dime que has sentido.

Lo miró y vio un inmenso amor en sus ojos. Sami estaba llorando. Si los piquitos de pájaro que le había dado la habían electrificado, este beso la había dejado sin conciencia y sin razón.

–Emoción. El mismo amor que sentí hace cinco años. Y deseo de más. Quiero más –dijo Sami, y lo miró a los ojos. Álvaro sentía el mismo deseo que ella. La había esperado varios años, y siempre se había preguntado si ella también lo seguiría queriendo. La apretó tanto contra su cuerpo, que Sami pudo sentir la dureza de su sexo excitado, y la besó de forma posesiva, dándole a entender que solo él tenía derecho sobre ella. Parecían no poder separar sus cuerpos, era como un hechizo que los tenía embrujados a los dos, uniéndolos de tal forma que no podían dejar de tocarse.

Pero un clic, y una luz blanca y cegadora los separó de un salto.

Álvaro levantó la vista alarmado, y Sami se giró asustada.

Rosi estaba a unos metros de ellos eternizando el momento con su cámara de fotos. En su casa había fotos de Sami de todos los acontecimientos de su vida. Los primeros pasos, el primer día de escuela, montada en su primera bicicleta, escribiendo sus primeras letras. Cientos de fotos de Sami de cada momento importante de su vida. ¡Por supuesto que no podía dejar pasar

la oportunidad de eternizar ese primer beso apasionado de los dos! Si hasta tenía una escondida de sus primeros piquitos de pájaro, de cuando Sami tenía doce años y Álvaro diecisiete.

–¡Mamá, qué haces con la cámara! –dijo Sami algo encolerizada.

–Esperaba en silencio. Quería tener el recuerdo de este momento –dijo sin mirarla, porque estaba concentrada en ver cómo le había salido la foto que les acababa de sacar.

–¡No lo puedo creer! –dijo Sami moviendo las manos frenéticamente. Álvaro sonrió y negó con la cabeza. No podía creer que mientras ellos se habían olvidado del mundo, Rosi hubiera estado todo el tiempo apuntándolos con la cámara en la mano–. ¿De qué te ríes, Álvaro? No le veo la gracia.

–Estaba pensando cuál de las situaciones que viví hoy es la más divertida, si Julia saltando y gritando en la plataforma de la terminal, o Rosi eligiendo el mejor ángulo para sacarnos una foto.

Rosi no les prestó atención, seguía revisando su foto. Quizá no había salido muy nítida y pensaba pedirles una repetición. Sami se echó a reír al recordar el escándalo de la tía Julia, y ahora su madre, que con su bendita cámara había quitado con un clic toda la emoción al momento.

–Magda acaba de llegar. Será mejor que te vayas, Álvaro –dijo Rosi–. Y no quiero que se repita este romance de ustedes en la casa. Busquen otro lugar –aclaró Rosi, que ya caminaba hacia su casa.

Los dos se miraron sorprendidos.

–Creo que no es a tu madre a quien le molesta que nos veamos –dijo Álvaro algo sorprendido. Siempre había pensado que Rosi había alejado a Sami de la casa porque consideraba que era demasiado joven para tener un novio. Pero las palabras de Rosi despertaron sus dudas.

¿A quién le había molestado su relación con Sami? ¿A su madre, quizá? No, Magda nunca se metía con sus novias. En realidad no sabía que

hacía él. Ella siempre estaba ocupada con sus novelas, con su cuerpo, su ambición desmedida, y sus viajes a Brasil para recoger las ganancias de su padre y gastarla en frivolidades.

El padre de Álvaro, Roberto Arias, vivía en Brasil desde que Álvaro recordaba. Era socio en muy pequeña proporción de Francisco Vidal, el accionista mayoritario de Construcciones Sur. Los dos eran arquitectos y tenían varios emprendimientos en Sudamérica. Su padre había aportado muy poco capital, por lo que solo era dueño del diez por ciento de la empresa, pero al ser un hombre sumamente inteligente e ingenioso, la sociedad con Francisco, que además era su amigo, llevaba más de veinte años. Ellos siempre habían vivido holgadamente con las ganancias de la empresa, pero por lo que Álvaro sabía, las ambiciones de su madre eran mucho mayores a los ingresos de su padre. Magda quería que su marido fuera socio de Francisco Vidal por partes iguales, ella quería viajar por todo el mundo y quería codearse con gente rica como lo hacía Francisco.

Roberto solía venir una o dos veces al mes a visitar a su familia, pero nunca se quedaba más de tres días. Siempre que le preguntaban porque no pasaba más tiempo con su familia, él decía: “Tres días con Magda es un idilio, cuatro es una pesadilla”. Cuando Roberto no podía venir a verlos, era Magda la que viajaba a encontrarse con él. En los últimos tiempos, el trabajo era demasiado y Magda era la que tenía que viajar Brasil, no porque extrañaba a su esposo, sino para recoger el dinero para sus gastos.

Sami y Álvaro caminaron separados hacia la casita de Rosi. Ella sabía por qué su madre les había pedido discreción. Si Magda los veía juntos, ella tendría que irse inmediatamente de la casa. Y por lógica, su madre podía perder el trabajo si Magda descubría que su hijo se besaba con la hija de la sirvienta. Sami sabía que debería poner fin a sus deseos de estar con Álvaro.

Y sí, lo mejor sería tratar de mantenerse alejada de Álvaro, se dijo, aunque también sabía que le sería muy difícil apartarse de él.

–¿Quieres entrar? –preguntó Sami cuando llegaron a los escalones de la galería de la casita que ocupaba su madre.

–Si me invitas una cerveza –dijo Álvaro, y la abrazó por la cintura para pegarla a su cuerpo.

–Suéltame, Álvaro. No has oído a mi madre.

–Sí, pero llevo cinco años respetando las decisiones de Rosi, y no pienso seguir alejado de ti –aclaró.

Si Álvaro no se sujetaba a las reglas ella no iba a durar ni un día en esa casa. Sami se liberó de sus brazos y se metió en la casa. De la heladera sacó dos cervezas, le entregó una a Álvaro, se sentó en la encimera y tomó media lata de un solo trago para calmar la sed de la caminata.

–Sí que has crecido. Casi te la has tomado de un tirón –dijo Álvaro asombrado. Al parecer, él todavía conservaba la imagen de Sami a sus doce años.

–Vine caminando diez cuerdas en subida. Acaso no te acuerdas –dijo, y bebió el resto de la cerveza. Saltó de la encimera, tiró la lata al basurero y se sentó en una silla enfrente a él.

Álvaro tomaba sorbos, y por arriba del borde de la lata la miraba sorprendido. Fondo blanco y ni siquiera se había mareado un poco, pensó desconcertado.

–Bueno, cuéntame de las visitas que espera Magda –pidió Sami.

Álvaro se levantó de la silla y se fue a la sala a sentarse en el sillón que tenía Rosi. Sami lo siguió y se apoyó en el marco de la puerta.

–Francisco Vidal, el socio de mi padre, viene con su hija a pasar un mes a la casa. Y mi madre le dijo a Mariana, la hija de Francisco, que yo estaría encantado de llevarla de excursión. Ni siquiera me consultó –comentó

irritado—. No la conozco personalmente, solo por fotos —aclaró.

Sami se mordió nerviosa el labio inferior. Él iba a salir todos los días a pasear con Mariana. Y ella, ¿qué hacía en esa casa?, y ¿cómo iba a soportar ese mes viendo que los dos salían a divertirse mientras ella los miraba de lejos? Recordó que en el autobús él le había dicho que era mona, y se la imaginó preciosa y elegante. A pesar de su decisión de mantenerse alejada de él durante todo el mes, no le gustó la idea de verlo salir con otra. Bueno, ella también podía darle motivos de celos.

—Veo que vas a estar ocupado todo el mes —dijo Sami, caminó por la casa y recorrió con los dedos un mueble de pino que tenían cerca de la ventana, con montones de portarretratos con fotos de ella.

—¿Estás celosa? —Álvaro se levantó de un salto del sillón, se le acercó por detrás y le rodeó la cintura con las dos manos—. Para mí no es más que un trabajo —le besó el cuello mientras hablaba.

—Por supuesto que no estoy celosa. Tengo planes, sabes —se soltó de su abrazo, y se recostó en el sillón con los pies arriba del respaldo.

—¡Ah sí! —comentó Álvaro curvando los labios, se apoyó en la pared y la contempló enarcando las cejas.

—Te acuerdas de Jimmy —dijo Sami sin mirarlo. Había puesto una pierna sobre la otra y se la miraba mientras la hacía bailar.

—¿El enano que te traía los libros cuando salían de la escuela? —dijo despectivo.

—Ha crecido, sabes. Me lleva una cabeza —dijo, estirando las manos muy por encima de su cabeza para señalarle la diferencia de altura.

—Lo he visto. Es un flaco desgarbado.

—Bueno, piensa lo que quieras. Jimmy —prosiguió— me ha invitado a verlo jugar el domingo, y además se ha comprometido a organizar una fiesta para mí, de bienvenida. Por lo tanto, no te preocupes por mí durante tus horas

de trabajo con esa tal..., Mariana Vidal. Es más, creo que no voy a tener tiempo casi ni de conocerla. A propósito. ¿Cuántos años dijiste que tiene?

Álvaro se rio, la había estado mirando desde que había empezado a hablar. Y no había podido dejar de seguir cada uno de sus movimientos. Esa pierna balanceándose lo estaba volviendo loco. ¡Ella, maldición, lo quería volver loco!, y lo había logrado. Pero lo que sí le gustó fue descubrir que estaba celosa de la hija de Francisco. Sami celosa era más linda.

–Diecinueve –contestó Álvaro, sin dejar de mirarla.

Todo el control de Sami se fue al carajo cuando escuchó la edad de la ricachona. Se levantó de un salto del sillón y se plantó frente a él.

–¿Cuántos? –chilló con los ojos azules echando chispas.

–Diecinueve. Había pensado proponerte que saliéramos los tres, pero como veo que tienes tu agenda completa con Jimmy, va a ser mejor que tú te diviertas por tu lado y yo cumpla con mi trabajo por el mío –dijo, se apoyó en la pared y se cruzó los brazos en una actitud de lo más relajada.

Sami se alejó de él, y se metió en la cocina para pensar. “Eso sería lo mejor” pensó, después de todo ella había decidido mantenerse alejada de Álvaro para no provocar a Magda. Se volvió, se acercó a él y lo miró sin expresar sus sentimientos.

–Creo que va a ser lo mejor –le dio la espalda, y se metió en la habitación, dando un portazo.

Álvaro la miró asombrado. Masculló “mierda”, “maldición” y unos cuantos improperios más mientras se alejaba a zancadas por el camino desparejo de ladrillos.

Hacía tres meses que sabía por su madre que Francisco y su hija iban a venir de vacaciones a su casa. Los preparativos de Magda para ese acontecimiento, que para ella era importantísimo, lo tenían cansado. Todos los días lo llamaba a su departamento para recordarle que él tenía que atender a

Mariana, y todos los días él le contestaba que Mariana le importaba un pito, que si ella la había invitado se hiciera cargo de atenderla y pasearla. Pero cuando su madre se ponía pesada, no paraba de insistir hasta que él cedía a sus caprichos. Esta vez Álvaro no había cedido. Pero cambió de idea cuando su madre hizo un breve comentario sobre Sami. “Te acuerdas de Sami”, le había dicho, “viene en quince días a pasar las fiestas con Rosi, y creo que piensa quedarse todo el mes de enero”. Álvaro se había quedado mudo, pensando en su Sami. Su madre había hecho una pausa deliberada, esperando que su hijo asimilara la información. “Qué te parece si te vienes en quince días, y Sami y tú llevan a Mariana a recorrer algunos sitios”. Tentado con la idea de estar con Sami no dudó un segundo en aceptar la propuesta. Álvaro lo tenía todo fríamente calculado. Él y Sami pasearían a la aristocrática hija de Francisco por algunas horas y el resto del día sería solo para ellos. Pero la dulce Sami le acababa de dar plantón.

No se iba a salir con la suya. Él había venido para estar con ella, y de alguna forma se iba a deshacer del pesado de Jimmy y de cualquiera de sus antiguos amigos que intentara interponerse en sus planes.

Durante cinco años se mantuvo alejado de Sami para no tener problemas con Rosi. Pero ahora que había visto que a Rosi no le había molestado que besara a su pichoncita, nada ni nadie le iban a impedir que estuviera con ella.

Rosi había salido de su habitación y lo seguía por el parque a poca distancia. No le gustaba entrometerse en la relación de los dos, ya que disfrutaba de ver el amor que se tenían. Pero alguien tenía que pensar con frialdad en estos momentos donde los dos jóvenes se estaban moviendo solo por el deseo de estar juntos.

–Ella tiene razón. Es mejor que te mantengas alejado –le sugirió Rosi, hablándole a sus espaldas.

–¿Por qué no me quieres, Rosi? ¿Qué hombre quieres para tu hija?

–Tú no entiendes, Álvaro. Hay ciertas cosas que no puedo explicarte – dijo Rosi, y se alejó de él.

–¿De qué estás hablando? –Álvaro volvió sobre sus pasos y la giró con un solo movimiento, sin brusquedad pero con autoridad.

–¿Quieres mi permiso para estar con Sami? Lo tienes, pero que nadie te vea. No abras ni beses a mi hija delante de nadie –fue una orden, no un pedido, y a Álvaro le molestó.

–Dime, crees que Sami merece a alguien mejor.

–¡Por Dios Álvaro!, no se trata de eso –rio con ironía–. Por favor, no me preguntes más, y por el bien de los dos trata de verte con ella lejos de la gente. Si me disculpas, tengo que trabajar –dijo Rosi, y lo dejó plantado.

Rosi era una mujer cariñosa, una mujer generosa y muy sumisa, pero, cuando se trataba de la relación de Álvaro y Sami se ponía inflexible.

Luego de caminar por más de una hora por el parque, Álvaro llegó a una conclusión. Rosi ocultaba algo, quizás alguna triste experiencia con algún hombre del pueblo, o con el padre de Sami. Ella nunca hablaba del padre de Sami, y por lo que él suponía Sami no sabía quién era su padre.

¿Había sido Rosi una mujer promiscua en su juventud? No, eso era casi imposible. Desde que él la conocía nunca había tenido un hombre, y en sus días libres solo viajaba durante horas a la ciudad para estar unos momentos con Sami. Quizás el padre de Sami había dejado huellas difíciles de curar. Álvaro no lo sabía pero iba a investigar hasta descubrir qué problema había tenido de joven, para tener tanto miedo de que su hija repitiera su historia.

CAPÍTULO 3

Habían pasado cuatro días desde que Álvaro y Sami habían llegado a la casa de Magda, y Sami había logrado esquivar a Álvaro el mayor tiempo posible.

El primer día se había levantado temprano y sin desayunar se había ido a visitar a Sonia, su mejor amiga de la infancia. Había llegado tan temprano que había sacado a todos de la cama. Conversaron toda la mañana y al mediodía la invitaron a almorzar. A la siesta las dos caminaron hasta la casa de Carla, recordaron viejas épocas y rieron toda la tarde, luego las tres se fueron a la casa de Carmen, donde toda la familia la recibió como si fuera una reina y hasta la invitaron a cenar, y a medianoche el padre de Carmen la acercó a su casita. Sami se bañó y durmió como un ángel hasta las siete de la mañana.

El segundo día desayunó con su madre y se fue a buscar a Jimmy. Trabajó con él en los repartos todo el día y a la noche cenaron juntos en el bar. Otra vez había llegado tan tarde, que se tiró en la cama y se durmió hasta con los vaqueros puestos.

Al tercer día ya no sabía a quién visitar para mantenerse alejada de Álvaro, hasta que recordó a doña Rita, la viejita que vivía a dos casas de Magda y le regalaba caramelos cuando ella era una niña. La anciana se puso tan contenta al verla, que la invitó a pasar el día. Tuvo que sentarse a bordar con ella y no tuvo más remedio que ver todos los noticieros que pasaban en la

tele. De noche salió aturdida por el volumen del aparato y los gritos que daba Doña Rita cada vez que se ponía a conversar, encima quedó afónica de tanto gritarle para que la escuchara.

Sus primeros tres días de vacaciones no fueron como los había imaginado. A estas alturas prefería los gruñidos de la tía Julia, al menos eran gritos conocidos y sus oídos estaban tan acostumbrados que ni le prestaba atención.

Por la mañana se despertó en la cama y miró por la ventana. Una lluvia copiosa caía del cielo y se deslizaba acariciando la ventana. Sonrió satisfecha al tener una excusa para quedarse en casa.

–Cariño, me voy a trabajar. En la cocina te dejé un jugo de naranja y unas galletitas de miel –gritó Rosi desde la puerta de la casa.

–Gracias, mamá –Sami salió de la cama y caminó a la cocina desperezándose. Estaba frío para andar descalza y con una remera corta que apenas le tapaba las nalgas. Pero había dormido mal después del día que había pasado con doña Rita, y no tenía ganas de volver al dormitorio a cambiarse. De solo pensar en la anciana un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, y ya había decidido no pasar ni cerca de su casa.

Como una zombi, se volvió sobre sus pasos y se recostó en el sillón de la sala. “Cinco minutos, solo cinco minutos” pensó y se durmió.

Estaba teniendo el sueño más erótico de su vida. Álvaro estaba inclinado a su lado, llenándole todo el cuerpo de besos. Le acariciaba suavemente las nalgas y le besaba el estómago, el ombligo. Luego sus manos se deslizaron por sus pechos y ella se estremeció con las caricias.

–¡Mmm! –susurró entre sueños. Parecía tan real que no se quería despertar. Un jadeo salió de su boca y sintió una lengua cálida recorrer su labio inferior. Ella abrió la boca como una invitación a seguir, y se sorprendió de que ese beso de fantasía fuera igual al beso real y lleno de pasión que se

habían dado con Álvaro el día que llegaron.

Abrió lentamente los ojos y lo vio. Álvaro estaba allí, inclinado sobre ella mirándola con un deseo animal. Sonrió pensando en lo agradable que era que los sueños se hicieran realidad, y no encontró motivo para negarse a disfrutar de ese placer. Tres días huyendo de él, pero en ese momento lo miró con todo el amor que le tenía y le rodeó el cuello con sus brazos para retomar el beso que había interrumpido.

Álvaro se quedó mirándola sin reaccionar. Parecía confundido y tenía el entrecejo fruncido, como si ella estuviera haciendo algo indebido, cuando era él quien había aparecido a invadir su boca y acariciar su cuerpo.

—¿Qué haces en la sala casi desnuda? No te das cuenta que por esa puerta podría haber entrado cualquiera. Y tú, maldición, en lugar de reaccionar y ponerte a gritar o darle una patada en los huevos, te cuelgas del cuello de cualquier tipo que se mete en tu casa y te toquetea. Si hubiera sido otro, te podría haber violado —ya no estaba encima de ella, sino que se paseaba nervioso por la sala, y se despeinaba el cabello mientras le gritaba todas esas idioteces.

Sami se levantó de un salto, sintiéndose humillada por sus comentarios. Qué se creía ese idiota para tratarla de esa forma cuando había sido él quien la había provocado.

—¡Vete! —gritó Sami, y señaló con el brazo extendido la puerta.

—Por qué no te cambias y hablamos —sugirió Álvaro. No podía dejar de mirarla. Tenía unas piernas perfectas, largas y rectas. Le había costado dejar de apretar y masajear esas nalgas redondas y duras. Y esos pechos, ¡por Dios!, se había vuelto loco con esos pechos generosos que casi no le entraban en la curva de sus manos. Si no se hubiera detenido a tiempo ya le habría robado su virginidad. Ella no le había dicho que era virgen, pero él estaba convencido que en esos cinco años no se había entregado a nadie.

–Te dije que te vayas –repitió Sami.

–No, Sami. Cariño, si no te cambias vamos a terminar haciendo el amor en el sillón, en el piso o..., así no es como deben suceder las cosas.

–¡Ah no! ¿Y cómo tienen que suceder? Primero un pico, después varios besos apasionados, y antes de que terminemos el mes planificamos una caminata por la montaña y nos entregamos en cuerpo y alma, para que siempre podamos recordar las vacaciones que pasamos juntos. ¿Lo tienes todo planificado, Álvaro?

–Por supuesto que no. Solo vine al pueblo para estar contigo.

–Creí que habías venido para estar con tu invitada. –levantó altaneramente la barbilla hacia él, y lo miró enojada con sus extraordinarios ojos azules.

Álvaro sonrió por su expresión de suficiencia, y de tres zancadas llegó a su lado, la apretó contra su cuerpo haciéndole sentir el tamaño de su excitación. Le acarició los labios con la boca, y le susurró.

–¿Sientes? ¿Sientes lo que haces conmigo? –preguntó, apretando más su sexo contra su cuerpo.

–No –fue un susurro, que casi parecía un jadeo. Ella había perdido toda posibilidad de razonamiento, y se dejó llevar por el torbellino de emociones que él le estaba provocando–. No siento nada –mintió, pero le mordió el labio inferior y su lengua recorrió lentamente la boca de Álvaro, diciéndole con su cuerpo lo que le negaba con sus palabras.

–¡Basta, Sami! –dijo Álvaro.

Pero ella no se detuvo. Desprendió la cremallera y el pantalón de Álvaro resbaló al piso.

Álvaro perdió todo intento de control y como un animal cortó la fina tira de la tanga y deslizó sus manos por sus nalgas redondeadas, por sus muslos. Exploró su cuerpo y tocó todos los rincones ocultos. Su erección

creció con los jadeos que se escapaban de los labios de Sami cuando su mano rozó el centro de su feminidad. Vio un lunar justo al lado del vello púbico, y le dedicó toda su atención. Esa era una marca de su Sami que solo él iba a conocer, se dijo lleno de dicha, porque ella era suya, solo suya.

Sus dedos se deslizaron entre los pliegues de su sexo y comenzó a hacer movimiento suave y circular sobre su femineidad, sabiendo que la iba a llevar al cielo. Se sentía pleno de dicha al saber que era él quien le estaba enseñando el amor más íntimo entre un hombre y una mujer.

–Álvaro, Álvaro...–susurró su nombre en medio de la pasión–. Ahora siento. Quiero sentirlo todo –dijo Sami entre jadeos. Metió la mano en el bóxer y lo deslizó por sus piernas. Por primera vez sus manos sintieron el contacto del sexo masculino, que estaba duro y elevado, pidiendo, suplicando atención.

Álvaro abrió la boca y la devoró con un beso profundo, entrando y saliendo con su lengua. Las deliciosas caricias de sus manos no cesaban y los dos respiraban con dificultad mientras se seguían tocando.

–¡Sami, cariño! Hace cuatro días que has llegado y todavía no me has venido a saludar –se oyó un grito que venía del parque de la casa, como si alguien supiera lo que estaba pasando entre ellos, alguien que no quería presenciar lo que estaba ocurriendo pero sí quería interrumpirlos.

–¡Es Magda! –dijo Sami asustada–. Es tu madre.

–Vete a cambiar, que yo me voy a la cocina –dijo Álvaro, que en un segundo se había acomodado la ropa y se había ocultado detrás de una cortina, donde Rosi guardaba las escobas. Sami había desaparecido en la habitación y se había puesto los vaqueros que estaban tirados en el piso. Con la ropa arrugada, sin sujetador ni bragas y con el pelo revuelto, salió a recibir a su invitada.

Magda se había metido en la casa y miraba con curiosidad por toda la

sala, y cuando Sami vio que entraba a la cocina, la llamó.

–¡Magda, qué alegría verte después de tantos años! –dijo Sami desde la puerta de la habitación–. Siéntate, así conversamos un rato –le señaló el sillón con una mano, y con la otra trataba de arreglarse un poco el cabello desgreñado por culpa del revolcón que casi se había dado con su hijo.

Marga abrió los ojos con asombro al verla, y la recorrió de arriba abajo.

–Estás hermosa, a pesar de estar tan desarreglada. Hasta diría que eres más linda que tu madre.

–Estaba durmiendo. Ayer pasé el día con doña Rita y... la verdad, me dejó agotada. Está tan sorda la pobre que hay que hablarle a los gritos. Y está tan sola que no me dejó volver hasta la noche –dijo, inclinó la cabeza y sonrió dulcemente. Ella no tenía dudas que Magda había venido porque había visto entrar a Álvaro a su casa.

–Has visto a Álvaro.

–Sí. El día que llegué. Pero hemos hablado poco porque yo no he parado de visitar a mis viejos amigos.

–Nunca pude entender porque tu madre te mandó a vivir con Julia – Magda se volvió en el asiento hacia ella para ver su reacción.

Sami se dio cuenta de su falsedad, trago saliva y le sonrió sin reflejar la ira que sentía por aquellas mentirosas palabras.

–Ya sabes cómo son las madres, siempre quieren lo mejor para sus hijos. A ti te debe pasar lo mismo, ¿no? –preguntó sin dejar de mirarla.

–Haría cualquier cosa por el bienestar de mis hijos.

Sami la miró y se contuvo de demostrar su indignación. Las palabras de Magda siempre eran muy medidas y nunca se equivocaba en lo que quería decir. A ella no le importaba la felicidad de su hijo, sino solo su bienestar. Con esa respuesta se dio cuenta que Magda se estaba conteniendo porque

sabía que su hijo estaba en algún rincón de la casa. Nunca iba a permitir que Álvaro supiera que era ella quien la había echado cuando tenía doce años.

–El bienestar no es lo mismo que la felicidad. El bienestar se compra con dinero, en cambio, la felicidad tiene que ver con el amor –atacó Sami en un intento por desenmascararla frente a Álvaro.

–Eso es lo que quise decir –dijo en tono amable, pero Sami detectó la mirada de odio que le dedicó. Magda se levantó del sillón, caminó hacia la puerta y se giró–. Rosi me ha dicho que escribes muy bien, porque no te llegas a casa y me muestras algo de lo que has hecho, podría darte buenos consejos.

–Me encantaría, pero no he traído nada.

–Bueno, me gustaría invitarte a tomar el té. Hace tanto tiempo que no te veo que supongo que las dos tenemos muchas cosas de qué hablar –dijo otra vez en tono amable, pero seguía mirándola con desprecio.

Sami le sonrió falsamente, y asintió con la cabeza.

–¿Esta tarde te parece bien, Magda?

–Perfecto, cariño. Voy a pedirle a tu mamá que nos prepare esas galletas de chocolate que tanto te gustaban.

Se giró y caminó tambaleándose con sus sandalias de taco aguja por el desparejo camino de ladrillos. Sami la había odiado a los doce años por separarla de su madre, pero había sido demasiado ingenua, porque nunca había detectado las miradas llenas de desprecio de Magda. Ahora sabía qué clase de mujer era. Magda era falsa y ambiciosa. No tuvo dudas que esa invitación era la forma que Magda tenía para imponerle ciertos límites. Algo tramaba Magda para haberle permitido pasar las vacaciones en la misma fecha en que había venido Álvaro. ¿Pero qué? Eso era lo que Sami pensaba averiguar.

Sami entró a la cocina a buscar a Álvaro. Él ya no estaba, en algún momento de la conversación se había ido por la puerta de atrás. Quizá no

había escuchado nada. Y si había escuchado, nada de lo que dijo su madre lo habría preocupado. Magda era inteligente, hablaba con la misma amabilidad de siempre y solo en la mirada se podían ver sus advertencias. Álvaro pudo haberla escuchado pero de ninguna manera pudo haber detectado sus llamadas de atención.

Rosi estaba ocupada en sus tareas diarias en la casa de Magda. Era una vivienda majestuosa, la más imponente del pueblo. Una enorme sala con grandes ventanales recogía la vista del hermoso parque que la rodeaba. Una mesa de roble con ocho poltronas ocupaban el centro de la sala. A la derecha había un bar laqueado de blanco y una pintoresca combinación de sillones antiguos y modernos. Las paredes estaban adornadas con óleos y acuarelas de paisajes serranos. En el lado izquierdo había un hogar y a cada lado enormes esculturas surrealistas de hierro. Magda gastaba muchísimo dinero en decoración, y Rosi muchísimo tiempo en limpiar todas las antigüedades y los objetos de arte que ella compraba. En la planta baja había dos salas más que se usaban como oficinas, una la ocupaba Magda la mayor parte del día para escribir sus novelas, y la otra permanecía cerrada casi todo el año, era la de Roberto. Cuando venía de Brasil se encerraba allí algunas horas, no para trabajar sino para estar alejado de Magda.

La cocina y el lavadero estaban del lado izquierdo. Era el lugar donde Rosi pasaba la mayor parte del tiempo, cocinando, planchando, lavando y sacando brillo a los adornos de porcelana, plata y bronce. En la parte de atrás de la casa había un patio interior lleno de plantas tropicales y muebles de rattan. Y en la planta alta había siete habitaciones con baño privado. En esa majestuosa casa, solo vivía Magda. Y la única empleada doméstica era Rosi.

Rosi trabajaba todo el día en la casa. Ya ni se molestaba en terminar temprano sus actividades, porque en esas ocasiones, Magda siempre

encontraba algún trabajo extra que darle para no permitir que se retirara temprano a descansar, o a reunirse con alguna amiga. La vida de Rosi consistía en trabajar, caer rendida por las noches, y levantarse para otra vez comenzar a trabajar.

Tenía un día libre a la semana que lo usaba para viajar a la ciudad para estar con Sami. Almorzaban juntas, compraban ropa, algunas veces caminaban por el parque Sarmiento y por las noches se acostaban a contarse las novedades de la semana. A las cuatro de la mañana Rosi se levantaba y tomaba el autobús de las cinco, para llegar a horario al pueblo Los Sauces a comenzar con su trabajo.

Durante el verano Magda le daba una o dos semanas de vacaciones, pero ese año le había permitido traer a Sami porque ya le había comunicado que no iba a poder prescindir de ella. No le había informado el motivo por el que la necesitaba trabajando, ella tampoco se lo había preguntado. Tener a Sami un mes con ella compensaba la falta de vacaciones. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba un mes entero con su hija? Cinco años, se dijo Rosi. ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba las fiestas de fin de año con Sami? Cinco años, repitió.

Sus sacrificios habían dado sus frutos. Su hija había terminado sus estudios secundarios y estaba por comenzar la carrera de letras en universidad. Escribía unos cuentos muy bonitos, y ya había ganado dos premios. Y hacía dos meses que una editorial le había recibido su primera novela, y Rosi se sentía la madre más orgullosa del mundo. Las primeras conversaciones que habían tenido eran muy alentadoras.

Cuando su hija estuviera asentada, ella renunciaría a su trabajo y conseguiría un trabajo doméstico en la ciudad por horas para estar más tiempo con Sami. Nunca se le ocurrió cambiar de trabajo porque el sueldo que le pagaba Magda triplicaba el que podría haber ganado en otro lado. Gracias a

ese sueldo, a su hija nunca le había faltado nada, y ella había podido ahorrar durante dieciocho años para no pasar necesidades cuando presentara su renuncia.

Sonó el teléfono en la sala. Magda no le permitía atender esa línea telefónica porque decía que siempre estaba fisgoneando. Nadie atendió y Rosi siguió con sus tareas. Insistentemente siguió sonando una y otra vez, hasta que por fin Rosi se atrevió a descolgarlo. Si Magda se enteraba, le agarraría uno de sus habituales ataques de ira contra ella.

–Hola.

–¡Por fin! Hace cuatro días que llamó y nadie se digna a atender ese puto teléfono –dijo Roberto encolerizado.

–¡Roberto! –dijo asombrada Rosi–. Tengo que colgar, llama al teléfono de la cocina, por favor, y no le digas a tu mujer que he atendido la línea de la sala.

–¿Cómo? –preguntó Roberto asombrado, pero Rosi ya le había cortado. Ella no quería escuchar los gritos de su patrona, y mucho menos quería que su hija se enterara de la vida difícil que estaba soportando junto a Magda.

Sonó el teléfono de la cocina y lo atendió al instante.

–¿Cómo estás, Roberto? ¿Cuándo te vas a aparecer por el pueblo? Tu mujer te debe estar extrañando –comentó Rosi con voz cantarina. Roberto era un señor. Siempre de trato amable y respetuoso. No como Magda, que cada día descubría una nueva forma de humillarla.

Roberto dejó escapar una carcajada. Lo de extrañarlo era realmente cómico.

–Rosi, no estás enterada. La víbora de mi mujer no te dijo que por fin logró convencer a Francisco para que pasara las vacaciones en el pueblo –dijo asombrado– Lo ha vuelto loco, y él terminó aceptando para que no lo

hostigara más. Voy a llegar al pueblo en dos días, con Francisco Vidal y su hija Mariana.

Rosi no contestó. Se quedó pensando cómo iba a organizar ella sola toda la casa, las comidas y los delirios de grandeza de Magda. Atender al socio de Roberto y a su hija no iba a ser fácil. No por ellos, sino por Magda.

Rosi sabía que la iba a hacer correr día y noche preparando comidas extravagantes para demostrar que estaba a la altura del rico socio de su marido.

–Rosi, te quedaste muda.

–No. Claro que no. Solo estaba pensando en las cosas que tengo que hacer para preparar la casa en dos días –dijo, y en su voz se notaba una enorme preocupación. Se había sentido tan feliz de tener un mes a su hija con ella, y ahora la realidad le demostraba que no iban a disponer ni de un minuto para estar juntas–. Ya me las arreglaré –dijo para tranquilizarlo–. Sé que es un hombre muy rico y quizás tú me podrías anticipar algunas comidas, quizá yo... quizá podría empezar a preparar algunos platos que le gusten en estos dos días... ¡Por Dios! ¿Por qué Magda me ha hecho esto? –explotó Rosi. Todos sus intentos de calmarse se fueron al carajo.

Roberto se quedó callado un rato y después habló.

–Francisco es un hombre muy rico, pero también es muy simple. Le gustan más las pizzas que las comidas elaboradas. Te va a caer bien. Deja de preocuparte, mujer, que cuando llegue yo voy a dirigir la casa.

Rosi se rio de sus comentarios. ¡Estaba loco si pensaba que Magda lo iba a dejar dirigir algo! Menos con semejantes invitados. Llevaba invitando al socio de su marido desde que ella trabajaba allí, y el hombre nunca había querido venir. Ahora Magda debía estar en la gloria porque no solo lo traía a él, sino que también había logrado que viniera con su hija.

–¡No me crees!

–No, lo siento, Roberto, pero Magda es inmanejable –comentó Rosi recordando las veces que Roberto había intentado interceder en su favor, y en todas había fracasado. Terminó pidiéndole que no la ayudara más porque Magda se enfurecía y se vengaba agregando más trabajos a su ya pesada carga.

–Te apuesto tus ahorros –dijo Roberto y rio.

–Ni loca voy a apostar lo que me ha costado ganar durante dieciocho años de sacrificio –contestó con sinceridad.

–Todavía no entiendo porque no te has ido.

–Paga bien.

–Te ofrecí un buen trabajo en la empresa cuando ella echó a Sami de la casa, y no quisiste aceptar.

–Lo recuerdo, y te lo he agradecido muchas veces. Pero no podía aceptar porque habría sido la causante de la ruptura de tu matrimonio.

–Tú sabes que mi ofrecimiento no tenía doble intención. Solo era brindarle una mano a una amiga –recordó Roberto.

–Lo sé. Te agradezco mucho tu amistad. No te olvides que Magda fue mi mejor amiga en la juventud, pero desde que empecé a trabajar para ella nuestra relación es de patrona a sirvienta, y yo no habría arruinado tu matrimonio con tu oferta, Roberto –comentó Rosi con tristeza. Algunas noches se sentaba en la galería de su casita y lloraba recordando mejores épocas. Pero bastaba ver el rostro de su hija para apartar esos pensamientos. Su Sami era lo mejor que le había pasado en la vida.

–Siempre fuiste demasiado buena, demasiado linda y generosa.

–A veces no sirven tantas cualidades en una sola persona –dijo Rosi convencida.

–Avísale a Magda que llegamos en dos días, y saluda a Sami de mi parte.

–Tú mismo le vas a poder dar tus saludos porque mi hija esta acá.

–¡En serio! No sabes cuánto me alegro. Tengo muchas ganas de verla.
¿Sigue tan linda como la madre?

Rosi sonrió por sus comentarios.

–Todos dicen que es más linda.

–El padre de Sami debe haber sido irresistible para ser al único hombre al que te entregaste.

–El padre de Sami no fue más que una ilusión óptica, Roberto. Todavía me siguen preguntando quién es. Y ni a mi hija le he podido decir quién es su padre. ¡Qué triste! Ni yo lo sé. Solo fue un nombre que apareció un verano y se esfumó como el viento. ¿Por qué puedo hablar contigo temas que no puedo hablar con nadie?

–Porque somos amigos. Me alegro de que me hayas contado lo del padre de Sami. Siempre pensé que era algún hombre del pueblo.

–Todos en el pueblo creen que el padre de mi hija es alguno de ellos. Pero no. Vaya a saber qué suelos pisa –su voz sonó melancólica por los recuerdos–. Te va a salir muy cara esta conversación.

Roberto negó con la cabeza ante ese comentario, siempre se sentía bien hablando con Rosi. En un rosal, ella veía solo la flor; Magda, solo veía las espinas. Rosi no había tenido suerte en la vida, pero ella se sentía la mujer más afortunada del mundo por haber tenido a Sami. Magda, que tenía tres hijos sanos y hermosos, un marido que trabajaba sin descanso para que a ella no le faltara nada y una vida dedicada al ocio y a la escritura, siempre quería más. Quería más dinero, más poder, más viajes por el mundo. Nada de lo que él lograba la conformaba.

En los últimos años, Roberto ya no disfrutaba con sus logros, y lo más grave era que tampoco disfrutaba al estar con ella. Cada vez dedicaba más tiempo a su trabajo, porque eso le daba una excusa para no viajar a ver a Magda.

Ahora era ella la que viajaba a verlo a Brasil, y Roberto hablaba con Francisco para que le permitiera hacer un viaje repentino a cualquier país donde tuvieran emprendimientos para no tener que estar con Magda. Francisco se había dado cuenta de su actitud, y en muchas oportunidades lo había acompañado para liberarse él también de la compañía de esa bruja, como llamaba a su mujer. Al final, los dos se inventaban viajes imprevistos y salían huyendo de Brasil para no tener que pasar un fin de semana escuchando los delirios de grandeza de su mujer.

Ahora iba a tener que compartir un mes entero con Magda. Roberto llevaba una semana sin dormir pensando cómo iba a hacer para soportarla, y cómo iba a hacer Francisco para tolerar todas las estupideces de su mujer. Todavía no entendía por qué no se había divorciado. Si lograba pasar un mes con ella sin dejarla, deberían darle el premio nobel a la paciencia.

CAPÍTULO 4

La lluvia de la mañana había cesado, y las nubes se dispersaban en el cielo dejando que los rayos del sol formaran una estela plateada que se filtraba entre los árboles. Sami estaba en su habitación terminando de arreglarse el pelo para ir a tomar el té con Magda. Tenía el mismo cabello oscuro de su madre, que le caía en ondas por debajo de los hombros. Su piel blanca hacía resaltar más sus ojos azules. Su nariz era recta y delicada y su labio inferior era un poquito más grueso que el superior. Cuando sonreía se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. Todos le decían que en su mirada se reflejaba su estado de ánimo, porque a veces sus ojos parecían brillar con picardía o mostraban su enojo, y otras veces tenía la mirada de un ángel.

Sami era delgada y menuda, pero tenía buen culo y pechos generosos. Su madre solía contarle que había heredado los mejores rasgos de su padre. Según Rosi, tenía el mismo azul de sus ojos, la misma mirada y los hoyuelos en los cachetes. Y de Rosi había heredado los labios, la nariz y el cabello. La tía Julia solía decirle que esa mezcla de genes le había dado un rostro perfecto, un gran halago viniendo de la tía Julia.

Sami sabía que a su madre la belleza no la había beneficiado demasiado, por eso ella nunca la usaba como arma para conseguir algo. Prefería usar la inteligencia a la belleza. Salvo hoy, que tenía que tomar el té con Magda Arias, a la que siempre le había molestado la hermosura de su madre. Hoy quería ver en la mirada de esa mujer la envidia, rabia y

resentimiento que sentía por la belleza de la hija de Rosi.

Se miró en el espejo, estaba guapa, justo lo que quería para enfrentarse a Magda. Era más fácil enfrentarla sintiéndose altiva y orgullosa, que presentándose como la pobre y sumisa hija de la sirvienta.

En la casa grande, Magda estaba en el patio interior, sentada en un sillón de rattan con un vaso de gaseosa en la mano, y Rosi estaba de pie a unos metros de ella en la puerta mirándola preocupada. Sami había entrado por la cocina y se había quedado en la sala escuchándolas hablar. Hacía cinco años que no escuchaba detrás de las puertas, y no iba a perder esa oportunidad.

–Ha llamado Roberto y me ha pedido que te informe que él, su socio y su hija llegan en dos días –Rosi remarcó las palabras para demostrarle su enojo.

–En primer lugar, cuando te dirijas a mi esposo debes decir el señor Roberto. Y segundo, ¡nunca más me hables en ese tono! –gritó las últimas palabras, se llevó el vaso a la boca y bebió un sorbo de gaseosa–. Esta gaseosa no tiene gas –le extendió el vaso sin mirarla. Rosi lo tomó como si estuviera acostumbrada a esa prepotencia, y siguió hablando.

–¿Por qué no me lo dijiste? No puedo tener todo preparado en dos días. Sabes, me había ilusionado con pasar un mes con mi hija, pero con visitas en la casa no voy a tener ni un minuto libre. Las vacaciones son un derecho, y tú me las has arrebatado sin importarte mi opinión –dijo Rosi enojada, ignorando los gritos de Magda.

–Tú no tienes derecho a opinar. ¡No eres nadie! ¡Nadie! Solo una sirvienta. Entiéndelo de una vez. Si no te gusta ya sabes lo que tienes que hacer. La puerta está abierta y te puedes ir cuando quieras –señaló con la mano en dirección a la salida, cogió un libro de la mesa, se puso las gafas y simuló leer.

Rosi permaneció parada en el marco, sin saber qué hacer. ¿Cuántas veces se había quedado sin saber qué hacer? ¿Cuántas veces se había querido ir dando un portazo? Pero estaba Sami, y ella debía aguantar un tiempo más por el bien de su hija.

–Dime cómo los vas a agasajar –dijo en un tono de voz resignado. “Un año más, necesito aguantar un año más”, pensó Rosi.

–Tres platos en el almuerzo y tres en la cena. Y desayuno completo –recalcó las palabras–. Trata de tener variedades de postres. No sé qué le gustará a Mariana. Ella es muy exigente. Ah, y no te quiero fisgoneando por los rincones. He comprado una campana, y quiero que cada vez que suene aparezcas. Si nadie te llama, te mantienes en la cocina. ¿Te ha quedado claro?

Campana, pensó Rosi, miró con tristeza a través de la ventana cómo avanzaba la vida, mientras ella llevaba dieciocho años estancada junto a una mujer, que no hacía más que incrementar el odio que le tenía a medida que pasaban los años. Después pensó en su hija, en todo lo que le había podido dar gracias a sus sacrificios. Y ese pensamiento era el que siempre le permitía seguir luchando y soportando los desprecios de Magda Arias.

–Sí, señora –contestó Rosi como una máquina. Ni se imaginaba en qué tiempo iba a poder preparar todos los platos que le había pedido. Se le ocurrió una idea y se la sugirió–. Quizá podrías contratar a una cocinera por un mes, por supuesto que yo la ayudaría. No es que no quiera hacer el trabajo, es que creo que no me va a alcanzar el tiempo.

–Te pago demasiado bien para que cumplas con todo lo que te pido. Busca la forma de arreglarte, o pídele ayuda a tu hija –dijo Magda, y la miró desde arriba de las gafas para leer.

–Mi hija no ha venido para ser tu sirvienta.

–¡No! Pues yo no pienso lo mismo. No se le va a caer el orgullo por ayudar unos días a su madre. De paso va aprendiendo el oficio.

Sami no podía creer lo que estaba escuchando. Su madre humillada como en la época de la esclavitud. Ella no lo sabía, no sabía el sacrificio que estaba haciendo Rosi, y el maltrato que recibía. Ni loca pensaba quedarse a tomar el té con esa hija de puta, se dijo. Tenía todo el cuerpo tensionado. Ella se iba a vengar. Sí, se iba a vengar de lo que le habían hecho a su madre durante todos esos años.

Salió corriendo del salón con los ojos llenos de lágrimas. No quería ver a Álvaro, menos a la maldita arpía que tenía por madre. No quería tener trato con nadie de esa familia. Todos ellos debían saber cómo trataban a Rosi en esa casa. Magda era una malvada, pero los demás consentían ese trato.

Y pensar que ella se había enamorado de Álvaro, y como estúpida había creído que él la quería.

“Mi corazón ya tiene dueña”, “la traigo”.

¡Qué falso! Él solo quería quitarle la virginidad y luego fregarle en la cara que ella no era más que la hija de la sirvienta. Lo que Álvaro no sabía era lo orgullosa que ella se sentía de ser la hija de Rosi. Ahora tenía un mes para preparar su venganza. En esa casa todos iban a conocer quién era Sami. Y todos y cada uno de ellos iban a pedirle perdón de rodillas a Rosi.

Ya estaba oscureciendo, y Sami no dejaba de caminar oculta entre los árboles, llorando y pensando en el sacrificio de su madre para que a ella no le faltara nada. Sentía desprecio por la ropa que llevaba puesta, por las hermosas blusas que había traído en la maleta, por los zapatos y la cantidad de pantalones que tenía, hasta por la lencería bonita que su madre le compraba. Rosi nunca le había negado nada. A todo lo que le pedía accedía con una sonrisa. Trató de recordar si alguna vez su madre le había dicho, “hija, este mes no puedo”. Nunca. Pensó en las ropas de su madre, gastadas por el uso, y las lágrimas se escaparon a borbotones de sus ojos. Todos los sacrificios de Rosi eran para ella. ¡Qué egoísta había sido todos estos años!

–Te voy a compensar, mamá. Juro que te voy a compensar –habló sola, se secó las lágrimas y miró hacia su casa.

La casita estaba iluminada. Su madre había regresado temprano del trabajo. No quería entrar y que Rosi se diera cuenta que había estado llorando. Se sentó oculta tras un árbol esperando relajarse para regresar a su casa. Miró hacia el cielo y vio como las nubes se desplazaban rápidamente dejando ver las primeras estrellas de la noche. Una media luna aparecía y desaparecía frente a sus ojos. Su furia fue cediendo y una sensación de paz le invadió todo el cuerpo.

Podría haber estado toda la noche mirando el universo, pero temió quedarse dormida y preocupar a su madre. Al cabo de lo que le pareció una hora regresó más relajada.

–Dónde te habías metido –dijo Rosi con los brazos en la cintura. Estaba enojada y a Sami le gustó.

–Recostada en la gramilla, mirando las estrellas –comentó con una amplia sonrisa en los labios–. ¿Por qué has vuelto tan temprano?

–He hablado con Magda y ella ha aceptado algunos cambios de horario para que podamos pasar más tiempo juntas.

Sami se dio cuenta que eso era una enorme mentira. Quizás su madre trabajaría toda la noche para conseguir dos horas al día con ella.

–¿Y cuál es tu nuevo horario? –preguntó, y miró a su madre a los ojos. Rosi no sabía mentir sin delatarse, por lo que tuvo que darle la espalda y entrar en la cocina para ocuparse de algo, y así poder esquivar la mirada de su hija.

–Eso no tiene importancia –sacó de la heladera una carne cocinada y se puso a cortarla en una tabla.

Sami caminó hacia ella, y se apoyó en la encimera observándola.

–A mí me importa –dijo, y miró a su madre que debido a los nervios

cortaba más carne de la que iban a comer.

–Es una tontera, solo he tenido que ceder mis días libres por un mes. Pero no me importa. Como tú sabes, mis días libres eran para viajar a verte, y como tú estás aquí... –dijo mientras sacaba pan de un cajón y hacía el mismo procedimiento que había hecho con la carne. Había cortado tantas lonjas que tendrían para comer una semana.

–No puedes trabajar un mes sin descanso –dijo Sami, y le quitó el cuchillo de las manos–. Deja ese pan mamá y mírame.

–Es solo por un mes. Esperan unas visitas muy importantes, y Magda me necesita todos los días –a pesar de haber dejado de cortar pan, había abierto la heladera y buscaba algo que no podía encontrar, cualquier cosa hacía para no mirar a su hija.

–Mamá, ¿Por qué no me miras?

Rosi se giró y la miró con ternura. Sus ojos verdes estaban límpidos, cálidos y radiantes como siempre.

–No te hagas problema por mí, cariño. Tú puedes entretenerte con Álvaro, y de a ratos me voy a hacer unas escapaditas para que estemos juntas.

–Álvaro tiene que pasear a la hija del socio de Roberto, y como yo he venido a estar contigo, he decidido ayudarte en la casa así estamos juntas. Soy buena cocinando. Recuerdas que hice un curso.

–Tú no vas a trabajar en la casa –ordenó Rosi.

–Lo siento, mamá, pero ya lo tengo decidido. Las dos vamos a hacer el trabajo más rápido, y vamos a tener más tiempo para compartir.

–No, no y no –gritó Rosi–. Quiero que te vuelvas con la tía Julia.

–Mamá, no me voy a volver. Quiero estar contigo, y también quiero estar cerca de Álvaro –sabía que su madre no le iba a negar la segunda opción.

–Por favor, Sami, vuelve con tu tía.

–Sabes que me gusta cocinar. Te prometo que no voy a limpiar, pero con mis platos todos van a quedar chupándose los dedos –saboreó dos dedos de la mano, y le sonrió a su madre poniendo su cara de ángel.

Rosi le devolvió la sonrisa, y le acarició tiernamente las mejillas.

–Está bien, tú ganas. Pero no vas a recibir órdenes de nadie. ¿Está claro?

–Ok –Sami sacó unas carnes de la tabla, las puso entre dos panes y se sentó en la silla a comer sin hacer más comentarios.

Álvaro estaba en la sala de su casa con un vaso de whisky en la mano. Se había pasado toda la tarde buscando a Sami para disculparse por lo que había pasado entre ellos esa mañana. Él quería conquistarla, mimarla y consentirla, y lo único que había hecho era tirársele encima como un animal en celo. Ella había reaccionado con pasión, pero, ¿cómo iba a reaccionar?, si la había acariciado cuando estaba inconsciente, hasta que ella se puso a jadear excitada. Tantas veces había soñado con tenerla desnuda en sus brazos, y hoy se había dado cuenta que su Sami era más bella que en sus fantasías. Si no hubiera sido por los gritos de Magda, le habría robado la virginidad de una forma espantosa. ¡Qué bruto!

Había decidido invitarla a tomar un helado en el pueblo, después la tomaría de la mano y los dos se irían a la montaña, como en las viejas épocas, y cuando llegaran a la cima le iba a regalar una cadenita con un corazón que tenía grabado los nombres de los dos. Pero la había buscado en su casa y había preguntado por ella en el pueblo, y no la había encontrado. Nadie la había visto.

–Por fin te veo, hijo –dijo Magda, entró a la casa y tiró las llaves del auto en la mesita del living.

–Por lo visto no escribes mucho últimamente –Álvaro la miró por

encima del vaso, y le dedicó una sonrisa de burla. Hacía cuatro días que había llegado y su madre no paraba ni un minuto en la casa.

–No estoy inspirada. Además, he decidido tomarme el mes de enero libre para atender a nuestros invitados –sonrió, y se sentó enfrentada a su hijo–. Esta mañana vi a Sami. Se ha convertido en una verdadera belleza. ¿La has visto?

–Sí, está preciosa. Tiene a quien salir, ¿no? –volvió a llevarse el vaso a la boca, y la miró con curiosidad. Sabía por su padre que Magda en su juventud había sentido envidia por la belleza de Rosi.

–Así es. A Rosi la deseaba todo el pueblo. Cuando salíamos juntas, te juro que no podíamos caminar por las calles del pueblo sin tener cola de hombres por detrás –se rio alegremente, sin demostrar la rabia que sentía con esos recuerdos.

Los recuerdos la invadieron como tantas veces le sucedía, a pesar de los años que habían pasado. A su mente regresó el día en que había salido sola a pasear por el pueblo para comprobar que todos los pretendientes que tenían las dos podían ser solo de ella. Orgullosa y altanera había caminado por todo el centro como una modelo de pasarela. Como nadie se fijó en ella, se metió en el bar y se sentó en una silla con las piernas cruzadas, balanceando las sandalias de taco aguja. Pasada media hora, se enfrentó con la realidad más amarga de su vida. Nadie se acercó a su mesa, nadie la saludó, y lo más grave fue que muchos al verla se giraron para huir de su compañía.

Ella, Magda Bruna, la hija del abogado del pueblo, no era más que la amiga de Rosi, el perrito que Rosi sacaba todas las tardes a pasear. Frente a esa realidad, Magda había llorado todas las noches durante un mes, hasta que ya no le quedaron las lágrimas. Y había prometido vengarse de Rosi.

Muchos años después, Rosi quedó embarazada y acudió desesperada a pedirle ayuda. Magda sintió que la venganza había aterrizado a sus pies, y no

desperdició la oportunidad de cumplir con lo que se había prometido. Le ofreció trabajo como sirvienta, pagándole un sueldo tan sustancioso que Rosi no podría conseguir un empleo mejor. Su venganza consistía en humillarla frente a todo el pueblo que la había idolatrado.

Ahora la venganza se había transformado en una costumbre y las humillaciones en un hábito. Sabía que Rosi soportaba con dignidad todo lo que le hacía. Magda solo tenía que cuidarse en su trato delante de sus hijos, ya que querían a Rosi como si fuera su madre. Hasta eso le había quitado Rosi. Magda suponía que si la vida de las dos corriera peligro, sus hijos no dudarían en salvar a la sirvienta. Con Rosi tenían un trato cariñoso y confidente, en cambio, con ella solo tenían conversaciones pasajeras y distantes.

Desde que los mellizos se habían casado y Álvaro se había ido a vivir solo, Magda gozaba de la libertad de humillar a Rosi el día entero. La hacía trabajar como a una esclava, y nunca dejaba de recordarle que ella no era más que una sirvienta. La insultaba a diario, le gritaba y la amenazaba con despedirla. Incluso celebraba muchas reuniones en su casa solo para humillarla.

¡Cómo gozaba cuando sus ricas amistades la trataban con tanto desprecio! ¡Si sus hijos supieran que su querida Rosi era la sierva de ella! Pero ellos no podían saberlo. Los mellizos vivían en España y solo Álvaro venía a visitarla, pero en muy contadas ocasiones. Y ella nunca había cometido el error de tratar mal a Rosi delante de los muchachos.

—¡Ah! Casi me olvido. Papá llega en dos días con Francisco y Mariana. Por lo visto han decidido pasar las fiestas de fin de año con nosotros. Recuerda que tienes que ser complaciente con Marianita —advirtió Magda, se levantó del sillón y se alejó por las escaleras para no escuchar las réplicas de su hijo.

–Con Sami la vamos a pasear por algunos sitios –Álvaro habló de Mariana como si fuera un perro, para que a su madre no le quedaran dudas de que a él esa visita no le importaba en lo más mínimo.

Álvaro no conocía a Mariana, las veces que había viajado a Brasil ella siempre estaba recorriendo el mundo, pero su padre le había dicho que era la antítesis de Francisco. “Es pedante, engreída y se cree que el mundo gira por y para ella” le había comentado Roberto. También le había contado que muchas veces Francisco criticaba la arrogancia y altanería de su hija. Siempre había vivido con su madre, pero hacía dos años que vivía en Brasil con Francisco, y desde hacía seis meses se había mudado a uno de los complejos de departamentos de la empresa. Al parecer, la madre se había casado por cuarta vez y Mariana no se llevaba bien con su nuevo padrastro.

Magda no replicó la barbaridad de su hijo, pero una mueca irónica se dibujó en sus labios. Como le daba la espalda, él no se percató del gesto. Sin volverse le dijo:

–He renovado tu guardarropa con prendas de calidad. Póntelas para nuestros invitados –ya estaba fuera de su vista cuando terminó de hablar, y Álvaro hizo un gesto negativo con la cabeza. No quería pasarse el mes discutiendo con su madre, por eso había venido dispuesto a hacer algunas concesiones, como el asunto de la ropa que había visto colgada en el vestidor apenas llegó a la casa. Había pensado en tirársela toda en su cuarto, pero decidió soportar su intromisión para evitar una nueva pelea con ella.

Los dos días previos a la llegada de los visitantes, Sami y Rosi lo pasaron muy bien juntas. El primer día recorrieron el centro del pueblo de cabo a rabo, comprando todo lo necesario para aprovisionar la casa.

Entraron a los grandes almacenes de Alberto, el vecino de Magda, y Sami cargó en el carro varios juegos de sábanas y toallas.

–Estás loca, Sami –gritó Rosi, mientras pensaba cómo iba a justificar el gasto frente a Magda.

–Mamá, tú no puedes estar todo el día lavando sábanas. Además, no creo que Magda quiera tener el parque adornado con ropas colgadas.

–No, claro que no. Ya había pensado en eso, y había decidido colgarlas detrás de nuestra casa –comentó Rosi, y se preguntó por qué no se le había ocurrido a ella, que sabía que Magda en ese momento no iba a reparar en gastos.

–Nada de eso. Tienes que pensar siempre en tu beneficio –dijo Sami, y arrastró el carro hasta la caja.

En la calle cruzó a la lavandería y dejó las toallas y las sábanas para que las lavaran, plancharan y luego las entregaran en el domicilio de Magda. Además, contrató el servicio de lavandería durante un mes con entrega a domicilio.

–Golpea por la puerta de servicio –dijo Sami al empleado. Rosi la seguía apabullada, temiendo las reprimendas de Magda cuando se enterara que había gastado dinero en la lavandería.

Cuando terminaron se dirigieron al mercadito del padre de Jimmy, donde Sami se cansó de cargar latas, tarros de helado y potes de flanes ya preparados. Agregó varios potes de crema. Y por último, compró cinco pollos y varios cortes de carnes.

–Sami, estás segura de lo que haces –Rosi no estaba disfrutando de las compras porque Magda era muy estricta con la comida. Nunca había permitido la comida enlatada y ella se había acostumbrado a hacerle todo casero. Inclusive horneaba el pan para el desayuno cada mañana.

–¿Magda entra a la cocina, mamá? –preguntó Sami.

–Por supuesto que no.

–Entonces no se va a enterar –dijo, y siguió cargando más latas. Metió

varios productos más en el carro y con la compra se dirigieron a la casa. Rosi rio al verle la desfachatez. Ojalá ella se hubiera animado a hacer eso desde el principio. Se enorgulleció pensando que a su hija nadie iba a pisotearla. Quizá había heredado el carácter de su padre. No lo sabía porque solo compartió con él un mes de intenso romance. Uno de los mejores meses de su vida.

La última jornada, madre e hija pasaron casi todo el día en casa de Magda, Rosi de limpieza y Sami encerrada en la cocina horneando tortas, batiendo cremas y organizando los distintos menús para los invitados.

Álvaro estaba de espaldas a ella, mirándola desplazarse de un lado a otro de la encimera mientras hacía tres o cuatro comidas a la vez. Sonrió imaginándosela en su departamento preparando la cena para los dos, e inmediatamente se entristeció al darse cuenta que estaba trabajando frenéticamente para atender las necesidades de su familia y de los invitados que esperaban para el día siguiente.

—¿Qué haces? Tú no tienes que cocinar —dijo Álvaro con suavidad, y se acercó hasta apoyarse en la encimera para mirarla de frente.

—¿Por qué no? —preguntó mientras seguía batiendo una crema, sin levantar la vista del bol.

—Porque has venido de vacaciones. No tienes por qué cocinar para nosotros —le quitó la batidora de la mano, y la abrazó por la cintura para acercarla a su cuerpo.

—¿Crees que es un trabajo humillante? —preguntó con la barbilla levantada y los ojos orgullosos.

—No. Pero tú no tienes por qué preparar la comida para todos.

—Rosi es quien tiene que servirlos a todos, ¿no? Sucede que Rosi no tiene más que dos manos, y esta casa. —señaló con las manos hacia todos los ambientes—, es muy grande para una sola persona, y Magda quiere tres platos en cada comida... y variedad de postres —le arrebató la batidora, y siguió

batiendo.

–¡Tres platos! –dijo asombrado. Se arremangó la camisa, y se ató un delantal en la cintura.

Sami lo miró asombrada. No se imaginaba que un Arias supiera donde quedaba la cocina, mucho menos que supiera qué hacer con lo que había allí.

–¿Qué haces?

–Ayudarte.

–¡Por Dios, Álvaro! Deja eso que no debes saber distinguir una sartén de una cacerola.

–Le aclaro, señorita, que en mi humilde departamento cocino yo. Dime que más tienes que hacer.

Sami lo miró sorprendida, y luego le sonrió. Así era el Álvaro que ella quería, simple y solidario. No el Álvaro indiferente al trato que le daba Magda a su madre en esa casa.

–¿Sabes lo que es una mayonesa de aves?

–Claro.

–Prepárala.

Álvaro trabajó a la par de ella, limpió la pechuga de pollo, la puso a hervir y cuando se disponía a cortar las verduras, Sami, que lo había estado mirando de reojo, lo interrumpió.

–No, no, no. Acá es donde comenzamos a hacer trampas, y que tu madre no se entere –le entregó tres latas de jardineras junto al abrelatas y siguió con sus batidos.

Álvaro arqueó las cejas. Sami era hábil para hacer trampas. Sabía que su madre odiaba las latas y había visto muchas veces a Rosi pelando y cortando verduras para hacer las mayonesas de aves, pero esa cosita preciosa con chocolate por toda la cara y harina en el pelo, burlaba las reglas sin que le importara un comino la opinión de la patrona. Le quitó la batidora y de un

tirón la apretó contra su cuerpo, saboreando con la lengua cada una de las manchas que le ensuciaban su hermoso rostro.

–¡Mmm! ¡Chocolate amargo! –dijo rozándole las mejillas con la lengua–. ¡Crema inglesa! –le pasó la lengua por el mentón. Sami metió dos dedos en la crema de leche que estaba batiendo y se la pasó sugestivamente por el labio inferior.

Álvaro arqueó las cejas, sonrió y limpió delicadamente el labio de Sami, ella se colgó de su cuello y se enredaron en un beso sin fin donde las comidas pasaron al reino del olvido.

–Deliciosa, eres deliciosa, cariño –susurró Álvaro en su oído, mientras la apretaba más contra su cuerpo.

–¡Llévame al mundo de los sueños! ¡Llévame! –suplicó Sami, y se olvidó de todas las venganzas que había planeado dos días atrás.

–Todavía no –dijo, e intensificó el beso mientras sus manos se hundían en esas nalgas redondas que lo volvían loco–. Tengo un regalo para ti –habló entre beso y beso.

–¡De veras! –se sorprendió Sami, se apartó unos centímetros de él sin dejar de abrazarlo.

Del bolsillo de su pantalón Álvaro sacó una cajita y se la entregó. Cuando ella la abrió, le dijo:

–Tú, solo tú eres la dueña de mi corazón –sacó la cadenita de oro con un corazón grabado con sus nombres y se lo colocó en el cuello.

Sami lo apretó en sus manos y lo miró con los ojos brillantes de lágrimas. ¿Dónde quedaba su venganza en estos momentos? ¿El amor era capaz de hacerle olvidar sus decisiones? Este Álvaro no parecía el hijo de Magda, que permitía que humillaran a Rosi. Si tanto la amaba, ¿por qué era indiferente al trato que Magda le daba a Rosi?

–¿Quieres a mi madre, Álvaro?

–Sí. Pero más te quiero a ti.

–¿No te importa que sea la hija de una sirvienta?

–¿A qué vienen estas preguntas?

–Tú eres un hombre rico, y yo... yo solo soy...

–La hija de Rosi.

–Sí.

–¿Y?

–Y, bueno...es que...es que...no estoy a tu altura...no tengo...

–Es difícil estar a mi altura, porque mido más de un metro ochenta –le sonrió con ternura, y le dio un beso corto en los labios–. Y si lo que te preocupa es mi dinero, deberías saber, preciosa, que me gano con mi trabajo cada centavo que gasto, y no es mucho. Además, soy mi propio sirviente, limpio, lavo mi ropa y por lo general cocino mis propios alimentos. Aunque tengo que confesar que a veces me compro algo hecho, porque no me gusta mucho cocinar.

–¿En serio? Pero tu padre es socio de Construcciones Sur. Es una empresa muy importante.

–Esa empresa es casi de propiedad exclusiva de Francisco. Mi padre tiene muy poco capital invertido, y te aseguro que mi madre se encarga de gastar cada centavo que gana.

–Y tú, ¿de qué vives? Creí que Roberto te mantenía –dijo asombrada por sus confesiones. Los delirios de grandeza de Magda no tenían nada que ver con lo que le estaba contando Álvaro.

–Este año fue difícil porque colaboré solo en dos emprendimientos. He ganado bastante poco, pero estoy subsistiendo. Cuando me reciba de arquitecto tengo pensado vivir en Brasil.

Un frío recorrió el cuerpo de Sami. Álvaro cocinando y pasando penurias económicas, nunca se lo habría imaginado. Pero el escalofrío fue al

enterarse que él también estaba haciendo proyectos para el futuro. Proyectos donde ella no estaba incluida. Quizá este verano era el último que ella pasaría con Álvaro. ¿Por qué le había dicho que ella era la dueña de su corazón si pensaba marcharse cuando terminara sus estudios?

–¿Cuántos años te faltan para recibirte?

–Nada. Solo me falta la tesis, que puedo hacerla acá o en Brasil, y regresar cuando la tenga terminada para presentarla en la universidad.

Sami le sonrió y trató de disimular la tristeza que sentía al saber que él se iba a marchar. Le acababa de decir que no le faltaba nada para recibirse. Eso significaba que pasado el verano él podría estar instalado en Brasil.

–Será mejor que terminemos –dijo Sami, se giró en la encimera y comenzó a guardar las comidas y las cremas en la nevera. No quería pensar, pero tampoco se podía sacar de la cabeza que él en poco tiempo se marcharía para siempre.

En una hora la cocina había quedado reluciente. Hablaron de temas impersonales durante el resto del tiempo, Álvaro se explayó sobre las virtudes de Francisco Vidal, e hizo dos o tres comentarios desagradables sobre Mariana. Le pidió y le suplicó, entre besos y caricias, que lo acompañara en todos los paseos que tenía que hacer con Mariana. Con una sonrisa, Sami había asentido con la cabeza, a pesar de que sabía que Magda encontraría cualquier excusa para impedirle salir con ellos.

CAPÍTULO 5

Roberto llegó a la casa con Francisco y Mariana Vidal a las cinco de la tarde. Magda había estado exultante durante todo el día, y había hecho correr a Rosi de un lado a otro, preparando y ordenando hasta el mínimo detalle.

Sami estaba en la cocina, escuchando los gritos eufóricos de Magda y mirando preocupada el rostro de su madre. Rosi estaba ojerosa y demacrada, se había sentado en una silla hacía poco más de cinco minutos y no tenía fuerzas ni para levantar un dedo.

–Mamá, ¿Estás bien? –preguntó Sami, y se acercó a ella.

–Sí, cariño. Porque no te vas a casa. Quiero prepararles unas bebidas y en una hora estoy contigo –apoyó las manos en la mesa para incorporarse, pero como una muñeca de trapo se desplomó en el piso.

Sami corrió desesperada para reanimarla. Al ver que no abría los ojos rebuscó en el baño de servicio y regresó con un algodón embebido en alcohol. Se lo puso a su madre en la nariz para que lo aspirara, pero ella no despertaba. No sabía qué más hacer. Tenía miedo de presentarse en la sala a pedir ayuda y que Magda le gritara delante de todos. Pero su madre no se despertaba y ella necesitaba ayuda, por lo que mandó al carajo a Magda y decidió interrumpir la reunión.

Se asomó a la sala y vio a todos sentados en los sillones, y a Álvaro en el bar sirviendo bebidas. Se sintió una infeliz, una intrusa, una sirvienta frente

a esa gente vestida con ropas caras. Álvaro se había sacado los jeans y las zapatillas, y se había puesto un pantalón negro de hilo, una camisa blanca desabrochada en el pecho y unos zapatos negros impecables. Roberto y el hombre que debía ser Francisco Vidal tenían trajes oscuros de finísima calidad. Magda lucía un pantalón de seda rosa, una casaca blanca con delicadas flores de color rosa, zapatos de taco aguja y unos pendientes de oro y esmeraldas. Y la princesita de cuento, debía ser Mariana, tenía un vestido ajustado al cuerpo de seda celeste, con la mitad de los pechos afuera y un tajo al costado que dejaba poco espacio para la imaginación. Los zapatos y la cartera eran de un azul claro y brillante. Parecía una actriz de cine, con el cabello rubio recogido sobre la nuca y algunos mechones cayendo en ondas sobre su perfecto rostro maquillado por una experta. Sami, con sus vaqueros gastados, sus Nike con el logo celeste y su remera de licra se sintió tan mal vestida que comenzó a retroceder de espaldas, rogando que nadie se diera cuenta de su presencia.

La princesita la observaba altivamente y habló.

–Magda, creo que la sirvienta te busca.

Magda se giró a mirarla, y Sami pudo ver la indignación en sus ojos.

–A veces la servidumbre no sabe mantener su lugar –Magda habló tan alto, que Sami escuchó avergonzada su humillante comentario.

A Álvaro se le cayó el vaso de whisky que estaba sirviendo, y se quedó mirando a Sami sin reaccionar. Fue Roberto quien se levantó apresurado y caminó hacia Sami. Cuando ella lo vio, se giró y corrió a la cocina. ¡Dios mío!, ¡por qué había entrado en la sala!, se reprochó.

–¡Sami! –dijo asombrado Roberto–. Ven aquí pequeña, no te vayas –suplicó–. Quiero presentarte a unos amigos.

Pero Sami no escuchaba y no quería ser amiga de esa gente. Tampoco quería tener sentimientos hacía Álvaro. Él se había quedado mudo al verla

allí, y ella se sentía demasiado humillada para regresar.

En dos zancadas Roberto se puso a su lado y la estrechó en un abrazo tan fuerte que le cortó la respiración.

–¡Estás preciosa, dulzura! –admiró Roberto realmente emocionado al verla.

–Mi ma... mi mamá... no está bien –susurró Sami en su oído–. Podrías ayudarme...a...llevarla a mi casa, sin que...nadie se entere –le dijo entre balbuceos nerviosos.

–¡Por Dios! ¿Qué le ha pasado a Rosi? –preguntó Roberto, la agarró del brazo y se fue con ella a la cocina.

Rosi ya se había incorporado y estaba apoyada en la encimera meciéndose el cabello.

–¡Rosi, qué tienes! –dijo Roberto preocupado, la agarró de los hombros y la llevó hasta la silla.

–No es nada. Sami se asusta de cualquier cosa –comentó Rosi intentando sonreír y minimizar las exageraciones de Sami.

–¡No es nada! –dijo Sami enojada, y agitó los brazos–. Te desmayaste mamá. Quedaste tirada en el piso y ni con el alcohol que te puse en la nariz te pude despertar.

–Vamos a prepararle algo fuerte –dijo Roberto, buscó en los armarios un vaso y le sirvió un poco de coñac–. Toma, bébelo todo.

Álvaro apareció en la cocina con el rostro desencajado de ira. Sami lo miró con desprecio y caminó hacia él. Puso una de sus manos en la cadenita que le había regalado, y de un tirón la arrancó y se la entregó.

–Vete, y nunca más te acerques a mí –dijo furiosa, y se giró para acercarse a su madre.

–¿Qué estás diciendo?

–Te quedaste parado escuchando cómo me humillaba tu madre y no

hiciste nada. ¡Vete, Álvaro!

–Sí, me quedé mudo, pero porque no podía creer que de mi madre salieran esas palabras –dijo Álvaro.

–Aléjate de mí –volvió a gritarle enojada.

–¡Basta a los dos! –gritó Roberto–. Ayúdame a llevar a tu mamá a la casa. Y tú, Rosi, ni se te ocurra aparecer hasta que te hayas recuperado.

–Pero...

–Nada de peros –dijo Roberto, y llevó a Rosi a su casa.

Sami caminaba nerviosa por la sala de su casa esperando que saliera el médico, que en esos momentos estaba revisando a su madre. Y Roberto se había acomodado en el sillón esperando para hablar con Enrique, el médico de la familia Arias.

–Vas a gastar el piso –dijo Roberto, y le sonrió con cariño–. Ven, siéntate conmigo –golpeó con la mano el sillón. Sami obediente se sentó, y puso los pies en la mesa que tenía enfrente–. Cuéntame que está pasando.

Sami se encogió de hombros y no le contó la explotación que Magda había estado haciendo con su madre en los últimos días.

–¿Cuántas horas ha trabajado estos últimos días? –preguntó Roberto.

–Muchas.

–Bueno, vamos a cambiar esto. Tú no te preocupes.

“Vamos a cambiar esto”. Como si fuera fácil, pensó Sami. Ni bien Roberto se fuera, Magda entraría furiosa por la puerta y obligaría a Rosi a levantarse.

“Yo voy a cambiar esto. Soy la única que puede hacer algo por mi madre”, pensó Sami, miró a Roberto y asintió, para que él no descubriera sus pensamientos.

El diagnóstico de Enrique Dumas no fue para nada alentador. Rosi

estaba con fiebre, y su presión arterial estaba más alta de lo normal debido al estrés y a la falta de descanso. Le dio cinco días de reposo, y aclaró que no hiciera ningún trabajo físico hasta que la fiebre cediera y su cuerpo se estabilizara.

Roberto, después de hablar con Rosi, se había ido a su casa para atender a sus invitados. Había sido tan severa la conversación que Rosi había mantenido con Roberto, que decidió cumplir sus órdenes y quedarse en cama hasta que el médico le permitiera levantarse.

–¿Qué te dijo Roberto para que te quedes en la cama, mamá?

Sami vio por primera vez lágrimas en los ojos de su madre.

–Que ellos se van a arreglar sin mí hasta que me recupere –mintió Rosi. Roberto le había dicho que si quería a su hija se mantuviera en reposo como le había ordenado el médico. “Un ataque de tensión puede dejarte muerta o postrada en la cama y Sami se podría quedar sin madre. Cuídate, recuerda que tu hija te necesita. Nosotros nos podemos arreglar en la casa, inclusive le voy a sugerir a Magda que contratemos a alguien por unos días”. Le había hecho saltar las lágrimas de solo pensar, que si a ella le pasaba algo su hija iba a quedar sola y desprotegida.

–¿Por eso lloras?

–Me hizo emocionar.

–Podría ir a ayudarlos –sugirió Sami tomando la mano de su madre para acariciarla–. Por favor, mamá, déjame hacer algo por ti una vez en la vida.

Las palabras de su hija le dieron un vuelco al corazón. Rosi, que no había llorado en años, no pudo contenerse más.

–Por favor, mamá.

–Solo a ayudar un poco, y no dejes que Magda te grite –tomó a su hija en sus brazos y la acurrucó en su cuerpo como cuando era una niña–. Tú tienes

algo que a mí siempre me ha faltado. Tienes orgullo, hija. Prométeme que vas a servirles la comida con la cabeza levantada.

Sami levantó el mentón y la miró con esos ojos azules llenos de arrogancia, irguió los hombros y se levantó de la cama.

–Te lo prometo. Solo voy a ayudarlos, no a servirlos. Descansa, mamá –le dio un beso en la mejilla, y salió de la habitación.

Sami se había recostado en el sillón con los ojos cerrados, tratando de pensar en las ideas que se le habían ocurrido para una nueva novela, pero la puerta de calle pegó contra la pared con violencia y ella abrió la boca asustada. Se estremeció al ver a Magda parada en el ingreso, con esa postura de superioridad y esa mirada con odio que ya le había visto antes.

–¡Dónde está tu madre! –gritó Magda.

Sami del susto se levantó de un salto del sillón, y le contestó tartamudeando.

–Duerme, el...médico le...le ha dicho que necesita reposo –dijo Sami, y se odió al sentir que perdía la seguridad.

–Y yo necesito que se levante y venga a servir la cena –gritó Magda.

El orgullo de Sami se deshacía como un castillo de arena arrasado por la marea. La autoestima se le caía a pedazos y ella se sentía tímida y humilde, al igual que había visto que se sentía su madre cuando estaba frente a Magda. Tragó saliva y con voz quebrada le dijo.

–Po...podría reemplazarla por...por unos días –tartamudeó, y levantó la barbilla para tratar de recuperar la dignidad que le había pedido su madre. Pero no estaba. Magda ya se la había robado. Iban a ser unos días difíciles. Unos días en los que ella iba a conocer en su propia piel la vida que su madre pasaba en esa casa.

Magda se quedó pensando en la reacción de la pequeña altanera. Le gustó verla tiritar de miedo con sus gritos, aunque la joven se había atrevido a

desafiarla con la mirada. Una sonrisa de satisfacción se instaló en su rostro y le contestó.

–Vístete decente –la miró de arriba abajo, como desaprobando lo que tenía puesto–. Te espero en cinco minutos –y se alejó como si de una reina madre se tratara.

Sin perder tiempo, Sami se metió en su habitación, abrió el armario y pensó qué sería vestirse decente. Ella creía que estaba bien vestida. Pero claro, comparada con toda esa gente, no tenía nada que fuera decente. Además, tenía que servirlos, por lo que decente no debía ser ir vestida de fiesta.

En la sala de la casa grande, Sami estaba terminando los últimos retoques. Magda a gritos le había ordenado poner tres tenedores y tres copas en la mesa. Sami no sabía para que serviría cada cosa, y se paseaba nerviosa pensando en cuál de las copas se ponía el agua y en cuál iría el vino. Al final se decidió por dejar las bebidas en la mesa y que cada uno se la sirviera en la copa que quisiera. ¿Cómo no se le había ocurrido preguntarle a su madre sobre esos pequeños detalles?

Sami se sentía nerviosa hasta con las ropas que llevaba puestas. El pantalón de vestir negro de fibra sintética y la camisa de rayón de color rosa siempre le habían parecido prendas finas, pero ese día supo que eran ordinarias.

Se sentía inferior a toda esa gente de clase social alta. Y esa tarde comprendió que ella no estaba a la altura de Álvaro Arias. Él estaba hecho a la medida de Mariana, y al verlos juntos se dio cuenta que eran la pareja perfecta. Se los imaginó caminando de la mano por las calles de París, comprando esas costosas ropas de diseño que ella solo las conocía por las revistas Vogue y Cosmopolitan que compraba la tía Julia. Y tuvo que aceptar que su añorado sueño de pasear por el pueblo de la mano de Álvaro, con su

hijito de tres años en sus hombros y una niña hermosa y regordeta de meses en sus brazos, debía ser una ridiculez para esa clase de gente. Álvaro era más para dejar los niños al cuidado de una niñera mientras él cenaba a la luz de las velas en un costoso restaurante de París, que para llevar niños subidos a sus hombros.

–Hola. Me gustaría presentarme, ya que esta tarde te asustamos un poco.

Sami estaba de espaldas a esa voz demasiado masculina, pero no tuvo dudas que era Francisco Vidal, porque ella conocía la voz de Álvaro y la de Roberto, y esta era muy distinta. Se giró para no ser descortés, levantó la barbilla como le había prometido a Rosi y cruzó las manos en su espalda para que él no viera que estaba retorciendo los dedos mientras hablaba.

–Buenas noches, señor. ¿Quiere tomar asiento? ¿Quiere que le traiga una cerveza? –apenas pronunció la palabra cerveza se mordió nerviosa el labio inferior. “Qué estúpida, ofrecerle una cerveza a un ricachón”–. Quise decir...un...whisky, o... un coñac...o un vino...o...

Francisco arqueó las cejas y se le escapó una risa.

–¿Qué bella eres? Cerveza, pero solo si me acompañas –dijo Francisco señalándole una silla.

–No puedo sentarme en la sala. Magda... Ya le traigo la cerveza.

–¿Dónde puedes sentarte?

–En la cocina.

–Entonces vamos a la cocina.

–Usted no puede estar en la cocina. Magda... bueno a ella no le gustaría que una persona tan importante como usted esté en ese sitio con... con la empleada doméstica.

Francisco frunció el entrecejo.

–Entonces no se lo contemos –dijo Francisco, y empezó a caminar

hacia la cocina. Sami lo seguía por detrás mirándolo asombrada. Esa tarde lo había visto tan elegante sentado en el living que pensó que era un ricachón remilgado. Pero si tomaba cerveza en la cocina, quizá se parecía un poco a ella.

Cuando Sami entró y lo vio con la cabeza dentro de la nevera buscando las cervezas se le escapó la risa. Francisco se dio vuelta y la observó serio.

–¿Qué te causa tanta gracia?

–Usted. Creí que sería como de la nobleza. Como usted tiene más dinero que Magda, me lo imaginé...como...como un Dios.

Él arqueó las cejas por el comentario estafalario de Sami. Si su pedante hija tuviera un diez por ciento de la gracia de esa chica, él se sentiría orgulloso.

–El dinero lo hice con esta y con estas. –señaló primero su cabeza y luego sus manos–. El que tiene un poco de cabeza y ganas de trabajar, puede tener lo que tengo yo.

Sami le sonrió, e inclinó la cabeza hacia la izquierda mientras en su rostro se reflejaba su más tierna cara de ángel.

–Yo tengo cabeza, y ganas de trabajar no me faltan. ¿Usted cree que algún día pueda tener dinero? No como usted, pero el suficiente para que mi mamá no tenga que trabajar más.

Francisco la miró asombrado. Ella hablaba como si lo conociera de toda la vida, y él sentía una extraña conexión, como si también la conocía de siempre.

–¿Qué haces con tu cabeza? –preguntó Francisco.

–Escribo, señor. Ya he ganado dos premios con mis cuentos, y ahora estoy muy emocionada porque una editorial se ha interesado en mi primera novela. Es corta y necesita muchas correcciones todavía.

–¡Escribes! No lo puedo creer. ¿Cómo Magda? –preguntó Francisco.

–¡No, por Dios!, a mí me sale mejor.

Francisco largó una carcajada. Esa belleza tenía la autoestima muy alta.

–Y cómo escribes tú.

–Con sentimientos.

–¡Vaya! Eso es muy interesante. Y ya veo que tienes cabeza.

–Mi madre cree que la heredé de mi padre. Ella cree que no es inteligente, pero yo creo que se equivoca. Lo que pasa es que es demasiado buena.

–¡Sami! –gritó Magda desde la puerta, tenía las manos en la cintura y la desafiaba con esa mirada llena de desprecio–. ¿Acaso no sabes que la servidumbre no debe mezclarse con los invitados?

Sami se levantó de un salto de la silla, retrocedió hasta la encimera y bajó la vista.

–Lo siento, Magda.

–Señora, Magda –aclaró indignada.

–Yo...yo le dije al señor que a us... ted...

Francisco se levantó de la silla indignado, y miró indignado a Magda.

–Por favor, Magda, es una criatura. La has asustado, cuando he sido yo el que se metió acá –se giró, se acercó a Sami y la tomó por los hombros–. ¿Estás bien?

–Sí, señor –dijo altanera, levantando la barbilla. La única maldita cosa que le salía bien de las recomendaciones de su madre era levantar la cabeza. ¡Qué mal se sentiría Rosi si supiera cómo la estaba tratando Magda!, pensó Sami, y se sintió indignada.

Francisco se quedó mirándola sorprendido. Esos ojos eran exactamente iguales a los suyos. Siempre le habían dicho que tenía un color único, pero por lo visto había dos personas en el mundo con los mismos ojos.

–Tienes mi mismo color de ojos. No lo había notado. Ese azul oscuro con unos toques de lila –dijo Francisco, mirándola muy de cerca. Había quedado perdido en sus ojos, y estaba analizando cada detalle. Iguales, eran iguales.

Sami bajó los ojos, se retorció las manos que tenía tras la espalda y le habló despacio.

–Si usted pasa a la sala puedo servirles la comida.

–Francisco, por favor, porque no te sientas en la cabecera. Sería un honor para mí –dijo Magda con ese aire de reina que tanto le gustaba. Francisco seguía mirando a Sami, ahora con tristeza al ver lo nerviosa que se había puesto con los gritos de Magda. Al parecer no estaba acostumbrada a que la trataran de ese modo. Quizá, cuando no tenían visitas la víbora se comportaba mejor con la pobre jovencita.

–Por favor, señor –volvió a susurrar Sami–. Se lo pido por mi madre. Ella necesita el trabajo.

Francisco se giró y caminó a pasos largos hacia la sala.

–Vamos a tu sala, Magda –dijo de forma despectiva.

La víbora se acercó a Sami y le levantó con brusquedad el mentón.

–Un error más, y tu madre y tú mañana duermen en la calle –se giró, y salió taconeando furiosa de la cocina.

Le temblaba todo, las manos, las piernas, el cuerpo entero. Quería llorar y gritar. Quería salir a esa sala y romperle todas las porcelanas que su madre había tenido que limpiar una y otra vez durante dieciocho años, pensó sintiendo como se ponía roja de la indignación. ¿Cuánto sufrimiento había soportado su madre para que a ella no le faltara nada? ¡Santo Dios! Y ella ignorando todo aquello. ¿Por qué Rosi había aguantado tanto? ¿Por qué no había renunciado? A Sami se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero no podía llorar porque tenía que salir y servir la comida a los señores, como lo había

hecho Rosi cada día de su vida durante dieciocho años.

Sami escuchó una campanita en la sala y se sobresaltó. Magda le había informado de que la llamaría con la campanita para que ella no fisgoneara en las conversaciones. ¡Cómo si le importara lo que hablaban! Si lo único que quería era irse a su casa.

Sami entró a la sala con dos fuentes que contenían las entradas. Roberto se levantó de un salto. Álvaro tiró la servilleta en la mesa y miró despreciativamente a su madre.

–Dijiste que habías conseguido un reemplazo para Rosi –dijo Álvaro a su madre.

–Ella es el reemplazo. Siéntate. Qué van a decir nuestros invitados.

–Magda. No puedo creer lo que has hecho –gritó Roberto.

Sami sabía que eso no la iba a beneficiar.

–Magda no me lo pidió, fui yo la que me ofrecí. Porque no se sientan y disfrutan de la cena –dijo Sami con una sonrisa, que ni ella sabía de dónde la había sacado.

–Dame –dijo Álvaro, y le arrebató una de las bandejas de la mano–. Tú sirves esa y yo sirvo esta –le sonrió, pero Sami ni lo miró.

–Álvaro –chilló Magda–. ¿Qué va a decir Mariana? ¡Te estás poniendo a la altura de los sirvientes!

Álvaro se apoyó en la mesa al lado de Mariana, la miró intensamente a los ojos y le preguntó.

–¿Tienes algo que decir?

–Creo que cada uno tiene que ocupar el lugar que le corresponde –contestó Mariana. Miró de forma despectiva a Sami, y dijo–. No has llenado mi copa.

Roberto llegó primero a la botella de vino, y le sirvió a Mariana.

La velada era cada vez más tensa. Álvaro se levantaba de la mesa cada

vez que Sami aparecía, le ayudaba a servir y le sonreía, pero ella lo ignoraba. Roberto se levantó como diez veces de la mesa para servir a Magda y Mariana, y Francisco miraba furioso a su hija. No se levantó para no agregar más tensión al ambiente, pero jamás había pasado una noche más desagradable que esa.

Cuando llegó la hora de los postres, Magda se levantó de la mesa y tuvo que entrar en la cocina porque Álvaro le había quitado la campanita y la había lanzado por la ventana.

–Sírvele a Mariana flan casero con crema y a mí helado de vainilla con salsa de chocolate –dijo acercándose a ella–. Quiero que te quedes parada detrás de mí por si queremos repetir –dijo en su oído, pero usando esa voz autoritaria que a Sami la hacía temblar.

Sami asintió con la cabeza mientras un escalofrío le recorría el cuerpo. ¿Por qué no podía mandarla al carajo y alejarse de allí?, porque esa mujer le producía un miedo paralizante, fue su respuesta.

Entró con los postres sin poder dejar de temblar. Les sirvió a las dos mujeres y se paró detrás de Magda con las manos tras la espalda y la vista clavada en el suelo. No quería mirar a nadie, se sentía tan infeliz, tan despreciada, que se quería morir allí mismo para que todo se acabara de una vez. Ella no tenía problemas en colaborar, pero nunca pensó que Magda la iba a tratar con tanto desprecio delante de la gente.

Álvaro, que había reaccionado toda la noche, no quiso agregar otro escándalo más a la velada. Tiró la servilleta con violencia y se fue al bar a servirse dos medidas de whisky. Fue Roberto el que intervino esta vez.

–Sami, cariño, por qué no te vas a casa a ver como sigue Rosi –dijo consternado, y la miró con tristeza.

–Sí, señor –contestó ella sin levantar la vista, se giró y salió de la sala. Ni bien entró en la cocina sintió que Roberto y Francisco se levantaban

de la mesa. Un segundo después Magda apareció en la cocina, y Sami volvió a temblar de susto.

–Ni se te ocurra irte sin dejar todo en perfecto orden –aclaró.

–Sí, señora –contestó sin mirarla.

Cuando Sami se quedó sola, le regresó el brío que había perdido. Tiró con violencia los desperdicios en la basura y se puso a lavar la pila de platos, vasos y fuentes que había en la encimera. Luego recogió la mesa y estuvo más de una hora acomodando la cocina. Cerca de la una de la madrugada salió silenciosamente para ir a descansar. Estaba agotada, humillada, enojada, y quería sentarse en un lugar alejado para llorar tranquila. Pero oculto tras un árbol que había cerca de su casita vio a Álvaro esperándola, con el rostro desencajado de furia.

–Lo siento tanto. Nunca pensé que mi madre... fuera una perversa hija de puta –recalcó cada insulto.

Sami lo miró pensativa un largo rato y luego le sonrió. No sabía qué decirle. No quería que supiera que se sentía humillada, pisoteada, maltratada. No quería decirle que se quería ir de allí en ese mismo momento y olvidarse de todos ellos. Tampoco quería decirle que se había dado cuenta que ella era insignificante para él. Cómo explicarle al hijo de Magda que ella no pensaba formar parte de su familia.

–Háblame, Sami –suplicó Álvaro.

–Álvaro, estoy muy cansada. Podríamos hablar mañana, necesito pensar, necesito estar sola.

–¿Pensar en qué? Pensar en cómo te ha humillado mi madre, pensar en que tú te sientes inferior a mí, pensar en salir disparando y olvidarte de lo que te pasó esta noche.

¿Cómo había adivinado todo? Esos eran los pensamientos que a Sami le daban vuelta por la cabeza. Lo miró sorprendida, y no pudo contener las

lágrimas.

–He acertado en todo, no –dijo Álvaro, y la abrazó como si fuera una niña pequeña. Le acarició el cabello, la cara, los hombros–. Lloro cariño, te vas a sentir mejor.

Lloró y lloró hasta que se quedó sin lágrimas.

–Sabes, Álvaro, Francisco Vidal es una buena persona.

–Es un señor. Sabías que en su casa él le cocina a su ama de llaves –contó Álvaro, sin dejar de acariciarle el cabello.

–¿En serio? –preguntó Sami asombrada.

–Sí. Es una mujer gorda como un elefante y bastante mayor. Una vez llegamos a su casa y Margarita... así se llama, lo estaba esperando recostada en el sillón del living y le dijo: “Si vienes con visitas a esta hora y quieres comer, más vale que te arremangues y cocines, y ya que vas a cocinar, tráeme algo decente para mí”.

–¿Y él que le contestó? –preguntó Sami, que había levantado la cabeza de su pecho para mirarlo.

–¿Qué quieres comer, Margarita? –dijo Álvaro riendo–. Sami, esa cadenita que te regalé significa mucho para mí, y aunque no lo creas, me costó comprarla. Dime que te la vas a volver a poner. Prométeme que nunca más te la vas a sacar.

–La rompí, Álvaro.

–Ya la arreglé. Solo se le había roto un eslabón –la sacó del bolsillo, y se la colocó en el cuello. Sami la apretó en sus manos y lo miró suplicándole que la besara–. Lo que tú me pidas, cariño –dijo Álvaro, y se internó tiernamente en sus labios.

CAPÍTULO 6

Los primeros rayos de sol se filtraron por la ventana de la habitación y Sami se despertó sobresaltada. Magda le había dicho que estuviera a las seis para preparar el desayuno. Miró el reloj, eran las siete y sintió como el miedo le estremecía el cuerpo. Ella ya tendría que haber estado en la casa.

A los apurones se puso un vaquero, una remera suelta y las zapatillas. Entró corriendo al baño, se cepilló los dientes y se pasó enérgicamente un cepillo por el pelo. Luego fue al cuarto de su madre, estaba dormida y tenía la frente transpirada. Le garabateó con rapidez una nota, diciéndole que en cuanto pudiera vendría a hacerle el desayuno. Cruzó el parque a grandes zancadas y entró sigilosamente en la cocina. Respiró aliviada al no encontrar a nadie. Abrió la nevera y comenzó a sacar ingredientes para preparar el desayuno.

–Creí haberte dicho que vinieras a las seis –habló Magda a sus espaldas, su voz era autoritaria pero no le gritaba.

Sami se giró asustada. ¿Dónde había estado escondida que ella no la había visto?, se preguntó mientras se le escurrían los tres huevos que tenía en las manos.

–Lo siento, señora –buscó rápidamente un trapo y se arrodilló para limpiar el suelo. “Estúpida, eres una estúpida”, se dijo mientras fregaba enérgicamente. “Cómo voy a vengarme si soy una idiota”.

–Mira, Sami, anoche no me comporté bien contigo. Lo que pasa es que tener visitas tan importantes en casa me ha...como decirte...me ha puesto los

nervios de punta, y con Rosi enferma me desesperé. A propósito, ¿cómo está ella?

Sami seguía acuclillada en el suelo con el trapo en la mano, y la miraba con la boca abierta. ¡Magda disculpándose! ¡No, eso era imposible! Quizá Roberto se había puesto firme, como le había asegurado.

–Duerme, pero se le ha bajado la fiebre. Anoche le di un antipirético y le puse paños fríos en la frente –se levantó del piso y la miró a la cara, con el rostro bien levantado como si hubiera perdido el miedo–. Si me permite, voy a seguir con el desayuno. No quisiera que sus invitados se sintieran mal atendidos.

–Hablando de invitados. Hoy no almorzaremos en casa. Puedes tomarte el día libre después de ordenar las habitaciones y repasar los pisos, lógico –la miraba con odio y tenía una sonrisa perversa, pero seguía manteniendo esa voz serena mientras le hablaba.

¿Cómo lograba hablar tan tranquila y mirarla con tanto rabia? ¿Qué tramaba? Sami mantenía la frente alta y no le apartaba los ojos de encima, porque quería descubrir el motivo del cambio. ¿Quizás Roberto había tomado el mando de la casa? ¿Quizás Álvaro se había enfrentado a su madre? ¿O habría sido Francisco Vidal? Ella había visto la noche anterior que el importante invitado se contenía de hacer un escándalo por el maltrato de Magda, y había observado las miradas asesinas que le dedicaba a su hija Mariana cuando la trataba con desprecio.

–Gracias, señora Magda –dijo Sami intentando ser humilde–. ¿Álvaro también va a salir con ustedes? –estúpida, como podía ser tan estúpida, se reprochó por la pregunta que se le había escapado.

–Por supuesto. Anoche ha estado conversando con Mariana hasta las tres de la mañana. Se llevan tan bien. Nunca he sentido reír tanto a Álvaro –dijo Marga, y sonrió con malicia.

Sami la miró a los ojos sin demostrar el dolor que le causó el comentario. Magda la observaba esperando alguna reacción, pero como no hubo ninguna se indignó.

–Apura ese desayuno, que los invitados no tienen por qué estar soportando tu pereza y tu ineptitud para atendernos. Llévalo a la sala, y quédate en la cocina hasta que nos hayamos retirado de la casa. No quiero que te escapes a tu casa apenas nos sirvas, tampoco que entres a la sala a fisgonear. Cuando no quede nadie, puedes entrar a hacer tus tareas –y se fue taconeando con furia.

Sami tragó el nudo que tenía en la garganta y preparó el desayuno a la velocidad de un rayo. Ella no quería encontrarse con nadie en la sala. Cuando estaba sola con Álvaro sentía como si los dos fueran iguales, como si no hubiera barreras que los separara. Pero ahora, cuando preparaba la mesa donde él se iba a sentar con toda esa gente importante y bien vestida, ella solo se sentía la sirvienta de los Arias. Tenía que aceptar que Álvaro encajaba a la perfección en ese ambiente que a ella le quedaba grande.

A pesar de las advertencias de Magda, Sami había ido corriendo a ver a su madre y le había servido el desayuno en la cama. Rosi estaba otra vez con un poco de fiebre. Ella le había dejado el termómetro, un vaso de agua y un antipirético para que lo tomara después de llevarse algo al estómago.

Había vuelto a la casa grande lo más rápido que pudo para que Magda no tuviera motivos para gritarle delante de todos. ¡Dios, cómo la atemorizaba esa mujer! Con razón su madre era tan sumisa, si de solo verla ella se ponía a temblar como tonta.

Al regresar se sentó en la mesa de la cocina con un café en la mano y un sándwich de queso en la otra. Había trabajado toda la mañana preparando un desayuno digno de reyes, pero ella no había probado bocado. Estaba agotada, hambrienta y se le nublaba la vista como si estuviera a punto de

desmayarse. Ella no estaba acostumbrada a servir a la gente. La tía Julia y ella se sentaban a desayunar y cualquiera de las dos preparaba el café y tostaba el pan. A veces le ponían algún dulce, y otras, una buena rebanada de queso. Lógico, ellas tenían un presupuesto restringido y no podían darse el lujo de llenar una mesa de manjares como lo hacían los Arias.

Se oían voces y risas en la sala. A Sami no le gustaba fisgonear, pero tampoco iba a taparse los oídos. Mariana hablaba con voz cantarina sobre su último viaje a Europa, y todos se reían de sus comentarios.

Sami se enteró de que no sabía italiano y que había pasado un día entero caminando por Roma sin saber cómo regresar al hotel.

–¿Cómo no preguntaste? –dijo Roberto entre risas.

–Por orgullo. A mí no me gusta reconocer que estoy perdida.

Contó que había decidido hacer un paseo en góndola por Venecia, y que se le quebró el taco aguja y casi se cayó de cabeza en el canal.

–El gondolero me agarró en el aire, y el vestido ancho se abrió como un paracaídas.

Todos se desternillaban de risa, y Sami notó que, como le había dicho Magda, Álvaro no paraba de reír con las anécdotas de Mariana.

–Me hubiera gustado estar ahí para verte –dijo Álvaro con voz quebrada por la risa.

–A mí me hubiera gustado que estuvieras. Hubiera preferido estar entre tus brazos –dijo Mariana a Álvaro, y su voz sonó más sensual que antes.

Se produjo un silencio incomodo que a Sami no le pasó inadvertido. Ella había oído cada palabra y cada risa, pero el intercambio entre Álvaro y Mariana le anudó la garganta, y una lágrima de tristeza se deslizó por su mejilla. No podía escuchar más. No quería escuchar más. Quería irse. Quería no haber venido a pasar las vacaciones. Quería estar con la tía Julia. Quería sacar de su vida a toda esa gente y borrar los últimos días que había pasado

allí.

Sami se levantó, dejó la taza en el fregadero y salió por la puerta de servicio. Se sentó escondida entre unas plantas, esperando que se fueran para recoger la mesa y largarse a su casa.

–¡Sami! ¡Sami! ¿Dónde estás, preciosa? –dijo Álvaro, que había entrado en la cocina y la llamaba entre susurros.

¡Entre susurros! ¿Así la llamaba para que nadie lo escuchara?, pensó Sami que lo oía desde su escondite, pero no pensaba contestarle. Ella no quería hablar con él, no quería verlo, no quería que volviera a decirle todas las mentiras que le había dicho.

“Eres la dueña de mi corazón”, recordó, y una mueca irónica se le dibujó en los labios al recordar esas palabras. ¿Cómo podía estar sentado en una mesa llena de manjares sabiendo que ella esperaba en la cocina para recoger las sobras? ¿Cómo podía buscarla después de las palabras íntimas que había compartido con Mariana? ¿Acaso él la creía estúpida?

Álvaro salió por la puerta de servicio, y la llamó una y otra vez, pero Sami no contestó, siguió en silencio, secándose las lágrimas silenciosas que se deslizaban por sus mejillas.

–¡Álvaro, querido! Ya se han ido todos –dijo Mariana cerca de su oído, se le colgó del cuello y le dio un largo beso en la boca–. No es maravilloso que solo estemos tú y yo. La verdad es que con tanto vejistorio ya me estaba aburriendo. ¿Nos vamos? –susurró pegada a él.

Álvaro la miró asombrado. Él no respondió a su beso, pero tampoco la apartó. Estaba tan asombrado con el descaro de Mariana que no había reaccionado, y se maldijo.

–Sí, vamos, vamos –dijo Álvaro, apresurado. Quería sacarla de allí. Estaba rogando que Sami estuviera en la casita con Rosi, porque no quería ni imaginar el dolor que habría sentido al ver que Mariana se le prendía de

cuello y le robaba un beso. Se alejó a grandes zancadas por el parque, y Mariana con trotecitos saltarines lo alcanzó y le tomó la mano.

Sami no había perdido detalle de lo que había pasado en el parque de la casa. Todo, lo había visto todo, y había contenido las ganas de llorar a gritos por la traición. Cuando se alejaron, Sami se tapó la cara con las manos y lloró durante diez minutos. Él era un farsante. Él le regalaba cadenitas con corazones, pero a las pocas horas se besaba delante de sus narices con Mariana, y se iba con ella tomado de la mano.

Se quedó más de media hora maldiciéndose por ser tan tonta. Pero recordó que tenía que cumplir con las malditas tareas, y con los ojos rojos e hinchados entró en la casa y acomodó el desorden de la sala sin dejar de llorar. Sentía rabia, desprecio, tristeza y una furia descontrolada, todo junto.

Miró con indignación la mesa. Parecía que habían comido cerdos, no esa gente que se las daba de importante. Se dio cuenta que el mantel estaba manchado y lleno de migas diseminadas en los lugares donde se sentaban Magda y Mariana, como si se lo hubieran hecho a propósito. ¡Claro que se lo habían hecho a propósito!, se dijo. Levantó todos los desperdicios y recogió la mesa completa; y lavó con bronca la vajilla de porcelana y las cucharas de plata, golpeándolas mientras las metía en la alacena. Arrancó un cartel que vio en la nevera. “Antes de irte ordena las habitaciones, repasa el piso de la sala y no te olvides de tener la cena para las ocho”

–Maldita, víbora –dijo furiosa, hizo un bollo con el papel y lo dejó en la mesa de la cocina–. Recógelo tú, maldita –volvió a decir Sami pero, a pesar de su indignación, salió a cumplir las tareas. Solo recuperaba su carácter cuando estaba sola, y eso la indignaba más.

Rosi estaba sentada en el sillón de su sala cuando Sami entró furiosa en la casa.

–¿Qué te ha pasado, Sami? ¿Magda te ha tratado mal? ¿Te has peleado

con Álvaro? –preguntó Rosi preocupada, se levantó y siguió a su hija, que se había metido en la cocina sin decir una palabra.

Sami había sacado una tabla de picar y asesinaba unas verduras para hacerle una sopa a su madre. En cinco minutos había pelado y cortado dos zanahorias, una papa grande, puerro, apio y una cebolla de verdeo. Rosi la miraba desde el marco de la puerta de la cocina sin decirle nada. Ella a veces hacía lo mismo cuando la ira la superaba, y cortar verduras también era su descarga. Sonrió al ver cuánto se parecía su hija a ella, aunque debería haberse puesto a llorar por las similitudes.

Sami puso agua en la olla de las verduras y la metió en el fuego, luego se giró, se apoyó en la encimera, cruzó los brazos y miró furiosa a su madre.

–Cuéntame –dijo Rosi, que también había cruzado sus brazos.

–¿Cómo has podido aguantar tanto? ¿Cómo has soportado sus humillaciones? ¿Cómo...Cómo...Cómo no renunciaste hace años? –su voz se fue apagando por el llanto.

–Necesitaba el dinero –contestó Rosi.

–¿Para quién? ¿Fue por mí?

Rosi no contestó y bajó la vista al piso.

–Fue por mí –respondió Sami lo que su madre no quería decir.

–En un comienzo fue la mejor solución. Casa, comida, sueldo y mi hija a mi lado, luego, cuando te fuiste con Julia, mil veces pensé en renunciar, pero no era fácil conseguir un sueldo tan alto. Por eso me fui quedando... y quedando... y quedando –dijo Rosi mientras su voz se iba debilitando por su cobardía.

–Quiero que renuncies. Quiero que las dos no vayamos cuanto antes de aquí. No quiero estar un día más en esta casa. Lo siento mamá, no me gusta que me humillen, y no voy a tolerar que te sigan humillando a ti. Todos los Arias son una basura.

–No, eso no es cierto. Roberto es un señor y los chicos...

–¡Cállate! Ella es la que nos pisotea, y su familia es la que mira para el otro lado.

–Estás equivocada. Ellos no...

–No quiero que los defiendas. No quiero que defiendas a nadie. Defiéndeme a mí, o defiéndete tú. Mientras ellos estaban en la sala riendo y comiendo todo ese desayuno de reyes que Magda me obligó a preparar, tu hija estaba sentada en la cocina esperando que los señores terminaran y se fueran a divertir para recoger toda la mugre que dejaron –dijo Sami llorando–. Por favor, Rosi, no los defiendas.

–La única culpable de esto he sido yo –dijo Rosi, acercándose a su hija para consolarla.

–No me toques. Ahora no, estoy demasiado herida y vapuleada. No quiero que me tengas lástima. Quiero que renuncies. Si no lo haces, no me vas a ver más, mamá.

–¡Qué estás diciendo! ¡Te has vuelto loca! –dijo Rosi furiosa mientras agitaba los brazos.

–No. Nunca me he sentido tan sensata como hoy.

–Tú no te vas a ir, solo me amenazas. No tienes adónde ir –dijo Rosi, y rio nerviosa. Su pichona siempre gritaba y amenazaba, pero nunca ponía en práctica lo que decía.

–No son amenazas. Renuncia –fue una orden, no un pedido–. Imagínate tú y yo viviendo juntas en un departamento, las dos compartiendo la cena, o yendo al cine, o comiendo una hamburguesa en el centro después de mirar tiendas toda la tarde. Sería maravilloso, mamá, recuperaríamos los años perdidos. Si quieres, nos podríamos llevar a la tía Julia con nosotras.

–Dame un año, Sami, nada más que un año –pidió Rosi. Ella ya tenía planificada su renuncia, pero no así, no de forma tan intempestiva. Necesitaba

unos ahorros más para conseguir sus objetivos. Había entregado todos sus ahorros para comprar una casa para ella y Sami, y solo le faltaba pagar el último año de cuotas. Necesitaba ese sueldo que se ganaba con sudor y lágrimas, y no podía renunciar en ese momento. Por más que Sami le suplicara, no se podía ir porque en ningún trabajo le iban a pagar lo que le pagaba la perversa de Magda.

–He vivido diecisiete años ignorando lo que has sufrido. Ahora que lo sé, no puedo permitir que pases ni un día más de humillaciones. No quiero más ropa, no quiero más dinero para mis gastos. Lo único que quiero a mi madre – dijo Sami llorando.

–Por favor, Sami, nos tomemos una semana para pensar –sugirió Rosi.

“Una semana”, pensó Sami, “una semana para que ella se calmara y su madre la convenciera de quedarse un año más en esa casa”. Sami no quería que la convencieran. Quería agarrar su bolso y largarse de allí. Quería irse a un lugar donde nadie la encontrara. Donde los Arias no tuvieran emprendimientos millonarios, donde nadie conociera a esa familia. Donde ella y su madre fueran iguales a los demás. Pero no podía negarle una semana a su madre. Rosi había sacrificado diecisiete años de su vida por ella, cómo podía ser tan mala hija para negarle una semana.

¡Su madre le pedía una semana! Bien, iba a quedarse esa semana, pero si su madre no renunciaba, ella se iba a ir a cualquier parte. Sabía que Rosi se quedaba para que a ella no le faltara nada. Pero, ¿qué haría Rosi si Sami se borraba del mapa? ¿Seguiría dejándose humillar por esa víbora venenosa? No. Si Sami se marchaba, Rosi no tendría ningún motivo para quedarse con Magda. Con una tristeza que le desgarró el alma y conteniendo las lágrimas, Sami se dio cuenta que solo de ella dependía que su madre renunciara.

–Está bien, Rosi, piénsalo una semana. Por mi parte, ya he tomado una decisión.

–¡Por Dios, Sami! Tú no puedes tomar ninguna decisión, eres una niña.

–No, mamá, en unos días cumplo dieciocho años –aclaró Sami.

–Para mí sigues siendo una niña –dijo Rosi, y no se preocupó por la decisión de su hija. Ella estaba convencida de que en una semana Sami se olvidaría de todas sus angustias. Suponía que este arrebató de su hija era por una pelea con Álvaro, puesto que Magda siempre la trataba bien delante de sus hijos, y si ahora tenía invitado en la casa al socio de Roberto, no tenía dudas que el trato de Magda debía ser más que agradable para no quedar como una arpía. Su Sami se había peleado con Álvaro, se repitió Rosi para convencerse con de su deducción.

CAPÍTULO 7

Sami estaba sentada en la galería de su casita y miraba las nubes que se movían por el cielo y tapaban el sol. Era un atardecer rojo y el parque parecía una postal.

A Rosi le había vuelto la fiebre y se había acostado después de tomar el plato de sopa que le había preparado, y como ella estaba sola podía dejar que su rostro reflejara la tristeza que la embargaba.

No quería pensar en Álvaro, pero su cabeza no le hacía caso. Ninguno de los Arias y sus invitados habían regresado a la casa grande, y ella se preguntaba, ¿dónde estarían Álvaro y Mariana? Sami suponía que en algún hotel de cinco estrellas, revolcándose en una enorme cama con sábanas de raso.

Ya no quería verlo, no quería que su corazón interfiriera en su decisión de marcharse. Con lo que había escuchado, y con lo que había visto, tenía de sobra para respetar su decisión de olvidarse de él.

Mariana se le había colgado del cuello y lo había besado y él no la había apartado, ¡por Dios!, ni siquiera por respeto a ella, que estaba en el mismo maldito lugar.

Álvaro era tan mentiroso como la madre, puesto simulaba ser pobre mientras se vestía con ropas caras. Si había pasado necesidades económicas, ¿cómo podía comprarse esas ropas costosas? “Me costó comprarte la cadenita”, le había dicho, y ella, idiota, la había apretado emocionada entre

sus manos. Maldito mentiroso.

Los ruidos de unos tacos en el camino de ladrillos le hicieron apartar la vista del horizonte. Sami miró seria a Magda, que caminaba con dificultad por el sendero despereado que conducía a su casa.

–¿Cómo está tu madre? –preguntó con esa falsa amabilidad que había adoptado desde la mañana.

–Sigue con fiebre, pero se le ha normalizado la presión. ¿Quiere que vaya a preparar la cena? –dijo Sami indiferente. Ya no le importaba que la humillara, puesto que en una semana iba a desaparecer de sus vidas con o sin su madre.

–Parece que los hombres quieren hacerte la vida fácil. La verdad que no entiendo el motivo. ¿No te le habrás insinuado a Francisco? –Sami abrió los ojos asombrada por la injusta acusación, pero Magda siguió sacando deducciones—. Eres muy capaz. Sé que llevas años intentado seducir a mi hijo. Por suerte, él ha quedado enloquecido con Marianita. No sé si te has dado cuenta que tanto mi hijo como Francisco Vidal no pertenecen a tu clase social. Si lo que quieres es un hombre rico que te solucione tu problema de pobreza, es mejor que busques en otro lado, porque en esta casa estoy yo para defender a los míos de tus ambiciones.

Sami la escuchó con los ojos llenos de ira y sin poder creer las palabras venenosas que lanzaba esa loca. Se levantó y se fue decidida a darle un portazo en la cara. Pero esa mujer no iba a permitir que alguien inferior a ella le hiciera semejante desplante. Sami sintió el ruido de unos tacones que la seguían y antes de poder dar el portazo, Magda la tomó del brazo y la giró con violencia.

–Las sirvientas no me dejan plantada –dijo Magda, y le dio vuelta la cara de una cachetada. La soltó, y comenzó a alejarse como una leona enfurecida por el camino—. ¡Ah, casi se me olvida! Álvaro y Mariana van a

pasar la noche afuera. ¡Cómo se están divirtiendo esos chicos! –dijo, y rio de forma maliciosa mientras se alejaba–. No olvides el desayuno de mañana. Te quiero a las seis en la casa.

“No voy a llorar, no voy a llorar. Ningún Arias se merece mis lágrimas”, se dijo pero no durmió en toda la noche, tampoco lloró a lágrimas vivas. Simplemente se quedó recostada mirando el techo hasta que las primeras luces del alba se vieron en el cielo.

Se duchó y le dejó preparado el desayuno a Rosi, que dormía como un ángel. Estaba recuperando el sueño de años, se dijo Sami llena de dolor por los años de maltrato que había sufrido su madre.

Temprano se fue a la casa y acomodó todo en la mesa con el desayuno com-ple-to, como lo quería la loca. La noche anterior había decidido que esa mujer para ella no merecía otro nombre que “la loca”.

Francisco Vidal bajaba las amplias escaleras y miraba con una sonrisa a Sami, que estaba haciendo los últimos retoques en el comedor. Había colocado las tazas de porcelana y en el centro dos candelabros con tres velas cada uno. Rio al ver las velas innecesarias por la iluminación que entraba por las ventanas. Lo que le divertía era que no sabía dónde poner las rebanadas de jamón, las tostadas, los trozos de queso y la jarra con jugo de naranja. Cambiaba el jamón al centro de la mesa, después a la izquierda, y lo mismo hacía con los demás alimentos. Francisco arqueó las cejas al darse cuenta que estaba intentando alejar las comidas de los lugares donde se sentaban Mariana y Magda. Sonrió y siguió bajando. ¡Cómo le gustaba esa criatura! ¡Tenía tantos gestos en su cara! Él seguía asombrado de que tuviera sus mismos ojos, y no le había dicho nada pero le había visto dos hoyuelos en las mejillas cuando se reía, igual a los que se le formaban a él.

–Puedes creer que me he levantado temprano solo para disfrutar de tu compañía –dijo Francisco con amabilidad mientras se acercaba a ella.

–Qué desperdicio el suyo, porque ya me iba –contestó Sami, sin una pisca de cortesía.

–¿Tuviste una mala noche? –preguntó sorprendido al verla tan enojada.

–De perro callejero –contestó Sami seria—. ¿Y usted cómo ha dormido sabiendo que su hija ha pasado la noche con el hijo de su socio mi-no-ri-ta-rio? – a propósito separó el minoritario en sílabas, porque había decidido ser lo más grosera posible.

–¿Quién te dijo eso? –preguntó Francisco.

–La patrona me informó de que no vendrían a dormir. Estaba muy contenta, puesto que quiere casar a Álvaro con su hija. Por si no lo sabe, es por su dinero.

–¡Pobre Álvaro! Será mi hija, pero no le deseo a nadie esa desgracia – dijo Francisco, y se rio—. Dime quien te ha herido tan profundamente para que te comportes así –dijo, y le acarició la mejilla.

–No me toque. Yo no estoy a la venta. Ustedes los ricos creen que las sirvientas estamos para satisfacer todas sus lujurias. Pero yo no –dijo, y se alejó dos pasos.

–Lo siento, no fue esa mi intención. Te veo más como una hija que como...bueno...como lo que tú piensas.

–Si me disculpa. Tengo que ir a ver a mi madre. Ella está recuperando fuerzas para perderlas de nuevo cuando regrese al trabajo –aclaró Sami, dio media vuelta y desapareció por la puerta de la cocina. Francisco se quedó mirándola entre sorprendido y alarmado.

Sami no regresó a la casa grande hasta pasada las diez de la mañana. Había decidido atenderlos, pero no pensaba tener ni un mínimo de cordialidad con ellos. O mejor dicho, nada de cordialidad. Tampoco se iba a quedar sentada en la cocina escuchando sus risas, como pretendía Magda Arias.

Una hora más tarde entró en la sala, sin importarle que los señores

estuvieran sentados en los sillones del living. Ya no pensaba seguir las órdenes de Magda, ella iba a cumplir con sus tareas, pero según su conveniencia.

Francisco estaba concentrado en un ordenador portátil, y Roberto tenía la cara tapada con un periódico. Sami no los saludó, solo se puso a recoger los desperdicios del desayuno. Con asombro vio que los lugares que ocupaban Álvaro y Mariana estaban intactos. Era cierto lo que le había dicho la loca. Los dos habían pasado la noche juntos en algún hotel. Magda no le había mentado, pensó y se le anudó la garganta.

Francisco Vidal levantó la vista de su ordenador y se quedó mirándola sin disimulo.

–Esa jovencita ha tenido algún problema, Roberto. Esta mañana estaba de un humor de perro rabioso –dijo Francisco, sin dejar de mirar a Sami–. Deberías hablar con ella. A mí me pegó unos cuantos palos en la nuca.

Roberto lo miró con curiosidad.

–¡Sami pegándote palos! Debes haber estado soñando –se asombró Roberto.

–No, que va. Prácticamente me acusó de acosarla. Me dijo que los ricos creemos que las sirvientas tienen que cumplir con todos los deseos de sus patrones. Pero que con ella yo me había equivocado –dijo Francisco dolido.

–¿Qué le dijiste para que reaccione así?

–Nada. Solo le acaricie la mejilla, fue un instinto paternal. No tuve otra intención, y lo hice porque la vi muy enojada, como si alguien la hubiera herido.

–Voy a hablar con ella –Roberto dejó el periódico, y caminó hasta la mesa para ayudarla a recoger y de paso averiguar que le había pasado.

–Hola, preciosa –dijo, y comenzó a apilar tazas en sus manos–. ¿Cómo

está Rosi?

–Bien. ¡Deje esas tazas!, que puedo hacerlo sola –dijo Sami sin mirarlo y sin dejar de recoger cosas.

–Tú no tienes que hacer nada en la casa.

–¡Ah, no! Pues yo no pienso igual. Estoy cuidando el trabajo de mi madre.

–Pero si el trabajo de Rosi no corre peligro –aseguró Roberto para tranquilizarla.

–¡Qué lástima! –contestó con desprecio, y por primera vez lo miró a los ojos–. Porque si la echaran le correspondería una importante suma de dinero por los años de servidumbre –dijo remarcando la última palabra.

–Sami, ¿qué te pasa? –preguntó Roberto preocupado.

–No tengo la paciencia de mi madre para soportar esto –dijo, señalando con las manos toda la casa–, y a ustedes –aclaró, y se metió en la cocina para dejar cada cosa en su sitio.

–Tienes razón –dijo Roberto, que la seguía con las tazas en la mano. Las depositó en la piletta y comenzó a lavarlas mientras ella acomodaba alimentos en la nevera y en los estantes–. Álvaro tuvo un problema con el coche a doscientos kilómetros de acá, por eso no pudo regresar anoche. Hace apenas un par de horas que ha logrado resolverlo –Roberto sabía que su hijo no había olvidado nunca a Sami, y sabía por su hijo que a Sami le había pasado lo mismo. Por eso le comentó como al pasar lo que le había ocurrido a su hijo el día anterior–. En realidad alguien le rajó dos neumáticos con un cuchillo. A mí me pareció más un atentado –aclaró sin dejar de mirarla mientras seguía enjabonando tazas.

–Pobrecito. Cómo habrá hecho para pagar dos cubiertas nuevas con unos ingresos tan apretados como dice que tiene. Bueno, ese no es asunto mío, sino de tu hijo –dijo Sami, y salió otra vez a la sala a recoger el mantel.

Por la puerta principal entraron riendo descaradamente Álvaro y Mariana. Álvaro traía la camisa desprendida y los pantalones arrugados, y la Princesa Mariana se sostenía con una mano una camisa de diseño, que había perdido todos los botones. Traía los zapatos de tacón bailando en la otra mano; y el pantalón lleno de pliegues y manchado de verde. Sami no tuvo dudas que no habían alcanzado a llegar a un hotel y habían saciado su apetito sexual entre los yuyos.

Sami miró de arriba abajo a los dos por unos momentos, pero apartó a un lado su dolor e intentó concentrarse en la tarea de recoger la mugre que dejaban los señores. Roberto se había quedado con la boca abierta, mirándolos desde la puerta de la cocina; y Francisco había cerrado bruscamente el ordenador y caminaba hacia su hija.

–¡Álvaro! –gritó Roberto–. ¿Se puede saber que ha pasado?

–¿Qué crees que ha pasado? No hemos perdido el tiempo. Eso ha pasado –dijo Álvaro con voz arrastrada por el alcohol. Miró a Sami y siguió hablando–. Lo siento, preciosa, pero yo no soy de palo.

Sami no contestó, tampoco lo miró, hizo un bollo con el mantel y se alejó de la sala.

–¡No te vayas! –gritó Álvaro, que se había apoyado en la mesa para no desplomarse en el piso. Sami lo ignoró y siguió caminando–. ¡Es una orden, maldición! –pero ella seguía alejándose–. Las sirvientas están para obedecer –volvió a gritar Álvaro.

Sentir esas palabras de la boca de Álvaro fue como si le estuvieran clavando una estaca en el corazón y hurgaran para destrozarlo. Sami se detuvo sin darse vuelta, con la vista clavada en el piso.

Roberto en tres zancadas se acercó a su hijo.

–¡Te has vuelto loco! –dijo Roberto, y lo tomó de la camisa desalineada para apartarlo de la mesa–. ¿Qué estás haciendo? Discúlpate con

Sami, maldición, discúlpate ya.

–¡Cómo vas a pedirle a tu hijo que se rebaje frente a la sirvienta! –dijo Mariana con desprecio.

–¡Ella no es una sirvienta! Solo había venido a pasar las vacaciones con su madre y todos la han humillado, la han despreciado, todos... todos... –dijo Roberto, y agachó la cabeza sintiéndose responsable por lo que estaba pasando. Sabía que Rosi había soportado muchas injusticias de Magda, pero él estaba casi seguro de que su mujer nunca le había hecho todos los desprecios que le estaban haciendo a Sami. Si Rosi supiera lo que estaba pasando en este momento con su hija, los colgaría a todos.

–Me siento humillada –dijo Mariana a los gritos–. No puedo creer que una persona de tu condición se rebaje frente a esa... esa insignificante chica.

–¡Basta! Ya es suficiente –gritó Francisco–. Te has revolcado como una puta toda la noche igual que tu madre, y tienes el descaro de faltarle el respeto a una criatura inocente, que ni siquiera se anima a contestarte.

–No me hables así, bastardo –gritó Mariana roja de furia.

–Seré bastardo, pero este bastardo es el que te compra todos esos trajes caros que usas, y te paga todos esos viajes al pedo que haces. Eres una malcriada. Una arrogante. Una insensible –gritó Francisco fuera de sí–. Sal de mi vista porque no respondo de mis actos –dijo Francisco con los puños apretados. Se acercó a Álvaro–. De ti no esperaba esto –dijo, y de un portazo salió de la casa.

–Señor, Roberto, quiero retirarme –pidió Sami, que se había quedado parada, dándole la espalda a todos desde que había recibido la orden de Álvaro. No había lágrimas en sus ojos, no había chispas de ira..., ya no había nada.

–Lo siento, Sami. Me siento responsable por todo lo que te ha pasado –dijo Roberto, se acercó a ella y la tomó por los hombros.

–No me toque, por favor –pidió Sami sin levantar la vista del piso. Caminó agachada hasta la cocina, tiró el mantel en la mesa y salió de la casa dispuesta a alejarse de toda esa basura.

–¡No te vayas! –gritó Álvaro, que caminaba tambaleándose hacia ella.

–Déjala. Ya la hemos maltratado demasiado. Además, tú no estás en condiciones de arreglar nada. Vete a dormir, que ya tendrás tiempo para las disculpas.

Sami corrió por el parque, cruzó varios alambrados y se internó en las montañas que solía recorrer cuando vivía en el pueblo. El viento suave y húmedo del norte le acariciaba la cara. Los eucaliptos le susurraban en el oído, los pajonales se mecían entre sus pies al ritmo de la brisa y el agua del arroyo que bajaba de la montaña hacía ruido al chocar contra las piedras.

Sami siguió el curso del agua. Se había sacado las Nike y caminaba descalza entre las piedras del arroyo, resbalándose e incorporándose a cada rato. Era pasado el mediodía, porque el sol ya no estaba sobre su cabeza. Sin comer, sin beber nada y sin siquiera pensar o soñar, se tendió bajo un árbol y se quedó dormida.

Se despertó cuando el sol se escondía entre las montañas. Se acercó nuevamente al arroyo y se mojó varias veces la cara y el cabello, luego bebió un sorbo de agua y comenzó a caminar por la ribera. Sabía que el arroyo desembocaba justo detrás de la casa de Jimmy Marton. Y como no tenía adónde ir, se calzó las zapatillas y comenzó a andar hacia la casa de su amigo. Metió las manos en el bolsillo trasero de su Jean y comprobó que solo tenía su documento de identidad, nada de dinero, ni forma de salir del pueblo.

Jimmy Marton me va a ayudar, pensó.

CAPÍTULO 8

Rosi se había levantado furiosa de la cama. Eran las siete de la tarde y su hija estaba en la casa de Magda desde las diez de la mañana. Claro que ella se había echado unas cabeceadas de vez en cuando, pero Sami la habría despertado para preguntarle cómo se sentía o si le hacía falta algo.

–Es un abuso lo que le está haciendo a Sami –dijo Rosi indignada mientras se ponía unos pantalones vaqueros y una camisa gastada para ir a la casa de Magda a cantarle unas cuantas verdades. Que se abusaran de ella no le importaba, pero no iba a permitir que lo hiciera con su preciosa hija.

Sami tenía razón, pensó Rosi. Todos los Arias eran iguales. ¿Cómo podían tener a una criatura trabajando esa cantidad de horas? Su hija no era empleada de ellos, solo se había ofrecido a colaborar. Y por cómo había llegado de enojada la noche anterior, Rosi no tenía dudas que todos ellos se estaban aprovechando de la generosidad de Sami. En lugar de darles las gracias, la estaban usando.

¿Acaso no se daban cuenta que Sami no cobraba ni un centavo para atenderlos como reyes? Deberían besarle los pies a su hija, se dijo, y salió indignada de la casa, con el pelo suelto y algo alborotado moviéndose al ritmo de sus furiosos pasos.

En el camino de ladrillos se encontró con Roberto, que venía con la cara desencajada de preocupación.

–Rosi, quiero hablar contigo –dijo Roberto, la tomó del brazo y regresaron a la casa.

–Iba a buscar a Sami, Roberto. Hace de la mañana que la tienen trabajando –dijo Rosi malhumorada–. Mi hija no está acostumbrada a esto –aclaró.

–Lo sé, Rosi. Tu hija... no ha sido muy bien tratada en la casa...

–¿Qué quieres decir? ¿Quién ha tratado mal a mi hija? –preguntó Rosi seria.

–Magda. Mariana Vidal. Incluso mi hijo Álvaro. No sé cómo disculparme. La han hecho sentir como una sierva. La han humillado... No pude hacer nada, Rosi.

–¿Qué estás diciendo? ¿Por qué le han hecho eso a mi Sami? Ella no es la sirvienta de ustedes –gritó Rosi, y se soltó con brusquedad mientras lo miraba con indignada.

–Tienes razón, pero Magda es tan perversa, Rosi. Y Mariana... es tan víbora como mi mujer. Y mi hijo... no lo quiero justificar, pero estaba más borracho que una cuba cuando le dijo a Sami que obedeciera porque era la sirvienta. Ahora que ha recuperado la cordura está desesperado –aclaró Roberto.

–¿Dónde está mi hija? –preguntó Rosi alterada.

–Esta mañana ya no aguantó más... y se ha ido –dijo Roberto preocupado mientras miraba el vacío, porque no se animaba a enfrentar los ojos llenos de desesperación que debía tener Rosi.

–¿Cómo que se ha ido? ¡Dios mío! –dijo Rosi, se acercó a la ventana y recordó el enojo de Sami del día anterior–. Ayer me pidió que renunciara, y que las dos nos fuéramos lejos de ustedes –dijo con tristeza, y sus ojos se perdieron en la negra noche–. No le hice caso. Le pedí que me dejara trabajar un año más para Magda. Tú eres el único que sabe que me falta un año para terminar de pagar la casa que compré. Era mi sorpresa para Sami –a Rosi se le escaparon unas lágrimas.

–¡Ay Rosi! Ella va a volver –dijo Roberto, acercándose a ella.

Rosi lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

–No. Anoche mi hija me dio un ultimátum. ¿Sabes qué me dijo?... me dijo que si no me iba con ella, iba a desaparecer de mi vida para que no tuviera motivos para quedarme soportando las humillaciones de Magda. Se ha ido, se ha ido –dijo Rosi, y se desplomó en los brazos de Roberto, llorando sin consuelo.

–No, Rosi, no. Ella va a volver. Estoy seguro. Sami esta herida por culpa de Álvaro. Él muy estúpido se emborrachó y se dejó seducir por Mariana. Llegó tan ebrio que no se podía sostener, y contó su desliz en la sala delante de Sami. Por eso ella se ha ido.

–No va a volver. Los odia a todos por lo que le han hecho..., y por lo que me han hecho a mí –dijo Rosi, y se alejó de él–. Necesito estar sola. Necesito pensar. Tengo que hablar con Julia, quizá se ha ido con ella.

–No ha salido del pueblo. He hablado con José, el chico de la taquilla de la terminal, y me va a avisar si saca un pasaje.

–Ella no es tonta. No va a tomar un autobús, Roberto. Lo siento, pero quiero estar sola.

Se acercaba la noche y Rosi seguía esperando un milagro. Ahora, recién ahora, había entendido que las amenazas de su hija no habían sido un arranque pasajero.

–Dónde estás, hija, dónde estás... No me dejes... Si vuelves, las dos nos vamos mañana mismo de este infierno –decía Rosi en un intento telepático por comunicarse con Sami. Su hija se lo había advertido, y ella no le había creído. Magda sabía que Álvaro estaba enamorado de Sami, y ella debería haberse dado cuenta que la mujer haría cualquier cosa para separarlos.

“¿Cualquier cosa?”, pensó Rosi desesperada. ¡Oh, Dios mío! Magda

había planeado todo, las vacaciones de su hija en la casa, justo cuando Álvaro iba a venir al pueblo para atender a Mariana. Un plan perfecto para alejar a Sami de su hijo. Había tratado como una esclava a su hija, la había humillado frente a sus invitados, y había planeado que Álvaro saliera con Mariana. Por eso Sami le había suplicado que se fueran. ¿Cuánto desprecio, cuánta ira y cuánta vergüenza le había hecho pasar esa maldita mujer a su hija, para que Sami le hubiera rogado que se fueran?, y ella buscando excusas tontas de celos o peleas con Álvaro. Esto no iba a quedar así. Magda iba a saber quién era Rosi Ferguson.

Rosi entró por la puerta principal y cerró dando un portazo. El ambiente se notaba caldeado, Álvaro estaba parado junto a la chimenea con la vista perdida, Roberto caminaba de un lado a otro, y una joven de edad parecida a Sami estaba sentada en un sillón con una revista de moda en el regazo. Todos se giraron a mirarla.

—¿Dónde está la víbora de tu mujer? —preguntó furiosa Rosi, y miró a Roberto.

—Las víboras se esconden —dijo Roberto, que se acercó a ella—. Siéntate, Rosi.

—No. Dime dónde se ha escondido si no quieres que de vuelta toda la casa.

—Se ha ido al mediodía, creo que con la cola entre las patas —dijo Roberto.

—¿Hablaste con Julia? —preguntó Álvaro acercándose a ella.

—Tú no me hables. Tienes buena parte de culpa de que mi hija se haya ido —dijo furiosa, y se alejó de él dándole la espalda.

—¿Cómo permites que una sirvienta te hable así? —dijo Mariana, y miró a Rosi con desprecio.

—Cállate —gritó Álvaro, y se volvió hacia Rosi, que caminaba furiosa

hacia Mariana. De un tirón la levantó del sillón y la sujetó de las ropas finas que llevaba puestas.

–Y tú, maldita malcriada. Tú eres tan culpable como todos de que mi hija se haya ido.

–No me toque. Tanto usted como su hija no saben ponerse en el lugar que les corresponde.

–¡Mi hija!... Mi hija... nunca ha sido una sirvienta... Mi hija –a Rosi se le caían las lágrimas al hablar. Ya había soltado a Mariana, y su mirada estaba llena de dolor–. Mi hija estaba por empezar la universidad – dijo Rosi con orgullo. Francisco Vidal se había detenido en la escalera al escuchar a la madre de Sami–. Mi hija no sabe ni cómo se pone una mesa. Nunca ha tenido que servir a nadie. Mi hija se ofreció a colaborar con Magda sin cobrar nada para que ustedes estuvieran bien atendidos, y lo único que han hecho es humillarla, pisotearla. Tú, niña bien, no le llegas ni a los talones a mi hija – dijo llorando desesperada. Álvaro se acercó a ella, y la abrazó con fuerza. Mariana salió de la casa contorneándose como si nada de lo que Rosi hubiera dicho le importara.

–Rosi, vamos a la cocina a tomar algo –dijo Álvaro.

–No quiero. Quiero que encuentres a tu madre. Quiero destrozar a tu madre por todos los años que la he aguantado para que a mi hija no le faltara nada. La he perdido, Álvaro –dijo, llorando sobre su pecho.

Álvaro la abrazó con fuerza, no podía hablar. Tenía un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad. Él estaba desesperado, y sabía que era el culpable de la huida de Sami. Su bella Sami no había podido tolerar sus desprecios. Sabía que nunca lo iba a perdonar, pero no le importaba, él solo quería que apareciera.

–Rosi, ella va a volver –dijo Álvaro, sin mucha convicción.

–¿Por qué no nos presentas, Roberto? –preguntó Francisco, y bajó las

escaleras para entrar en la sala.

–Rosi, me gustaría presentarte a Francisco –dijo Roberto, Rosi se apartó de Álvaro y miró a los ojos al famoso invitado.

Francisco se quedó paralizado cuando ella se giró para mirarlo, y por unos minutos, que parecieron horas, ninguno de los dos reaccionó para darse la mano o saludarse con cortesía. Rosi rompió el silencio.

–Encantada –dijo Rosi, no solo le temblaba la voz sino la mano que había extendido para saludar al socio de Roberto.

Francisco no le devolvió el gesto.

–¡Eva! ¡Eva! –dijo Francisco aturdido, y sacudió la cabeza–. Lo siento, es que... Encantado, Rosi –dijo por fin, y le tendió la mano.

El contacto duró más tiempo del habitual. Álvaro y su padre se miraron, y los miraron a los dos. Parecían hipnotizados. No se sacaban la vista de encima y tampoco se habían soltado las manos.

–Por qué no bebemos algo –interrumpió Álvaro.

–Sí... sí –dijo Francisco cuando reaccionó.

Rosi se desprendió de su mano y caminó hacia la puerta.

–Mejor me voy –dijo ella al cabo de un rato.

–¡No! –gritó Francisco, sorprendiendo a todos por su reacción–. Quiero decir... me gustaría que habláramos. Digo... que hablemos de los lugares donde podríamos buscar a Sami.

–Después. Tengo que ubicar a Julia, mi hermana. Quizá Sami esté con ella –salió apura, y sin volver la vista–. Puede venir en media hora, señor... –dijo Rosi sin girarse a mirarlo, y se marchó.

–Francisco, llámame Francisco –dijo, sin dejar de mirarla hasta que Rosi cerró la puerta–. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Necesito un whisky –dijo Francisco mientras se mecía nervioso el cabello, y unos minutos después se desplomó en el sillón de la sala. Álvaro y Roberto lo miraban desconcertados.

–¿La conoces? –preguntó Roberto, y se acercó a los sillones donde se había desplomado Francisco. Álvaro le entregó el Whisky, y Francisco lo vació de un trago.

–¿Qué si la conozco? ¡Cuántos años han pasado! ¡Cuántos años...! Tantos que... ya había perdido la esperanza de encontrarla.

Álvaro y Roberto se miraban sin entender nada. Francisco era un hombre práctico y nunca expresaba sus emociones. Roberto sabía que nunca había tenido nada serio con ninguna mujer. Todas eran relaciones pasajeras que no le duraban más de unas cuantas salidas. Él no quería ataduras con nadie, decía siempre.

–¿De qué hablas, hombre? –preguntó Roberto, que tenía más confianza que Álvaro para indagarlo.

–Ella... Ella fue mi gran amor. ¿Qué hace acá? Creí que iba a ser modelo. Tenía dos contratos en la mano la última vez que la vi. Nunca me imaginé que seguiría en este pueblo.

–¿Por eso nunca aceptabas venir? –preguntó Roberto, asombrado por el estado en el que había quedado su amigo.

–En parte tú sabes que no soporto a tu mujer. Lo siento, Álvaro –dijo Francisco, y miró a Álvaro como disculpándose–. Pero también fue por no recorrer los lugares donde nos solíamos encontrar.

–¿Cuánto hace de todo eso? –preguntó Álvaro, que estaba teniendo ideas un poco descabelladas.

–Algo más de dieciocho años.

–¡Qué! ¡Oh, madre mía! ¡No puede ser! –dijo Álvaro, y se agarró la cabeza porque a su mente vino la imagen de Sami–. No. No puede ser. Seguro que es un error.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Francisco, que se había levantado y lo interrogaba con sus ojos–. ¡Sami! –gritó Francisco–. ¿Cuántos años tiene,

Sami?

–Ella tiene...

–No, Álvaro –advirtió Roberto a su hijo–. Es mejor que hable con Rosi –sugirió.

–Ella tiene sus mismos ojos –afirmó Álvaro a su padre.

Francisco comenzó a pasearse por la sala, y otra vez se mesaba el cabello con nerviosismo.

–¡Sami! Tan bella, tan dulce, tan inteligente... Tan cerca que la tuve –dijo, y para ser un hombre que nunca había demostrado sus emociones, hasta él mismo se sorprendió cuando sintió el escozor de las lágrimas. Tuvo que parpadear varias veces para no llorar delante de sus amigos.

–Sami es... ella es especial –dijo Álvaro, y él sí dejó escapar las lágrimas–. Es pura y generosa como Rosi. Es dulce e inocente... Tan inocente... y ahora está... está... ¿Dónde estás, Sami? –dijo Álvaro, y se acercó a la ventana sin que las lágrimas dejaran de correr por sus ojos. Él era el responsable de su desaparición.

–¿La amas, Álvaro? –preguntó Francisco, que lo miraba sorprendido al verlo llorar.

–Desde hace muchos años. Pero, como ves, he arruinado todo lo que teníamos –dijo, sin dejar de mirar la negra noche por la ventana. Pensar que su pequeña estaba sola en alguna parte lo tenía desesperado.

Sin decir nada, Álvaro salió otra vez a buscarla en el auto. Ya había recorrido las montañas y había ido varias veces al pueblo. Él no podía estar sentado esperando novedades. Necesitaba seguir buscándola, necesitaba encontrarla. No iba a parar hasta dar con ella y traerla de regreso.

–Me voy a hablar con Eva..., bueno, con Rosi –dijo Francisco a Roberto.

Roberto asintió con la cabeza y se sentó con un whisky en el

apoyabrazos del sillón. ¡Hasta dónde había llegado la maldad de su mujer para descargar su odio por Rosi en su inocente y dulce hija! Esa mujer estaba loca. Y él, ¿qué había hecho para solucionar el problema? Huir. Se había ido de la casa, sin que le importaran las consecuencias de las locuras de Magda. Él era tan responsable como ella por lo que había pasado.

Debería haberse divorciado, debería haber obligado a Rosi a renunciar. Debería haber hecho tantas cosas, pero nunca había hecho nada. Y ahora no era el momento para los lamentos. Era el momento de tomar decisiones. Y él debía tomarlas en beneficio de todos. Iba a esperar que lo llamara, y cuando supiera donde se había escondido, se iba a ir a enfrentarla.

CAPÍTULO 9

Era de noche, muy tarde, el cielo estaba de un azul profundo y la luna estaba bastante alta. Los pies le dolían de tanto caminar, y el estómago le hacía unos ruidos infernales. Había llegado a los fondos de una casa. Creía que era el patio de Jimmy, pero estaba muy oscuro y hacía cinco años que no entraba a esos fondos. No quería golpear la puerta de la casa. No quería que la obligaran a regresar. ¿Por qué Jimmy no salía al patio? Quizá no era su patio.

No sabía qué hacer. Se había ido con lo puesto, y en los bolsillos de los vaqueros no tenía dinero para salir del pueblo. Solo el documento de identidad que lo cargaba desde el día anterior, después de la discusión que había tenido con su madre. Jimmy le había dicho que tenía unos ahorros para gastar en el verano. Quizás le prestaba algo de dinero para tomarse un autobús. Jimmy haría cualquier cosa por ella. Siempre se lo había dicho. Él la quería, la valoraba, no la humillaba y nunca la despreciaría como habían hecho los Arias. Tenía que confiar en alguien. Necesitaba que alguien la ayudara a salir de esa pesadilla.

Caminó escondiéndose entre los árboles y los matorrales que crecían descuidadamente. Vio cajones llenos de botellas vacías pegados a la pared de la casa. ¡Era el patio de Jimmy! Eran las botellas que depositaban en el patio desde que ella era una niña. Se asomó a una ventana. Jimmy y sus padres cenaban frente a un televisor encendido, mirando un recital de algún roquero que ella no conocía. Siguió mirando, el padre de Jimmy comenzó a hacer

zapping, y Jimmy se levantó y salió por la puerta del frente. Sami corrió por el costado de la casa para alcanzarlo.

–Jimmy, Jimmy –susurró varias veces, pero no la escuchaba–. ¡Jimmy!
–alzó más la voz.

–¡Sami! –dijo Jimmy, y miró para todos lados.

–Acá, en el patio –dijo Sami, y se asomó apenas.

–¿Qué haces escondida tras ese árbol? –dijo Jimmy, y se acercó a ella.

–Tengo problemas y no sabía adónde ir. Necesito tu ayuda –dijo Sami temblando, de nervios, de cansancio y de hambre.

–¡Por Dios, Sami! ¿Te has peleado con Rosi? –preguntó, y la tomó por los hombros.

Sami negó con la cabeza.

–Entonces, ¿quién te ha hecho daño?

–Todos los Arias... y sus invitados –generalizó Sami, porque no tenía ganas de entrar en detalles intrascendentes.

–¿Por qué no entras a comer algo?

–¡No! –gritó Sami–. No quiero que nadie sepa dónde estoy.

–Espérame aquí –dijo Jimmy, y se metió en la casa por la puerta trasera. Encendió las luces del patio y salió con una Coca-cola y un enorme sándwich de carne y queso.

–Ten, come y luego hablamos –se sentaron sobre la gramilla crecida, con la espalda apoyada en un árbol.

Sami comió desesperada. No había probado bocado desde la mañana y solo había bebido un poco de agua del arroyo. Todavía no sabía cómo se mantenía en pie, puesto que se sentía más muerta que viva después de todo lo que había vivido.

Jimmy la tenía abrazada por el hombro, la consolaba por lo que fuera que le había pasado. Todavía no le había contado nada, pero él imaginaba que

sería algo grave para haber huido de la casa.

–¿Estás mejor? –preguntó Jimmy, y la atrajo más hacia él.

Sami asintió con la cabeza y se recostó en su pecho, buscando ese consuelo que necesitaba desde que había llegado a la casa de los Arias.

–¿Por qué no me cuentas lo que te ha pasado? –pidió Jimmy, y le frotó el hombro con las manos para que se tranquilizara.

Sami le contó todo. La forma en que ella había escuchado cómo Magda humillaba a su madre. Le contó que Magda la había echado de la casa cuando tenía doce años, y que Rosi le había suplicado de rodillas para que no la alejara de su hija. También le contó que Rosi aguantaba todas esas injusticias para que a ella no le faltara nada. y mientras hablaba sin dejar de llorar, sentía como se desgarraba por dentro con todos los recuerdos.

–¡Cómo puede haber gente así en esta época! –dijo Jimmy indignado–. Tú no tienes la culpa de lo que ha soportado Rosi. Ni siquiera lo sabías, Sami –la consoló, y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

–Le pedí a mi madre que nos fuéramos, pero ella piensa quedarse un año más. Jimmy, en estos días he soportado las cosas más horribles de mi vida.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Jimmy. Ninguno de los dos apartó la vista del otro.

–Mi mamá se enfermó y me ofrecí a colaborar en la casa. Solo quise ayudarlos a atender a unas visitas que habían llegado a la casa. Pero Magda..., ella me ha tratado como si fuera basura. Y anoche me ha pegado una cachetada –dijo Sami, que no podía dejar de derramar lágrimas.

–¿Cómo que te ha pegado? –Jimmy estaba tan furioso que apretaba los dientes.

–Anoche me dijo que yo quería a Álvaro por su dinero. Y que coqueteaba con el socio de Roberto porque era rico. Me ofendí, y la dejé

hablando sola. Quise entrar en mi casa y cerrarle la puerta en la cara por las barbaridades que creía de mí. Ella se indignó porque la dejé plantada, y se me acercó, me giró para que la mirara, y me dijo que ninguna sirvienta la dejaba plantada. Después me dio vuelta la cara de una cachetada.

–¡Hija de puta! Nosotros suponíamos que Rosi no tenía una buena vida en la casa de Magda. Pero ya sabes cómo es tu madre. Siempre con una sonrisa, como si todo fuera maravilloso –Sami tragó el nudo que tenía en la garganta al imaginar los años de mierda que había pasado su madre–. Sigue, Sami –pidió Jimmy.

–Hoy la hija del socio de Roberto y... Álvaro... me siguieron humillando –se le quebró la voz cuando pronunció el nombre de Álvaro–. Él me dijo que me quería. Me dijo que había venido al pueblo para estar conmigo. Hasta me regaló esto –Sami le mostró el corazón que tenía colgado del cuello–. Pero esta mañana llegó borracho, y dijo que había pasado toda la noche con Mariana Vidal. Los dos estaban desalineados y sucios, y ella tenía la camisa desgarrada –dijo Sami llorando. Jimmy la miraba con lástima al darse cuenta lo que había vivido–. Yo quise salir de la sala porque no podía parar de temblar, pero Álvaro me gritó que me quedara. Me dijo que las sirvientas teníamos que obedecer –contó Sami con la voz quebrada–. Me fui Jimmy, porque no pude soportar que él me tratara igual que su madre.

–Pobre Sami. Ese infeliz no te merece. Nunca te mereció. Déjame ayudarte. Tengo unos ahorros –dijo Jimmy, acariciándole las mejillas–. Sabes que siempre te he querido. Sabes que haría cualquier cosa por ti, Sami –se acercó a sus labios, y la besó tiernamente.

Sami no se opuso a su beso, tampoco lo devolvió. Ella se limitó a aceptar el consuelo que le daba Jimmy, y se sintió agradecida de poder contar con alguien que la comprendiera.

Había recurrido a su propia madre el día anterior y no la había

entendido, tampoco la había consolado. Y en ese momento se sentía sola y desprotegida, se sentía perdida, desamparada y sin nadie que le diera una palabra de aliento. Necesitaba que alguien la entendiera, que le dijera que la quería y que la iba a ayudar a alejarse de ese pueblo. No pensaba volver. Por nada del mundo iba a ver otra vez a enfrentarse a esa gente. Se iría lejos y comenzaría una vida nueva ella sola, borrando de su mente esa semana de humillaciones.

–No voy a dejar que nadie te haga daño –dijo Jimmy, la acostó en la descuidada gramilla del patio, y siguió besándola con ternura, sin hacerle daño.

Sami no se entregó, tampoco le pidió que se detuviera. No quería pensar en lo que estaba haciendo Jimmy, ni en lo que le había hecho Álvaro.

–Te deseo, siempre te he deseado –dijo Jimmy, y metió sus manos por debajo de la remera de Sami para acariciarle los senos–. Dime si quieres que me detenga.

Sami no contestó, no sabía lo que le estaba pasando. Había venido a pedir consuelo, y no tenía idea lo que se iba a llevar. Había venido a buscar a un amigo, solo quería que le prestara dinero para volverse con la tía Julia. Estaba tan aturdida que ya no podía pensar. En una semana le habían pasado más desgracias que en toda una vida.

Cerró los ojos y se sintió perdida y desamparada. Dónde había quedado su carácter, su deseo de venganza, sus sueños, sus proyectos. Estos no eran sus sueños. Trató de recordarlos mientras Jimmy hacía cosas que ella no había venido a buscar. No sentía nada, no sabía si estaba despierta o dormida. Quizás estaba muerta o desmayada.

Por su mente pasaban, como si rebobinara una película, todo lo que le había pasado en los últimos días. Una y otra vez aparecía en su cabeza la imagen de Álvaro besándose en el parque con Mariana, y las últimas palabras

de él, que la habían herido más que todos los insultos de Magda. “Las sirvientas están para obedecer”. “Las sirvientas están para obedecer”. “Las sirvientas están para obedecer”. Lloraba y rememoraba las duras palabras de Álvaro, sin poder acallar su mente. Y así estuvo evadiéndose de lo que pasaba en ese momento, porque un dolor más grande le estaba desgarrando el alma.

Así estuvo hasta que sintió un dolor desgarrador que casi la partió en dos, un dolor tan intenso que la alejó del dolor del alma y la despertó del letargo.

Sami entre lágrimas se dio cuenta de lo que le había pasado.

Jimmy no vio sus ojos húmedos, no recordó su angustia y su desesperación. Él solo estaba entregado al placer animal que estaba sintiendo, se movía rápido, entraba y salía buscando su placer, hasta que lo encontró y acabó dentro de ella con un grito de triunfo, y cuando la marea de sensaciones se alejó de él, salió de su cuerpo de un salto.

Jimmy la vio llorar, y recién allí recobró la razón.

–¡Qué he hecho! ¡Qué he hecho! –repitió Jimmy una y otra vez–. Lo siento, lo siento.

Sami se miró, tenía sangre en la entrepierna. Estaba desnuda de la cintura para abajo y con la remera subida hasta el cuello. ¿En qué momento se había sacado la ropa? ¿O era él quien se la había arrancado?, no lo recordaba. Después de un tierno beso en los labios ella perdió todo contacto con la realidad.

Se levantó como una zombi, se vistió lo más rápido que pudo, vio a Jimmy hacer lo mismo y luego caminar de un lado a otro. Ella se quedó parada sin saber que decir.

–Lo siento. No... no sé que me pasó –dijo Jimmy, se acercó a Sami y la agarró con brusquedad por los hombros–. ¡Dime algo! ¡Insúltame, pégame, denúnciame por violación! –gritó Jimmy.

Ella derramaba lágrimas, parecía que era lo único que podía hacer desde que había llegado al pueblo. Tragó saliva, y trató de pensar con la poca cabeza que le quedaba.

–Llévame a otro pueblo y dame algo de dinero para que pueda irme – dijo Sami sin mirarlo.

–¿Eso es todo lo que tienes para decir? ¡Después de lo que te he hecho! ¡Me he comportado peor que todos ellos juntos! –dijo Jimmy furioso.

–Solo quiero dinero y que me lleves a otro pueblo. Si no puedes hacer eso por mí, me iré caminando –dijo Sami, que a los tumbos salía del patio rumbo a la calle.

–Espera, ya vengo –dijo Jimmy, y desapareció dentro de la casa.

Volvió a los pocos minutos con un montón de billetes y las llaves de la camioneta.

–Esto es por lo que te hice –dijo Jimmy, y le entregó el dinero.

¿Le estaba pagando? Sami lo miró con desprecio, odio, indignación y hasta lástima. Al lado de las humillaciones de los Arias, lo que él acababa de hacerle nunca se lo podría perdonar. Jimmy le había robado la virginidad aprovechándose de su dolor, y ahora le pagaba con un fajo de billetes. ¡Le pagaba por el abuso!

Agarró el dinero y se alejó por la calle sin volver la vista.

–Espera que te llevo al pueblo del lado para que tomes el autobús – dijo Jimmy, se acercó y la tomó de un brazo para que retenerla.

–No me toques. Nunca más me pongas una mano encima. No quiero que me lleves a ningún lado, con esto –dijo, golpeando el dinero en la palma de la mano– puedo tomarme un taxi –su voz era tan falta de emociones, que Jimmy dio un paso atrás.

–¡Tú no te negaste! ¡No me pediste que me detenga! –dijo Jimmy, tratando de aliviar sus culpas.

Sami lo ignoró y se marchó.

CAPÍTULO 10

Rosi estaba de pie frente a la ventana, no podía tragar ni un vaso de agua, no podía hacer nada que no fuera preocuparse. Pensar en Sami le comprimía el corazón.

Además de lo que estaba sufriendo por la desaparición de su hija, acababa de enterarse que Francisco Vidal, el millonario dueño de Construcciones del Sur, era Franco, el padre de su hija.

Los dos se habían reconocido apenas se miraron, y ambos se habían quedado petrificados.

Rosi lo esperaba, ya había pasado media hora, y sabía que no iba a tardar en aparecer. Si había visto a Sami, él ya estaría sacando la acertada deducción de que era su hija, puesto que tenía sus mismos ojos azules con destellos lila. ¿Qué le iba a decir? Rosi era demasiado honesta para mentir. Tanto él como Sami tenían derecho de conocerse.

–Eva –escuchó la voz de Franco en la puerta. Francisco, se recordó, se llama Francisco.

–Pasa –dijo Rosi, y se alejó de la ventana para recibirlo–. ¿Quieres beber algo? –dijo, y señaló unas pocas botellas que había en un rincón.

–Cerveza –dijo él, y al recordar a Sami sonrió. “¿Quiere una cerveza, señor? Perdón, un whisky, coñac...”–. Sami lo primero que me ofreció cuando me conoció fue una cerveza –aclaró Francisco.

Rosi tembló, y bajó la vista para no enfrentarse con su mirada. Él ya lo sabía, ya se había dado cuenta de que Sami era su hija.

–Voy a fijarme si Sami ha dejado alguna. A ella le encanta –dijo Rosi, lo miró furtivamente y caminó a la cocina.

Él la siguió, corrió una silla y se sentó. Rosi sacó dos latas de la nevera, le tendió una y se sentó frente a él.

–Con Sami la tomamos en la cocina. –aclaró Francisco. Ella lo miró por encima de la lata, y le sonrió.

–Veo que no has participado en las humillaciones que le han hecho a Sami en la casa de los Arias.

–En parte, sí –aclaró, y Rosi vio el dolor en sus ojos–. Todos hemos actuado mal al permitirle a Magda el trato de mierda que le daba –dijo, giró la lata en sus manos y no le apartó la mirada.

–Tonterías. A Magda nadie puede detenerla. Sami sabe distinguir.

–Pues hoy estaba furiosa conmigo. Me trató como a un felpudo.

–¡De veras! –dijo Rosi, y le sonrió–. Quizá te lo merecías.

–Seguro que sí. Lo que más me dolió fue que le acaricié la mejilla y me dijo que no la tocara, que ella no era de esas sirvientas que cumplen con todos los deseos de sus patrones. Creyó que la estaba acosando. Y la verdad es que yo me sentí como un *padre* que acaricia a su *hija* –remarcó las palabras padre e hija, y miró a Rosi.

–¿Qué quieres saber? –dijo Rosi, entrando directamente en el asunto.

–¿Quién es el padre de Sami? –preguntó Francisco, y la miró a los ojos.

–Nunca pude decirle a Sami quién era su padre. Solo le pude contar que ella había heredado sus ojos, sus hoyuelos, su mirada y su inteligencia. Le conté que había heredado lo más lindo de él –Rosi le sonrió, y derramó una lágrima mientras le contaba cómo había tratado de materializarlo para su hija–. Siempre ha sido muy curiosa, y cuándo cumplió trece años le saqué todas las dudas contándole lo poco que sabía de su padre. Le dije que fue un

romance de verano, y que un día él desapareció del pueblo sin dejar rastros – dijo Rosi sin reprocharle nada. Cuantas veces se había preguntado por qué se había ido así, tan de repente y sin despedirse. Francisco la miraba con los ojos llenos de lágrimas. Ella siguió su relato—. Le conté que él no conocía mi domicilio, y que yo lo iba a esperar al hotel donde se alojaba. Hotel Los Troncos, en el pueblo Los Arroyos, a diez kilómetros de acá. ¿Lo conoces?

–Nunca lo he podido olvidar. Sigue, Eva –dijo Francisco sin sacarle los ojos de encima.

–No hay mucho más. Solo que un día fui a buscarlo y ya se había ido – dijo ella, y lo miró con ternura—. Nunca le guarde rencor por lo que hizo, porque me regaló lo más preciado que he tenido en mi vida. Me regaló una hija hermosa, dulce, agradable e inteligente. ¿Qué más le podía pedir a la vida? –sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas, pero su sonrisa seguía instalada en su rostro.

–Mi hija. Es mi hija –dijo emocionado, se fregó los ojos antes de seguir hablando—. Gracias, Eva, creí que no me lo ibas a querer decir. Cuando la vi sentí algo especial por ella. Y me quedé sorprendido cuando vi sus ojos. Son iguales a los míos, y se lo dije, pero ella no le dio importancia a mi comentario. Y tiene mis hoyuelos, me dije cuando ella me sonrió –dijo Francisco, contando sus descubrimientos.

–Me alegro de que hayan podido conversar. Hubiera sido muy difícil que te aceptara si tú también la hubieras humillado. Ella es muy orgullosa.

–Tuvimos una conversación hermosa. Hablamos de cómo hice mi fortuna y ella me contó sus sueños.

–¡En serio! Sami es muy reservada para contar sus sueños.

–Yo le conté como logré los míos. Me dijo que escribe, y cuando le pregunté si escribía como Magda, me contestó: “No, por Dios, a mí me sale mejor” –Francisco se rio al recordar. Rosi también se rio de los comentarios

de su hija.

Se miraron, estudiándose, Rosi le sonrió y él vio en esa sonrisa la misma que había visto dieciocho años atrás. Más madura, más precavida, pero tan hermosa como la Eva que él recordaba.

–Eva, no me fui huyendo. Te dejé una carta con el conserje del hotel. Allí te ponía mi nombre, mi teléfono y mi domicilio en Brasil. También te explicaba el accidente que había ocurrido en uno de los complejos hoteleros que estábamos construyendo en el Norte de Brasil. ¿Nadie te entregó mi carta?

–No, nadie me la entregó. Cuando fui por la mañana supe que te habías ido la noche anterior. Podríamos olvidarnos del pasado –sugirió Rosi.

–¡No! –dijo de forma terminante. Se levantó de la silla y comenzó a pasearse nervioso–. Maldición ¿Cómo voy a olvidar que la nota que dejé no te fue entregada? ¿Cómo voy a olvidar que el conserje me juró que te la iba a entregar personalmente? –se sentó en la silla y se masajeó el pelo–. No volví a buscarte porque recordaba los dos contratos que tenías en tus manos. Te ibas en dos semanas, Eva. Tenías un contrato para ir en Buenos Aires y otro para ir a Uruguay. Estabas desesperada por irte del pueblo y todavía no habías decidido cuál propuesta te convenía más. ¿Lo recuerdas?

–Sí, lo recuerdo. Como vez, no acepté ninguno. Estaba embarazada, Fran, de Sami –aclaró Rosi.

–¿Lo sabías cuanto todavía estaba acá? –preguntó intrigado.

–Lo suponía, tenía un atraso de una semana –confesó Rosi.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Éramos dos nombres, Eva y Franco. Nada más que eso, Fran. Era una relación de verano sin ataduras, sin reproches, sin compromisos. ¿Lo recuerdas? Además, no era un atraso de mucho tiempo –aclaró.

–Deberías habérmelo dicho –dijo Francisco consternado. ¿Cómo habrían sido de distintas sus vidas si Eva le hubiera contado de su embarazo!

Dieciocho años pensando en ella. Imaginándola casada y con hijos. Pero no. El destino los había separado y ninguno de los dos pudo rehacer sus vidas.

Rosi sonrió, y le tomó la mano en un gesto amistoso. No quería pensar en nada que no fuera Sami.

–No es el momento de hablar del pasado, Fran. Nuestra hija se ha ido y ella... ella es tan inocente –le aclaró–. Es ingenua, y cree que todo el mundo es bueno.

–Tienes Razón. Dime dónde puedo buscarla.

–No lo sé. He llamado a mi hermana, pero no está con ella. –dijo Rosi, y dejó que las lágrimas se deslizaran por su rostro. Francisco rodeó la mesa, la levantó de la silla y la abrazó con tanta fuerza que le cortó el aire.

–No llores, por favor. Si quieres ya mismo salimos a buscarla –dijo Francisco, y le acarició el cabello.

–Ella me advirtió de que se iba a ir –confesó Rosi, y lloró sintiéndose culpable de haber ignorado el dolor de su hija.

–¿Qué dices? –preguntó Francisco, le rodeó las mejillas con sus manos y la miró a los ojos.

–Anoche me pidió que nos fuéramos. Y yo no... yo no le presté atención. Me dijo que si no renunciaba, ella se iría para siempre –dijo sin poder dejar de llorar–. No le creí. Me convencí de que era una de sus peleas con Álvaro. Pero ella se ha ido para que no tenga más motivos para quedarme. Magda la odia, porque ella y Álvaro se quieren, y la debe haber tratado muy mal. La separó de mi lado cuando mi niña tenía doce años. Me la quitó porque los vio a los dos de la mano.

–Esa maldita mujer, es una... una víbora venenosa que no tiene una virtud –dijo Francisco indignado.

–Lo sé. Hace dieciocho años que la conozco –dijo Rosi. Dieciocho años recibiendo sus insultos, sirviéndola como si fuera su esclava y

conociendo todos los amantes que tenía. Sabía pelo y señal de Magda y nunca la había delatado. Roberto era una buena persona y era su amigo, pero nunca quiso inmiscuirse en la vida de sus patrones.

Francisco la volvió a abrazar, y Rosi lloró acurrucada en sus brazos. Él sentía una inmensa paz al tenerla en sus brazos. Hubiera querido decirle cuántos años llevaba extrañándola y recordándola, pero ese no era el momento. Ellos tenían que unir sus fuerzas para encontrar a Sami. Haber encontrado a la mujer que quiso toda la vida y tener una hermosa hija con ella, era un milagro para él.

–Me voy a quedar contigo –dijo Francisco, y le besó la frente. Ella se alejó de su pecho y lo miró preocupada–. Solo para acompañarte, aunque creo que deberíamos avisar a la policía.

–¡No! Ella está bien. La policía no tiene a qué venir. Ella está bien, Fran –dijo Rosi, y Francisco pudo ver la desesperación en sus ojos. Y él deseó creer en sus palabras–. Dime que no le ha pasado nada. Júrame que no le ha pasado nada a Sami.

–No le ha pasado nada, Eva. Nosotros la vamos a encontrar –la tranquilizó, y la rodeó en sus brazos.

Media hora más tarde Álvaro entró en la casa de Rosi. Se lo veía cansado y con los hombros encorvados. Tenía la camisa fuera de los vaqueros y el pelo enmarañado. Rosi se acercó a él.

–He vuelto a recorrer el pueblo. Nadie la ha visto –dijo Álvaro, se desplomó en el sillón y se frotó con las dos manos la cara–. Es culpa mía, Rosi. Se fue por mi culpa, maldición, por mi culpa –repitió.

Rosi se sentó junto a él y lo atrajo a sus brazos para calmarlo. Por más que intentara no hablarlo, no podía. Ella lo había criado desde los cuatro años y lo adoraba.

–¿Has preguntado a sus amigas? –preguntó Rosi.

–Sí. Hace varios días que no saben nada de ella. ¿Crees que mi madre le ha hecho daño? –preguntó Álvaro, y miró a Rosi. Ya no sabía quién era su madre. Quizá su maldad no era solo verbal. Quizá la había hecho desaparecer. Álvaro había estado a punto de ir a la comisaria a denunciarla, pero luego recapacitó y decidió hablar primero con Rosi. Ella era la persona que más conocía a Magda, y él no quería actuar de forma impulsiva.

–¿Por qué piensas eso? –preguntó Rosi, intercambiando miradas de preocupación con Francisco.

–Ya no sé quién es mi madre. A ti siempre te trató como a una amiga.

Rosi le sonrió, y caminó hacia la ventana. La noche era de un azul oscuro y la luna iluminaba todo el parque. Se giró y miró a Álvaro.

–Fuimos amigas de jóvenes, o eso creía yo. Luego me confesó que había sufrido mucho por mi culpa. Según ella le arruiné la juventud –dijo Rosi, y miró seria a Álvaro.

–¡Tú, que no le haces daño a nadie! No se me ocurre que pudiste haberle hecho –Álvaro la miraba sorprendido. Si había una mujer incapaz de hacer daño a alguien en el mundo, esa era Rosi.

–Logré sin darme cuenta ser popular en el pueblo. Todas las chicas querían ser amigas mías, y todos los chicos querían salir conmigo. Le dolió tanto no ser ella el centro de todas las miradas, que me odió. Lleva años vengándose por lo que ella cree que le hice.

Álvaro la miraba asombrado. No podía creer que durante tantos años hubiera sido tan ciego.

–¡Por Dios! –dijo Francisco sin poder creer lo que escuchaba—. ¿Por qué no te fuiste? ¿Por qué no aceptaste la propuesta de Roberto?

–¿Qué sabes tú de eso? –preguntó Rosi.

–Roberto una vez me habló del tema. Me pidió un trabajo para una amiga.

Rosi sonrió al darse cuenta que distinta habría sido la vida de su hija si ella hubiera aceptado esa propuesta. Ella se había quedado allí para que a Sami no le faltara nada. Si hubiera renunciado, Sami habría conocido a su padre, y él le habría dado no solo un buen pasar económico sino todo el amor que su hija merecía.

Miró con preocupación a Álvaro. Él había salido a la galería y estaba sentado en los escalones mirando el piso. Sintió lástima por él. En una noche había perdido a Sami y se había enterado de quién era su madre. Se acercó a él, se sentó a su lado y lo rodeó en un abrazo.

–No tienes la culpa. Tú no lo sabías.

–Debí darme cuenta. Tendría que haberte defendido. Tendría que haberla enfrentado –levantó la vista, y la miró a los ojos–. Dieciocho años, Rosi. Vengándose durante... dieciocho años porque tú siempre has sido mejor persona que ella –dijo Álvaro, y la apretó entre sus brazos–. Dime que ella no le ha hecho daño a Sami. Dime, por favor, que no es tan mala –suplicó con la voz entrecortada.

–Ella no es tan mala. Simplemente no quiere a Sami para ti, y eso es todo –con esa confesión, Álvaro se enteró del motivo por el que Rosi le había pedido que no se acercara a su hija.

–Por ella no he podido estar cerca de Sami –dijo furioso, y se levantó del escalón–. ¡Maldita, mil veces maldita! Si hubiera sabido que era ella la que me quería lejos, nunca habría respetado tus decisiones –dijo Álvaro, y Rosi vio que había odio en su mirada. Ella sintió pena por él.

Francisco le entregó una cerveza para que se relajara, Álvaro cogió la lata y se quedó mirando el vacío.

–Estamos perdiendo el tiempo. ¿Con quién hablaste en el pueblo, Álvaro? –preguntó Francisco, apoyado el marco de la puerta.

–Con todas las amigas. Fui otra vez a la terminal, a la parada de taxis.

No sé si tenía dinero para irse. ¡Rosi! –dijo Álvaro.

–No tenía. Ya revisé su bolso. Se ha llevado solo el documento. ¡Jimmy! ¿Hablaste con Jimmy? Ella lo ha visto dos veces desde que llegó – recordó Rosi.

Álvaro salió corriendo de la casa y se subió al coche. ¿Cómo no se le había ocurrido ir a ver al pelmazo de Jimmy? El flacucho era muy capaz de tenerla escondida. Álvaro sabía que estaba esperando el fracaso de su relación con Sami para lanzar el zarpazo, porque Jimmy era un carroñero. Las pocas veces que había venido al pueblo, el tonto de Jimmy le lanzaba un cuestionario completo: “¿Cómo está Sami? ¿Todavía se ven? Avísame cuando ya no te interese, que yo nunca voy a dejar de esperarla”. Jimmy la tenía, se dijo indignado.

CAPÍTULO 11

Era medianoche, el calor era agobiante y el pueblo estaba abarrotado de personas que caminaban por la plaza, se agolpaban en la heladería y desbordaban los bares. Álvaro había pasado por la casa de Jimmy, y su padre le había dicho que había salido hacía más de una hora en la camioneta. El chico no tenía por costumbre decir adónde iba ni a qué hora volvía.

Álvaro ya lo había buscado por todos los bares y había recorrido varias veces las calles del pueblo, parándose en cada grupo de jóvenes para preguntar por él. Nadie lo había visto. Álvaro cada vez se convencía más de que el pelmazo estaba con su Sami.

Había visto pasar el auto de alquiler de Francisco, y Rosi iba sentada en el asiento del acompañante. Álvaro se había parado en medio de la calle y les había hecho seña para llamar su atención, pero ellos solo miraban a los lados buscando a Sami.

Su padre pasó despacio con la camioneta Toyota en dirección a la terminal, y Álvaro pudo ver que Mariana iba sentada a su lado, con el entrecejo y los labios fruncidos. Álvaro sintió ganas de vomitar al recordar la noche anterior. Cerró los ojos y rememoró toda la mierda de aquel fatídico día.

Mariana lo había provocado durante todo el paseo que Magda lo había obligado a hacer con ella para que conociera un poco del lugar. Mientras él

manejaba, ella le había acariciado el brazo y le había rozado la nuca. Parecía una gata en celos, pero él se había mantenido tieso, rogando que su silencio le hiciera comprender que no le interesaban sus indirectas. Ella en lugar captar su mensaje, le había puesto la mano en el muslo y lo había acariciado arriba y abajo, y Álvaro, a pesar de no querer saber nada de ella, sintió como se le endurecía el miembro. Maldijo en silencio por su reacción instintiva. Él debería estar con Sami. Debería haber mandado a la mierda a Magda, que lo había puesto en esta situación con esa mujer que solo quería tirársele encima.

Durante todo el tedioso paseo había logrado mantenerse imperturbable. Por suerte, por la tarde ya estaban regresando, pero a Mariana se le antojó detenerse para mirar el atardecer rojo que había en el cielo. Álvaro estaba ansioso por volver para encontrarse con Sami, pero no quiso ser descortés y decidió parar al borde de la carretera para darle con el gusto.

La vio alejarse por el campo, y él se fue caminando para el lado contrario, obligándose a pensar en Sami para olvidar las provocaciones de Mariana.

¿Cómo estaría su hermosa mujercita después de tantas horas de ausencia, sabiendo que él se había ido con Mariana? Apenas regresara iría corriendo a buscarla a la casa de Rosi. Pensaba llenarla de besos y acariciarle todo cuerpo hasta que estallara en un orgasmo que la haría derretirse en sus brazos. Sabía que al principio se iba a resistir, inclusive ella le daría unos cuantos golpes en el pecho mientras le recriminaba su ausencia, pero cuando él con sus caricias la llevara al límite, ella se olvidaría de su furia y se entregaría ansiosa al placer. ¡Cuánto le habría gustado tenerla en ese momento en sus brazos! Pero en su lugar estaba soportando a la hija de Francisco, que lo único que quería era desnudarse y tirársele encima. Y él no era de palo, maldición, no era de palo.

Álvaro se dio cuenta que se había alejado demasiado y regresó para

ver si Mariana ya se había hartado de mirar el atardecer. Venía bajando la colina cuando la vio tendida sobre una manta blanca y con un whisky en la mano. ¿De dónde lo habría sacado?, maldición, esa mujer había venido preparada para más. Álvaro apretó los dientes. Ella se había sacado las sandalias, pero lo preocupante era que la blusa de seda transparente dejaba ver sus pechos, y él pudo ver tirado sobre los pajonales el sujetador de encaje.

Mariana tenía la respiración agitada, y él se contuvo de soltar un gruñido de frustración. Ella estaba más caliente que una braza, y él en un grave problema, puesto que le estaba costando bastante mantener la distancia con semejantes provocaciones.

—Te tengo una mala noticia —dijo Mariana, y se giró hacia un costado. Con ese movimiento uno de sus pechos quedó al descubierto, y Álvaro apretó los puños—. Has pisado algo filoso, porque se te han reventado dos neumáticos.

Álvaro se agachó para ver los daños y maldijo en todos los idiomas que conocía. Los dos neumáticos del lado del acompañante estaban destruidos. Parecía que le habían dado con el filo de un cuchillo. Nervioso se mesó el cabello y buscó el móvil que tenía en el bolsillo. ¡No tenía señal!, pensó desesperado, y dio un puñetazo al aire mientras subía la colina corriendo. Quería salir de allí, ya no aguantaba más las provocaciones de Mariana. Después de todo era un hombre, con el mismo instinto animal que cualquier otro. ¿Quién podía resistir tanto? Él estaba tan excitado que en cualquier momento iba a estallar sin haberse sacado los pantalones.

Llegó a la cima de la loma jadeando, y el maldito celular seguía sin señal. Bajó a pasos furiosos, lo tiró con brusquedad dentro del coche y cuando se asomó donde ella se había recostado, se quedó tieso como un poste. Los pantalones de seda y la tanga de encaje de Mariana habían corrido la misma suerte que el sujetador, y estaban tirados sobre los pajonales. Ella tenía unas

medias negras sujetas con ligas y la camisa blanca dejaba a la vista sus pechos, con los pezones duro como piedra. La muy maldita había levantado las rodillas y tenía las piernas separadas, a la espera de la invasión. Y él, maldición, él podía ver su sexo en todo su esplendor.

Álvaro la miró con ojos de depredador. Nunca nadie se le había ofrecido de forma tan descarada. Su sexo aprisionado en los pantalones pedía a gritos ser liberado. Caminó a toda prisa y se abalanzó sobre ella. Con una sola mano le arrancó todos los botones de la blusa y mamó sus pechos, lamiendo, chupando y mordiendo. Y con la otra se ocupó en su sexo, acariciando desesperado los lugares sensibles. Mariana jadeó y gritó desesperada, se movía a un ritmo descontrolado y se apretaba a él para provocar su pene erecto.

Álvaro se quitó toda la ropa, y los dos se revolcaron, girando a un lado y otro, se tocaron con un apetito animal intentando alcanzar el cielo, aunque Álvaro no tuvo dudas que él llegaría al infierno. No hubo besos tiernos, no hubo caricias dulces ni miradas amorosas. Solo sed, sed que necesitaban saciar, sed que hacía beber a borbotones. Él la penetró con violencia, y gimieron juntos hasta alcanzar la liberación.

Saciado el deseo, a Álvaro lo invadió la angustia y la preocupación. Pensó en su dulce Sami, la dueña de su corazón, y se tuvo que tomar varios vasos de whisky para olvidarla y seguir montándose a la yegua que tenía al lado. A la mañana siguiente, no sabía cuánto había bebido ni cuántas veces se había metido en el cuerpo de Mariana. Solo sabía que estaba embotado de alcohol y sexo.

Álvaro abrió los ojos y volvió al presente. Recordar aquello lo mareó, le dio náuseas, y a los tumbos regresó a su coche.

Nunca había actuado así con una mujer. Pero Mariana no era una mujer,

era una puta profesional, una ninfómana, pero nada de eso justificaba sus acciones. Nada de eso servía. Él era tan culpable como ella porque no había sabido contenerse.

Se metió en el automóvil y apoyó la cabeza en el volante, tratando de recuperarse de ese recuerdo que odiaría toda su vida.

–Hijo... Álvaro –dijo Roberto, y palmeó el hombro de su hijo–. ¿Qué tienes?

–¿Qué tengo? Tengo ganas de estrangular a alguien. Quiero que desaparezca el día de ayer. Estoy desesperado –dijo sin levantar la vista del volante–. No voy a pasar un minuto más al lado de la hija de Francisco. Quiero encontrar a Sami y llevármela lejos.

Roberto rodeó el auto y se sentó del lado del acompañante. Le contó a su hijo que Francisco y Mariana habían tenido una discusión terrible. Francisco le había gritado que era una inútil arrogante, y Mariana le había contestado que él era un hombre ordinario y vulgar. Le dijo que durante una hora los dos se habían lanzado tantos insultos que eso se había parecido a la final de Wimbledon. Eso último hizo sonreír a Álvaro. Roberto se alegró de verlo más animado y se animó a contar hasta el mínimo detalle.

–Mariana dijo que tú prácticamente la habías violado.

Álvaro abrió los ojos horrorizado.

–¿Qué harías tú si vuelves de la colina con el móvil sin señal para contactar una puta grúa, y te encuentras a una puta mujer en medias negras sujetas a unas ligas de encaje y con una blusa de seda transparente? ¿Qué harías si esa mujer está desnuda de la cintura para abajo, con las rodillas flexionadas y las piernas abiertas? –preguntó Álvaro furioso.

Roberto lo miró asombrado, y se le escapó una sonrisa con la descripción. Los empleados de la empresa decían a espaldas de Francisco que su hija era una mujer ligera de cascos. Él nunca la había juzgado aunque sabía

que tenía pocos escrúpulos, pero jamás se había imaginado que era tan descarada. Y esa descarada había provocado un drama. Roberto supuso que pocos hombres habrían sabido contenerse con semejante invitación, él mismo habría perdido el control y hasta se habría olvidado que era la hija de su amigo, pensó.

–No sé qué te causa esa sonrisa –dijo Álvaro enojado.

–Es de nervios que me sonreí. Estoy enojado con lo que ha pasado. Al parecer Mariana es así, porque Francisco le acaba de decir que tanto ella como la madre lo único que saben hacer es desnudarse y abrirse de piernas.

–¡Dios mío! ¿Tan puta es? –preguntó Álvaro horrorizado. Suspiró aliviado al recordar que la maldita no había dejado ni una vez de entregarle el preservativo.

–Así parece. Su padre, lleno de dolor, me contó que la ha visto desnuda en la playa teniendo relaciones sexuales con un hombre mucho mayor que ella. Francisco no sabe qué hacer con su hija.

Roberto le contó que la pelea entre padre e hija siguió hasta que Mariana le dijo a Francisco que él no sabía lo que era el amor.

–Lo puso furioso, Álvaro. Pensé que la iba a golpear, pero él la miró a los ojos y le confesó que el amor de su vida era Rosi, y que Sami era su hija. Mariana se puso histérica y le dijo que ella nunca iba a ser hermana de una sirvienta –contó Roberto angustiado–. Nunca he visto a Francisco en ese estado de locura. La chica subió corriendo las escaleras y Francisco la siguió, se metió en su cuarto para decirle que ya no tendría a su disposición el departamento que le había dado. También le aclaró que si quería dinero tenía un puesto de secretaria en un hotel de México, porque él ya no pensaba darle ni una moneda. Le dijo que desapareciera de su vista, que él no quería verla más.

–¿Se fue? –preguntó Álvaro, y se recostó en el asiento del coche. Lo

lamentaba por Francisco, que debía estar sufriendo por todo lo que había pasado, pero él se sentía aliviado de sacarse a esa maldita provocadora de encima.

–Quedó sorprendida y desconcertada. No lo podía creer, hijo. Francisco le había dado todo, y de golpe se lo estaba quitando porque había encontrado a esas sirvientas, según lo que pensaba ella. Después de que se cansó de insultar al padre, me comentó que se volvía con la madre. La dejé en la terminal. No sé cuánto va a durar. Bueno, ese ya no es problema nuestro – dijo Roberto reflexionando en voz alta.

Álvaro sonrió, su padre era un hombre compasivo y comprensivo, y siempre sufría como propios los problemas de los demás.

Roberto estaba más relajado, porque por unos minutos había conseguido distraerlo de la desaparición de Sami.

–Vamos a ver a Rosi –dijo Álvaro, volviendo a su estado de preocupación.

–¿Ubicaste a Jimmy Marton? –preguntó Roberto mientras salía del auto.

–No, él y Sami no están por ningún lado –dijo Álvaro furioso.

–Es un buen chico –lo tranquilizó Roberto–. Ve tú a ver a Rosi. Yo quiero recorrer la ruta de nuevo.

–Solo no, papá. Busquemos a Rosi para saber si la encontró y después vamos juntos –sugirió Álvaro, ya era la una de la madrugada y temía que su padre se durmiera en el camino. Demasiados problemas tenían para agregar un accidente en la ruta. Además, Álvaro no había dicho nada, pero cada vez estaba más convencido de que Sami había persuadido al inútil de Jimmy para que la llevara de regreso a la ciudad.

Rosi y Francisco habían regresado a la casa después de recorrer varios kilómetros de la ruta, pero no habían encontrado a Sami. En la terminal

de los pueblos cercanos tampoco estaba, y no había tomado un taxi desde el pueblo. El servicio contaba con diez unidades y ya habían hablado con todos los choferes. Nadie había llevado a una jovencita de dieciocho años lejos del pueblo.

Rosi estaba en la cocina y limpiaba frenéticamente todo lo que se cruzaba a su paso, y Francisco caminaba desesperado por la sala. Quería actuar cuanto antes. Al principio había estado convencido de que ella volvería cerca de medianoche, pero ya eran la una y media de la madrugada y no tenían novedades. Nadie la había visto, nadie la había llevado. ¿Dónde carajo estaba su hija? Si hubiera sido Mariana, él no estaría preocupado, porque su hija mayor era una rebelde sin causa que desaparecía sin avisar y aparecía cuando se había cansado del novio de turno. Él había pasado muchas noches sin dormir esperando a Mariana, hasta que por fin se habituó a su descontrolada forma de ser. Francisco nunca había podido darle un consejo porque ella no lo aceptaba, y al final le dio un departamento cuando cumplió los diecinueve años y dejó de desvelarse por ella. Ahora que rondaba los veinte, Mariana ya se había independizado por completo y solo la veía cuando se le acababa el dinero.

Pero Sami era diferente. Rosi la había educado con límites, y ella todavía conservaba en la mirada la pureza y la inocencia de una niña. Quería gritar en el pueblo que su hija había desaparecido para que todos ayudaran a buscarla. Quería avisar a la policía, y contratar un servicio de detectives privados. Pero no podía pasar por sobre las decisiones de Rosi, que se había empeinado en esperar. Rosi estaba convencida de que su hija estaba bien. O quizá se quería convencer de que ella estaba bien para no perder las esperanzas.

A las dos de la mañana la tensión en la casa de Rosi ya era insoportable. Álvaro, Francisco y Roberto no apartaban la vista del teléfono, y

Rosi se había levantado más de diez veces para preparar algo para tomar. Ninguno hablaba demasiado, cada uno estaba inmerso en sus pensamientos. Álvaro se levantaba a cada rato del sillón, se metía en el cuarto de Sami y maldecía en soledad. Él era el culpable, y recostado en su cama dejaba correr las lágrimas que se negaba a derramar en la sala.

Francisco estaba gastando las baldosas de tanto pasearse por la sala, y Roberto era el único que se mantenía sentado en el sillón, pero no dejaba de agitar las rodillas con nerviosismo. Los tres hombres querían avisar a la policía, pero Rosi les había prohibido actuar sin consultarla, y ella seguía empeñada en esperar un poco más. Y esperaron, sin paciencia y con los nervios a flor de piel. Quizá ese fue el error.

CAPÍTULO 12

Estaba en un hotel chiquito y bastante abandonado, a unos kilómetros de Los Sauces. Eran las dos y cuarto de la mañana y acababa de registrarse. El conserje, un hombre calvo, panzón y de mirada amistosa, no le pidió los documentos. Quizá porque Sami había entrado con paso firme, la mirada altiva y sobre todo con los billetes en la mano para pagar la habitación por adelantado.

La habitación era pequeña, con muebles deteriorados, pero estaba limpia. Por una pequeña ventana con cortinas floreadas se veía la calle principal. Todo el pueblo estaba dormido, solo unos cuantos jóvenes bulliciosos se hallaban sentados en el cordón de la vereda con latas de cervezas en las manos. Sami los miraba reír. ¿De qué reirían? ¿Cuánto tiempo les iba a durar la diversión? Deberían saber que en un abrir y cerrar de ojos todos los colores del arcoíris se podían convertir en negro.

Cerró la cortina lentamente y se quitó toda la ropa. Quería sacarse las manos de Jimmy de su cuerpo. Inclusive se habría arrancado la piel si alguien le hubiera asegurado que le iba a devolver su virginidad.

Se metió en el pequeño baño y dejó caer el agua de la ducha sobre su cuerpo. Sintió como las gotas comenzaban a mezclarse con sus lágrimas. La angustia daba paso a la furia, y otra vez volvía a sentir angustia. Era como si tuviera un revoltijo de emociones que no podía controlar. Por momentos lloraba desconsolada, y en otros se fregaba enérgicamente el cuerpo para

quitarse las marcas de Jimmy. Pero por más que se lavara, supo lo sucedido no saldría nunca de su cabeza.

Desesperada se sentó en el piso de la ducha, escondió la cabeza entre las rodillas y lloró hasta que el agua helada le entumeció todos los músculos. Se le había arrugado la piel y temblaba de frío, y agradeció tener sensaciones porque eso le permitía saber que todavía estaba viva. Cogió la toalla y se secó con violencia.

–¡Cálmate... cálmate! Piensa, Sami, piensa –se dijo una y otra vez mientras caminaba desnuda por la habitación.

Se sentó en un sillón pequeño y deshilachado y miró el teléfono. Tenía que llamar a Rosi si no quería tener a la mañana siguiente a la policía buscándola.

–Solo a Rosi... Solo a Rosi –se dijo para colgar si otro que no fuera su madre atendía el puto teléfono. Ya se imaginaba a todos sentados frente al aparato esperando su llamado, y sonrió con burla, con odio, con tristeza, con todo el desconcierto y las emociones que la embargaban en ese momento. Quizá, se habían dado cuenta de todo lo que había pasado, de lo que ella había sufrido todos esos días. Quizá se lamentaban. Pero ya era tarde para los lamentos y disculpas, se dijo.

Ella los había visto pasar por la ruta. Incluso había visto la camioneta de Roberto en la terminal. Y había visto a Álvaro en la parada de taxis. Tuvo que salir del pueblo caminando y recorrer la ruta, escondiéndose entre los pajonales y los espinillos cada vez que se acercaba un coche. Jimmy había pasado tres veces para cada lado de la ruta, y Roberto..., ya había perdido la cuenta porque él iba y venía. Hasta vio a Rosi en un Peugeot 206 de color rojo, que manejaba Francisco Vidal, los vio porque llevaban las luces interiores del coche encendida.

Sonrió irónicamente cuando pasaban por la ruta, porque quizá ellos

creían que al verlos ella saldría corriendo para que la socorrieran. ¿Acaso no sabían que ella no quería que la socorrieran? La pobre y dulce Sami, la inocente Sami, perdida y llorando por su madre, debían pensar todos.

¡No!, esa ya no era ella. En cuatro días la dulzura y la inocencia habían desaparecido de su vida. Ahora iba a ser otra Sami. La dura, resistente e inquebrantable Sami. La que se llevara el mundo por delante; y si no podía, que el mundo se la llevara puesta a ella. Ya no le importaba.

Marcó el número de teléfono de su madre, decidida a hablar solo unas pocas palabras.

El teléfono sonó en casa de Rosi. Todos se miraron, pero fue Álvaro quien se abalanzó sobre el aparato y lo levantó.

–¡Hola! –dijo Álvaro desesperado. Rosi lo miró con el ceño fruncido, y negó con la cabeza–. ¡Habla, maldita seas! –gritó, pero de inmediato sintió un clic del otro lado–. ¡Es ella, es ella! ¡Me cortó! –caminó hacia la puerta meciéndose el pelo. No hubo necesidad que nadie le hiciera un reproche. Él sabía que había cometido un error.

–Ya va a volver a llamar –dijo Rosi, tocándole el hombro para calmarlo.

–¡Insúltame, maldíceme, pero no me consueles! –le gritó Álvaro–. ¿Por qué carajo tienes que ser tan bondadosa? –dijo, y la apretó en un abrazo que le cortó el aire–. Lo siento, Rosi. Lo siento tanto.

Rosi miró a Álvaro, y le sonrió. Sabía que de los cuatro, él era quien se sentía más culpable. En estas últimas horas Rosi había corroborado el amor que Álvaro sentía por su hija. Él maldecía, lloraba, iba y venía con el coche, rompía y pateaba lo que se le cruzaba por el camino, y volvía a maldecir y llorar. Rosi nunca lo había visto así, y ni ella ni Roberto habían logrado calmarlo. Solo Francisco había obrado el milagro cuando lo invitó a recorrer

la ruta. Le había pedido que le hablara de Sami, que le hiciera conocer anécdotas de su vida; y la tormenta que se había desatado en la cabeza de Álvaro había logrado calmarse.

El teléfono sonó de nuevo. Sin decir palabra, Rosi se acercó al aparato y lo levantó.

–¿Sami, eres tú, hija? –preguntó Rosi con voz serena. Todos la rodeaban, y ella estaba sentada muy tiesa en el sillón esperando la respuesta.

–Si mamá. Escúchame –pero Rosi se puso tan ansiosa que no pudo escuchar.

–Vuelve cariño, por favor no me hagas esto. Estamos desesperados. ¿Dónde estás? ¿Con quién? ¿De dónde has sacado dinero para marcharte? –dijo Rosi de forma atolondrada y sin dejar espacio para que Sami hablara.

Sami le colgó, y se desplomó en el sillón de la habitación. Seguía desnuda, descalza y sin haberse pasado el peine por su revuelta cabellera. Se sentía tan perdida y angustiada, que no sabía cómo iba a salir adelante.

Se levantó del sillón y fue al baño, había visto un peine de carey que le faltaban unos dientes. Lo agarró y se lo pasó enérgicamente por el cabello, como si en lugar de desenredar los nudos quisiera arrancarse todo el cabello. Después regresó a la habitación y se recostó en la cama con el aparato sobre el vientre. Estaba helado, y se le puso la piel de gallina. Mejor, se dijo, porque le gustaba que otras sensaciones dolorosas borrarán aquel recuerdo maldito. Había decidido esperar diez minutos para que Rosi recapacitara y entendiera que era ella la única que iba a hablar.

Tenía frío y seguía desnuda, pero no iba a ponerse la ropa que Jimmy le había arrancado. No quería usar nunca más la tanga y el sostén que él le había quitado. Prefería estar desnuda y limpia antes que usar lo que Jimmy había tocado con sus manos asquerosas.

Miró la mesita de noche, y el reloj redondo seguía con su incansable

tictac. Ya habían pasado quince minutos y volvió a llamar.

En la casa de Rosi, Francisco y Roberto habían aleccionado a Rosi. Álvaro no abría la boca. Ya habían metido la pata los dos, y sabía que no podía dar una opinión objetiva. Él se había sentado en una silla y tenía la mano en el teléfono, porque ni bien Rosi levantara el tubo en la sala él levantaría el de la cocina. No iba a hablar, ya le había jurado cien veces a Rosi que no iba a hablar. Solo quería escucharla, corroborar si estaba bien, si se le quebraba la voz, si dejaba escapar un suspiro o un insulto. Quería descubrir su estado de ánimo, quería saber si pensaba volver, quería..., Ni él sabía lo que quería, lo único que sabía era que tenía que escuchar cada palabra de Sami, cada inflexión de su voz para luego analizarla en soledad.

–Solo escúchala, Eva. Eres capaz de comprender a todos menos a Sami –dijo Francisco sacudiéndola por los hombros. Había sido duro con ella, pero en el poco tiempo que hacía que se habían encontrado, se dio cuenta que con la única que se mostraba inflexible era con Sami. El amor y la desesperación por tenerla junto a ella la traicionaban–. Sami no quiere que le digas lo que tiene que hacer, quiere que aceptes sus decisiones.

–Porque no hablas tú que eres tan inteligente. ¿Cómo quieres que le diga a mi hija que me parece bien que se vaya sola? ¿Cómo voy a aceptar que no quiera verme? ¡Por Dios! ¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer? –gritó Rosi.

–Su padre –contestó Francisco. Debería haberse callado, pero Rosi no entraba en razón y él quería hacerla reaccionar. Si volvía a interrogar a Sami, corrían el riesgo de que ella no se comunicara más–. Si no estás dispuesta a escucharla sin más, voy a atender yo –le dijo con firmeza.

–No estoy dispuesta. Resuélvelo tú, que eres su padre –dijo Rosi furiosa, y salió de la sala. Se detuvo en la galería y sin darse vuelta le dijo–.

Quiero a mi hija de vuelta. Es tu responsabilidad que ella regrese –y se perdió en el parque.

–Maldición –dijo Francisco, y se agarró la cabeza–. ¿Cómo carajo voy a traerla de regreso?

–No es fácil ser padre –dijo Roberto, y arqueó las cejas. Rosi, la dulce y tierna Rosi, acababa de perder los estribos, primero con su hija y luego con Francisco, a quién le había puesto un cuchillo en la yugular.

Sonó nuevamente el teléfono, y los tres hombres se sobresaltaron. Roberto le pidió que no le dijera que era el padre. Francisco asintió con la cabeza, miró a Álvaro, y los dos levantaron el aparato al mismo tiempo.

–Habla Francisco Vidal –dijo con voz firme–. Tu madre no está en condiciones de hablar.

Sami se levantó de un salto de la cama. Eso no se lo esperaba, y caminó con el teléfono apretado contra su cuerpo. No sabía qué hacer. ¿Por qué ese hombre tenía que meterse en un asunto que no le correspondía?

–Mira Sami, si no quieres hablar conmigo, puedes hacerlo con Roberto o con Álvaro.

–¡No! –gritó Sami apenas escuchó el nombre de Álvaro–. Con él no. No tengo nada que hablar con ustedes.

–Entonces, no nos dejas más opción que hacer la denuncia de tu desaparición. Salvo que estés dispuesta a hablar con alguno de nosotros –dijo con suficiente autoridad para dejarla muda por unos minutos.

Rosi había vuelto, y estaba apoyada en el marco de la puerta mordiéndose las uñas.

–¿Quién es usted para meterse en mis asuntos? ¿Por qué no cuida de su hija y me deja en paz? –a Francisco se le endurecieron los gestos, Álvaro lo miraba desde la cocina con preocupación. Un error de Francisco y Sami no se iba a comunicar más.

–Ya me ocupé de ella. Debería haberle dado una buena paliza antes de mandarla con su madre. Mañana por la noche voy a llamarla para saber si ha llegado bien a España –le dijo serio, él no iba a cometer errores, ya eran demasiados con los de Álvaro y Rosi.

–¿Qué tiene mi madre? –dijo Sami con preocupación.

–No puede mantener la lengua quieta. Eso es todo –dijo Francisco, y sonrió por primera vez porque ella estaba bien y preocupada por su mamá–. Y creo que tú, no tienes ganas de escuchar sus sermones.

–No... no quiero que nadie me diga lo que tengo que hacer –se le quebró la voz– No voy a volver. Necesito estar sola –dijo llorando–. Necesito pensar.

–Eso mismo hago yo cuando el mundo se me viene encima –dijo Francisco, tenía la garganta estrangulada al sentirla llorar, pero no permitió que se le alterara el tono de voz–. Dime Sami, ¿cómo piensas vivir? Rosi me dijo que no tenías dinero.

Álvaro tenía una cerveza en la mano y bebía para ahogar las penas.

–Alguien me sacó del apuro –contestó Sami entre risas y lágrimas.

Álvaro se levantó de un salto de la silla. Si no hubiera sido porque Roberto estaba a su lado para tapan con sus manos el auricular, hubiera arruinado todo. Se volvió a sentar, y apretando los dientes para contenerse siguió escuchando. En realidad todos apretaban los dientes para contenerse.

–Un amigo, quizá –sugirió Francisco, manteniendo la serenidad, aunque tenía el puño apretado con tanta fuerza en el aparato que parecía que en cualquier momento se iba a quebrar en la mano.

–Ya no se sabe quien es amigo y quien enemigo –dijo Sami entre burlas y llanto, se sentó en la cama y se mordió nerviosa el labio inferior. Sabía que estaba hablando de más, pero con Francisco le había pasado eso desde que lo había conocido. Él la hacía confesar cosas que nunca decía–. Por favor, no le

diga a mi madre esto último. No sé qué tiene usted que me hace hablar. Me hubiera gustado tener un padre así –dijo Sami con voz temblorosa.

Francisco derramaba lágrimas silenciosas, pero todavía encontraba la fortaleza suficiente para que no se le quebrara la voz.

–Podríamos adoptarnos –sugirió Francisco, y se desplomó en el sillón para intentar serenarse.

–Usted... usted ya tiene una hija –contestó Sami con voz temblorosa. Ya quería acabar porque no quería seguir sintiéndose débil frente a ese extraño que la engatusaba con sus palabras.

–Podría tener dos. Siempre quise tener más hijos –dijo frotándose los ojos. Dios, nunca se imaginó que iban a llegar a este punto de la conversación.

Sami lloraba en el auricular y sorbía por la nariz. Se sentía demasiado triste y decidió que ya era momento de acabar, porque no quería dejar ver todo el dolor que se había apoderado de ella.

–Dígale a Rosi que estoy bien, que necesito estar sola. La voy a volver a llamar en unos días. El viernes a las nueve de la noche –dijo Sami, y cortó. Se tiró boca abajo en la cama y lloró.

–¡Me colgó! –dijo Francisco mirando a Rosi. Se acercó a ella y la abrazó.

–¿Cómo está? ¿Cuándo vuelve?

Álvaro se acercó a Rosi, todavía tenía los dientes apretados y los puños cerrados.

–Sami... Ella no va a volver por ahora –dijo Álvaro. Francisco lo miró inquisitivamente, y Álvaro se calló alejándose por la galería.

–¿Qué me están ocultando? ¡Álvaro, te ordeno que vuelvas! –gritó Rosi.

Álvaro regresó con la vista clavada en el piso pero no abrió la boca.

Fue Francisco quien le contó todo lo que habían hablado. Que Sami lloraba en el teléfono. Que alguien le había prestado algo de dinero. Y se le quebró la voz cuando le contó que ella le había dicho que le hubiera gustado que él fuera su padre. Y por último, le dijo que no iba a volver, por ahora, pero le dijo el día y la hora en que Sami volvería a llamarla para que Rosi se quedara tranquila. Francisco evitó contarle lo que a él y a Álvaro los había preocupado. “Ya no sé quién es amigo y quién es enemigo”, había dicho Sami entre burlas y llantos, y esas palabras a Francisco le hicieron brillar los ojos.

–No hay más que lo que te ha contado Francisco –dijo Álvaro, y se fue de la casa.

Álvaro salió decidido a encontrar al amigo o enemigo que le había dado el dinero para que se fuera. Aunque no tendría que buscar mucho. Él ya sabía quién era. Solo quería averiguar qué le había hecho para que ella les hubiera respondido de esa manera.

Llegó al bar más concurrido del pueblo a las tres de la mañana. Los viejos y los niños habían desaparecido del pueblo. Solo quedaba gente joven riendo y emborrachándose. Se sentó en una mesa que le brindaba una panorámica del local. Su objetivo no estaba. El muy cobarde, seguro que se estaba escondiendo. Se concentró en la entrada, mientras miraba y bebía alternativamente.

La noche era clara, la luna llena iluminaba todos los rincones donde no llegaba la luz de las farolas. Conversó distraídamente con uno que otro amigo que pasaba mientras esperaba, pero su presa no llegaba.

Cuando estaba a punto de desistir, apareció Jimmy tambaleándose entre las mesas. Álvaro se acercó a zancadas a él, lo arrastró hasta su mesa y de un empujón lo sentó. No podía descubrir si el chico estaba más asustado que borracho. Fuera lo que fuera no estaba en condiciones de razonar.

–¿Dónde está Sami? –dijo Álvaro, y apoyó los codos en la mesa para

acercarse a él e intimidarlo. Tenía las mandíbulas apretadas y los ojos fijos llenos de ira clavados en el pelmazo.

Jimmy se removió nervioso en la silla y desvió la mirada al piso.

–Noo... seee –dijo con voz arrastrada–. Ella... ella... –se le caía la cabeza adelante y a los lados, y Álvaro supo había bebido tanto que no debía saber ni su nombre. Jimmy se empezó a reír descontrolado y unos minutos después se puso a llorar como un bebé.

Álvaro se dio cuenta que no iba a sacar nada en concreto de ese borracho que había perdido la razón. Se fue a la barra y pidió un café doble y bien cargado. Estuvo más de media hora tratando de espabilarlo. Soportó sus risas, sus llantos y hasta la vomitada sobre sus zapatos, pero no logró sacarle ni una palabra de Sami. Ni siquiera pudo enterarse si era él quién le había facilitado el dinero.

Volvió a la casa grande, cansado, angustiado y desesperado por las injusticias que había tenido que soportar su pequeña y dulce Sami. Y él había sido el responsable de su huida. En ese momento habría querido ser Dios para retroceder el tiempo hasta el momento en que los dos estuvieron solos en el autobús y llevársela lejos de todos, pero estaba lejos de serlo.

Se acostó en el sillón de la sala, y recordó su timidez, su vergüenza, su sonrisa y hasta su furia cuando él se rio de ella. Y con el primer pensamiento agradable del día se durmió.

CAPÍTULO 13

El sol entraba a raudales por la ventana del altillo donde Sami vivía desde hacía un mes. Los árboles se mecían por el viento y las ramas golpeaban contra el vidrio. Afuera los pájaros trinaban alborotados. Adentro, Sami intentaba dormir con un antifaz en los ojos. Plutón, el perro callejero que había acogido como mascota y dormía al pie de la cama, le lamía los dedos.

–Basta, Plutón. ¡Vete ya! –lo retó, sin incorporarse de la cama.

Plutón levantó las orejas, se acercó y le ladró en el oído. Era hora de hacer sus cositas y su dueña seguía despatarrada en la cama.

–Me tienes cansada, perro –dijo Sami, y se levantó de la cama–. Apenas te recogí de la calle eras un siervo y ahora pretendes convertirte en el amo –le abrió la puerta.

Plutón salió echó una exhalación escaleras abajo. Se paró en la puerta de calle agitando la cola y sacó la lengua sin dejar de mirarla. Sami bajaba las escaleras a paso lento.

–Guauuuu –gritó para que se apurara.

–Maldito, perro –dijo Sami, y se apresuró a bajar las escaleras. Ni bien le abrió la puerta, Plutón salió escupido directo al árbol que Abigail tenía delante de la casa. Le orinó todas las petunias que lo rodeaban y contorsionándose se fue a pasear por el vecindario.

Sami pensó que iba a tener que volver a reponerle las flores a su arrendataria y patrona. Rio, y se fue nuevamente al altillo para seguir

durmiendo.

Hacía tres meses que Sami se había ido de la casa de su madre. No volvió a ver a Rosi, pero siempre se comunicaban por teléfono. El primer mes fue muy duro, porque su madre no dejaba de llorar, pero de a poco se fue calmando y se acostumbró a que su pichona ya era un gorrión que había levantado vuelo. Sami la extrañaba a mares, pero no ganaba lo suficiente para traerla con ella, tampoco había conseguido el trabajo que su madre había soñado para ella. Rosi siempre había querido que ella estudiara y consiguiera sus logros literarios. Pero bueno, no todos los sueños se hacían realidad, Sami lo sabía bien.

El dinero que Jimmy le había pagado por quitarle la virginidad le había durado dos meses. Durante ese tiempo, Sami se había cansado de golpear puertas para conseguir un trabajo, y se dio cuenta que sus ambiciones eran mayores que su experiencia. También descubrió que la suerte no estaba de su lado. ¿Cuándo lo había estado?

Primero intentó conseguir un empleo de secretaria. Pero como le fue mal, decidió probar con un empleo de vendedora, y tampoco tuvo suerte. Al final terminó por conformarse con un empleo de niñera, y ni eso consiguió.

Pero una tarde, mientras miraba a unos niños jugar en el parque, Abigail se sentó a su lado. La mujer tenía unos cuarenta y cinco años y un cuerpo demasiado exuberante. Vestía una solera negra de licra ajustada, unas sandalias de taco y montones de collares, pulseras y anillos, y a Sami todo en ella le pareció exagerado.

–Hola, muchacha linda – dijo Abigail, y se sentó junto a Sami–. Tengo el presentimiento de que la vida no te está tratando bien.

–Qué sabrá usted –contestó Sami con indiferencia. No la miró. En esos meses había perdido la dulzura y la gentileza... Había perdido todo, y se había convertido en una mujer fría y despectiva.

–Una chica sola en un parque es algo extraño. Supongo que no tienes a donde ir.

–Por supuesto que tengo a donde ir –dijo Sami, y se alejó lo más que pudo del banco que ocupaban las dos.

–Ni qué comer. Ni dinero para comprar algo decente –siguió Abigail sacando deducciones. Extrajo de una bolsa de papel un enorme sándwich de jamón y queso y dos latas de Coca-cola.

El orgullo era lo único que Sami no había perdido en ese tiempo. Estaba muerta de hambre. Hacía dos días que no probaba bocado. Pero no iba a ceder a una mujer con pinta de prostituta.

–No es cierto. Usted qué puede saber de mí –dijo furiosa, y se levantó para irse.

–No mucho. Sé que hace dos días que estás sentada en el parque. No te he visto comer, y sospecho que no tienes donde dormir. Tengo un trabajo –dijo Abigail para intentar retenerla.

–No gracias. Busco algo digno –contestó Sami para que se dejara de importunarla. Prefería ir a limpiar casas antes que prostituirse. ¡Qué bajo había caído! Pensar que ella era Sami, la dulce hija de Rosi, la estudiante que se graduó con honores en el instituto. La que tendría que estar cursando su primer año de la carrera de letras en la universidad. Pero ahora estaba sin qué comer y a punto de terminar durmiendo bajo un puente. Si supiera Rosi lo bajo que había caído su pequeña, se moriría de pena.

–Mira, preciosa, un trabajo digno depende de ti –dijo Abigail, y le tendió la mitad del sándwich que había traído.

Sami la miró seria. ¿Qué opciones tenía?, no tienes ninguna opción, estúpida. ¡No tienes ninguna!, repitió su mente a gritos.

Las dos hablaron más de media hora. Abigail le contó que tenía un bar nocturno, y su trabajo consistía en servir las mesas con una sonrisa en los

labios. Nadie la iba a molestar para servicios sexuales. Para conseguir su interés le contó que los clientes dejaban generosas propinas con los que ella lograría un segundo sueldo, sin necesidad de trabajar más horas.

Sami no estaba muy convencida, pero no tenía diez ofertas de trabajo esperándola a la vuelta de la esquina. No había tenido ni una oferta, y aceptó.

Además de trabajo, consiguió alojamiento para ella y su perro callejero en la buhardilla de la casa de Abigail.

Su comienzo no fue nada fácil. Sami iba temerosa a servir a los clientes, porque tenía terror que le tocaran el trasero, o le dieran dinero bajo la mesa para llevársela a algún motel cuando terminara su turno. Pero nada de eso le había pasado.

Eran tres las camareras que servían las mesas, y las chicas la pusieron al corriente de cómo funcionaba el bar. Había prostitutas, pero estaban en un salón diferente, donde ellas no entraban. En el bar solo había gente de negocio, que se reunía por las noches a beber y divertirse con los espectáculos de tango que se brindaban en el local. Incluso en algunas ocasiones había visto mujeres en las mesas, que se divertían igual que los hombres.

Sami trabajaba todas las noches hasta las cinco de la mañana y dormía hasta el mediodía. Las tardes eran suyas y salía a correr por el parque o caminaba por el centro mirando tiendas.

Eran las cinco de la tarde, y Sami corría con Plutón por los bosques de Palermo en la ciudad de Buenos Aires. A las seis ya estaban de regreso, ella transpirada, y Plutón venía con la lengua afuera. Sami lo dejó en el jardín de la casa con un delicioso balde de agua fresca, y se fue al altillo a ducharse y prepararse para la noche. Le faltaba una hora para ir a trabajar, y decidió aprovechar el tiempo para hablar con Rosi.

Marcó el número de la casita, y como nadie le contestó marcó el número de la cocina de Magda. En todo ese tiempo su madre no se había ido

de esa casa. Por momentos Sami sentía lástima por Rosi, pero la mayoría de las veces sentía una enorme indignación. Ni siquiera el haber perdido a su hija la había alejado de esa víbora.

–¡Diga! –dijo Rosi en un susurro. Se la notaba cansada.

–Mamá, soy Sami. ¿Qué tienes? –Sami se preocupó al sentirle la voz.

–¡Sami, cariño! ¿Cómo estás preciosa? ¡Mi niña querida! –gritó Rosi llena de alegría–. Cuéntame que estás haciendo.

–Mejor cuéntame tú. Te siento cansada. ¿Qué tienes, Rosi?

–Estoy agotada, hija. Hace una semana que no paro de empaquetar cosas. Por fin han vendido la casa –dijo Rosi, y se desplomó en la silla para descansar mientras conversaban–. Estaba desesperada porque tú no llamabas. Tengo que desocupar la casita en dos días.

–¿Cómo que han vendido la casa? ¿Y Magda? ¿Acaso no te quedaste por la víbora? –preguntó Sami desconcertada. Se llevó el teléfono a la banqueta que tenía junto a la ventana. Ella la llamaba seguido, pero le había prohibido a su madre que mencionara a los Arias. ¡Y en ese momento se estaba enterando que habían vendido la casa! No lo podía creer. ¿Cómo estaría de furiosa Magda con esa decisión?

–Hija, Roberto se separó de Magda hace tres meses. La dejó cuando te fuiste. Creo que ella vive en Buenos Aires. Bueno, eso me dijo Álvaro, aunque él tampoco la ve. Solo me he quedado en la casa hasta que la vendieran. Lo siento, Sami, quise irme cuando te fuiste, pero no pude dejar a Roberto con este problema. Él tiene muchas responsabilidades en Brasil y..., yo me ofrecí a hacerle este favor.

–¿De qué estás hablando, mamá? –dijo Sami, y miró hacia el jardín. Plutón ladraba como loco a su ventana para que lo dejara entrar. Perro del demonio, masculló entre diente. Siempre tan inoportuno, pensó y se concentró en Rosi que seguía hablando por el aparato.

–No sabes la que se armó en esta casa. Álvaro casi mandó al hospital a su madre con la paliza que le dio cuándo la muy zorra apareció dos días después de que te fueras, hija. Entre Roberto y yo no lo podíamos sujetar. Francisco lo hizo entrar en razón.

Sami se quedó muda. Los momentos vividos en aquella casa y la gente que vivía allí le traían recuerdos tan dolorosos que no había querido saber nada de ellos. Ella había cambiado toda su vida y estaba encontrando la paz que había perdido. Y justo cuando se sentía más recuperada, volvían como fantasmas todos esos nombres a romper su precaria estabilidad.

Se tocó el pecho, y apretó en su mano la cadenita que tenía alrededor del cuello. Todavía no había encontrado la fuerza para arrancarla de un tirón y arrojarla en alguna alcantarilla. Era una etapa de su vida que aún no se animaba a cerrar. *Sami y Álvaro*, decía el corazoncito que él le había regalado.

Mi corazón ya tiene dueña, le había dicho en el autobús.

¿Por qué no la traes para que esa chica que tienes que pasear no se haga ilusiones contigo?, le había sugerido ella.

La traigo, había contestado Álvaro.

¡Dios!, cuántos recuerdos que Sami quería borrar. Pero allí estaban, luego de tres meses, tan vivos como si todo hubiera pasado hacía apenas unas horas.

Mi corazón ya tiene dueña.

Esos recuerdos estaban a punto de quebrar sus defensas. No podía respirar, y sentía como si le estuvieran estrujando la garganta. Así había quedado después de aquella pesadilla, llena de terrores que le quitaban hasta el aire para respirar.

–Sami, Sami –escuchó como a lo lejos la voz de Rosi–. Sami.

–Mamá, tengo que ir trabajar –dijo sin pensarlo, y contuvo a duras

penas el nudo que se le había formado en la garganta.

–¿Cómo es que vas a trabajar a esta hora? –dijo Rosi preocupada.

–Me escapé de la tienda y tengo que regresar antes que cierren –se corrigió para que Rosi no sospechara. Lo que menos se imaginaba Rosi era que su pichona servía copas en un bar nocturno. Sami le había dicho que era empleada de una tienda de ropas a doble turno, porque a su madre eso la mantenía tranquila.

–Sami, anota el número que te dicto para que nos comuniquemos –pidió Rosi desesperada.

–Mañana te hablo al mediodía, llego tarde –dijo Sami, y colgó.

Sami se paseaba por la habitación como una leona enjaulada. ¡Habían vendido la casa! ¡Ningún Arias regresaría a Los Sauces! La vida que habían tenido allá solo quedaría en los recuerdos, también se quedaría allá esa semana llena de tristeza que ella venía cargando como podía sobre sus hombros.

–¡Dios mío! No quiero saber de ellos, no quiero que me persigan. Necesito olvidar –dijo Sami en voz alta, mientras seguía caminando por su habitación. Estaba desesperada y se le cortaba la respiración–. No puedo ir así a trabajar. No, hoy no –repitió mientras seguía caminando y conteniendo las lágrimas. Tenía que pensar en una excusa válida para darle a Abigail. Pero esa mujer era tan inteligente que no se tragaba sus mentiras. Abigail hasta el día de hoy seguía insistiendo para que le contara sus problemas. Sami había logrado esquivar el tema, pero no por mucho tiempo más. Abigail quería hacer las veces de psicóloga y no pensaba dejar de insistir.

Bajó corriendo las escaleras, le abrió la puerta al perro y se fue a buscar a su jefa. Abigail estaba sentada en la mesa de la cocina con una taza de té en la mano. Sami había quedado parada en el marco de la puerta, exhibiendo toda la tristeza que la embargaba desde que había escuchado los

comentarios de su madre. Le temblaban las manos que tenía aprisionada tras la espalda, y no podía contener el movimiento nervioso en el labio inferior.

–¿Quieres? –dijo Abigail, levantó la taza y la miró asombrada. Esa chica estaba al borde de las lágrimas, se dijo.

–No. Necesito quedarme en casa. Solo por esta noche, Abigail.

–¿Qué tienes? –dijo Abigail, y se levantó de la silla para ponerle la mano en la frente.

–Es que... es que hoy no voy a poder sonreír, me siento descompuesta –dijo Sami sin mirarla, se sentó y encerró en su mano la cadenita que colgaba de su cuello. Era igual a Rosi, no sabía mentir, por eso tenía que agachar la cabeza.

Abigail se puso las manos en la cintura y largó una carcajada.

–Tú estás tan enferma de amor como yo. Vamos, prepárate que nos vamos.

–¿Qué has querido decir? –dijo Sami, y la miró sorprendida.

–Preciosa, nadie se deja una cadenita en el pecho cuando el amor se ha acabado. Mira –dijo, y sacó de entre sus enormes tetas un corazón con dos nombres “Danilo, Abigail”–. Todavía lo espero, y ya han pasado varios años.

Sami la miró asombrada. Nunca se hubiera imaginado a Abigail, tan decidida y segura, sufriendo por el amor de un hombre. Y por primera vez desde que salió de aquel hotel donde lloró su odio, su dolor y su tristeza, se permitió derramar nuevamente unas lágrimas silenciosas. Abigail se acercó a ella y la tomó en sus brazos por un instante tan escaso que ni siquiera le sirvió de consuelo, luego se separó y le habló con voz firme y sin pisca de emoción.

–Llora que hace bien, pero que no se te corra demasiado el maquillaje. Hoy no puedo prescindir de ti. Lo siento, pero van a venir unos empresarios muy importantes y necesito a mi empleada más linda –dijo Abigail, se giró y desapareció de la cocina.

Abigail tuvo que encerrarse en su habitación porque no pudo contener las lágrimas por sus lejanos recuerdos.

Durante dos días seguidos ella había visto a Sami en el parque, sola y tan perdida que se sintió identificada con la joven. Porque veinticinco años atrás ella también había estado sola en el mundo, sin trabajo y sin dinero. Ella siempre había sido una mujer fuerte y luchadora, y a pesar de eso creyó que se iba a morir de hambre, de frío y de angustia. ¡Cómo se habría sentido Sami, que de solo mirarla se notaba que no era una joven abandonada! Abigail creía que Sami tenía una familia que la esperaba, pero hasta el momento no había podido hacerla hablar para saber el motivo por el que se había fugado de su casa. Hoy había averiguado algo de ella. Ese corazoncito, que no se lo sacaba ni para bañarse, era un recuerdo de un amor perdido.

Rio con amargura al descubrir cuánto se parecían sus vidas. Ella también tenía un viejo amor que había perdido y encontrado, y vuelto a perder. Pero ella lo iba a recuperar, estaba decidida, solo tenía que hacer entender a su hombre, que tenía una mente de mosquito, que su bar era un trabajo tan digno como cualquier otro. El bar de prostitutas del salón del fondo era de su hermanastro, que se había apiadado de ella y le había dado una mano en el pasado. Ella nunca entraba en terreno ajeno, ni permitía que sus chicas lo hicieran. Él lo sabía y lo respetaba. Pero la verdad era que su hermanastro, con su burdel, le había quitado toda la clientela femenina, y solo unas pocas mujeres, que no tenían tantos escrúpulos, se arriesgaban a meterse en La Casa de Tangos de Madame Abigail, o “La Casona” como la llamaban sus clientes, para disfrutar del espectáculo que ofrecían cada noche.

Abigail y sus tres chicas llegaban a las nueve, La Casa de Tangos abría sus puertas al público a las diez, pero el salón estaba lleno de empleados desde las cinco de la tarde. Preparaban un menú variado para satisfacer el

paladar de la selecta clientela que recibían todas las noches. El bar solo permanecía cerrado los lunes. El resto de la semana trabajaba a pleno hasta la madrugada.

Era un enorme salón con amplios ventanales cubiertos por cortinas de raso rojo. Las pocas paredes de estuco gris estaban adornadas con fotos de parejas que bailaban sensualmente el tango. El local estaba iluminado por farolas con lámparas amarillas que le daban al lugar una delicada intimidad. Todo el mobiliario, mesas, sillas y la extensa barra, eran de madera de algarrobo, y los manteles ocres hacían juego con las cortinas. Las mesas estaban adornadas por floreros de terracota que tenían rosas rojas y blancas, naturales y frescas; y en cada una había un candelabro con tres velas amarillas encendidas. Esa era toda la decoración. Rústica pero bella.

Sami no se cansaba de admirar el estilo que le había dado Abigail a su casa de tango. En el tiempo que estaba allí había observado el elevado nivel social de la clientela de Abigail, y el respeto y la amistad que esa gente adinerada tenía para con su anfitriona.

–¡Chicas, llegó una nueva noche! –repitió Abigail lo que decía todas las noches, con ese entusiasmo que sabía transmitirle a ellas. Las tres empleadas vestían de rojo y se paraban en la barra esperando la entrada de la clientela. Cada una podía elegir su ropa, solo había una condición, el color. Abigail por lo general usaba ropa negra, pero sus compañeras de trabajo le habían comentado que en contadas ocasiones lucía prendas de colores llamativos, y esos días se la veía muy alegre.

Hoy Sami dejó volar su imaginación y supuso que quizá su Danilo estaba entre los clientes, puesto Abigail esa noche estaba vestida de celeste, llevaba pocas joyas y su estado de ánimo era exultante. La miró, sonrió tímidamente y agachó la cabeza.

–¿Qué te pasa, nena? –preguntó Abigail, acercándose a Sami.

–¿Por qué te vestiste de celeste? ¿Danilo? –preguntó Sami, y la miró con esa chispa especial en ojos azules, chispa que había desaparecido aquella noche que nunca podría olvidar.

Abigail arqueó sus perfectas cejas y se fue caminando con su típico contorno de caderas. No le contestó, pero soltó una carcajada. Sacó la traba de la puerta, se giró y la miró con su rostro radiante de alegría.

–Además de hermosa, eres muy inteligente para sacar deducciones – dijo Abigail con la mano en el picaporte, se giró y comenzó a saludar a los clientes que aguardaban afuera.

La noche había comenzado. La orquesta de tango sonaba al fondo del salón en un escenario elevado a un metro de altura del piso. Solo instrumental hasta las doce de la noche, hora en la que subía al escenario Cacho Novera, que deleitaba a todos con su voz gruesa y arrabalera. Él era el cantante de la casa de Abigail. Era una delicia escucharlo, y Sami ya se había aprendido varias de sus letras. Los viernes y sábados venían dos parejas de bailarines, y entre cortes y quebradas se quedaban danzando provocativamente al ritmo de la música hasta que el amanecer despuntaba en el cielo.

Abigail se acercó caminando para organizar a sus chicas.

–Hoy hay cambios. Sami a la izquierda y Karen al centro. Rita queda en su puesto –ordenó Abigail, sin dar motivo de quejas.

–¿Por qué el cambio? Me siento cómoda al medio –dijo Sami preocupada.

Abigail la tomó de un brazo y la alejó de Karen.

–Porque eres la más bonita, y en el sector izquierdo tengo reserva para unos clientes importantes. No se lo digas a Karen para que no se sienta mal.

Sami asintió con la cabeza, y las tres tomaron las cartas y se fueron a atender las mesas.

Todo marchaba sobre ruedas, las chicas tomaban los pedidos y

atendían con gracia y elegancia a los clientes. Sami seguía siendo la más cohibida, se notaba que ese trabajo no era para ella. No se le daba bien tener que servir a gente rica, pero lo hacía todas las noches con su mejor sonrisa. Tenía que cuidar el trabajo que había conseguido, y se sentía en deuda con Abigail por todo lo que había hecho por ella. La había sacado prácticamente de la calle, le había ofrecido un trabajo y una casa decente donde vivir.

Una persona que no la conocía había sido más comprensiva con ella que las personas de su más absoluta confianza, y eso Sami nunca podría olvidarlo.

La música y las conversaciones llenaban de ruido el salón. Las tres camareras iban y venían sin descanso de mesa en mesa atendiendo a los clientes. Cada una atendía diez mesas, y la noche era corta para cumplir con eficiencia con todos los pedidos.

–Sami, mesa seis. Esmérate. Son ellos, siete hombres –dijo Abigail cerca de su oído.

Sami le sonrió y salió con las siete cartas en la mano. Cuando iba llegando, se paró en seco a cinco metros de la mesa.

Álvaro, Francisco Vidal y Roberto, con cuatro hombres más, todos vestidos de impecables trajes oscuros y camisa blanca, conversaban y reían en la mesa seis. A Sami se le paró el corazón.

CAPÍTULO 14

Petrificada. Sami estaba petrificada en el medio del salón.

“Esmérate” le había dicho Abigail. ¡Cómo si fuera fácil! Las piernas le temblaban como gelatina, y el corazón se le iba a salir del pecho. Y lo más grave era que tenía un nudo en la garganta que no le permitiría hablar.

–¿Qué tienes? –dijo Abigail, que ya se había percatado de que su empleada más bonita se había quedado paralizada en medio del salón–. ¿Los conoces?

Sami negó con la cabeza, pero su cuerpo y su mirada la delataban. Ella creía que en cualquier momento se iba a caer desmayada en el salón.

–Cámbiame con Rita, por favor, –le suplicó con palabras y con la mirada.

–Sabes que no puedo cambiarles las mesas a mitad de la noche. Avanza y relájate –dijo Abigail, y comenzó a caminar con ella–. Yo te sigo.

–¡Francisco Vidal, cuántos meses sin verte! ¿Cómo estás Roberto? ¡Dani, es un placer tenerte en nuestra casa! –saludó Abigail a sus clientes más preciados de la noche.

Ni Francisco ni Roberto devolvieron el saludo a Abigail. Los dos se quedaron mirándola en ella. Roberto estaba con la boca abierta y Francisco se levantó de un salto.

–¡Sami! ¡Oh, Sami! ¡Gracias al cielo que te hemos encontrado! –dijo Francisco exaltado. Se acercó a ella y la abrazó–. ¡No sabes cómo te hemos buscado! –su voz era ronca, como si no pudiera contener la emoción.

Sami no reaccionaba, estaba demasiado aturdida con lo que le estaba pasando. Ni en un millón de años se imaginó encontrarse allí con los tres.

–Sami, cariño –dijo Roberto, y se acercó a ella–. ¿Estás bien, preciosa? –Roberto le rodeó las mejillas para enfrentarle la mirada, y Francisco la seguía abrazando por el hombro.

Sami asintió con la cabeza, no podía hablar. Esto no era lo que ella quería. Había querido desaparecer de sus vidas, pero ahora los tenía a todos acechándola. Se atrevió a mirar a Álvaro. Él no decía nada y tampoco se levantó de la silla. Estaba sentado impasible, pero tenía sus ojos grises tormentosos clavados en ella, unos ojos asesinos llenos de odio o desprecio, cual cazador paciente esperando matar a su presa.

Ella no era su presa, ella era la víctima en toda esa historia que le arruinó la vida. Él era el culpable, pensó Sami, pero no encontró la voz para decirle esas palabras que quería gritar.

–¡Putá! –dijo Álvaro a los gritos. Todos en el salón lo escucharon y se giraron a mirarlos. Francisco y Roberto lo miraron indignados, pero él no se calló–. No te bastó con revolcarte toda la tarde con Jimmy Marton mientras estos tres estúpidos que estamos acá te buscábamos desesperados. ¡Dime! No te bastó esa revolcada, que también te has venido a revolcar acá. ¡Maldita, puta! –dijo Álvaro, se levantó y salió a zancadas del salón.

Sami sentía correr las lágrimas por sus mejillas. Abigail se había quedado mirándola desconcertada, Roberto salió tras su hijo, y Francisco comenzó a caminar, llevando a Sami por el hombro.

–Ven, Sami, salgamos de acá –susurró Francisco en su oído.

–No... No me toque –dijo Sami recuperando la voz que le había sido esquiva, le apartó el brazo que le rodeaba el hombro y salió corriendo del local.

Abigail cruzó dos palabras con Karen, y corrió tras ella.

Las calles estaban bastante concurridas y Sami corría con las sandalias en la mano para tratar de alejarse de Francisco, que la seguía a poca distancia. Abigail venía taconeando a más de cincuenta metros de los dos.

–¡Diablos! –dijo Abigail, y se detuvo al comprender que era imposible que los alcanzara.

–Sami, espera, por favor –gritó Francisco.

Pero Sami seguía corriendo y se giraba a cada rato para calcular su posibilidad de perderlo de vista. Estaba cansada, angustiada, y ya no tenía ganas de seguir luchando. Justo cuando había encontrado una persona buena que la había ayudado desinteresadamente, volvía a vivir la misma pesadilla de la que había huido. Después de haber sido humillada, pisoteada y abusada, tenía que volver a enfrentarse a las injusticias de los Arias.

Ella era la que los tenía que perdonar. Pero en lugar de pedirle perdón, Álvaro le había gritado delante de cientos de personas que era una maldita puta frente a todos los clientes de “La casona”, ¡a ella!, que no se había entregado voluntariamente a ningún hombre. ¡Qué derecho tenía él de juzgarla! Nada menos que él, que se había revolcado con Mariana y la había obligado a mirarlo en el salón porque era “la sirvienta de los Arias”, como le había dicho aquel maldito día. ¡Qué derecho tenía! ¡Qué derecho...!

Se detuvo en el medio de una calle, y se le sacudieron los hombros por el llanto descontrolado. Francisco la tomó en sus brazos como si fuera una niña pequeña y la llevó a la acera.

–Cálmate, no voy a dejar que nadie más te haga daño –dijo en su oído, le acarició el cabello y le besó la frente para consolarla.

–¿Qué quiere de mí? Si es mi cuerpo, tómelo y lárguese. No será el primero que abusa de mí –le arrojó ese proyectil en la cara, ya vencida por las circunstancias. No encontraba fuerzas para seguir luchando en contra del injusto destino que le había tocado en suerte.

–¡Dios mío! –dijo Francisco, y la apretó más contra su cuerpo–. ¿Qué estás diciendo? ¿Quién ha abusado de ti, Sami? –preguntó desesperado.

–Qué importa ya. Tómeme y lárguese –dijo Sami llorando.

–¡Mierda Sami! Deja ya de juzgarme así. ¿Acaso alguna vez te he insinuado algo? –preguntó, y la miró a los ojos. Los mismos azules profundos de él. Solo que ahora los de Sami se veían tristes y sin ese brillo de inocencia, ese brillo de esperanza y sueños por cumplir, que él había visto cuando la conoció. Francisco lloró frente a ella, y sin poder contenerse más la estrechó en sus brazos–. Vuelve con Rosi, por favor. No tienes necesidad de estar trabajando en La casona.

–¿Qué sabe usted de mis necesidades? Abigail sabe de mis necesidades. Ella me recogió de la calle, me dio un lugar en su casa y un trabajo decente. Porque es decente. No me acuesto con nadie, solo sirvo a los ricos, como Rosi, pero a mí me tratan bien –dijo Sami, levantó la barbilla y lo miró a los ojos, como si lo desafiara a contradecirla. A Francisco esa actitud altanera de su hija lo hizo sentir orgulloso, y sonrió. Sabía que no era el momento de dejar ver su sonrisa, pero recordó que había tenido la misma furia la mañana que lo trató como a un felpudo–. ¿De qué se ríe?

–De nada... Recuerdos. Lindos recuerdos –dijo Francisco, y la miró con ternura–. Quiero ayudarte, Sami. No quiero que sirvas a nadie, quiero que te sirvan a ti. Quiero que vuelvas a pensar en tus sueños. Recuerdas esa mañana que nos tomamos una cerveza en la cocina –dijo, y le acarició las mejillas. Cuántas ganas había tenido en esos tres meses de estrecharla en sus brazos. Pero la había perdido unas horas antes de saber que era su hija.

–Recuerdo la cerveza. Pero lo que usted me propone no lo puedo aceptar. Prefiero servir a los clientes antes de ser su amante. Todavía no he caído tan bajo –dijo Sami, y lo miró con odio.

–¡Maldición! –le levantó el mentón, y la miró enojado–. ¿Te he pedido

eso? Dime, ¿te lo he pedido?

–No –dijo altanera–. Si no me quiere de amante, ¿qué sentido tiene que quiera ayudarme? Lo siento, pero no me creo su desinteresada generosidad –dijo, y de un cachetazo apartó la mano que Francisco tenía sobre su mentón.

–Está bien. Te propongo otro trato. Te ofrezco un departamento y un sueldo para que no tengas que trabajar y puedas escribir. Pero no es más que un préstamo que tú me vas a devolver cuando ganes dinero con tus novelas –ya no sabía que inventar para ayudarla. Eva había educado demasiado orgullosa a su hija, pensó, puesto que ella no estaba dispuesta a recibir ayuda gratuita de nadie.

–No puedo aceptar. Tengo una deuda que saldar y es bastante grande para mí. No... ya no quiero más deudas. Si me disculpa, tengo que ir a recoger mis cosas de la casa de Abigail. Gracias nuevamente a los Arias he perdido un trabajo que me costó mucho conseguir. Y también he perdido a una gran amiga –dijo Sami, y se alejó caminando descalza por la vereda.

Francisco la miró alejarse durante unos segundos. Se iba, otra vez la iba a perder si él no hacía algo. Se mesó el cabello nervioso, y tomó una decisión que hubiera querido dejar para otra oportunidad.

–¡Soy tu padre! ¡Soy tu padre, Sami! –gritó de forma insistente, hasta que ella se detuvo sin girarse a mirarlo. Francisco vio que le temblaban los hombros, y se dio cuenta que otra vez estaba llorando. Pero él no pudo evitarlo. Ella se le escapaba de las manos y no iba a tener otra oportunidad como la de ese momento. Se acercó corriendo a ella y la tomó por los hombros.

Sami siguió llorando, quieta donde se había detenido, pero esta vez se dejó y abrazar por él sin resistirse.

Su padre, el padre con el que había soñado desde que era una niña. ¿Cuántas veces se lo había tratado de imaginar? Gordo, flaco, alto, bajo,

rubio, morocho. Y allí estaba, alto, musculoso y tremendamente cariñoso. Tan parecido a ella, que parecía mirar su propio reflejo.

–Soy Franco, el hombre que tu madre amó hace diecinueve años atrás. Naciste fruto de un profundo amor, y no quiero que te alejes de mi vida – lloraba con ella mientras la abrazaba con fuerza–. Mírame, tenemos los mismos ojos, hija. ¡Hija! ¡Cuánto he deseado decirte hija!--. Desde el primer día que te vi quise tener una hija como tú. Eres tan especial, Sami. –dijo emocionado, sin dejar de abrazarla y acariciarla.

–¡Mi padre! ¡Mi padre! –repitió Sami, y lo miró asombrada. Él le sonrió, y no pudo dejar de acariciarla–. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué has esperado tanto? Te necesitaba. No sabía a quién pedirle ayuda –Sami lloró sobre su pecho, sin dejar de hacerle reproches–. ¿Por qué nos dejaste?

Francisco le contó todo lo que le había contado a Eva, los desencuentros, la carta que había dejado en el hotel y que Eva nunca había recibido. Y Sami lo miró embelesada.

–¿Te volviste a casar?

–No. La verdad es que sigo enamorado de tu madre –sonrió con la confesión que le hacía a su hija.

–¡En serio! –Sami no se apabulló frente a él. Por primera vez en tres meses se sentía como si su vida dejara de ser tan dolorosa–. ¿Qué ha dicho mi mamá?

–No se lo he dicho. Ella está... Ella solo te tiene a ti en la cabeza – Francisco la miró lleno de emoción porque nunca se imaginó que su hija estuviera tan contenta de encontrarlo. Él no se había animado a decírselo por miedo a que lo rechazara, pero Sami era tan especial como su Eva. Y él se sentía feliz de haber recuperado una familia que solo había estado en sus sueños.

–¡Qué tonta, mi mamá! ¡Cuándo va a pensar en su felicidad! –dijo

Sami, y gesticuló con las manos al recordar a su madre.

Francisco sonrió por el comentario de su hija, y la tomó en sus brazos y le llenó de besos el bello rostro.

–¿Aceptarías una invitación a cenar de tu padre? –preguntó Francisco.

Sami le sonrió, y él arqueó las cejas al descubrirle los hoyuelos.

–Iguales a los míos –dijo Francisco, y le acarició los hoyuelos.

–Lo sé. Rosi me dijo que había heredado de ti los ojos, los hoyuelos, la mirada y la inteligencia –dijo con ternura.

–Y de tu madre has heredado...

–La nariz, los labios y el pelo –dijo ella, Francisco sonrió, y otra vez la abrazó con fuerza.

–La dulzura, la generosidad y la bondad –dijo, y la miró lleno de amor.

–¡Guau! Soy algo así como la chica perfecta –dijo Sami, abriendo los ojos asombrada.

–Para mí, sí. ¿Dónde quieres cenar?

–Qué tal unas pizzas.

–Buena elección. Vamos, hija –dijo, y se sintió feliz al decirle hija y que ella lo aceptara con tanta naturalidad.

–Vamos, papá... quiero decir, Francisco –se corrigió Sami, y se mordió el labio inferior. Estaba tan contenta de que él fuera su padre, que le salió espontáneamente.

–No, no me digas Francisco. Dime mil veces papá. Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo.

–Me gusta que seas mi padre. No sé el porqué, quizás porque puedo hablar de cosas que nunca le diría a Rosi –dijo, y se apoyó en su hombro.

Él la apretó en un abrazo.

–No se lo digamos a tu madre. Si se entera, me va a echar a patadas.

–¡Rosi! No, ella sería incapaz de echarte.

–Ja ja. La dulce Rosi ya ha discutido varias veces conmigo.

–Qué raro, mamá no es así.

–No me quiere ver más hasta que regrese contigo –dijo Francisco, y rio.

–¿Eso te dijo? –preguntó Sami sorprendida.

–¡Tú me la vas a traer!, eso me gritó la tierna Rosi –dijo Francisco, imitando la voz a Rosi, y Sami se rio por la perfecta imitación que su padre hacía de los gritos chillones de su madre cuando se enojaba por algo que no le gustaba.

–Esta es, papá. El local no es tan fino, pero tienen las mejores pizzas.

El lugar estaba abarrotado de gente, pero ellos consiguieron una pequeña mesa junto al ventanal y comieron conversando y riendo durante más de una hora.

–¿Quiero hacerte algunas preguntas? –Francisco se puso serio. Hubiera preferido seguir riendo con su hija, pero había un tema que desde hacía tres meses lo tenía preocupado.

–Hazla. Pero no sé si te voy a responder –dijo ella, mientras se limpiaba las manos con una servilleta de papel.

–¿Quién abusó de ti? –Francisco fue directo al tema, con la intención de analizar su reacción.

–¿Dé dónde has sacado eso? –Sami detuvo la Coca-cola a mitad de camino de los labios, y lo miró seria.

Esa faceta de su vida era un asunto que ella iba a resolver sola. Que se animara a contarle cosas que no le contaba a su madre, no quería decir que ella iba a revelarle su más vergonzoso recuerdo. De solo pensar en lo que le había hecho Jimmy, se le quitaban las ganas de seguir adelante con su vida. Incluso había llegado a sentir repulsión por el cuerpo de los hombres.

–Me lo acabas de decir hace... poco más de una hora –dijo él, no le

sacaba los ojos de encima. Quería descubrir en su mirada la respuesta.

Y ella se la dio. Los ojos de Sami brillaron, e instintivamente junto las manos y apretó la servilleta de papel que había estado doblando cuidadosamente unos minutos antes.

–Nadie abusó de mí, solo... lo dije para... porque creía que tú intentabas... ya sabes lo que quiero decir.

–Claro, ya sé –dijo Francisco, sin dejar de observarla. Ella no se relajaba y seguía destrozando con sus manos la servilleta–. ¿A quién le debes dinero, Sami? Me gustaría ayudarte a devolverlo.

–Alguien me lo prestó, pero puedo devolverlo cuando me apetezca. Nadie me lo va a reclamar. Es mi decisión devolverlo. Inclusive podría no devolverlo.

–¿Te lo regalaron? –preguntó Francisco, tratando de escharbar en sus defensas. Se dio cuenta que ella no pensaba contarle lo que le había pasado.

–Algo así.

–Pero tú no lo querías. O no lo querías como regalo –sugirió Francisco, desviando la mirada al vaso con cerveza para dejar que se relajara.

Él no pensaba dejar el tema, y no pensaba permitir que siguiera viviendo con esa angustia. Por la actitud que había tomado Sami, estaba convencido que el abuso había existido, y quien le había dado el dinero era el hijo de puta que se había propasado con su hija.

–Lo necesitaba. No tuve más alternativa que recibirlo. Eso me permitió alejarme del pueblo y de todos ustedes.

–¿Cuánto?

–El suficiente para pagar unos boletos de autobús, comida y algún lugar donde dormir –Sami ya no lo miró más, y constantemente buscaba algo en la mesa para apretar en sus manos.

–¿Quién es Jimmy Marton, Sami? –levanto la vista hacia su hija, y la

vio temblar ante su pregunta. Rodeó la mesa y se sentó a su lado para estrecharla en sus brazos.

Sami lloró al darse cuenta que su vergonzoso pasado era conocido por todos. Los Arias, su padre, y hasta Rosi debían saber lo que le había pasado. Ella nunca se imaginó que ellos habían averiguado el nombre de su abusador. Tampoco se imaginó que algún día se enterarían de que había sido abusada. Tenía que buscar una manera de salir airosa del problema. Y recordó las malditas, injustas y crueles palabras de Álvaro. “No te bastó con revolcarte toda la tarde con Jimmy Marton”. Esas palabras le revelaron mucho. El hijo de puta de Jimmy había contado su versión de los hechos, y el hijo de puta de Álvaro le había creído y se las había tirado a ella en la cara. Sintió que ese dolor que llevaba soportando desde que se fue del pueblo, otra vez le atravesaba el corazón. Pero no iba a llorar. Ya no iba a llorar, ya no más, se repitió lo que se venía diciendo desde hacía tres meses.

–¡Qué derecho tienes tú de meterte en mis asuntos más íntimos! Me acosté con él, si es eso lo que quieres saber. No hay más que eso. Me revolqué con él de la misma manera que Mariana se revolcó con Álvaro –dijo Sami, y se soltó del abrazo de su padre.

–¡Maldición! Lo hiciste por venganza. Dime que no. Dime que no fue por vengarte de Álvaro –dijo, levantándole la barbilla para mirarla a los ojos.

Sami en ningún momento le apartó los ojos. Él se tenía que ir convencido de que ella se había entregado. No quería la compasión de nadie, y menos de su padre. Ella quería solo su amor.

–No fue venganza. Fue deseo. Quiero irme –dijo Sami, y se levantó de la silla.

CAPÍTULO 15

La noche era majestuosa, la luna estaba alta en el cielo y se reflejaba como en un espejo en las quietas aguas del lago San Roque. El vecino nocturno de Sami, un búho que se posaba en un poste que había frente a la carretera, la miraba insistentemente. De vez en cuando giraba la cabeza en todas las direcciones y ululaba a su pareja. Dos murciélagos pasaban como todas las noches como una flecha rumbo al lago.

Elevada sobre las trece curvas estaba la casa de Sami, dominando el paisaje y sintiéndose la dueña del lugar. Era una ruta que serpenteaba en una bajada pronunciada hasta llegar al puente negro, donde comenzaba la ciudad de Villa Carlos Paz, la más turística de la ciudad de Córdoba y uno de los centros vacacionales más concurridos de la Argentina. La Villa estaba enclavada en un valle, con sus cadenas montañosas al oeste y su enorme lago en el noreste. El lago se llenaba de veleros, motos de agua, lanchas, catamaranes y hasta botecitos a pedales. La ciudad era bastante grande y con muchos centros de entretenimiento.

Sami vivía a cinco kilómetros de la Villa, en la comuna de Estancia Vieja. Y desde la tranquilidad de su casa ella podía apreciar a lo lejos el bullicio de la Villa, las luces, los focos de los autos que iban y venían sin cesar, los espectáculos en el lago y las confiterías flotantes. Veía todo desde su privilegiada ubicación, pero no escuchaba más que el balanceo de las hojas de los árboles movidas por el viento, y los pasos rápidos y escurridizos de las

vizcachas y las liebres.

De día un enorme lagarto overo descansaba en las piedras, y una que otra vez había visto alguna serpiente escurrirse por los matorrales.

Vivía con su perro Plutón, y el vecino más cercano estaba a cien metros. Su casa era moderna, estilo americano, con amplias ventanas de aluminio y techo a dos aguas de pizarra gris. La puerta de ingreso era doble, majestuosa y de un blanco immaculado. Tenía una larga galería con barandas blancas y debajo estaba la cochera con portón levadizo. La casa había sido un regalo de su padre. Al principio la había rechazado, pero la furia y los gritos de Francisco la hicieron ceder, y terminó por aceptarla.

Plutón se había hecho amigo de todos los perros del vecindario. Era el más feo y desgarbado, pero el más inteligente. Era amigo de la cocker de su vecino que vivía a doscientos metros, de un feroz rottweiler que vivía colina abajo y de la caniche que se paseaba con un moño rosa en la cabeza, de Diana, su vecina más cercana.

El muy ladino se había enamorado de la cocker y se pasaba el día entero echado junto a la tranquera de su casa. Sami se había enemistado con su dueño, porque un día el hombre se había presentado en su casa y le había exigido que su roñoso perro se mantuviera lejos de Alejandra.

Sami, al escuchar el nombre de la perra se le rio en la cara y se metió adentro sin contestarle. Entonces él prácticamente le tiró la puerta abajo a golpes de puños.

—Ya es suficiente señor. Plutón es más bueno que un... que un perezoso —dijo, e intentó cerrar dándole un portazo. Pero el vecino detuvo en seco la puerta antes de que se cerrara y se metió en la casa.

—¡Y un cuerno!, no quiero que Alejandra se esté revolcando con su chuchito, y después encontrarme con la novedad de un montón de cachorros indeseables —gritó el vecino.

A Sami le dolió el comentario, pero no se lo demostró. A ese tipo lo mejor era devolverle sus gritos con algún comentario sarcástico.

–Si no quiere cachorros indeseables, dele pastillas a su Alejandra o póngale un preservativo a Plutón, si es que mi perro se deja.

Al tipo el comentario le pareció de lo más repugnante, Sami lo supo por el gesto de su cara. Por suerte se había ido ofendido y nunca más volvió con sus ridículas quejas. Alejandra dejó de salir a pasear por el vecindario los días fértiles, pero el resto del tiempo se contorsionaba provocando al pobre Plutón, que no dejaba de seguirla como un tonto.

Con la dueña de la caniche los conflictos no existieron, para su alivio, a pesar de que su perro daba buenos motivos. La perrita seguía a todos lados a su perro, y Plutón todos los días regresaba con el moño de Jazmín babeado y hecho girones. Sami tenía una caja de moños para reparar los daños de Plutón, y cuando los veía llegar, ella alzaba a Jazmín y le ataba un moño nuevo antes de que regresara con su dueña.

–Otro más –gritaba y reía Diana desde su casa cuando Jazmín aparecía con un nuevo modelito.

–¡Ajá!

Salvo por los problemas en que la metía Plutón, la comuna era tranquila. La mayoría de las casas estaban vacías porque los dueños las usaban de fin de semana, y como la Villa estaba lejos, allí solo se respiraba paz. Lo único que rompía el silencio era el paso de los vehículos por la ruta.

Hacía seis meses que Sami vivía en Estancia Vieja. Las súplicas de Rosi para que se instalara con ella no dieron resultados. Su madre vendió la casa que había comprado con sus ahorros de toda una vida de sacrificios, y se instaló en las afueras de Mina Clavero. Tenía una bonita tienda de venta de artículos regionales y por eso se veían poco. Su madre había dejado de ser esclava de Magda para ser esclava de su tienda.

Francisco les suplicó a las dos que se instalaran con él en Brasil, Sami le dijo que no. Rosi ni se molestó en contestarle. Para Rosi la vida al lado de un hombre se había acabado hacía más de veinte años. Pero Francisco no perdía las esperanzas de recuperarla.

Una vez al mes su padre se hacía una escapada a verla, y siempre trataba de coincidir con las visitas de Rosi. Solían pasar un fin de semana juntos, los tres solos. Él intentaba acercarse a su madre, pero Rosi no hacía más que rechazarlo. Lo trataba con cordialidad, lo servía como a un príncipe, pero no permitía que Francisco la tocara.

Desde que Sami encontró a su padre su vida comenzó a estabilizarse. Francisco respetó todas sus decisiones y la ayudó a que sus sueños se hicieran realidad. Aceptó que se quedara a vivir con Abigail el tiempo suficiente hasta que ella se serenara. Organizó el encuentro con Rosi, y logró que su madre no perdiera los nervios con su decisión de vivir sola.

Lo más importante que hizo Francisco fue acompañarla a la editorial que le había recibido su novela cinco meses atrás. Al ver las idas y venidas del editor, su padre le consiguió una agente mexicana que había ofrecido su novela a tres editoriales. Una de ellas la había aceptado y ahora tenía que viajar para firmar el contrato.

Fabiola Romero, su agente, le había asegurado que entraría pisando fuerte en el mercado. Sami se reía de su seguridad y pensaba que Fabiola, o era muy positiva o estaba ansiosa por conseguir una nueva clienta. Pero el editor, que también la había leído, había quedado tan contento como Fabiola con su trabajo. Y Sami se sentía llena de entusiasmo.

La relación con su agente le dio confianza, y Fabiola era la primera en conocer y opinar sobre sus novelas. A lo que renunció Sami fue a su sueño de estudiar la carrera de letras, pero no lo sentía como un fracaso, sino como un cambio en sus decisiones, y ella se sentía entusiasmada con sus comienzos

como escritora.

En lo único que Francisco no intervino fue en su problema con Jimmy Marton. Sami no se lo permitió. Tampoco quería hablar con su padre de Álvaro, pero en ese asunto su padre había ignorado su pedido, y cada vez que venía le hablaba de las virtudes de Álvaro.

Mariana era otro asunto complicado. Francisco seguía insistiendo en su deseo de que las dos tenían que darse una nueva oportunidad, y Sami seguía negándose a tener trato con ella. Al margen de esas pequeñas batallas, su padre era todo lo que ella siempre había deseado. Su padre era su pilar y su cable a tierra.

Sami se alejó de la tranquilidad de la noche y entró en la casa. Tenía muebles sencillos pero acogedores. En el living había un cómodo sillón color crema con mullidos almohadones, y una mesa baja de algarrobo cuadrada y de gran tamaño. En todos los ambientes había jarrones de cristal con flores silvestres que ella misma recogía todos los días en sus largas caminatas por las montañas.

Rosi también había contribuido con la decoración. Un día había llegado con montones de portarretratos con fotos de ella, y las había distribuido por toda la casa. La más importante de todas, el beso de Álvaro y Sami en el parque de Magda, no estaba exhibida. Esa permanecía guardada en el cajón de su mesita de noche.

Pocas veces Sami la sacaba para mirarla, era un recuerdo que quería borrar. Pero por más que lo intentara, Álvaro no salía de su cabeza. Ella necesitaba tiempo para deshacerse de las fotos... y la cadenita que todavía colgaba de su cuello. Algún día lo lograría. Algún día él se quedaría en el pasado.

Junto al ventanal, tenía un escritorio negro y el ordenador que le había regalado su padre. Allí escribía la mayor parte del día. Desde que le habían

aceptado la novela, su vida había dado un vuelco. Fabiola le había mandado un correo electrónico donde le comunicaba la fecha en la que tenían que estar en España. El editor quería ultimar los detalles del contrato. y Sami les había informado que no disponía de dinero para el viaje, y se asombró cuando le mandaron un cheque de varias cifras como adelanto. Estaba como loca y trabajaba sin descanso porque iba a firmar contrato para tres novelas más que se publicarían en el transcurso de un año.

Francisco la había retado un día entero porque era muy arriesgada, pero ella estaba convencida que podía incluso terminar de escribir una más. Ya tenía un manuscrito terminado, y otro se estaba formando en su cabeza. La escritura para ella era un bálsamo en su vida. Era una escapatoria a sus problemas, y se sentía agradecida de que nunca le hubiera pasado eso de tener la famosa hoja en blanco. Al contrario, a ella no le alcanzaba el día para volcar en el ordenador todo lo que tenía en la cabeza.

Gracias a la escritura, Jimmy Marton desaparecía de sus pesadillas... y Álvaro de sus pensamientos.

De Jimmy Marton, no supo más nada. Sami había enviado tres cartas anónimas a su padre, Esteban Marton, haciéndole saber que el dinero que le había desaparecido en diciembre del año anterior, su hijo se lo había prestado a ella.

La primera decía así:

Señor Esteban Marton:

Usted me conoce, pero mi nombre por ahora no es importante. Su hijo Jimmy tomó una importante cantidad de dinero de su casa y me la entregó. Lo necesitaba con suma urgencia, por eso lo recibí. Ahora tengo un trabajo que me permite ir devolviéndoselo de a poco. El veinte de setiembre le llegará a su casa un giro postal. La suma que le envío es de quinientos dólares, ya que su hijo me la entregó en billetes norteamericanos. Ya ve

usted que los argentinos seguimos sin confiar en nuestra propia moneda. Cada mes voy a enviarle una misiva en donde le comunico el importe que le voy a girar. El mes de diciembre voy a enviarle el último pago del préstamo que me hizo Jimmy, junto con mi nombre y los motivos por los que su hijo me entregó el dinero. Le ruego que no le cuente a nadie nuestra comunicación hasta mi último pago. Le comento que nunca había tomado nada que no me perteneciera, pero la necesidad y la desesperación me hicieron aceptarlo.

Las dos cartas que siguieron fueron breves, le indicaba el monto enviado y la fecha en que llegaría el giro postal. Nadie sabía lo que Sami estaba haciendo. Era su secreto mejor guardado. Era su venganza. Ella sentía lástima por Esteban Marton, pero más lástima sentía por lo que le había pasado a ella.

Desde que Jimmy Marton le quitó la virginidad no volvió a ser la misma. Le costaba hacer amistades, le costaba hablar con espontaneidad con los hombres, y no había sido capaz de aceptar una cita. En el único hombre que confiaba era en su padre.

–Ha llegado tu hora, Jimmy Marton. A todos nos llega el momento de la verdad. Y este es mi momento –dijo Sami para sí misma, y se sentó frente a su ordenador a redactar su última carta para Esteban Marton.

Señor Esteban Marton:

Su hijo cambió mi vida. Hace exactamente un año, el dieciocho de diciembre del año pasado, su hijo abusó de mí. Era virgen, y por lo que siempre me dijo mi madre, era dulce e inocente. Había ido a Los Sauces a pasar mis vacaciones. Jimmy y yo habíamos sido amigos en la infancia. Hacía una semana que había llegado y no me había ido demasiado bien, tuve problemas desde el primer día que llegué. La patrona de mi madre me trató con desprecio, inclusive me golpeó. Le aseguro que nunca en mi vida me había sentido tan humillada como en esa semana. Bueno... cuando creía

que ya lo había soportado todo, me di cuenta que me había equivocado, ya que el hijo de la patrona y una invitada de la casa me hicieron ver que si seguía empeñada en quedarme allí, seguiría recibiendo más desprecios. Sentí que el mundo se me venía encima. Quizás le parezca una exageración, pero yo solo tenía diecisiete años, y no estaba acostumbrada a que me trataran de forma tan inhumana. Había ido a pasar un mes con mi madre y me encontré con una pesadilla. Decidí huir, solo quería irme, estaba desorientada, perdida, y no sabía a quién recurrir para que me ayudara a salir del pueblo. Anduve caminando por las montañas y me dormí. Cuando desperté era de noche y pensé en Jimmy, mi querido amigo Jimmy. Tenía que confiar en alguien que me prestara dinero para tomar un autobús y así poder regresar a la ciudad de Córdoba. Mi único pensamiento era salir del pueblo. Entonces fui a su casa, y me quedé en su patio esperando, rogando que Jimmy saliera para poder hablar con él y explicarle lo que me había pasado. Él salió después de la cena, y en un primer momento realmente me consoló como yo esperaba, me trajo algo de comer, de beber y me escuchó. Le conté todo lo que me había pasado, confié en él, confié ciegamente en él. Pero su comprensión tomó otro rumbo. Él me abrazó y luego me besó. No reaccioné, me quedé aturdida, me sentí perdida. Recuerdo que empecé a rebobinar todo lo que me había pasado y lo que me estaba pasando en ese preciso momento. Inclusive pensé que no había ido a buscar los besos de Jimmy. Y solo me di cuenta de lo que me estaba haciendo cuando sentí un fuerte dolor dentro de mi cuerpo, como si algo me desgarrara. Cuando me incorporé estaba desnuda y manchada de sangre. Y descubrí la triste realidad de que Jimmy había abusado de mí. Su hijo me robó la virginidad. Luego entró a su casa, regresó con un mucho dinero y me dijo: “Toma, esto es por lo que te hice”. Un pago por abusar de mí. Me lo llevé porque necesitaba desaparecer de ese pueblo maldito. Pero hace poco me enteré

que Jimmy está contando a quien lo quiera escuchar, que él y yo hicimos el amor durante toda la tarde aquel día de diciembre, hace exactamente un año atrás. Lo cierto es que desde que Jimmy abusó de mí no he podido estar nunca con un hombre. Siento arruinarle las fiestas de fin de año, pero él, el año pasado, arruinó las mías. Él arruinó mi vida. Mientras su hijo festejaba su conquista yo me emborrachaba en una habitación de hotel tratando de olvidar lo que me había pasado. Le envió el último pago de la deuda que tengo con usted. Quinientos dólares en un giro postal que llegará el tres de enero. Mi nombre es Sami Ferguson, y usted es la única persona a la que le he contado lo que me ha pasado. Lo siento, pero es deber de padre saber que hacen sus hijos cuando no los ven.

El sobre de esta última carta contenía el remitente de Sami, y la carta estaba fechada dieciocho de diciembre.

—Es hora de dar vuelta la página. Desde hoy mi vida será otra —Sami tenía las maletas preparadas en la entrada de la casa. Su automóvil, un Peugeot 206 de algunos años, estaba estacionado bajo un árbol, y Plutón estaba parado en la puerta del acompañante esperando que le abriera. El perro iba a pasar una buena temporada con Rosi, porque Sami después de pasar el año nuevo con su madre, viajaría con Fabiola rumbo a España—. La sorpresa que te vas a llevar, mamá —pensó, y sonrió mientras guardaba las valijas en el maletero.

Sami había hablado con Fabiola quince días atrás, y su agente había conseguido atrasar el viaje hasta el cuatro de enero. Nadie sabía que Sami circulaba por la carretera rumbo a Mina Clavero, ni siquiera su padre. Todos suponían que ella había tomado un avión a México para reunirse con Fabiola dos días antes de su partida a España.

La carretera era de dos carriles para ambos lados, y en tres horas ella estaría en la casa de su madre. Había salido a las nueve de la noche, y supuso que Rosi estaría durmiendo cuando llegara. Sonrió pensando en la alegría de

su madre cuando la viera.

La navidad anterior no había podido estar con Rosi. Ella había pasado su cumpleaños y las fiestas llorando y emborrachándose con vino barato en la pieza de un hotel de mala muerte.

Dentro de tres días cumplía diecinueve años, y necesitaba estar acompañada por su madre para no pensar en lo que le había pasado un año atrás.

Plutón ladró, y la sobresaltó. El muy inoportuno se estaba meando.

–Aguanta, precioso –le dijo cariñosamente. Pero sus ladridos eran insistentes, y Sami tuvo que detener el coche y ponerle una correa para no perderlo en el descampado.

La noche era de luna llena y se veía lo suficiente para no pisar algún bicho nocturno entre los pajonales. El camino de las altas cumbres tenía un tráfico tranquilo a esa hora y era una carretera donde no había pueblos a la vista. Solo dos paradas, la del Cóndor y la de Copina. Ya las habían pasado y ahora descendían la montaña hasta llegar a la ciudad donde vivía su madre.

Plutón encontró un lugar a su gusto entre los matorrales y descargó la vejiga. Volvieron a la ruta forcejeando, porque el perro no estaba acostumbrado a la correa. Sami tuvo que pegarle un buen pechón en el traste para meterlo al coche porque su mascota quería seguir explorando el nuevo territorio.

La niebla típica de la zona dificultaba la circulación, y los focos antiniebla no contribuían demasiado a mejorar la visión, por lo que los coches se fueron juntando y transitaban a paso de carreta.

–A esta velocidad vamos a llegar para el desayuno –dijo Sami, y golpeó con el puño el volante.

Pensaba salir más temprano. Pero la carta a Esteban Marton la había retrasado, porque redactarla le costó más tiempo y lágrimas de las que había

imaginado. Todavía no la había enviado, la traía en la cartera con la intención de despacharla en el correo de Mina Clavero, para que a Ernesto le llegara en dos días.

–Feliz navidad, familia Marton –dijo Sami con ironía, y recordó la soledad y la angustia de la navidad pasada, y del año nuevo, y de su cumpleaños. Tres días importantes en su vida arruinados por Jimmy Marton, Magda Arias, Álvaro y Mariana Vidal.

¡Dios, cómo los detestaba a todos! Pero a pesar de su odio, aún no encontraba el coraje para arrancar de su pecho lo único que conservaba de Álvaro, el corazón con sus nombres. Muchas veces lo había tenido sujeto en sus manos para arrancarlo de un tirón, y nunca lo había podido hacer.

La casa de Rosi estaba iluminada completa. Era antigua, de estilo colonial y estaba rodeada por un enorme parque lleno de pinos y árboles añejos. A pocos metros había una lomada y sobre ella una enorme pileta rodeada de tumbonas de colores fuertes. Mesas, sillas y sombrillas estaban distribuidas por el parque, y entre los árboles había una cabaña de troncos bastante deteriorada que parecía sacada de algún cuento de terror.

Rosi había vendido la casa que con enorme sacrificio había comprado en Córdoba para vivir con su hija, y con ese dinero y lo que Roberto le había pagado como indemnización cuando se quedó sin trabajo, logró comprar ese bello paraíso. El poco dinero que le había quedado lo invirtió en el alquiler de un local donde instaló una tienda de artículos regionales. Vendía sobre todo a los turistas que venían de vacaciones y querían llevarse algún recuerdo del lugar que habían conocido.

Rosi tenía abierta su casa a todos sus conocidos, y cuando Sami venía de visita siempre se encontraba con alguna nueva amiga de su madre, que estaba pasando una temporada con ella.

Álvaro era uno de los visitantes más preciados de su madre, aunque su hija seguía siendo la preferida. Sami nunca coincidía con Álvaro, y eso era gracias a que los dos tenían por costumbre llamar y preguntar si el otro no estaba.

Sami maldijo cuando traspasó la tranquera de madera blanca. Otra vez la casa de su madre estaba llena de gente, pensó indignada. Su madre no podía estar sola, ella siempre quería la casa llena de bullicio. En eso no se parecía a ella, que amaba la soledad y el silencio, solo era interrumpido por los sonidos de la naturaleza.

Rosi le había dicho que no esperaba visitas para las fiestas de fin de año, por eso ella había venido confiada y sin avisar. Había querido darle una hermosa sorpresa, pero la sorpresa se la estaba llevando ella.

Estacionó el auto bajo un árbol, le abrió la puerta a Plutón y el perro salió disparado hacia la casa, subió los escalones de la galería y se metió como amo del universo en la sala, moviendo la cola y ladrando.

–Perro idiota. Era mía la sorpresa –dijo Sami, mientras descargaba la maleta y la arrastraba por el parque.

Francisco salió a la galería al ver al perro, y, como cada vez que se veían padre e hija, corrieron a abrazarse.

–¡Papá!, ¿qué haces acá? –gritó Sami, y se colgó de su cuello.

–¡Qué sorpresa, cariño! –dijo, le besó la frente–. Creí que estarías en México. Justo estaba pensando en llamar a casa de Fabiola para saber cómo habías llegado.

–Logré retrasar el viaje por quince días para estar con mamá. Pero por lo que veo, Rosi nunca está sola.

–Quisimos darle una sorpresa. Hemos venido todos de Brasil.

–¿Quiénes son todos? No, no me lo digas. Mejor te dejo a Plutón y me voy –dijo Sami, que había perdido la alegría porque supuso que “él” estaba

allí. Se soltó del abrazo de su padre y retrocedió decidida a marcharse.

–¿Huyes? No, Sami, así no se resuelven las cosas. Ven, vamos adentro –la tomó del codo, y comenzó a arrastrarla hacia la casa.

–¡No... Suéltame... No voy a entrar! ¡No quiero entrar! ¡Déjame! –dijo, forcejeó desesperada para liberarse del agarre de su padre. Francisco se detuvo al ver su desesperación.

–Sami, alguna vez tienes que enfrentarte a Mariana y Álvaro –dijo Francisco, y le levantó la barbilla para que su hija lo mirara a los ojos.

Esos ojos tan azules y tan iguales a los suyos, estaban furiosos.

–¿Quieres decir que los dos están acá? ¿Juntos? ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo pudo Rosi hacerme esto? ¡Los dos juntos en la casa de mi madre! –dijo Sami, se le tensionó todo el cuerpo, porque esa era la peor de las traiciones que podían hacerle. De Álvaro no podía esperar nada bueno, pero no podía creer que sus propios padres la traicionaran de esa forma al recibirlos a los dos.

Sami se giró y caminó hacia el coche, desesperada por marcharse de ese lugar. Un año atrás ella había pasado esa fecha llorando, maldiciendo y con ganas de terminar con su vida. Un año después de aquel día que cambió su vida para siempre, los culpables de su desgracia estaban juntos y disfrutando de unas vacaciones en la casa de su madre. ¡Por Dios!, eso no lo podía creer y menos aceptar.

–No es lo que tú crees. Mariana ha cambiado mucho. Deberías darle una oportunidad a tu hermana –dijo Francisco con sinceridad.

Pero a Sami no le importaban los cambios de Mariana. Tampoco le importaba nada de ella. Y no quería ver a Álvaro. No quería verlo nunca más en su vida. Era gente que quería borrar para siempre de su vida.

–Quizá, también quieras que Álvaro me grite *puta de mierda* delante de mi madre. Quizá quieras ver como Mariana se divierte al escuchar que él

me grita *puta* delante de todos. ¡Qué divertido sería para ella!, ¿no? –dijo Sami llena de desprecio, se giró para que su padre entendiera el dolor que le producía saber que los dos estaban en la casa de su madre. Se metió en el coche, y arrancó–. Dile a Rosi que cuide a Plutón hasta que regrese.

Francisco se quedó parado mirándola. En ese momento Roberto y Rosi salían corriendo a recibirla.

–Se fue. Se indignó de que Álvaro y Mariana estuvieran acá –dijo Francisco a los dos, sin dejar de mirar cómo se alejaba el auto de su hija–. Pero va a volver –se agachó y miró la maleta que había dejado tirada en el parque.

–¡Dios mío! Últimamente nada me sale bien con Sami. ¿Cómo puedo acercarme a mi hija, Roberto? Dímelo, por favor, porque cada día que pasa se aleja más de mí –se notaba la angustia en su voz entrecortada y en sus ojos cuando le hablaba a su amigo.

Francisco de un tirón la giró hacia él.

–Así –dijo Francisco, le rodeó la cintura y la besó con violencia. Roberto esbozó una sonrisa, y los dejó solos–. Ámanos a los dos, y acepta que los tres formemos una familia –susurró sobre sus labios.

–Suéltame, Francisco –dijo Rosi, y lo empujó por los hombros.

–No. Bésame, Rosi. Sé que quieres hacerlo –dijo Francisco, y la besó despacio, amoldando sus labios a los de ella y recorriendo con su lengua esa boca provocadora de Rosi, que lo había vuelto loco en su juventud y lo seguía enloqueciendo ahora–. No te resistas, cariño. Ya no soporto tu indiferencia.

Rosi lo empujó con violencia. Había quedado bastante aturdida, pero ella era una mujer grande y su hija acababa de irse enojada con ella.

–¿Dónde está mi hija? –preguntó furiosa.

–Nuestra hija se fue. Nuestra hija no quiere enfrentarse al pasado. Nuestra hija no ha superado lo que le ha ocurrido. Y tú no has superado lo que

pasó hace veinte años –le gritó Francisco, y se alejó por el parque.

Rosi se quedó quieta mirándolo. En el último año su vida había dejado de ser lo que ella había esperado. Ella había perdido a Sami, y encima había aparecido Francisco y tenía que lidiar con él, que estaba empeinado en recuperar los años perdidos.

Pero ella ya no recordaba lo que eran las emociones. Había pasado dieciocho años cumpliendo órdenes en la casa de Magda, y nunca había pensado en rehacer su vida. Francisco le estaba haciendo despertar sensaciones que no quería sentir. Ella no quería que su cuerpo sintiera, no quería vibrar en los brazos de un hombre. Ella quería vivir en su casa con su hija, porque ese había sido su sueño. Pero su hija se había ido, y la casa sin ella ya no era un hogar sino un lugar vacío que Rosi llenaba de gente para soportar su ausencia.

Desde que Álvaro había llegado con su padre a la casa de Rosi se había recluso en la habitación. Estaba callado y enojado. La propuesta de Francisco de venir a pasar las fiestas con Rosi le había parecido una buena idea. Él había tenido un año de trabajo ininterrumpido, y en el único lugar que se sentía relajado era en la casa de Rosi.

Pero cuando llegó con su padre y vio a Mariana instalada allí, todo su entusiasmo se vino a pique. Sabía que Mariana hacía un mes que había vuelto a Brasil, incluso se la había encontrado en un par de ocasiones en el pasillo de la empresa, pero él no había cruzado palabra con ella, y tampoco pensaba hacerlo.

A pesar de que Francisco se lo pasaba diciendo que Mariana había cambiado, a Álvaro le importaba un pito. Por más que le dijeran que ahora era la Madre Teresa de Calcuta, para él seguiría siendo la puta reventada que le arruinó la vida.

Sami no salía de su cabeza, a pesar de que había intentado miles de formas de apartarla de sus pensamientos. Trabajaba hasta caer extenuado, se acostaba con la primera mujer que se le cruzara en el camino y salía todas las noches y se emborrachaba hasta perder la conciencia. Pero nada funcionaba, ella siempre estaba allí, mirándolo con esos ojos azules profundos. A veces su mirada era dulce, otras, tenía el odio impregnado en sus pupilas, y algunas veces la recordaba con su más tierna cara de ángel, a pesar de que él ya no la consideraba un ángel. El asunto era que siempre estaba en su cabeza, con su rostro perfecto cada vez que cerraba los ojos, y su cuerpo pequeño y armonioso amoldándose al suyo. A pesar de haberse revolcado toda la tarde con Jimmy Marton mientras él la buscaba como un loco, Álvaro no podía dejar de pensar en ella, de verla en sus sueños, de sentirla en sus brazos. Puta y todo, él no se la podía quitar de sus pensamientos.

Roberto entró en su habitación.

—Acaba de llegar Sami, y acaba de irse. —le informó Roberto desde la puerta.

Álvaro se levantó de la cama de un salto, el corazón le latía con fuerza y los pensamientos se le mezclaban como un cóctel.

—¿Cómo que vino y se fue? —sin pensarlo se calzó unas zapatillas para salir a buscarla.

—Dejó la maleta tirada en el parque. Y tendrá que regresar a buscarla — Roberto traspasó la puerta de la habitación para marcharse apenas le informó a su hijo de la llegada y huida de Sami.

—¿Por qué se fue? —gritó Álvaro desde la puerta.

—¿Acaso no lo sabes? No pensarás que se emocionó al llegar y enterarse que tú y Mariana estaban acá —dijo Roberto lo que era obvio, aunque nadie parecía darse cuenta—. Te has olvidado que le dijiste *puta de mierda* la última vez que la viste —le reprochó, y bajó las escaleras sin darse vuelta para

ver a su hijo—. No cometas el mismo error si vuelve. Si no puedes contener tu lengua, vete de la casa de la madre de Sami —aclaró la madre de Sami para que comprendiera que era ella la que tenía más derecho de pasar las fiestas con su madre.

Álvaro dio un portazo, y comenzó a pasearse nervioso por la habitación.

—¡Maldita, Sami! —dijo, y se frotó el cabello. Cuántas ganas tenía de verla, de apretarla contra su cuerpo hasta hacerle doler las entrañas. De insultarla, maldecirla hasta lastimarle el alma. Incluso quería tirarla en la cama y arrancarle la ropa para poseerla violentamente, para que supiera cómo se había sentido en todo este año. Para que se enterara de cómo se sintió cuando Jimmy Marton contó frente a todos en el bar, con lujo de detalles, como la hizo suya. ¡Dios! Si la hubiera tenido cerca en ese momento le habría gritado los insultos más bajos. Él, solo él, se había enterado de cómo había explorado el cuerpo de Jimmy con sus manos y con su boca. No. Nunca podría perdonarle eso.

Él había creído que Sami era una dulce niña inocente, pero ella ni siquiera había sido virgen cuando se revolcó con Jimmy. Hasta los gritos de Sami cuando explotaba en sus brazos había contado ese maldito hijo de puta. Álvaro lo había trompeado en el bar. Rompieron mesas, sillas, vasos... destruyeron todo, pero ni así logró calmar su furia, porque él acababa de revolcar de los pelos a su madre por los desprecios que le había hecho a Sami, y en el bar se había enterado que la inocente niña había sido una falsa y mentirosa puta.

No, no la quería ver. No quería encontrarse con ella. Sabía que si la veía no podría cumplir con las advertencias de su padre

Lo mejor era marcharse, regresar a la tranquilidad de su departamento frente al mar, beber hasta perder la conciencia y hacer el amor con alguna de

sus amigas hasta que no le quedaran fuerzas para pensar en ella. Sí, tenía que salir de allí lo antes posible.

CAPÍTULO 16

Durante dos horas Sami había buscado en Mina Clavero un hotel decente donde quedarse. Pero todos estaban llenos, y los pocos que tenían habitación, a esa hora de la noche nadie la quiso recibir.

En plena temporada de verano estos paraísos eran un hervidero de gente. Por suerte consiguió alojamiento en un hotel de dos estrellas, pero cuando entró a la habitación se dio cuenta que no debía tener ni media.

Sami se había duchado en una bañera llena de sarro, y cuando se tiró en la cama se le clavaron en la espalda los resortes del colchón. El ventilador de techo no paraba de crujir y el olor a humedad era insoportable. Mejor que no se acordara de lo que le habían cobrado, porque era como si se hubiera alojado en el Howard Johnson.

Eran las dos de la mañana, estaba furiosa, y en ese colchón de mierda no iba a pegar ojo en toda la noche. ¿Por qué carajo no se quedó durmiendo en el auto?

Quería hablar con Abigail para preguntarle si podía alojarse en su casa por unos días, y con su agente para avisarle que iba a tratar de adelantar el vuelo a México. Pero la habitación no tenía teléfono, su móvil estaba sin batería y ella se había dejado el cargador en su casa. Más desgracias no le podían pasar ese día, se dijo. En lugar de estar buscando la forma de resolver todos esos contratiempos, estaba tirada desnuda en una cueva de mala muerte.

“Igual que el año pasado”, pensó, y sintió como la bilis le subía a la

garganta y se le aguaban los ojos. Se levantó de un salto cuando se dio cuenta que estaba repitiendo la misma historia. Solo faltaba que apareciera Magda Arias y Jimmy Marton para robarle todas las ilusiones que había tenido para su vida.

Tenía que irse de allí, desaparecer de ese hotel de mala muerte que le traía los recuerdos más dolorosos, esos que la perseguían y no la dejaban olvidar.

Se puso una solera blanca de tirantes, unas sandalias romanas y salió del hotel porque no pensaba quedarse a pasar la noche en esa pocilga. Estaba segura de que con tanto turismo dando vuelta encontraría un bar o una confitería que estuviera abierta hasta la madrugada. Había pensado en regresar a su casa de Estancia Vieja, pero tuvo miedo de dormirse en la ruta y que al día siguiente la encontraran muerta al caer por alguno de los muchos precipicios.

Las calles del centro a esa hora estaban poco transitadas. Al recordar que se había dejado una de las maletas tirada en el parque de su madre, a Sami se le escapó una carcajada, porque se imaginó que su padre la estaría esperando sentado arriba del bolso y Rosi dando vueltas alrededor. Si creían que volvería por la maleta, estaban muy equivocados. No la necesitaba, tenía dos más en el maletero del coche, y en aquella maleta solo había ropa deportiva, que había llevado para usar en casa de Rosi.

Encontró un bar abierto, se sentó en una mesa de la vereda y pidió una cerveza y un sándwich de fiambre y queso.

La poca gente que había paseaba despreocupada por las calles, como si en las vacaciones se permitieran olvidar todos sus problemas. Ella no se sentía así. No encontraba la paz, no podía sentirse relajada y retorció las manos sobre la mesa pensando que en la casa de su madre se habían instalado sus enemigos. Esa sombra oscura que no dejaba de perseguirla.

–¡Qué sorpresa! No sabía que a las sirvientas les alcanzaba el presupuesto para sentarse en un bar –Mariana, la sombra oscura, se le apareció por la espalda, se paró junto a Sami y la miró con desprecio desde su perfecta postura de elegante modelo.

Sami se quedó paralizada. ¿Cómo no se quedó en el hotelito de mala muerte? ¿Cómo no regresó de noche a su casa?, se preguntó, y se maldijo por ser tan idiota al exponerse en una ciudad tan pequeña sin haber tenido la lucidez suficiente para saber que alguno de ellos la podía encontrar. La miró seria, y se dijo que esta vez no se iba a dejar intimidar por esa arrogante.

–La época de servidumbre ya pasó para mí –Sami la miró de arriba abajo con desaprobación. Mariana tenía un vestido amarillo de seda, con sandalia y cartera al tono. Buena elección para una noche de gala, pero no para un bar sencillo de una ciudad turística, donde la gente paseaba con pantalones cortos y remeras con estampas de colores. Nadie cuidaba la ropa en sus vacaciones, incluso se animaban a vestir de forma ridícula al estar fuera de su ambiente habitual.

–Álvaro tomó el primer vuelo que encontró en cuanto supo que venía con mi padre. Es tan ardiente en la cama, es un animal salvaje –se apoyó en el borde de la mesa y se mojó los labios con saliva al mencionar la última frase–. Puede hacer el amor la noche entera.

¡Cómo le dolían sus palabras! Eran como puñales que se le clavaban en el cuerpo. Pero Sami no pensaba demostrarlo. Álvaro era tan basura como ella, y los dos eran una perfecta pareja de mierda, se dijo, y la miró con desprecio. Recordó que su padre le acababa de hablar de los cambios de Mariana ¿Ese era el cambio?

–No sé qué haces acá, cuando deberías estar revolcándote toda la noche con él, ya que, según tú, ha venido para eso. Ya sé, te ha reemplazado por una mejor –dijo Sami con ironía.

–¡Mejor que yo! ¡Qué inocente! Él debe estar buscándome, me sigue como perrito faldero –largó una risotada.

La sirvientita se iba a llevar una enorme sorpresa, puesto que mientras manejaba rumbo al centro se cruzó al idiota enamorado, y sabía que en cualquier momento iba a pasar por el bar. Ella ya tenía pensado como iba a ser el encuentro, aunque Álvaro se iba a llevar la misma sorpresa que la sirvienta.

–Las vueltas de la vida. Tener una hermana sirvienta. No se me habría cruzado nunca por la cabeza –dijo Mariana, negó con la cabeza y la miró con el mismo desprecio que le mostró en la casa de los Arias.

Sami tenía los puños apretados. No le iba a dar con el gusto de sentirse humillada. Nunca más iba a permitir que alguien la pisoteara.

–No somos hermanas –dijo Sami, la miró con tanta seguridad que la dejó con la boca abierta.

–¿Cómo sabes, perra de mierda, que no soy hija de Francisco? –era tanta la furia de Mariana, que Sami se estremeció y retrocedió en la silla. Había metido el dedo en la llaga sin saberlo. Debería haber largado una de las carcajadas de Mariana, pero ella estaba asombrada con su acierto. No era hija de Francisco, pensó–. Ese bastardo te lo ha dicho –gritó Mariana como loca, y se acercó hasta que casi no hubo distancia entre ellas.

Sami en lugar de detenerse a pensar en lo que había dejado al descubierto, agarró la cartera y se alejó rumbo al coche. Buscaba desesperada la llave en el bolso cuando sintió que la giraban con violencia, y un minuto después el puño de Mariana le dio de lleno en la cara. Sami se cayó de bruces al piso y todo el contenido de la cartera se desparramó en la acera.

Estaba mareada por el golpe que acababa de recibir y sorprendida por lo que acababa de escuchar, pero alcanzó a ver a Álvaro, que se acercaba corriendo. Mariana automáticamente compuso el gesto de odio que se le había instalado en la cara, se le colgó de su cuello y le dio un beso corto y ruidoso

en la boca.

–Te espero tras la pileta... desnuda –su voz fue sensual y provocadora.

Álvaro miró a Mariana con odio, y con la misma expresión en sus ojos de tormenta se giró para mirar a Sami. Él la vio tirada en el piso, pero no se molestó en ayudarla a levantarse, tampoco le preguntó si estaba bien. El resentimiento de Álvaro estaba escrito en sus ojos.

Sami se apuró a recoger sus cosas y meterlas todas desordenadas en el bolso. Se quería ir. Quería desaparecer, pero le temblaban las manos y le costaba guardar todo lo que se había desparramado en la calle. Cuando vio tirada la carta para Esteban Marton, la encerró en sus manos para que él no la viera, pero Álvaro se le adelantó y se la sacó limpiamente de las manos.

–¿Qué es esto? –su voz era indiferente y sus ojos grises seguían siendo de hielo.

–¡Dámela, maldito! –Sami se levantó apura y se tambaleó, pero a pesar del mareo estiró la mano para quitarle la carta.

Álvaro la alzó por encima de su cabeza y leyó el remitente. Al principio no había visto más que el apellido y por eso se la había quitado, pero ahora estaba desorientado porque la carta no iba dirigida a Jimmy, sino a Esteban Marton, el padre de Jimmy. Sami pegó un salto y se la arrebató de las manos. Cuando intentó alejarse, Álvaro apresó en sus manos la cadenita con el corazón que tenía en el pecho.

–¡Suéltala! –dijo Sami, suplicándole con la mirada. Era el único recuerdo que tenía de él y si alguien se la iba a sacar del cuello, esa era ella. Solo esperaba estar preparada para hacerlo.

Álvaro no le apartaba la mirada, el desprecio de esos ojos grises la hizo temblar. Nunca la había mirado así. Nunca la había odiado tanto. Sami le devolvió una mirada suplicante, y eso lo hizo reaccionar. Álvaro sin decirle una palabra aflojó su mano del corazoncito y dio un paso atrás. Ella se marchó

casi corriendo a su automóvil.

Temblaba como aquella noche. Sus mejillas estaban húmedas y no podía encajar la llave en el contacto. Sami se apoyó en el volante y lloró. Álvaro abrió con violencia la puerta y desde su metro ochenta le preguntó con brusquedad.

–¿Qué significa esa carta? ¿Por qué llevas la cadenita al cuello?

–Para recordar cuánto te odio –dijo Sami, logró poner en marcha el coche y haciendo chillar los neumáticos se alejó de la pesadilla.

Después de una noche espantosa, a Álvaro la cabeza le retumbaba como si una orquesta tocara en sus oídos. Francisco había salido a buscar a Sami, y en su lugar lo había encontrado a él borracho y durmiendo en un banco de la plaza. En ese momento Álvaro estaba sentado en la cocina de Rosi, con un café cargado y ya se había tomado dos aspirinas. Roberto y Rosi hablaban entre ellos, pero él era ajeno a sus comentarios. Había apoyado la cabeza sobre sus brazos y tenía ganas de vomitar. Necesitaba despejarse para aclarar sus ideas.

La noche anterior, cuando vio a Sami en el piso, tuvo el deseo de envolverla en sus brazos para consolarla. Pero recordó las palabras de Jimmy y la dejó tirada en la calle. Ni siquiera sintió pena al ver que Mariana le había dejado el ojo morado. Sami se lo merecía, se dijo lleno de ese odio que sentía desde que Jimmy había contado lo despabilada que era en temas sexuales.

Pero habían pasado las horas y en la distancia Álvaro veía las cosas diferentes. La incertidumbre lo estaba matando. ¿Por qué Sami le enviaba una carta a Esteban Marton? ¿Y, por qué seguía usando el corazoncito que él le había regalado? Estuvo a punto de arrancárselo y tirarlo al río para que desapareciera de una vez. Pero sus ojos suplicantes lo detuvieron. ¿Qué había detrás de todo lo que había pasado? Le costaba creer que ella llevara colgada

del cuello la cadenita para recordar el odio que le tenía. ¿Sería realmente porque lo odiaba, o era por otra cosa?

–¿Francisco no la encontró? –preguntó Roberto a Rosi.

–No. Debe estar en su casa, o en un avión, o quizás se fue en su coche a Buenos Aires. ¡Qué ironía, Roberto! Hace un año sabía todo de mi hija, y ahora... no tengo idea dónde está... –Rosi rio, como si se burlada de sí misma–. Toda una vida de sacrificio... toda una vida pensando en un futuro juntas... y ahora que soy libre la perdí –razonó Rosi sin perder la calma. Tantos años soportando injusticias la habían convertido en una mujer dura y resignada, por eso a pesar de la tristeza podía mantenerse entera.

Álvaro escuchó las reflexiones de Rosi sin emitir opinión. Se levantó de la silla, se masajeó la sien y salió de la casa. A lo lejos vio a Mariana discutir acaloradamente con Francisco. Álvaro rio de su desgracia, tener la desgracia ser el padre de Mariana debía ser su karma. Recordó que también era el padre de Sami. Francisco estaba orgulloso de Sami y todo el día se lo repetía a él. También hablaba bien de Mariana. Incluso le había contado que ella había cambiado. Por lo visto Francisco no era un padre objetivo, puesto que Mariana seguía siendo tan loca como siempre. Seguro que con Sami le pasaba lo mismo, ya que solo hablaba de las virtudes en su hija más chica. “No te imaginas lo responsable que es Sami” “Se ha comprado un autito con el adelanto que le ha dado la editorial” “No quiere que la ayude económicamente” “No sale con nadie” “Es tan cariñosa” “Lloró y se colgó de mi cuello cuando le dije que era su padre” “Nunca me imaginé que tendría una hija tan dulce y desinteresada” “Solo me quiere a mí, no le interesa lo que tengo” “Quiere tener éxito por lo que es”.

Álvaro lo escuchaba en silencio, porque no quería decirle que su preciosa e inocente hija era una puta igual que Mariana. Ni a su padre le había podido contar de lo que se había enterado en el bar de Los Sauces. Mucho

menos se lo pensaba decir a Rosi, que vivía en un mundo de fantasías y creía que su hijita era una santa venerada. Pero la noche anterior la había visto tirada en el piso con el ojo hinchado, y él había creído ver esa inocencia que recordaba. Y cuando ella le suplicó con la mirada que no le arrebatara la cadenita, a él le había parecido muy indefensa.

¡Dios, no pudo equivocarse tanto con ella! Él no era idiota para calar a las personas. Lo único que tenía claro era que lo que había escuchado en el bar de Los Sauces era cierto. Jimmy había contado cosas que solo las podía conocer quien la hubiera visto desnuda. Sami tenía un lunar justo al lado del vello púbico, él se lo había visto el día que la encontró dormida en el sillón de la casa de Rosi. Él lo había acariciado cuando casi hacen el amor en la sala de Rosi. Y él había creído que sería el único en conocer ese detalle íntimo de Sami. Pero Jimmy también lo conocía. Y eso era imposible de adivinar. Por eso la odiaba. Por eso estaba seguro que Sami había simulando una ingenuidad e inocencia que estaba lejos de tener.

–Necesito hablar contigo –Francisco venía con el rostro desenchajado, algo raro en él, que era un hombre sumamente paciente y comprensivo.

–No será de las insinuaciones que me hizo tu hija anoche –dijo Álvaro con sarcasmo. Francisco agachó la cabeza, y caminó hasta una de las mesas que tenía Rosi en el parque. Necesitaba distraerse con el trabajo para no pensar en lo que le había pasado.

–No es de ella... no –dijo Francisco sin mirarlo. Le daba vergüenza mirar a Álvaro a los ojos. ¿Cómo contarle lo que había visto la noche anterior? ¿A quién confiarle lo que le había pasado? A Álvaro no. Él era un chico joven y de mente sana. Lo mejor era concentrarse en el trabajo y olvidar–. He pensado en tu idea y me parece extraordinaria, Álvaro. Ya me la estoy imaginando. ¡Cinco hoteles exclusivos! ¡La historia antigua en un solo sitio! –dijo Francisco recuperando el entusiasmo, se acercó a un sector de

tierra, buscó un palo y comenzó a diseñar como un niño—. Grecia, con su hotel descendiendo hacia el mar y La Torre blanca de los otomanos como centro de reunión. Acá un restaurante, y acá un centro de compras, y al pie de la torre nuestro infaltable Alejandro Magno, el dueño del mundo antiguo. Acá estaría Roma, con el Coliseo como fachada, y adentro del hotel pondríamos poner centros de compras y restaurantes. Y acá a la izquierda la *Fontana di Trevi* con sus caballos alados deslizándose sobre el agua, y estatuas... y más estatuas. —Francisco seguía dibujando con un entusiasmo desmedido, como si de esa forma pudiera embotar su mente de ideas y olvidarse del mundo.

Álvaro lo miraba a él y luego observaba sus garabatos. ¿Qué mente brillante? Había sido su idea, pero Francisco era un genio para enriquecerla. Él se la había imaginado, pero escuchándolo hablar hasta podía sentir en la piel cada uno de los detalles. Se agachó a su lado y comenzó a agregar ideas.

—Acá podríamos mezclar la más remota historia con dos pirámides de Egipto sobre las arenas del mar, *Keops* imponiéndose en tamaño sería el hotel, y *Karnak* el restaurante y centro de compras. ¡Dios, Francisco! Esto es demasiado ambicioso.

—No, no... No nos limitemos. Tengo las tierras compradas en el norte de Brasil, y pienso deshacerme de dos complejos que tengo fuera de Brasil. Quiero que sea, *El Proyecto*. Mi último proyecto. Álvaro... quiero detener el ritmo de trabajo. Esto no se lo he dicho ni a tu padre. Quiero levantarme a la mañana y disfrutar el día junto a mi familia. Quiero tener a Eva conmigo y quiero estar lo más cerca posible de Sami. Ellas dos son mucho más valiosas que todo lo que he logrado.

A Álvaro se le erizaron los vellos del brazo. Tanto amaba Francisco a sus dos mujeres para dejar su carrera. Y qué pasaba con su otra hija, que no la había incluido dentro de su familia. Él solo hablaba de Sami y Rosi. ¿Qué era lo que había pasado en la discusión que había tenido con Mariana para que no

la incluyera en su vida? Francisco no era un padre que abandonaba a sus hijas. Álvaro lo había visto con sus propios ojos, siempre estaba preocupado por ellas, siempre estaba telefoneándolas si no las podía ir a ver. Algo muy grave debió pasarle con Mariana para apartarla de su vida de la noche a la mañana. Álvaro lo miró con tanto asombro que Francisco le preguntó.

–¿Qué te has quedado pensando? No pienso renunciar a lo que he logrado. Pienso renunciar a seguir haciendo. No quiero correr más de un país a otro. Solo voy a correr tras mi hija.

–A qué hija te refieres. Que yo sepa tienes dos.

–Desde hoy solo tengo a Sami.

Álvaro no se animó a preguntar, y Francisco aprovechó el silencio para distanciarse de él. Ya le había pedido a Roberto que acercara a Mariana a la terminal. Le había dado un cheque que le permitiría vivir un año sin molestarlo. Durante la noche había tomado tantas decisiones, que por la mañana se sintió otra persona. Una de ellas ya se la había comunicado a Álvaro. Solo una parte. El proyecto que Álvaro le había presentado un mes atrás lo había impresionado. Llevaba muchos días proyectándolo en la cabeza y había estado ansioso de comenzar.

Pero anoche su vida había sufrido un giro de ciento ochenta grados y ya no quería seguir con la carrera interminable de construir... construir... construir. ¿Para qué? ¿Para quién?, se había preguntado la noche anterior. Él tenía cuarenta y cinco años, y desde los veintitrés que no hacía otra cosa que construir. Ahora era el momento de vivir. Con todo lo que ya había logrado tenía para vivir él y Eva, su hija y hasta sus nietos el resto de sus vidas sin trabajar.

Álvaro era joven y su carrera de arquitecto estaba comenzando. Verlo, era como verse él en sus comienzos. Álvaro era el futuro y él era quien se lo iba a dar.

Desde ese momento, Francisco Vidal no iba a poner un ladrillo más con su sello. *El Gran Proyecto* de su vida no iba a estar a su nombre.

CAPÍTULO 17

La mañana había amanecido lluviosa. La tienda de artesanías estaba atendida por sus dos empleadas de temporada, y Rosi regresaba a su casa corriendo, con el paraguas que le volaba el viento. Estaba preocupada por Francisco, desde hacía cinco días hablaba poco y casi no comía.

Álvaro se había ido a Córdoba a visitar unos amigos y Roberto lo había acompañado. Francisco les había prestado la casa de Sami para que la ocuparan durante su estadía, ya que su hija no volvería por dos meses. Rosi prefirió no imaginar la ira de su hija si se enteraba que Álvaro estaba instalado en su casa.

El viento se arremolinaba y se le filtraba el agua por todos lados, el paraguas quedó invertido, y Rosi lo abandonó en la acera. Entró corriendo por la tranquera y vio a Francisco caminando bajo la lluvia cerca de la pileta.

—¿Qué haces aquí? Te has vuelto loco. No ves que te vas a enfermar — gritó Rosi, lo tomó del brazo y tiró de él para llevarlo a la casa.

Francisco la miró y sonrió. Ella no tenía derecho de gritarle así cuando estaba chorreando agua igual que él, pero no dijo nada porque le gustaba su alma protectora. Lo metió a la casa como si fuera un niño pequeño, y corrió al baño a buscar unas toallas. Cuando regresó, le secó la cara, el cabello y comenzó a sacarle la camisa empapada.

—Pareces un niño. Cómo se te ha ocurrido pasear en medio de la lluvia —lo seguía retando mientras lo secaba. Le sacó los zapatos y los calcetines—.

Dios, nunca lo vuelvas a hacer.

Francisco estaba quieto, no podía creer lo que estaba haciendo Eva. Cuando llegara a sus pantalones y a sus calzoncillos se iba a llevar una enorme sorpresa. Él no dijo nada y la dejó hacer. Ya se enteraría ella lo que había conseguido con su instinto protector.

–Tú y Sami ya me están cansando –se había arrodillado junto a él, y le secaba los pies–. Parecen dos niños irresponsables –lo seguía retando, hasta que a sus pies vio caer los pantalones y los calzoncillos de Francisco. Rosi se quedó de piedra, y en ese momento comprendió el error que acababa de cometer. ¡Él no era un niño, y ella no era su madre! Sin mirarlo le tendió la toalla–. Toma, cúbrete.

Francisco tomó la toalla en sus manos y la revoleó al piso. Entonces Rosi se incorporó y se giró para darle la espalda. Cuando caminaba para alejarse de él, Francisco le rodeó la cintura y la apretó sobre a su cuerpo para que sintiera su sexo a punto de explotar como un volcán en erupción.

–Pareces una niña –le susurró en el oído, y le desprendió el vestido–. Mira como te has mojado. Podrías haberte pescado una pulmonía –seguía susurrando en su oído mientras le bajaba los breteles del vestido, que se desplomó en el piso por el peso del agua–. El sostén está empapado –susurró, y lo dejó caer junto al vestido–. Y las bragas...

–¡Basta! –gritó Rosi con la voz ronca, y trató de alejarse de él, pero ella no era tan fuerte o no estaba usando todas sus fuerzas, porque seguía allí como si no pudiera alejarse–. ¡Esto es una locura! Somos adultos. No te comportes como un adolescente –ni ella creía lo que estaba diciendo, sobre todo teniendo una mano de Francisco acariciándole el seno y otra perdida en su vello púbico.

–Siente, mi amor –le susurró Francisco en el oído, y le mordió el lóbulo de la oreja–. No estás muerta, Eva.

Rosi estaba más viva que nunca, las sensaciones se arremolinaban en su cabeza y no la dejaban pensar. Pero eso era una locura. Ella tenía cuarenta y cuatro años y el tiempo de sentir ya había pasado.

–Suéltame Francisco. No me hagas esto... ¡Ahhh!... Fran... –el orgasmo de Eva estaba a un roce de sus manos. Pero él no la iba a dejar llegar tan pronto. La soltó bruscamente y la rodeó por la cintura. Seguía detrás de ella y él estaba a punto de explotar, pero quería que Eva aceptara su cuerpo y no se arrepintiera de lo que estaban haciendo una vez que se acabara.

–Lo siento, Eva.

–Lo sientes –dijo Rosi furiosa, se giró y lo empujó por los hombros. Se había olvidado que estaba desnuda y lo increpaba, con los ojos llenos de furia, con las palabras que salían de su boca y con el movimiento serpenteante de su cuerpo–. Dices que lo sientes. Me has quitado la ropa, me has excitado y ahora dices que lo sientes. Hace veinte años que no estoy con un hombre –seguía golpeándolo en el pecho, y lo miraba con furia–. Veinte años con mi cuerpo dormido, y tú –dijo, y lo golpeó de nuevo–. Maldito Fran, tú no me vas a dejar así –lo tiró en el sillón y se acostó encima de él.

Francisco no dijo nada. Estaba realmente sorprendido por la reacción de su dulce Eva. Parecía más una leona indignada por lo que le había hecho, que una tímida gatita avergonzada. La rodeó con sus brazos, y la besó con desesperación. Ella respondió con el deseo contenido durante tantos años, le mordió el labio y le pasó la lengua para calmar el dolor.

–Mi amor, esto es toda una sorpresa para mí –dijo Francisco, mientras sus manos se perdían en su sexo. Se tocaron suave y lentamente, prolongando al máximo el placer. Ella jadeaba en sus brazos y repetía su nombre mientras él la devoraba con su boca. Francisco besó cada rincón de su cara, y lamió y chupó cada uno de sus pechos. Era exquisita, dulce y ansiosa. Se notaba sus años de abstinencia. Por momentos ella era torpe y después se movía de forma

salvaje. Francisco la levantó del sillón y le abrió las piernas para chuparla y lamerla hasta hacerla gritar de deseo. Había quebrado todas sus barreras y la tenía expuesta frente a él, desnuda y desprotegida, gritando su nombre y jadeando con cada sensación, hasta que por fin la dejó llegar a la cima. Su cuerpo se contrajo y sus manos tensas se apretaron contra su cabello, y él la tumbó en la alfombra y la penetró hasta el fondo. ¡Cuántas veces había soñado con este momento! Y ahora era más delicioso que en sus mejores sueños. Se movieron a un ritmo frenético, y cuando ya no se pudo contener más, la llevó a un nuevo orgasmo y se vació dentro de ella gritando su nombre. Quedaron tendidos en la alfombra sin separar la unión de sus cuerpos. Cuando él se quiso apartar, ella lo retuvo.

–No salgas de mí. Hace muchos años que no estás dentro de mí.

–Te amo, Eva. Déjame formar parte de tu vida –dijo, besándola de nuevo.

–Como amantes –contestó sin mirarlo, seguía abrazada a él, y Francisco esbozó una sonrisa de triunfo. Había quebrado más barreras de las que esperaba. Había conseguido ser su amante, y eso estaba a un paso de ser su marido.

–Tócame, Fran, vuelve a entrar en mí –le suplicó Rosi mientras le acariciaba los brazos y el pecho.

–Cariño, tengo cuarenta y cinco años –dijo él, y arqueó las cejas asombrado.

–No se nota –contestó Eva, se frotó sobre él y logró que su pene se pusiera duro mientras otra oleada de deseo, excitación y salvajismo se apoderó de ellos.

Despertaron al anochecer. Afuera seguía lloviendo, nada mejor que un día de lluvia constante para estar en la cama con Eva desnuda a su lado. Los veinte años transcurridos habían cambiado su cuerpo, pero seguía siendo

delgada, con pechos firmes y nalgas duras, quizás por el exceso de trabajo en la casa de Magda. Era tan exquisita como él la recordaba, y tan dulce y sensual como en su juventud. Y en la cama seguía tan desinhibida como cuando la había conocido. Fue su primer hombre y esa tarde ella le había confesado que había sido el único.

–Sabes, Fran, venía corriendo para hablar contigo y... bueno... no hablamos nada.

Francisco la apretó junto a su cuerpo y sonrió.

–De qué querías hablarme –dijo, y la besó.

–En la cama no. Tiene que ser vestidos.

–Entonces lo dejemos para después –ya estaba encima de ella, dispuesto a penetrarla profundamente, tal como a ella le gustaba.

–Fran, ¿de dónde sacas fuerzas? Tengo entendido que a nuestra edad...

La interrumpió con un beso apasionado.

–Ya ves que eso no es cierto, Eva. De solo verte me pongo duro –dijo entrando en su cuerpo. Él se movía al ritmo de los dos porque Eva seguía preguntando.

–¡Ahhh...! Fran... entonces apenas me viste... ¡Por dios!, me estás volviendo loca.

Francisco se rio y la besó en los labios.

–Apenas te vi en la casa de Roberto tuve ganas de tumbarte en la sala. Llevo un año conteniéndome, Eva. –no hablaron más, solo gozaron del momento. Estaban sudados, excitados y felices.

El restaurante estaba lleno, y Francisco no dejaba de abrazarla y besarla. Eva estaba roja como un tomate maduro. Toda la gente que la conocía de la tienda la miraba con curiosidad. Algunas más cotilleras se habían acercado a su mesa, y Francisco les había sacado todas las dudas diciéndoles

que era el padre de Sami. Rosi solo sonreía y seguía con las mejillas rojas.

–¿Qué le vamos a decir a nuestra hija? –preguntó preocupada.

–Que somos amantes –contestó sin mirarla, mientras cortaba un lomo al roquefort que tenía en su plato. Ella lo miró horrorizada y Francisco al verla de reojo se rio–. Salvo que quieras casarte conmigo.

–¡Ni loca! –fue una respuesta espontánea. A Francisco parecía no molestarle su sinceridad, él sabía que ella terminaría por ceder, y sabía que ya había logrado más de lo que esperaba–. No quiero que Sami lo sepa – Francisco sonrió ante su pedido, no dijo nada, pero Rosi supuso que iba a respetar su decisión.

–¿Qué querías preguntarme, Eva? –preguntó Francisco mientras llenaba las copas de vino.

–¿Qué pasó con Mariana? –Rosi estaba revolviendo distraída su ensalada mientras lo miraba a él, esperando la respuesta.

Francisco dejó la botella con un golpe seco en la mesa, y se puso pálido. Agachó la cabeza y se quedó pensando. No sabía cómo contarle lo que había pasado. Se sentía descompuesto de solo recordarlo. Pero tampoco quería ocultarle lo que le había pasado. Ya la había perdido una vez por un desencuentro, no pensaba arriesgarse a perderla nuevamente por no animarse a confesarle la verdad.

–Acá no puedo... Acá no –repitió, y Rosi vio que estaba consternado.

–¿Tan grave es? –preguntó sorprendida, y le apretó las manos. Francisco había quedado demasiado pálido, y los dedos de las manos le temblaban de forma descontrolada. Dejó unos billetes en la mesa, y salió con ella sin que sus labios pudieran articular una sola palabra.

En la sala, Rosi se había acomodado en un sillón con la cerveza que Francisco le acababa de servir. Él estaba con un vaso de whisky en la mano y había dejado la botella en la mesa para volverlo a llenar si lo necesitaba. No

sabía por dónde empezar. Le costaba recordar cómo había sucedido todo aquello, ya que la secuencia de los hechos estaba confusa en su cabeza.

–Mariana no es hija mía. Tuve un par de relaciones con su madre hace veintidós años, solo fueron dos veces, y no nos volvimos a ver hasta tres meses después, cuando ella apareció en mi oficina llorando desesperada porque estaba embarazada. Me casé con ella a pesar de no estar convencido de que el bebé fuera mío. Pero cuando la niña nació... era tan chiquita, Eva, y tan indefensa, que ya no me importó si era o no mi hija. Después del nacimiento de Mariana, mi mujer empezó a ausentarse de casa día y noche, y cuando regresaba por lo general estaba borracha. La niña no tenía más de cuatro meses cuando me confesó que era hija de un empleado mío. Después de esa revelación se fue de casa con Mariana y me pidió el divorcio. Le di la mitad de los bienes que tenía en ese momento, que no era demasiado, y nunca he dejado de ocuparme de mi hija, tanto en dinero como en afecto –dijo Francisco sin dejar de mirar a Eva, y valoró que ella no demostrara más que comprensión en sus gestos.

–Te admiro, Fran. De veras, porque no cualquiera hubiera actuado como tú.

Él se rio con sarcasmo, y la miró con tristeza.

–Tal vez no opines lo mismo dentro de unos momentos.

–¿Qué quieres decir? –Eva se asombró por su comentario.

–Quiero decir que anoche he renunciado a ser el padre de Mariana. Desde hoy ella no es más mi hija. Voy a hacer todos los trámites que sean necesarios para quitarle mi apellido. La voy a quitar de mi mente, de mi corazón y de mi herencia –dijo Francisco sin dejar de mirarla a los ojos.

–¿Por qué? ¿Qué pudo haber pasado para que tomes una decisión tan extrema? ¿No lo harás por Sami? Sabes que a ella no le interesa tu dinero – aclaró Rosi, en un intento por hacerlo desistir de su decisión.

–No es por Sami. No quiero ver más a Mariana. ¡Dios, cómo explicarte lo que ha pasado! –dijo preocupado, se levantó del sillón y se acercó a Rosi, se agachó a su lado y le tomó las manos–. Me da asco lo que ha pasado.

–No me asustes, Francisco. Acaso has hecho algo de lo que te puedas arrepentir.

–Espero que no. Creo que no. Ya no estoy seguro de nada.

Rosi le acarició las mejillas, y le levantó el mentón.

–¿Por qué no me cuentas? No te voy a juzgar.

Francisco se levantó y se acercó a la ventana. No quería mirarla cuando le contara los motivos de su decisión.

–Anoche Mariana se encontró a Sami en un bar. Algo ofensivo le debe haber dicho, porque Sami le aseguró que ellas no eran hermanas. Supongo que Sami solo expresó su rechazo. Eva, yo no tenía idea que Mariana sabía que no soy su verdadero padre. Siempre cuidé de que ella no se enterara porque no quería que sufriera. Pero ella lo sabe desde que tiene siete años. Su madre cada vez que se emborrachaba se encargaba de recordarle su origen. Y ella nunca me dijo nada... hasta anoche.

–¿Ese es el motivo por el que piensas revocar la paternidad? –Rosi mantenía su voz imparcial, no quería que Francisco se enojara con ella y se silenciara. Había avanzado bastante en su confesión y quería que él se desahogara, se quitara el problema que lo estaba torturando desde que Mariana se había ido.

–No, ese no sería motivo para semejante decisión. Siempre la consideré mi hija.

–¡Por Dios, Francisco, habla de una vez! –dijo Rosi preocupada.

–Anoche fui a caminar por el parque y Mariana estaba desnuda en la pileta. Solo tenía unas medias negras y unas ligas. Le grité que estaba loca y le

tiré mi saco para que se cubriera. Pero ella me dijo que esperaba a Álvaro. Le dije que Álvaro estaba enamorado de Sami, y ella se puso como loca. Ahí me dijo que ella sabía que no era su padre y me dijo... Me dijo... Me repugna repetir lo que dijo...

–¿Qué te deseaba? –preguntó Rosi, que ya estaba captando lo que le había pasado.

–¿Cómo lo sabes? –Francisco se giró para mirarla, pero Rosi mantenía su expresión serena.

–Si un padre encuentra a su hija desnuda, yo creo que lo primero que haría ella sería cubrirse y enrojecer de vergüenza.

–Ella se acarició frente a mí todo el cuerpo. Se arqueaba frente a mis ojos. La levanté de un tirón y le di una cachetada, luego le dije que era una puta igual que su madre. ¿Y sabes lo que hizo? Se fregaba en mi cuerpo y me suplicaba que la poseyera. Me dijo que me deseaba desde que tenía diecisiete años. Te juro, Eva, que me dejó mudo. De un empujón la tiré al pasto, y me metí en la casa a ducharme.

–¡Dios mío! –dijo Rosi, y se acercó a él para abrazarlo como si fuera un niño. Cuando lo sintió más relajado y ella recuperó el aliento, lo consoló—. Ya pasó, Fran. No te tortures más, has hecho lo correcto. Y tu decisión también es la más conveniente.

–Eva, me endurecí. Siempre la vi como a una hija, y no debería haberme puesto duro.

Rosi lo besó con una calidez que derritió todas las barreras de resistencias de Francisco.

–Es comprensible. No tienes de que sentirte culpable. Si hubieras comido de la manzana prohibida la situación sería diferente, pero no lo hiciste. Ella te provocó y tú supiste comportarte con su padre. Te admiro –dijo Rosi, y le acarició las mejillas. Lo que Rosi se guardó para sí fue la noche en

que Álvaro sí había sucumbido a las terribles provocaciones de Mariana. Álvaro no se había podido contener, y con lo que le había contado Francisco, ella pudo imaginar el motivo.

–¡Ay, Eva, cómo te amo! No creí que me fueras a comprender –dijo, y la apretó con fuerza sobre su pecho–. ¿Qué pasaría si ella te contara una versión diferente de los hechos?

–Nunca confié en ella –dijo Rosi, y le besó los labios.

–No quiero volver a perderte, Eva.

–Ni yo. Hazme el amor, Fran.

–Lo que tú digas cariño.

CAPÍTULO 18

Miró el lago San Roque. Las luces de la Villa se reflejaban en sus quietas aguas. Los bares flotantes trabajaban a pleno. Con los prismáticos podía observar a la gente que caminaba por la pasarela y a los camareros con las bandejas en la mano.

Del otro lado de la ruta, un búho parado en un poste lo miraba insistentemente, algunas veces giraba la cabeza en todas las direcciones.

Pocos coches serpenteaban por las trece curvas rumbo a la Villa. Él las había contado y había danzado en ellas con su coche. Eran trece, izquierda, derecha, izquierda, derecha, y así hasta llegar al puente.

El cielo se llenó de luces multicolores. Todas estallaron al mismo tiempo. Algunas se ampliaban en el horizonte y otras apenas centellaban como si fueran luciérnagas en la noche sin luna. Bombas de estruendo y petardos se mezclaban con las luces.

Álvaro levantó la copa al cielo y brindó por el nuevo año que comenzaba.

Francisco les había prestado la casa de Sami a él y a su padre, pero Roberto había regresado a Mina Clavero.

La casa de Rosi estaría llena de gente festejando el nuevo año. Tres amigas ya habían anunciado su llegada, y la tía Julia siempre era número puesto en los festejos. Álvaro quería estar solo. En realidad, se sentía acompañado por los recuerdos de Sami. Por donde caminaba había fotos de

ella, y en su habitación se sentía su olor y su presencia.

Entró en la casa y extendió la mano al hogar donde Sami le sonreía en cada una de las fotos. En una tenía en brazos a Patán, su mascota de la infancia. Era tan grande que las piernas flaquitas de Sami se doblaban con el peso del perro. En otra estaba tirada en el piso con la bicicleta encima, y se reía. En las más recientes ella estaba con su padre, abrazados, siempre abrazados. Y en algunas fotos Sami estaba sentada en su regazo, como si intentan recuperar los años de infancia que no habían podido compartir. ¡Cuánto amor se notaba que había entre ellos!, Francisco la miraba embelesado, y ella con adoración o admiración.

Álvaro no había encontrado un solo retrato de ellos dos, a pesar de que Rosi les había sacado cientos de fotos peleando, revolcándose en el pasto por un juguete, compartiendo un helado, tironeándose una patineta. ¡Cuántos recuerdos de los dos que ella no había incluido en su casa! Al principio Álvaro se enfureció, y tuvo deseos barrer con todos los portarretratos hasta verlos destruidos en el piso, pero pasado unos minutos comprendió que la vida de los dos ya no circulaba por la misma carretera. Ella era una mentirosa que lo había engañado y le había hecho creer que era un pichoncito inocente.

Sonó el teléfono a sus espaldas, y Álvaro se sobresaltó, había estado demasiado perdido en sus pensamientos y recuerdos.

Se llevó el aparato al sillón y se recostó.

–Feliz año, Álvaro –gritó Francisco del otro lado de la línea–. Tu padre está ahogando sus penas en alcohol, por eso te hablo yo.

Álvaro sonrió, Roberto le había insistido toda la mañana que regresara con él. Ante la negativa de Álvaro había decidido quedarse para que su hijo no recibiera solo el nuevo año. Pero él le gritó que quería estar solo, y su padre se había ido ofendido de la casa de Sami.

–Te felicito por la compra, tanto la casa como el paisaje son un

remanso.

–No fue elección mía. Sami me comentó en una de nuestras salidas turísticas que su sueño era tener una casa en ese lugar. ¿Te has dado cuenta la vista que tiene?

Maldición, cada vez que hablaba con Francisco salía el tema de Sami. Sami esto, Sami aquello. ¡Cómo se la iba a sacar de la cabeza si constantemente Francisco, Roberto y Rosi le hablaban de ella! La virtuosa Sami, y solo él sabía que su virtud se había perdido vaya a saber cuánto tiempo atrás.

–Es impresionante –dijo Álvaro por decir algo educado.

–Te enteraste que Sami solo consiguió cambiar el vuelo para hoy a las once de la noche. Ni siquiera la he podido llamar para desearle feliz año. Eva no deja de llorar –contó Francisco, y aguardó en silencio una respuesta que no llegó.

Álvaro se levantó del sillón, agarró el Dom Perignon con el que estaba festejando, llenó su copa y la vació en su garganta.

–Ella sola en un avión y tú solo en su casa. Me hubiera gustado que los dos estuvieran con nosotros. ¿Te comenté que no sabemos cómo Sami pasó su cumpleaños y las fiestas el año pasado?, creo que no. Ni Eva ni yo hemos podido sacarle una palabra de lo que sucedió cuándo se fue de Los Sauces. – Francisco había tirado ya suficientes ideas para dejar a Álvaro pensando durante toda la noche. Llevaba meses intentando reconciliarlos, pero los dos eran unos cabezotas.

Francisco era más cabezota que ellos dos juntos, y no iba a cejar en sus intentos porque sabía que Álvaro amaba con locura a Sami, y las crueles palabras que le había dicho en la Casa del Tango eran producto del dolor por algo que él sabía de su hija, pero no se lo había contado a nadie.

Sami también seguía muy enamorada de Álvaro. Su hija seguía con su

cadena colgada al cuello, y cada vez que él le hablaba de Álvaro, ella agachaba la cabeza y sujetaba el corazoncito en sus manos. Francisco también había visto todas las fotos de los dos que Sami guardaba en su mesita de noche. Inclusive, una noche habían entrado con Eva para saludarla, y vieron que Sami dormía abrazada a la foto en la que ella y Álvaro se besaban.

Dos tontos, muertos de amor el uno por el otro, pero seguían separados.

Álvaro le colgó sin hacer ningún comentario.

–¡Me cortó! –dijo sorprendido Francisco a Rosi.

–Yo hubiera hecho lo mismo –Contestó Rosi, se acercó y lo besó en la boca. Estaban solos en la cocina, aunque se sentía un parloteo incesante de mujeres chillonas en la sala–. Roberto debe haberse dormido, sino ya estaría aquí huyendo de las chicas.

–¡Las chicas! –dijo Francisco, y largó una carcajada. La más joven tenía sesenta años. Acercó a Eva a su cuerpo y la besó–. Vamos a tu habitación, los dos tenemos mucho que festejar.

Francisco tenía un don para enfurecerlo, se dijo Álvaro, que había estampado la copa de champán contra la pared y se había prendido del pico de la botella. Quería empezar el año tranquilo, por eso se había quedado allí. Pero Francisco lo había estropeado todo con solo una llamada de teléfono. Él estaba empeñado en convencerlo de que su hija era una tierna criatura inocente, y no se daba cuenta que desataba en él una ira incontrolable.

–Maldito Francisco. Tú no sabes que cuando la buscábamos desesperados, tu querida hija se estaba revolcando con Jimmy Marton. ¿Con quién crees que pasó su cumpleaños y las fiestas de fin de año? No eres más que un padre ciego y sordo –hablaba solo mientras bebía de la botella–. Toda esta casa está llena de ella. No debería haber venido acá –dijo paseando

nervioso por la casa.

No sabía qué carajo hacía allí. En un primer momento le había parecido una buena idea. La mejor manera de superar los problemas era enfrentarse a ellos. Y como nunca quiso enfrentarse a Sami, le gustó la idea de enfrentarse con sus cosas. Creyó que viviendo en su casa durante unos días lograría sacarse el odio que sentía por ella y no le permitía avanzar en la vida, porque desde hacía un año se sentía perseguido por los recuerdos.

Él no podía estar con una mujer en la cama sin que se le apareciera la imagen de Sami. Todas sus putas amigas querían sexo durante la noche entera, y él tenía que beber y beber para poder pasar una noche de lujuria sin pensar en Sami.

Pero hacía dos meses que había conocido a Eliana. Ella era distinta. Era tranquila, callada, y en la cama era bastante moderada. Eso le gustaba porque hacían el amor como si estuvieran compartiendo un café por la mañana. Con ella no tomaba alcohol, porque ni bien terminaban el acto sexual, ella se giraba en la cama y Álvaro lograba dormir relajado sin pensar en Sami.

Eliana no era llamativa ni bella como Sami, pero era una buena chica. Además, tenía un hijo de tres años que lo adoraba. Se llamaba Félix, y cuando lo veía llegar, se le prendía del cuello y le decía que lo quería.

Nadie sabía de la existencia de Eliana, porque todos estaban demasiado ocupados en reconciliarlo con Sami. Pero eso era imposible, porque él nunca le iba a perdonar que se hubiera acostado con Jimmy, y menos le iba a perdonar que hubiera fingido ser una jovencita inocente cuando ni siquiera era virgen.

¡Qué odio sentía cuando recordaba los besos que le había dado! Él había creído que no sabía besar, pero la muy falsa era una actriz experimentada para simular que no sabía ni dar un beso de lengua.

—¿Qué hace en la casa de Sami? —dijo una mujer de unos treinta años,

que lo despertó zamarreándolo. Álvaro se había dormido en el sillón con la botella vacía de Dom Perignon abrazada a su pecho.

–Soy un amigo de su padre –contestó abriendo apenas los ojos. Estaba hecho un trapo, le dolía la cabeza y le había quedado el cuerpo entumecido por dormir en el sillón–. ¿Y usted quién es? –dijo Álvaro, se incorporó y la miró de arriba abajo. La mujer tenía cara amistosa y llevaba en brazos un caniche enano con un ridículo moño rosa en la cabeza.

–Soy Diana, la vecina más cercana de Sami –extendió la mano de forma amigable, y le sonrió–. Me ofrecí a cambiarle las flores de los jarrones y a cuidarle la casa.

–Álvaro –se presentó. Se incorporó en el sillón y le dio la mano devolviéndole el gesto–. ¿Quiere café? –dijo, y entró en la cocina.

–No, gracias. ¿Está seguro de que no es amigo de Sami? Porque ella tiene fotos de un hombre muy parecido a usted. Igual a usted, en realidad.

–¡Ah sí! Aquí no veo nada –dijo Álvaro, y señaló con sus manos la casa en general.

–¡Claro que no! Ella las guarda en su mesita de noche. Una tarde la encontré mirándolas, y cuando le pregunté si era su novio me dijo que no, que eran de alguien del pasado. No le pregunté más para no ser indiscreta.

Álvaro la miró con asombro y le sonrió. Por un lado se dio cuenta que la vecina era la reina del cotilleo, y por otro se asombró de que Sami guardara sus fotos. Cuando se fuera la chismosa de la vecina se iba a poner a investigar qué fotos tenía en su habitación.

–Me imagino.

–Piensa quedarse varios días –preguntó con curiosidad mientras sacaba las flores marchitas y enjuagaba los floreros.

–Todavía no lo he decidido. ¿Qué tal se lleva Sami con sus vecinos? – Se sorprendió él mismo con la pregunta. Él, que no quería saber nada de Sami

estaba curioseando en su vida.

–Ella es tan buena que nunca tiene problemas con nadie. ¡Ah! Si tuvo una vez problemas con un vecino. ¡No se imagina cómo le gritó a la pobre Sami el arrogante ese que vive a dos cuadras! ¿Sabe por qué? Porque Plutón, que es el perro de Sami, perseguía todo el día a Alejandra, que es la perra del vecino.

Álvaro arqueó las cejas y le sonrió. Le estaba cayendo bien la vecinita, sobre todo porque contaba todo lo que sabía.

–Pero Sami no se calló. Él le dijo que no quería que Alejandra se revolcara con un perro horrible como Plutón. Por la descendencia, me entiende. –Álvaro afirmó con la cabeza, y no pudo ocultar la sonrisa ante el comentario ridículo–. Entonces Sami le dijo que le diera pastillas a Alejandra o le pusiera un preservativo a Plutón, si es que lo podía agarrar –dijo la vecina y se carcajeó. Álvaro la acompañó en las risas y fue la primera vez en un año que rio de algún comentario relacionado con Sami–. Se imagina a Plutón con un preservativo –dijo Diana, y volvió a reír.

–Estoy tratando de imaginarlo –Diana ya había limpiado los jarrones mientras hablaba y se dirigió a la puerta–. Recojo las flores y vuelvo.

–¿Quiere que la acompañe? –se ofreció Álvaro, quizá podía sacarle alguna información interesante a la cotilla de Diana.

–Como quiera –le contestó, y se encogió de los hombros mientras salía. Álvaro se apresuró a salir tras ella para seguir preguntando. ¿De dónde le había surgido esa curiosidad por saber de Sami? Francisco vivía hablándole de ella y él ni siquiera lo escuchaba.

–¿Dónde recoge las flores?

–Sami camina por las tardes y viene cargada de flores. Ella baja la montaña y llega al río, pero nosotros no vamos a ir tan lejos. Tome, tenga a Jazmín –dijo, y le encajó a la perra de moñito rosa.

–Lindo moño –comentó Álvaro, que caminaba con la perra en brazos.

–Se lo regaló Sami antes de irse. Sucede que Plutón todos los días le saca el moño a Jazmín, y Sami todos los días le ata uno nuevo. Este le está durando porque Plutón se ha quedado en la casa de la madre de Sami.

Álvaro rio para sus adentros, el perro realmente era un demonio.

–Sami tiene en su casa una caja llena de moños para Jazmín. Cree que me voy a enojar con ella por lo que hace Plutón. ¿Lo conoce?

–Lo vi en casa de Rosi.

–El pobre es feo pero tiene buen corazón, igual que Sami. Bueno, ella es preciosa. Acá la queremos todos.

–¡Ah, sí! ¿Trae muchos amigos a su casa? –preguntó Álvaro. Cada vez se asombraba más de sí mismo. La intriga por saber más de ella lo estaba matando, y eso que él nunca había sido curioso.

–Si se refiere a hombres, no. El único que viene a su casa es su padre. ¡Y qué hombre! Pero Sami ya me ha dicho que no me haga el rollo con él porque está perdidamente enamorado de su madre. ¿Es cierto?

–Sí, es cierto –dijo Álvaro riendo–. Tome, tenga a su perra que yo recojo las flores –la perra estaba inquieta en sus brazos, y él estaba más inquieto al tener que cargar en sus brazos una mascota llena de pompones y moños, que no iba para nada con su personalidad.

–Jazmín, dígame Jazmín si no quiere que lo muerda –le aclaró, y lo miró ofendida.

–Lo siento –dijo, y se agachó a recoger las flores.

–¿Sabe Sami que usted está acá?

–No, solo sus padres.

–Ella viajó a México para encontrarse con Fabiola y conocer a su familia, es su agente. Y de allí las dos viajaban a España. Su padre cree que se va a quedar dos meses, pero ella me dijo que tenía dinero para quince días

como mucho. ¡Quizá si se quedara...! –dijo la vecina divertida sin terminar la frase.

–Si me quedara ¿Qué?

–Nada –hizo una pausa, y cambió el tema–. ¿Quiere que le cuente un secreto de Sami?

Álvaro dejó de cortar flores y le sonrió de lado. ¡Claro que quería enterarse de sus secretos! Volvió a sorprenderse por esa insana curiosidad. Pero bueno, que tenía de malo conocer un pequeño secreto.

–Me encantaría.

–Ella se pone muy triste cuando mira las fotos que tiene en su mesita de noche. Creo que hasta llora. Me he cansado de preguntarle si lo extraña y me dice que no. Pero sé que me miente porque le brillan los ojos.

¡Dios! A él no le convenía escuchar ese tipo de secretos. Él quería olvidarla. Borrar de su cabeza la imagen de ella con Jimmy Marton revolcándose toda esa tarde. Tenía que pensar en Eliana y Félix. Ellos eran el remanso que necesitaba, la paz que le permitía vivir de forma tranquila.

–Se ha quedado callado –dijo Diana, y lo miró como si lo interrogara.

Claro, después de todo lo que había soltado, ahora quería que él le contara sus secretos. Loca estaba si pensaba que de su boca iba a salir algo relacionado a ella.

–Creo que con estas flores va a alcanzar –dijo Álvaro cambiando el tema, se levantó y caminó delante de ella de regreso a la casa.

–Sí, con esas está bien –contestó Diana, y sonrió al verlo tan esquivo. Estaba segura de que ese era el hombre que hacía llorar a Sami–. ¿Tiene novia?

–Sí –dijo Álvaro, pensando en Eliana.

–¿Vive cerca?

–En Brasil.

Diana no preguntó más, y Álvaro también se mantuvo callado. Diana le había dado vuelta la cabeza. Hasta se había enterado que Sami había hecho un viaje relámpago. Con esa información, él tenía que irse antes de que ella regresara, pero no tan aprisa como había querido la noche anterior, que casi había salido huyendo despavorido después de escuchar a Francisco hablar maravillas de su hija.

Esa mañana él veía las cosas diferentes. Podría quedarse unos cuantos días más antes de que ella estuviera de vuelta, ya que por más relámpago que fuera su viaje no iba a regresar en esa semana. Iba a aprovechar la casa de Sami para aclarar sus ideas. Quería llegar a Brasil y saber si iba a avanzar con Eliana a otro estadio, es decir, proponerle que vivieran juntos, o la iba a dejar. Álvaro no iba a jugar con los sentimientos de una persona buena como ella.

Había llegado el momento de tomar decisiones responsables sobre su futuro al lado de una mujer.

CAPÍTULO 19

El viaje había sido agotador, el día dos de enero habían llegado con Fabiola a España. Fabiola no solo era eficiente como agente, sino que había conseguido adelantar el vuelo a España.

En el hotel se ducharon, durmieron dos horas y un coche las vino a recoger para llevarlas a la editorial.

Ramiro Funes era un hombre joven y agradable, pero también era un negociador implacable. Era el editor y Fabiola había demostrado frente a él una personalidad que Sami desconocía. Su agente luchaba con uñas y dientes por beneficios, que solo escritores con mucha trayectoria se animaban a reclamar. Sami al ser una escritora novel accedió a firmar el contrato que ya le tenían preparado, y eso había generado la ira de Fabiola cuando regresaron al hotel.

–¿Para qué quieres una agente si resuelves tú? ¡Cómo puedes ser tan tonta! ¡Voy a renunciar a representarte! ¡Me estás desprestigiando! –Fabiola gritaba, agitaba las manos y se paseaba frenéticamente por la habitación que compartían.

Sami permanecía sentada en un sillón y la miraba con asombro. Esa faceta de la personalidad de su agente no la conocía.

–Solo hemos firmado por un año. Además, a mí no me ha parecido malo. Espera que me vaya bien para pelear los contratos –dijo Sami manteniendo la calma.

–¡No... No... No! ¡Este era el momento de negociar! Lo tuyo es bueno, y era ahora que teníamos que sacar la tajada –aclaró, sin dejar de pasearse por la habitación–. Te sugiero que no te esmeres demasiado en tus trabajos de este año –dijo, y la miró como si en lugar de sugerirle le estuviera dando un ultimátum.

–¿Cómo puedes decirme eso? Es ridículo –dijo Sami, y se frotó el rostro–. Estoy cansada, Fabiola, y me duele la cabeza. Llevamos dos días discutiendo un contrato...

–¡Y deberíamos haber seguido discutiendo dos días más! –siguió gritando Fabiola–. Tú no tienes experiencia en esto. ¡Dios, Sami, cómo pudiste ser tan tonta!

La discusión siguió acaloradamente durante una hora más. Sami trataba de que Fabiola dejara de gritar, pero ella seguía encolerizada. Esa mujer tenía un carácter terrible, pensó Sami preocupada. Al final, se colgó la cartera al hombro y con un portazo la dejó hablando sola. Se acercó al conserje del hotel y le explicó que tenía que regresar con urgencia a la Argentina, y el buen hombre se ofreció a solucionarle el problema.

Sami salió dispuesta a caminar unas pocas cuadras porque tenía miedo de perderse, y meneó la cabeza mientras sonreía recordando a Francisco. Su padre creía que estaría dos meses afuera y no había durado ni dos días. Las peleas de Fabiola con el editor la habían dejado agotada. Dos días, mañana y tarde de negociaciones, y no habían conseguido más que cansancio. Ella estaba feliz de haber conseguido que le publicaran su novela, y el día que se conocieron con Fabiola, le había dicho que su única meta era publicar, y Fabiola la había comprendido y había aceptado gustosa representarla. Pero frente al editor, su agente se había comportado como si ella fuera García Márquez. Sami no pudo contener la risa pensando en la comparación.

Recordó su casa, y tuvo ganas de dejar las maletas en España y

regresar en el primer avión que partiera para Argentina. Deseó tener a su padre a su lado para que la defendiera de las hostilidades, y a Rosi para que la consolara. Sami era demasiado joven para enfrentar sola tantas responsabilidades, y su solución era salir huyendo de los lugares conflictivos.

La suerte estuvo de su lado cuando le informaron de una cancelación en el vuelo de las once de la noche. Lo único que tenía que hacer era entrar en la habitación a recoger las maletas, aunque tendría que soportar otra discusión con Fabiola por adelantar el vuelo. Una agente así no quería en su vida. Cuando estuviera de regreso hablaría con Francisco para que le solucionara el problema.

La autopista a Carlos Paz estaba poco transitada, Sami manejaba a poca velocidad su Peugeot 206, que había tenido que dejar estacionado en el aeropuerto Pajas Blancas cuando tuvo que adelantar el viaje a México para reunirse con Fabiola.

El regreso de España había sido más rápido de lo que se había imaginado. Cuando subió a la habitación del hotel, Fabiola por suerte no estaba y ella se apresuró a guardar la ropa en la maleta, pero le dejó una nota de despedida porque no era muy noble desaparecer sin avisar.

Lamentablemente, cuando llegó a Buenos Aires le fue imposible conseguir un vuelo a Córdoba, por lo que pasó quince horas en el aeropuerto esperando una maldita cancelación.

Eran las seis de la mañana, estaba agotada, enojada y se le cerraban los ojos. Quería llegar a su casa, sacarse la ropa, y tirarse en la cama para dormir dos días seguidos.

Después llamaría a Rosi para avisarle de que había regresado antes, y pasaría a recoger a Plutón. ¿Cómo estaría su querido perro? Pensar que cuando lo recogió de la calle la recibía con devoción ni bien regresaba de La

Casa del Tango, y ahora el muy descarado no aparecía más que cuando le crujía la barriga.

La Villa no dormía nunca, eran las seis treinta de la mañana y ya se veía gente que iba y venía por las calles.

–Solo cinco kilómetros para tirarme en mi cama –pensó Sami, mientras introducía el CD de música de *Enya*. Los ojos le pesaban, y conducía a poca velocidad por la falta de reflejos. La voz melodiosa y triste de la cantante le erizó la piel cuando sonó *Only Time*.

Zigzagueando entre las curvas llegó a su refugio de Estancia Vieja. Dejó el automóvil en el jardín porque no tuvo ganas de activar el portón para guardarlo en la cochera. Lo único que quería era dormir, y sin descargar las maletas se metió a la casa. No se detuvo a prender las luces y como una zombi entró a su dormitorio. Se sacó la ropa y se dejó caer en la cama.

Pero al segundo se dio cuenta que no estaba sola en su casa, ¡no estaba sola en su cama! Se levantó de un salto y dio un grito histérico que retumbó en las paredes de la habitación.

Alguien prendió el velador que estaba en la mesita de noche. Los dos se miraron por un segundo, y ninguno estaba en una buena posición para una pelea. Sami estaba parada desnuda en el medio de la habitación, y Álvaro estaba desnudo incorporado apenas en la cama. Él se quedó observando su cuerpo perfecto. Era la primera vez que la veía sin nada de ropa. Estaba hermosa, delgada, con sus pechos descubiertos empinados y su sexo expuesto. ¡Dios, se iba volviendo loco!

–¿Qué haces en mi casa? –gritó Sami, se metió en el baño al ver como la miraba y manoteó una toalla, que se la cruzó por encima de los pechos.

Álvaro, cuando reaccionó, se levantó de un salto y se puso los pantalones que había dejado en la silla.

–Se supone que deberías estar en España –dijo él, con la voz alterada

por la sorpresa.

–¡Vete de mi casa! –gritó, y señaló con la mano la salida.

Él la miró indignado y se lanzó al ataque.

–¿Por qué has vuelto tan pronto? ¡Ya sé! No me lo digas. No conseguiste a nadie con quien revolcarte –dijo mirándola con odio.

Sami se le abalanzó con una velocidad que a Álvaro no le dio tiempo de reaccionar. En un segundo estuvo frente a él y le dio tal cachetada en la cara, que ella quedó frotándose la mano. ¿Cómo habría quedado él si a ella le ardía la palma como si la hubiera metido en agua hirviendo?, se preguntó, pero se sintió muy bien de haber reaccionado con tanta velocidad.

La pequeña belleza lo había dejado aturdido y más que sorprendido, pensó Álvaro, que ni tiempo tuvo de esquivar la cachetada que le había girado la cara.

–¡La dulce Sami mostrando la personalidad oculta!, esa que tenías bien escondida. Farsante. Mentirosa. De santa nunca tuviste nada –aclaró Álvaro furioso, y la sujetó de los brazos. Sabía que estaba siendo hiriente, pero quería que sus palabras se le incrustaran en la mente y no la dejaran dormir tranquila. Quería que ella conociera las heridas imborrables que habían quedado en su corazón cuando se entregó a Jimmy. Quería que supiera lo que él había sufrido al enterarse de que ella lo había engañado y estafado con esa falsa inocencia que había simulado cuando se reencontraron en el pueblo. Años esperando que creciera, años amándola y creyendo que era ingenua e inocente.

–¡Cállate! –gritó Sami, e intentó alejarse.

Pero Álvaro en lugar de soltarla, le sujetó el cabello y le tiró la cabeza hacia atrás para besarla. Todos sus sentidos y emociones dormidos volvieron a la vida, y él se odió por sentir. Entonces sus labios se convirtieron en hielo seco y duro para poder castigarla. Era una venganza. Quería demostrarle su odio y desprecio, quería que le doliera, y que ese dolor le llegara al alma, el

mismo dolor que él tenía instalado en su alma maldita desde aquella maldita noche en Los Sauces que lo cambió todo.

–¿Así te besó Jimmy cuando te revolcaste con él? –preguntó. Las palabras volvieron a herir a Sami, justo lo que Álvaro quería. Ella se resignó, y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

Álvaro no podía verlas porque estaba cegado impartiendo su venganza. Él seguía intentando doblegarla, quería que sufriera. Pero ella estalló en un llanto desesperado.

En ese momento, él reaccionó y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Se separó de sus labios y la miró serio. Verla llorar con tanta desesperación lo hizo sentir una basura. Él no era así. Se masajeó el pelo, y se alejó de ella, sintiéndose la peor de las escorias.

–Lo siento. Lo siento, no sé qué me pasó –dijo Álvaro, y la miró lleno de preocupación. Se estaba convirtiendo en un animal, ¡por Dios!

–Parece que es lo único que saben decir los hombres –dijo Sami, sin dejar de llorar y temblar–. ¡Vete de mi casa, y nunca más te cruces en mi vida! –gritó, ni ella sabía de dónde había sacado fuerzas para contestar porque solo se quería morir. Quería desaparecer del mundo. Desde hacía un año todo el mundo la llevaba por delante. Todo el mundo se creía con derecho a juzgarla, sin que ella le hubiera hecho daño a nadie. Se desplomó en la cama sintiéndose vencida, y lloró con una angustia que partía el alma.

Álvaro se acercó a ella y se acuclilló en el piso. Estaba tan indefensa que parecía una niña maltratada. Parecía su Sami, pensó, y por primera vez en un año sintió deseos de apretarla contra su cuerpo y protegerla hasta del demonio que se apoderaba de él y quería herirla.

–De veras, lo siento –dijo, acariciándole el pelo.

–El lo siento no sirve... no sirve... no sirve. Nunca... Nunca hay que decir lo siento. Es una frase que no debería existir.

“Lo siento”, le había dicho Jimmy cuando ya le había robado la virginidad, recordó Sami, sin dejar de llorar.

–¿Por qué? –preguntó Álvaro preocupado. No sabía lo que le quería decir. Era una frase más que uno acostumbra a usar como muletilla cuando se arrepentía de algo. ¡Dios! ¿Qué le habría pasado para odiar tanto esas palabras?, se preguntó desconcertado.

–¡Vete de mi casa!

–¡No! –gritó Álvaro con firmeza–. No voy a dejarte así.

–¿Qué quieres, maldito y rico engreído! –dijo sin mirarlo. Ya no lloraba con desesperación, ahora se sentía enojada porque todos los hombres se creían con derecho a usarla.

–Quiero que hablemos como adultos.

–¡Ahora quieres hablar! –se incorporó en la cama, y largó una carcajada, que en el acto se convirtió en llanto–. No hay nada que hablar. Ya no soy tu sirvienta que obedece tus órdenes.

–¿Por eso te acostaste con Jimmy Marton? ¿Para vengarte por lo que te dije? ¿Para vengarte porque me acosté con Mariana?

Sami lo miró con tanto odio, que Álvaro retrocedió. Sus lágrimas no dejaban de caer por sus mejillas, pero por más dolor que se sintiera por sus injustas palabras, ella no pensaba darle una respuesta. Era mejor que pensara lo que quisiera.

–He tenido un viaje infernal. He estado horas esperando cancelaciones en los aeropuertos. He viajado desde la ciudad hasta acá y lo único que quiero es dormir. ¡Vete y cierra la puerta! –Sami se recostó en la cama, y cerró los ojos como si de esa forma él pudiera desaparecer de su casa y de su vida.

Álvaro se quedó mirándola, de sus ojos cerrados seguían resbalando lágrimas que mojaban las sábanas. Estuvo así tanto tiempo que a él se le formó un nudo en la garganta. Pero después de una hora de llorar en silencio ella se

durmió.

Él estaba a su lado, sin tocarla, velando sus sueños como si ella fuera una niña. No entendía mucho su llanto desesperado, y ella no estaba dispuesta a darle una explicación.

Se suponía que era él quien había sufrido un año, pero al parecer Sami le había dado vuelta la tortilla. Ella había llorado con un dolor desgarrador cuando la besó intentando castigarla. ¿En qué momento ella se transformó en la víctima y él en el agresor! ¿Qué había pasado en todo ese año con ella?

Tal vez no había sido solo él quien había tenido un año de mierda. Quizá ella también había pasado un año maldito.

Tenía que detenerse a pensar. Durante todo un año solo había pensado en su dolor y su orgullo herido.

Tenía que remontarse al pasado, pero no al suyo sino al de Sami, se dijo Álvaro. Cerró los ojos y se forzó a revivir lo que había sucedido un año atrás.

Recordó que Sami había entrado en la sala cuando Rosi se había desmayado. Él no había abierto la boca cuando su madre la humilló frente a los invitados. Después se había hecho cargo del trabajo de Rosi y había servido la mesa con la cabeza erguida, pero él había visto en sus ojos la vergüenza y la humillación que estaba soportando. Incluso Magda la habían llamado haciendo sonar una campanita. Él solo la había revoleado por la ventana, pero no había hecho más que eso. ¡Dios! ¿Cómo pudo ser tan ciego? ¿Cuántas veces más la habría humillado Magda cuando nadie la veía?

De solo recordar el día que sirvió los postres y se quedó parada con la cabeza gacha soportando la humillación, tuvo ganas de ir a matar a su madre.

¿Quién era él para matar a Magda? Acaso él no había permitido todo aquello. Ella era el amor de su vida, y él mismo le había dicho que era una sirvienta cuando llegó él borracho y desalineado, y con Mariana casi desnuda.

Había estado furioso porque había sucumbido a las provocaciones de Mariana, y en vez de suplicarle a Sami de rodilla que lo perdonara, había contado frente a todos que se había revolcado con la hija de Francisco.

¿Quién empezó el juego sucio? ¿Quién tiró la primera piedra? ¿Quién la había traicionado primero?, él, siempre había sido él. Ella era la que había soportado todos los desprecios con la mayor dignidad que pudo impostar, y solo tenía diecisiete años.

¿Y quién era Jimmy Marton?, se preguntó Álvaro. Él había escuchado y creído la versión de Jimmy. Pero nunca se había preguntado si Sami tendría otra versión. Él se había agarrado de esa hipótesis, para olvidar sus propias culpas.

¿Qué tenía Sami para decir de lo que había pasado? ¡Dios, qué ciego había estado!, que ni siquiera se molestó en averiguar la otra versión de la historia.

La primera decisión que tomó Álvaro, fue la de permanecer en la casa de Sami hasta averiguar qué había sucedido para que ella desapareciera. No se iba a ir hasta que Sami le contara su versión.

Ese reencuentro inesperado en la casa de Sami era una coincidencia cósmica, pensó Álvaro. Por algo él había venido a su casa, y por algo Sami había vuelto de España en menos de una semana. Sí, se iba a quedar hasta que la verdad saliera a la luz. Tenía varias horas para pensar en cómo conseguir que ella le contara su versión.

CAPÍTULO 20

Era de noche. El viento sacudía los árboles con fuerza y la lluvia golpeaba contra el frente de la casa. Afuera no se veía más que una cortina de agua zarandeada por el viento. Sami había dormido desde la mañana. Ahora se estaba duchando y en cualquier momento aparecería a descargar toda su artillería contra él, que estaba preparado para recibirla, se dijo Álvaro.

Ella ya sabía que él seguía en la casa, porque la había escuchado entrar en el baño dando un portazo, y ahora se desquitaba con los cajones y las puertas de los armarios.

Álvaro escuchaba sus descargas de ira desde la sala. Se estaba bebiendo una cerveza y con cada ruido se giraba hacia las escaleras. Cuando sintió un estallido de vidrio contra la puerta, dejó la cerveza, subió de dos en dos los escalones y se metió en la habitación. Todo estaba tirado en el piso, sus ropas, las fotos de los dos, y había vidrios rotos desparramados por varios lados.

Sami estaba solo con una bata blanca y los pies le sangraban. La furia le había impedido razonar, y se movía por el cuarto cortándose con los cristales.

–¡Sami! –gritó Álvaro, y se abalanzó sobre ella para levantarla del piso.

La llevó a la sala en andas. Le apoyó la cabeza en su cuerpo, y ella rompió en llanto nuevamente. Álvaro la sentó en el sillón y le acarició las mejillas, el cabello, los brazos.

Sami lo miraba como si no estuviera con él, sino muy lejos. No estaba demasiado consciente de lo que estaba haciendo Álvaro. Ese estado de ensoñación que la apartaba de la realidad se estaba haciendo un hábito en ella. Sabía que tenía que reaccionar antes de que le ocurriera lo mismo que el año anterior. No podía ser tan tonta.

Vio que Álvaro iba y venía a la sala y ella sintió que le ardían los pies. Cuando se miró, comprendió que estaba lastimada y ni siquiera había sido consciente de ello. Él se agachó junto a ella para curarla, y ella trató de apartarse.

—Quédate quieta, solo te has cortado en dos lugares —dijo, le limpió las heridas y le vendó los pies para que dejaran de sangrar.

Sami lo miraba sin reaccionar. La furia que había desatado en su cuarto la había dejado demasiado aturdida y agotada. Su bronca era porque había heredado una parte del carácter de Rosi que no le gustaba. No se sabía defender y se dejaba pisotear por todos.

Ese año había aprendido a desenvolverse sola y se había sentido una adulta responsable. Estalló en una carcajada. ¡Adulta responsable! Había salido huyendo de España, y un año atrás había salido huyendo del pueblo. Y habría seguido escondiéndose si no hubiera encontrado a su padre.

—¿Qué tienes? —preguntó Álvaro preocupado. Se sentó a su lado, y la apretó contra su cuerpo.

—¡Nada que a ti te interese! A la última persona que le diría lo que me pasa es a ti —dijo, y se levantó del sillón. Parecía que tenía agujas en los pies, pero igual caminó con dificultad y se sentó en el escritorio que tenía junto a su ventana—. Te pedí que te fueras —dijo indiferente, mientras prendía el ordenador—. Llévate mi auto si no tienes en que volver.

—¿Serías capaz de echarme con esta tormenta? —Álvaro estaba apoyado en el escritorio, y la miraba serio.

–A empujones –respondió sin mirarlo mientras abría su correo electrónico.

Álvaro le sonrió, y no se movió del lugar.

–Te quedarías preocupada toda la noche, pensando que quizás me ha pasado algo en la carretera –dijo, se agachó y la miró desde abajo. Ella tenía la vista fija en el ordenador y lo ignoraba.

–No, seguro que no. He pasado tormentas peores que éstas en la calle. Y, como ves, acá estoy sana y salva –se señaló de cuerpo entero. Lo miró un segundo, y volvió a fijar la vista en la pantalla.

–¿Sí? ¿Y se puede saber dónde te refugiabas? –estaba llevándola a donde él quería llegar, y no podía que pisar en falso porque Sami dejaría de contarle sobre esos tres meses que estaba en la nebulosa de todos.

–Iglesias, supermercados, estaciones de servicio. No sabes la cantidad de lugares que puedes descubrir si prestas atención –dijo Sami, y abrió un correo electrónico que le había mandado Abigail.

¡Sami, he seguido tus consejos, cariño! ¡Ay. Estoy tan feliz! ¿A que no te imaginas que me trajeron los reyes magos? Sí, ya sé que te lo imaginas. Conserva esa cadenita, Sami. Veinte años la he llevado colgada... y él regresó. Te quiero con el alma. Tu amiga Abigail.

Sami cerró el mail con rapidez, pero Álvaro ya lo había leído. Le giró la silla y tomó en sus grandes manos el corazoncito que le había regalado. Ella lo miró con furia, y se lo arrebató de un tirón.

–¿Por qué la llevas? –preguntó, mirándola a los ojos.

–Costumbre. Pensaba tirarla en el río en cuanto dejara de llover –contestó Sami sin mirarlo, y desistió de seguir revisando los correos–. Podrías dejar de curiosear. Las cuentas son privadas, sabes.

Él la levantó en brazos y la apretó contra su cuerpo.

–Júrame por tus padres que me has olvidado –dijo cerca de sus labios.

No la besó, solo la provocó para sentir su reacción.

–Nunca voy a olvidar lo que me hiciste –contestó Sami para conformarlo.

–Quiero contarte lo que pasó aquella noche que no volví a dormir – dijo Álvaro, y la miró a los ojos.

–Suéltame –forcejeó con las manos de Álvaro que le rodeaban la cintura, y cuando él la liberó volvió a sentarse en la silla. Ahora abría páginas de internet para mantenerse alejada de sus miradas.

Álvaro se apoyó en el borde del escritorio y comenzó a hablar sin importarle que ella lo ignorara. Sabía que a pesar de que quería parecer indiferente, lo iba a escuchar.

–Esa mañana salí a buscarte al parque para que los dos nos fuéramos sin Mariana. Pensé en tomarte de la mano y correr hacia la montaña. Pero ella se me apareció por detrás, se me prendió del cuello y me besó. Me preocupé de que tú interpretaras mal el beso, y lo único que se me ocurrió fue sacarla de la casa.

–Ya no me importa. Ahórrate las palabras –dijo Sami, y abrió páginas de consultas para escritores.

–A mí me importa, porque esa noche no ha salido en todo este año de mi cabeza.

–¡Vaya, pero qué sorpresa! ¿Era realmente buena en la cama? Quiero decir, en los pajonales –dijo, recordando que los dos habían venido con las ropas manchadas de pastos.

Álvaro la ignoró, y se mordió la lengua para no retrucarle que Jimmy Marton había dicho lo mismo de ella.

–Mientras manejaba se dedicó a excitarme.

Sami lo miró. y le arqueó las cejas como si le causara gracia su confesión.

–Por lo visto lo logró –dijo Sami burlándose.

–No, no lo logró. Solo quería regresar para explicarte por qué me había ido con ella. Pero la muy zorra me pidió que detuviera el coche para ver el crepúsculo. La dejé alejarse, y me trepé a una montaña con la intención de estar lejos de ella.

–¡Qué dulce! No sabía que habías sufrido tantos acosos en un solo día. Pobrecito –dijo riéndose.

Álvaro hervía de bronca, pero estaba preparado para soportar sus ironías y sus comentarios sarcásticos.

–Estaba asqueado al ver lo que hacía. Durante todo el viaje mantuvo sus manos en mi pierna, subiendo y bajando para volverme loco. Pero eso no fue lo que me venció. Cuando bajé de la montaña, ella estaba tendida en una colcha y la blusa transparente dejaba ver sus pechos. El sujetador estaba tirado en los pajonales. Me dijo que se me habían reventado dos neumáticos. Cuando vi el daño de los neumáticos me desesperé, y me fui con el móvil a buscar señal a la cima de la montaña. Pero no había... y volví al coche.

–¡Ya sé! Encontraste una forma entretenida de pasar el tiempo –dijo, mirándolo con burla.

–No... no fue eso. Cuando volví estaba tirada sobre una manta, completamente desnuda. Solo tenía unas medias negras sujetas con unas ligas, y... y tenía las piernas abiertas.

Sami lo miró y se le rio en su cara. Álvaro no se pudo contener más, le había tenido demasiada paciencia, pero ella no dejaba de burlarse de lo que a él le costaba contarle.

–¡Basta! ¡Ya me cansé de tus burlas! –la levantó de la silla y la apretó contra su cuerpo. Sobre sus labios siguió hablando–. Me le tiré encima desesperado, me saqué la ropa y me revolqué con ella. Luego me sentí tan mal que me emborraché y la seguí poseyendo toda la noche. Eso fue lo que pasó.

Eso fue lo que te hice –le hablaba sin separar sus labios de los de ella. No la besaba, solo la rozaba mientras le contaba con bronca su traición–. Y a la mañana siguiente llegué tan borracho que te humillé de la misma forma que lo había hecho mi madre. Me enojé contigo por lo que te hice. ¿Puedes creerlo? Me enojé contigo... contigo, que eras lo más dulce y bello que me había pasado en la vida –dijo, y se perdió en un beso lleno de necesidad, de anhelo, de súplica para que ella entendiera que estaba arrepentido de lo que había hecho.

A Sami ese beso y las palabras desesperadas de Álvaro le quebraron todas las resistencias. Se le colgó del cuello, y se fundieron en una pasión que les hizo olvidar todo el odio que se habían mostrado con la mirada. Sin dejar de besarse, él la llevó al sillón, la recostó y le desabrochó la bata.

A Sami un miedo paralizante le recorrió las entrañas, el miedo que la tenía bloqueada desde que Jimmy había usado y abusado de su cuerpo aprovechándose de su dolor. Y tironeó de la bata para cubrirse.

Álvaro se sorprendió, pero estaba demasiado excitado para analizar su gesto, demasiado obsesionado por ella para preguntar nada.

–Déjame verte. Déjame tocarte –suplicó, y le volvió a soltar la bata.

–No quiero... No me toques –apretó sus manos con fuerza sobre la bata, e intentó incorporarse.

–¿Por qué?

–Porque lo nuestro ya fue –mintió con la voz quebrada, porque no iba a confesarle el miedo que sentía de los hombres. No quería volver a sentir el dolor que había sentido cuando Jimmy se le metió en su cuerpo.

–Lo nuestro no alcanzó a ser. No voy a hacerte daño, solo una vez –suplicó Álvaro sobre sus labios–. Solo una vez.

“Solo una vez”, pensó Sami, lo deseaba con todo su corazón, su cuerpo le pedía a gritos que dejara que Álvaro le soltara la bata, pero su cabeza

temblaba de miedo por el dolor de aquel recuerdo. Luchaba internamente entre dos necesidades. Él le tendría que haber enseñado esto, pero ya estaba usada y abusada... y ella sentía ira, odio y terror.

Pero quería curar sus traumas y sus miedos. Quería apartar su terror y permitirse compartir aunque solo fuera una vez ese amor que les fue negado.

Y temblando aflojó sus manos y permitió que sus sensaciones apartaran a un lado los miedos.

Álvaro le sacó la bata y se deshizo de sus ropas. Desnudo se tendió a su lado y le acarició todo el cuerpo con sus manos. Sus pezones se endurecieron cuando él los introdujo en su boca. Sami susurró su nombre con la respiración agitada, y se entregó a él. Así no era como ella lo recordaba, pensó. Aunque aquella vez ella no pudo pensar en nada, solo rememoraba las injusticias que había soportado en la casa de los Arias cuando Jimmy partió en dos su cuerpo. Jimmy. ¿Qué habría hecho Jimmy cuando la hizo gritar de dolor?

Álvaro la acarició con sus manos hasta que la vio arquearse para él, pidiéndole con todo el cuerpo que la siguiera torturando o que calmara la ansiedad que estaba sintiendo. Él le acarició el sexo, arriba y abajo, e hizo circulitos en su clítoris, hasta que ella gritó en sus brazos. Antes del orgasmo se detuvo para torturarla con la lengua. Incluyó la cabeza en sus muslos, pero cuando vio el lunar su deseo se fue al traste. Jimmy, repetía en sus pensamientos, pero no dijo nada, él silenció sus pensamientos llenos de rabio, y lamió y chupó hasta que ella se perdió en un mar de sensaciones. Se tendió sobre ella y la penetró de una sola arremetida.

Sami se tensionó en sus brazos, y él levantó la cabeza para mirarla. Ella estaba pálida y asustada. En sus ojos él podía leer sus miedos. Temía que él le hiciera daño. Álvaro no la besó, solo siguió mirándola y comenzó a moverse despacio hasta que la vio relajarse nuevamente en sus brazos. Pasada

la primera impresión, los dos sudaban y jadeaban de placer.

Sami era exquisita, toda ella vibraba en sus brazos, se contorsionaba, se arqueaba para él, y de sus labios salía un jadeo que lo estaba volviendo loco.

De no haber sido por el lunar que la identificaba como usada, le habría dicho que la amaba. Pero ahora no, el tiempo del amor había quedado enterrado muy hondo dentro de su corazón, y los recuerdos nunca le iban a permitir confiar en ella como lo había hecho un año atrás.

Sami jadeó, se estremeció en sus brazos y presionó sus manos en su espalda. Al sentirla llegar, él arremetió profundamente en su cuerpo y los dos acabaron juntos en un orgasmo que los llevó al cielo y los bajó a la realidad, agotados, sudados y sin aire.

Álvaro se tendió sobre ella unos segundos para recuperarse. Nunca, con ninguna amante había sentido lo que le hacía sentir Sami. La dulzura de su excitación lo llevaba a Álvaro más allá de lo razonable. Era la primera vez en un año que se relajaba en brazos de una mujer. Pero ella era un engaño, el lunar que había visto Jimmy era la prueba de su traición. Álvaro se incorporó, y sus ojos grises inexpresivos parecían haberse congelado en cuestión de minutos.

–¡Así gozaste en los brazos de Jimmy! ¡Así te excitaste! –dijo Álvaro, se levantó y se vistió de forma apresurada, sintiendo que había cometido un error terrible. Él nunca tendría que haberla hecho suya, porque ella no era suya.

Sami se sintió humillada y vulnerable, recostada desnuda en el sillón. No habló, solo lo miró con tristeza. Mientras vibraba en sus brazos se había sentido amada por él, hasta había pensado confesarle lo que le había pasado con Jimmy. Pero ahora comprendía que Álvaro se había quedado en su casa porque quería vengarse de ella.

¿Vengado de qué?, se preguntó. De haber sido humillada, pisoteada y abusada un año atrás. “¡Sí! Así me excité con Jimmy... Así...”, pensó mientras las lágrimas mojaban sus mejillas.

–No. Jimmy fue mejor que tú –dijo Sami llena de desprecio hacia él. Se levantó del sillón y se metió en su habitación.

Unos minutos después salió con uno vaquero viejo y una remera estirada. Álvaro estaba en la cocina bebiendo cerveza, y se indignó al verlo todavía en su casa. Ella no lo quería ver más. Y si él no se iba, se tendría que ir ella. Agarró las llaves del coche que estaban junto al ordenador, y salió a camppear la tormenta que rugía furiosa y hacía temblar las copas de los árboles. Corriendo se metió al auto, y cuando vio a Álvaro zigzagueando en el viento para llegar hacia ella, aceleró a fondo y se introdujo en la carretera arriesgando su vida con la maniobra.

No se veía nada, la cortina de agua había quitado la visibilidad a más de un metro de los faros del coche. Igual siguió avanzando a paso de hombre para estar segura de que no se salía de la carretera. Solo había cargado el bolso de mano y lo puesto. Pensó en viajar a Mina Clavero, pero desistió porque era imposible transitar la ruta de las Altas Cumbres con ese temporal. Tomó la costanera que rodeaba el lago, estacionó el auto y se quedó a esperar que la tormenta se apaciguara.

¡Cómo podía haber nacido tan tonta para dejarse engañar por toda la gente que tenía a su alrededor! Había creído que Jimmy la iba a comprender y que la ayudaría a salir del pueblo. Y él la consoló tan bien que terminó abusando de ella. Y ahora había vuelto a creer que Álvaro la amaba, y con todo el miedo metido en el cuerpo se entregó a él. Se sintió querida en sus brazos y tan protegida, que tuvo ganas contarle todos sus secretos, solo a él. Pero Álvaro al igual que Jimmy, solo había usado su cuerpo y lo había descartado. Sami lloró porque no sabía que daño había hecho para recibir

tantos castigos.

Álvaro había sacado el automóvil de la cochera y buscaba a Sami por todo el centro de la Villa. No quería ni pensar que con semejante tormenta se le hubiera ocurrido recorrer la ruta de las altas cumbres. El camino estaba lleno de precipicios y era dificultoso, aún con buen tiempo, debido a la niebla habitual en esa zona. ¿Dónde mierda se había metido, Sami?

Ella se había ido otra vez por su culpa. Se maldijo por no haber podido callarse. Había pensado toda la maldita tarde cientos de formas de llegar a su versión de la historia, y con solo verle el lunar que le había visto Jimmy Marton, su autocontrol se había ido al carajo. Nunca podría descubrir que había sucedido aquel día.

La lluvia seguía empapando los vidrios y el limpiaparabrisas no barría nada, era como si no funcionara. Álvaro manejaba despacio y con las luces intermitentes encendidas. Por suerte había muy pocos locos transitando por las calles. Al final decidió que lo mejor era detenerse a la orilla del camino a esperar que menguara el agua. No pensaba volver a la casa de Estancia Vieja sin ella. Ya la había buscado inútilmente un año atrás, pero esta vez la iba a encontrar.

Media hora más tarde la cortina de agua había cesado y la tormenta se había desviado hacia el norte. Encendió el motor de su coche y salió a buscarla. Recorrió el centro, calle a calle, y desembocó en la costanera que bordeaba el lago.

Había pocos autos y nada de gente, era hermoso recorrer ese camino cuando estaba desierto. A cien metros divisó el 206 de Sami. Era rojo y tenía un calco pegado en el vidrio: “Sonríe, la vida es bella” y al lado de la frase un cocodrilo mostraba sus dientes. Parecía más una burla que un mensaje positivo. Un año atrás Álvaro habría asegurado que era un mensaje positivo,

pero ahora no sabía ya quién era Sami.

Álvaro le cruzó el auto por delante y se bajó corriendo a buscarla antes de que se le escabullera. La había encontrado, esta vez no había fallado. Pero ella no se podría haber escabullido porque estaba dormida, con la cabeza apoyada sobre la ventanilla. La puerta estaba sin traba, por lo que la abrió con facilidad. Maldijo por la irresponsabilidad de Sami, e inmediatamente se maldijo por preocuparse.

Ella no era la joven ingenua que él había conocido, o creído conocer. Desde hacía un año que llevaba una vida independiente, sin rendirle cuentas a nadie, incluso vivía sola en un lugar donde el vecino más cercano estaba a una cuadra de distancia. Dejó de sacar deducciones sin sentido, la alzó en sus brazos y la llevó a su auto para llevarla de regreso a la casa.

–¿Qué haces? –dijo Sami con la voz ronca por el sueño.

–Te llevo a casa –dijo Álvaro sin darse cuenta del posesivo. Ella, dormida y todo, pescó la sutileza.

–A mi casa, querrás decir –aclaró Sami, mientras se retorció para que él la dejara en el suelo. Cuando lo logró, lo empujó para que se apartara de su lado.

Álvaro no replicó. Se apartó y echó llave en el automóvil de Sami. Por la mañana vendrían a recogerlo, porque no pensaba arriesgarse a que ella regresara manejando y desapareciera de nuevo.

Cuando llegaron a la casa, Sami entró y fue directo a encerrarse en su habitación para estar sola. Pero Álvaro no había recorrido por horas la ruta para que se encerrara en su cuarto, y entró tras ella abriendo la puerta de par en par. La vio tirada en el piso recogiendo su propio desorden.

–Déjame ayudarte –dijo Álvaro, agachándose a su lado, y levantó todas sus ropas.

–¡Un Arias recogiendo el desastre! No. Eso es una bajeza para ti. Dime. ¿Cómo piensa soportar tu ego esta humillación?

–Me las voy a apañar –contestó ignorando sus sarcasmos–. ¡Lindas tangas! –dijo, y levantó en sus dedos una tanga roja de encaje.

–¡Suelta eso! –se la arrebató de las manos, y la metió en el cajón.

Cuando llegó el momento de recoger las fotos, Sami estuvo mucho rato acomodándolas con delicadeza. Era como si se hubiera olvidado que él estaba en la habitación mirándola con curiosidad.

–¿Por qué las guardas?

–Soy una rata, me cuesta tirar.

Él sonrió por su evasiva, intentó ayudarla, pero ella le quitó las fotos de la mano.

–Podríamos hablar como adultos –sugirió Álvaro, y la miró a los ojos.

Su respuesta fue una carcajada que vibró en toda la casa. Él arqueó las cejas, y cuando ella dejó de reír, le contestó.

–Deberías proponértelo a ti mismo –dijo Sami, salió de la habitación y regresó con una escoba para recoger los vidrios.

–Prometo... –levantó la mano y se la llevó al corazón–, mantener un diálogo amistoso.

Ella inclinó la cabeza y le sonrió soñadora, pero al instante arqueó las cejas. Se estaba burlando de él. Álvaro le sonrió y se acercó a ella.

–No te burles.

–No, señor –contestó, y bajó con la pala llena de cristales rotos.

Álvaro caminó por detrás dispuesto a armarse de paciencia hasta que lograran mantener una conversación razonable.

–¿Por qué no me cuentas que hiciste cuando desapareciste de Los Sauces?

Ella lo miró con desprecio, y Álvaro se dio cuenta que había encarado

mal el tema. El problema era que ya no sabía cómo encararlo. Todos sus putos pensamientos giraban alrededor de Jimmy Marton. Y se maldijo por su puta obsesión.

–¿Qué quieres saber? ¿Cómo nos revolcamos? ¿O dónde?

–¿Por qué volviste tan pronto de España? –cambió el tema para calmar los ánimos. Quizá, si lograban una conversación fluida y espontánea de temas intrascendentes podrían llegar al escabroso tema que él necesitaba averiguar.

–¡Qué forma sutil de cambiar el tema! Ese me gusta más –aclaró Sami, y le dedicó una mirada de agradecimiento por su comprensión.

Álvaro sonrió aunque tenía ganas de estampar contra la pared el vaso de gaseosa que estaban bebiendo. Los dos estaban sentados en la cocina, enfrentados, ella se burlaba y descubría todos sus inútiles intentos por llevar adelante una conversación sin que ninguno se alterara. Sami se levantó y sacó de la nevera unos sándwiches que había comprado en el aeropuerto porque sabía que en su casa no habría nada para comer. Los puso en un plato y los llevó a la mesa.

–Discuté con mi agente y huí –dijo, mordió su sándwich y le señaló con la mano el plato para que se sirviera.

–¿Huiste de España? –dijo, y abrió los ojos asombrado.

–Se me dan bien las huidas. ¿Recuerdas? Por tres meses no me pudieron encontrar –Álvaro no pensaba meter la pata de nuevo, por eso se contuvo de preguntarle por esos famosos tres meses de desaparición.

–Ya veo. Francisco comentó que ibas a firmar un contrato para publicar tres libros en un año.

–Ajá –dijo Sami con la boca llena. Terminó de tragar y le comentó el tema–. Firmé un contrato por un año, pero solo por dos novelas. Mi agente se puso como loca. Discutimos... en realidad ella discutía sola... y yo, bueno a mí también se me da bien quedarme muda. Como ella no dejaba de gritar, salí

de la habitación y le pedí al conserje si podía conseguirme un vuelo. Tuve suerte y me volví –dijo Sami, y le sonrió.

–¿Por qué?

Ella no sabía por cuál por qué le estaba preguntando, quizá por qué había huido el año pasado, pero decidió responder lo que le convenía.

–Porque Fabiola cree que me he perjudicado al no dejarla negociar a ella –dijo, y bebió un trago de gaseosa.

Él la miró y sonrió al darse cuenta cuanta experiencia había ganado en un año para desviar su pregunta para nada específica al tema que menos la afectaba. Estaba hermosa, allí sentada, demostrando una cordialidad que estaba lejos de sentir. Parecía una actriz interpretando a la perfección su papel de indiferencia a todos los males del mundo, y Álvaro comprendió que en eso también había cambiado. Antes ella era un libro abierto. Antes dejaba ver todas sus emociones. Ahora era fría y sabía usar las estrategias, porque se la veía divertida contando con lujo de detalle su metida de pata, pero él supo que esa era una estrategia para ocultar sus sentimientos.

–¿Y ahora estás arrepentida?

–¿De dónde sacas esa deducción? No hay nada en mi vida de lo que tenga que arrepentirme –apenas hizo esa afirmación, bajó la vista a piso, y se frotó nerviosa las manos. ¡Claro que tenía de qué arrepentirse! Se arrepentía de haber sido una tonta y haber confiado en Jimmy Marton; y se arrepentía de haber confiado y amado a Álvaro, el hombre que se había acostado con otra a un día de haberle confesado su amor.

–Por lo visto tus palabras no te convencen –dijo Álvaro serio y sin dejar de mirarle las manos, que ella retorció sin poder ocultar su nerviosismo.

–Tienes razón. Pero el pasado no se puede cambiar. Hay que borrarlo para poder empezar de nuevo –dijo, levantó la vista hacia él y lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Y Álvaro pudo ver que a veces ella no era la actriz

que simulaba indiferencia, sino la Sami de sus sueños.

–¿De qué te arrepientes, Sami? –preguntó Álvaro, animándose a entrar en terreno pantanoso.

–¿Y tú? –dijo Sami, devolviendo la pelota al campo contrario.

–De haberme acostado con Mariana Vidal, y con todas las Marianas que siguieron a ella para tratar de olvidarte. Me arrepiento de haber ido al pueblo el año pasado.

Que Álvaro le confesara que había llevado a su cama a cientos de Marianas fue un golpe muy duro para Sami. Él se estaba sincerando con ella, y debería admirar su honestidad, pero no podía sentir admiración por el hombre que la había traicionado y humillado. Tampoco era digno de admiración escuchar que el hombre que había amado le confesaba la vida de desenfreno que había llevado. Pero lo que más le dolió fue que le dijera que estaba arrepentido de haber ido al pueblo. Quizá también estaba arrepentido de que ella se hubiera cruzado en su camino.

A Sami la entereza se le fue al diablo y se le anudó la garganta. Toda la seguridad había desaparecido como la tormenta y ahora no podía hablar, y como siempre la sucedía, tampoco iba a poder contener las lágrimas. Admiraba a la gente que era capaz de tragárselas.

Ella se había endurecido después de todo lo que había pasado, pero él, de un plumazo, le quitaba las corazas de las que se había envuelto, y las malditas lágrimas se resbalaron de sus ojos. Lo único que pudo hacer para que él no la viera llorar fue bajar la vista al piso.

–No quise ser duro. Pero creo que los dos tenemos muchas cosas que confesarnos, y yo no pienso dejar nada en el tintero –dijo Álvaro con sinceridad.

–Veo que no has desperdiciado el año. Si yo tuviera pecados que confesar recurriría a un párroco, no a ti –dijo Sami. A pesar de que las

lágrimas seguían delatando su tristeza, lo miró con sinceridad.

Álvaro al ver su mirada decidida, comprendió que ella no pensaba sincerarse con él. Se acercó a ella y la levantó de la silla. No hubo ternura ni violencia, solo necesidad de tenerla frente a frente para preguntar.

—¿Dime qué pasó con Jimmy? Él ha contado en el pueblo su versión.

Sami no le apartó la mirada.

—Cuéntame su versión —pidió ella, que había logrado recuperar la compostura, y no iba a permitirse flaquear de nuevo.

—No, cariño. Ya he hablado demasiado. He transparentado mi alma frente a ti. Pero tú no has dicho nada.

—Bien, escucha con atención. Lo hicimos en el patio de su casa. Al igual que tú y Mariana, no usamos una cama. Fue sobre los pastos altos. Y si quieres saberlo, grité antes de terminar. Eso fue todo lo que pasó —Sami hablaba con indiferencia, pero se frotaba con nerviosismo las manos. No quería recordar más lo que le había pasado, ella solo rogaba que con el tiempo aquel espantoso recuerdo fuera menos doloroso.

—¿Lo hiciste para vengarte?

—¡No, Álvaro! —casi gritó la respuesta. Estaba nerviosa, y quería que él se fuera de su casa para poder llorar en soledad.

—¿Fue porque lo deseabas? —la curiosidad lo mataba y la bronca le envenenaba la sangre. Sami lo contaba como si hubiera compartido un café con un amigo. ¿Pero por qué no dejaba de frotarse las manos?, y él supuso que quizá le costaba contarle su engaño.

—No recuerdo si lo deseaba. Ha pasado un año, y me acuerdo poco —dijo Sami, se levantó de la mesa y se quedó de pie mirando la noche desde el ventanal de la sala.

—¿Por qué, Sami? —dijo Álvaro a sus espaldas y cerca de su oído—. Creí que me amabas.

–¿Qué es el amor, Álvaro? –dijo Sami, con la vista perdida en el horizonte. Las nubes corrían veloces y algunas estrellas centelleaban en el universo. Se le caían las lágrimas, pero se sentía orgullosa de sí misma. Ella no sabía mentir. No quería mentir y había logrado contarle la verdad sin que pareciera una violación o un abuso.

“El amor es lo que sentíamos los dos”, “es lo que sigo sintiendo por ti, a pesar de que te entregaste a otro”, quiso confesar Álvaro. Pero comprendió que era demasiado tarde para ellos.

Sami había perdido la ingenuidad, o nunca la había tenido. Ella no era la misma que él había conocido. Esta nueva Sami estaba llena de ironía, burlas y frialdad. Le había contado la noche de sexo con Jimmy Marton sin una pizca de emoción. Esa no era su Sami, la que él había amado con locura.

Por fin el fantasma de Sami, que lo perseguía desde hacía un año, iba a desaparecer de su vida.

–Solo una pregunta más y prometo no volver a molestarte. ¿Con quién gozaste más, Sami?, ¿con él o conmigo?

Sami lloró en silencio, Álvaro se estaba despidiendo, pero quería llevarse con él su ego inflado. Y si eso era lo que él quería, ella se lo iba a dar.

Había logrado tener una charla con él sin mentirle ni una sola vez, solo había obviado los detalles más importantes, pero eso Álvaro nunca lo sabría porque ella nunca iba a confesarle lo que le había pasado.

–Contigo –dijo Sami, se giró y le sonrió con ternura a través de las lágrimas–. Adiós, Álvaro. Espero que tengas una buena vida –dijo Sami, y vio como a él también se le escurrían las lágrimas de los ojos antes de dar dos pasos atrás, girarse y salir de su casa y de su vida.

CAPÍTULO 21

En el camerino había un espejo que reflejaba la imagen de una mujer radiante y hermosa. Una mujer segura y llena de confianza. Una mujer que había madurado.

El cabello suelto y con ondas le caía en escalera por debajo de sus hombros, formando cascadas oscuras como la noche. El cutis blanco apenas oscurecido con un suave maquillaje y la sombra celeste le daban un aire seductor a aquellos ojos azules tan expresivos. Su vestido era de Dior, amarillo pálido y con un escote pronunciado que marcaba las curvas de sus senos. Lo había comprado hacía seis meses en su último viaje a Europa.

Por fin había logrado conocer más allá del hotel, la editorial y el aeropuerto, porque esta vez se había quedado los famosos dos meses que le había sugerido Francisco en su primer viaje. Cada vez que Sami recordaba su huida de España, su padre estallaba en carcajadas.

Hacía cinco años que vivía de la escritura, y en la Argentina se hablaba mucho de ella desde que *“El espíritu de Rebeca”* había sido un éxito en la pantalla.

En muy contadas ocasiones daba entrevistas. Tampoco había aceptado invitaciones a programas de televisión. Solo cumplía con sus giras donde presentaba el libro y se lo firmaba a los lectores.

Esta era la primera vez que se presentaba en un programa, y no era precisamente uno de los más serios. *“A la cama con Leonel”* era un programa

arriesgado para el entrevistado, porque el conductor se metía, en la piel, la cabeza y el corazón de su invitado.

La familia de Sami había quedado con la boca abierta. Según Rosi tenían por costumbre desnudar todas las intimidades de los invitados, pero a ella le había parecido un desafío interesante. Había guardado durante muchos años su más vergonzoso secreto y había ocultado sus más profundos sentimientos. Quizá por eso le gustó la idea de que los lectores, que la paraban por la calle para pedirle que les firmara un libro, conocieran a la persona que había detrás de aquellas historias.

Pero ese no era el motivo más importante de su decisión de exponerse en el programa para que la desnudaran, como decía su madre. Sami tenía un asunto pendiente en su vida, y que mejor que sacarse ese peso de encima en el programa de más audiencia del momento. Ella estaba decidida a contar ciertos aspectos de su vida, y sabía que solo unas pocas personas iban interpretar sus palabras.

La casa de Rosi estaba ocupada por las personas más allegadas a Sami. Todas sus amigas y vecinas habían querido venir a ver con ella *A la cama con Leonel*. Pero Rosi por primera vez se había negado a recibirlas. Estaba solo la tía Julia, que se había encerrado en el dormitorio a mirar el programa porque no quería que nadie hablara mientras ella escuchaba a su sobrina; y Roberto, que había llegado de Brasil la tarde anterior.

Francisco había acompañado a Sami a Buenos Aires. Rosi hacía tres meses que no lo veía. Él había viajado durante más de cinco años de Brasil a Argentina para estar con ella, pero nunca había logrado convencerla para que se fuera a vivir con él. La paciencia de Fran se había acabado y le había dado un ultimátum: “O te vienes a vivir conmigo o no nos vemos más”, y Rosi seguía sin tomar su decisión.

A última hora había aparecido Álvaro con Eliana y su hijo Félix. Rosi no lo esperaba y le cayó mal esa visita porque le parecía una burla a su hija. Álvaro iba a mirar en el televisor a la mujer que amaba, acompañado de su familia de relleno, como le solía decir ella cada vez que se enojaba con él.

Rosi, después de saludar con cordialidad a Eliana y al niño, sacó de un brazo a Álvaro de la sala y se lo llevó al parque.

–¡Estás loco, Álvaro! ¿A qué has venido?, y ¿por qué los trajiste a ellos? –dijo Rosi furiosa.

–Sí –contestó con sinceridad, la miró a los ojos y volvió a repetir–. Claro que estoy loco, Hace cinco años que vivo con una mujer y pienso en otra –dijo enojado.

–¿Qué estás diciendo?

–Lo que has escuchado. Quise venir solo, pero Félix se puso a llorar y tuve que traerlos.

–¡Por Dios, Álvaro! ¿Por qué haces esto?

–Porque necesito verla. Necesito escucharla. Necesito saber cómo está, sin tener que preguntarte a ti o a Francisco.

–¿Y qué vas a hacer con Eliana? ¿La vas a tener mirando el programa a tu lado? –preguntó horrorizada, porque a ella esa situación no le entraba en la cabeza.

–Bueno... ella es libre de hacer lo que quiera. Si quiere verlo no se lo voy a prohibir; y si no quiere, que no lo vea.

–¡No puedo creer lo que estoy escuchando! ¡Te has vuelto loco de remate!

–Loco me habría vuelto si no hubiera venido –contestó, y se metió en la casa.

Rosi se había quedado con la boca abierta después de escuchar a Álvaro. ¿Por qué no dejaba a Eliana e intentaba acercarse a Sami? ¿Por qué no

le explicaba a su mujer que ya no la amaba, o que nunca la había amado? Para ella era algo muy simple, pero Álvaro llevaba mucho tiempo enojado y perdido. Desde que Sami había desaparecido de Los Sauces, Álvaro no había hecho otra cosa que complicar la relación de los dos.

–¡Rosi, llegaron las pizzas! –gritó Roberto.

En la sala, Álvaro se había sentado cómodamente en el sillón junto a Rosi y Roberto. Eliana iba y venía, atendiendo a su hijo que ya tenía ocho años.

–Si no piensas quedarte quieta, vete a dar una vuelta al centro –dijo Álvaro a Eliana sin apartar la vista del televisor. Eliana llevó a su hijo a la cocina y se quedó con él jugando a los naipes. No había querido venir, pero Félix había hecho un escándalo tan grande que no tuvo alternativa.

El programa había comenzado y en la casa de Rosi todos estaban atentos al televisor. Sami estaba radiante sentada en un sillón giratorio y Leonel estaba frente a ella.

–Estamos muy contentos de tenerte con nosotros, Sami Ferguson. Sobre todo sabiendo que has rechazado al resto de colegas –dijo Leonel usando el sarcasmo.

–Gracias –dijo Sami, y sonrió dulcemente.

–¿Por qué has aceptado estar con nosotros? –dijo el conductor.

–Porque quiero probar tu cama –dijo Sami.

Todos se rieron.

–¿Quieres que vamos ahora? –dijo, y entrecerró los ojos.

–Mejor entremos en calor. ¿No te parece? –sugirió Sami.

–Bueno, empecemos a calentar.

A un costado del escenario había aproximadamente veinte periodistas con micrófonos que le hacían preguntas al entrevistado sin darle un minuto de descanso. Y al fondo había unas gradas llenas de personas que habían ido a

ver el programa en vivo.

–Rudy –dijo el conductor, y señaló al periodista para que hiciera su pregunta.

–¿Cómo has logrado tanta fama teniendo apenas veinticinco años?

–Veinticuatro, al menos por unos meses más. Tuve una de las mejores agentes. Fabiola, gracias por tu apoyo –dijo Sami, y miró a la cámara–. Además, escribo desde hace muchos años. Antes de ser novelista publiqué algunos cuentos.

–Dicen que rechazaste los programas más taquilleros de la televisión. ¿Por qué?

–Es cierto pero “A la cama con Leonel” tiene mucha audiencia, y la que yo quiero –aclaró Sami–. Acepté porque quiero que mis lectoras conozcan a la persona que escribe las novelas, y solo ustedes van a mostrarme como soy.

–Eso es cierto, pero tú tienes que hablar con la verdad.

–Para eso he venido.

–Como sabrás, es nuestra costumbre meternos en los rincones más íntimos de nuestros invitados, y... hacemos nuestras averiguaciones para hurgar en tu vida.

–¡Dios mío!, no me asustes. Menos mal que vine con mi padre –dijo Sami riendo, y todos la acompañaron.

–Es cierto que tu primer viaje a Europa duro solo dos días porque discutiste con tu agente.

–No te rías, papá –dijo Sami, y miró a Francisco que estaba tras las cámaras sin dejar de sonreír–. Es cierto, pero tienes que tener en cuenta que en esa época solo era una chiquilla asustada. ¿Te acuerdas, Fabiola? –preguntó Sami a la cámara, como si su agente le pudiera responder–. Discutimos. En realidad Fabiola discutía sola, y yo agarré mi equipaje y me largué.

En la casa de Rosi, Álvaro no apartaba la vista del televisor.

–Llegó a las seis y media de la mañana, y me encontró durmiendo en su cama –dijo Álvaro, y sonrió con el recuerdo.

–¡En serio! –dijo Rosi, puesto que no se había enterado.

Álvaro la miró asombrado.

–Sami es muy reservada –aclaró Rosi.

En el escenario las preguntas se sucedían como en un juego de pin pon.

–Dos de tus novelas son películas. Pero nos hemos enterado por un pajarito que te han ofrecido hacer el guión de la tercera.

–¡Cómo vuelan las noticias! Acaban de comunicarme ayer sobre la compra para la pantalla de los derechos de mi novela “*Almas gemelas*”. No, no voy a hacer el guión. –rio por el cotilleo entre los periodistas.

–Hemos encontrado a una persona que dice haber sido tu guía. ¿La recuerdas?

Esa pregunta descolocó a Sami, y miró asombrada al periodista. Ella no había tenido más guía que sus escritores preferidos.

–Veo que no la recuerdas. Te voy a dar una ayuda, es escritora.

–No he tenido guía –contestó, y por primera vez desde que llegó se sintió desorientada. Miró a su padre, pero él se encogió de hombros.

–Raro que no la recuerdes. Te ha tenido en sus brazos cuando eras bebé.

–¡Por Dios! Acaso tú recuerdas a toda la gente que te tuvo en brazos cuando eras un bebé –dijo Sami asombrada, y en el estudio sonó la risa de las personas que estaban en las gradas.

Quien sabía la respuesta era Álvaro, que miraba la pantalla con el entrecejo fruncido.

–Rosi, creo que es la hija de puta de mi madre, que le ha querido arruinar la entrevista –dijo Álvaro indignado.

–¿Qué pretende ahora esa víbora?, humillar a Sami delante de todo el país. ¡Maldición, hasta cuándo va a seguir tirando mierda! –dijo Roberto furioso.

–No puede ser –dijo Rosi alarmada, y se levantó para salir de la casa.

–Rosi, no te vayas. Sami no tiene diecisiete años. Ella sabe defenderse de la mierda –dijo Álvaro, con tanta seguridad que logró que Rosi regresara a la sala–. Siéntate y relájate.

–Magda Arias dice haber sido tu guía durante los primeros años de tu carrera –reveló el periodista lo que Álvaro ya había supuesto.

Sami lo miró un segundo con los ojos llenos de asombro.

–Magda Arias paga sus propias ediciones porque nunca nadie la ha querido publicar –dijo Sami, y en el estudio todos se quedaron mudos.

Álvaro y Roberto estallaron en carcajadas.

–Te dije que te quedaras tranquila, Rosi. –dijo Álvaro, y se sintió lleno de dicha con la respuesta de Sami. Miró a Rosi, y sonrió al ver que tenía el rostro iluminado de orgullo, el mismo orgullo que sentía él.

–Ella no es como yo –dijo Rosi humildemente, y recordó las veces que Magda la había humillado sin que ella se hubiera atrevido a abrir la boca.

En el estudio no había tanta algarabía, puesto que Sami había soltado una respuesta que nadie se esperaba.

–Sami, lo que has dicho es un golpe bajo. Sabes que te expones a una querrela –comentó Leonel.

–Dije que no iba a mentir. No pueden querellarme por decir la verdad. ¿O me equivoco? –preguntó, y les obsequió su más radiante sonrisa.

–Con esa sonrisa no creo que nadie se atreva a ponerte una querrela. ¿Quieres mi número de móvil? –preguntó el panelista al que le tocaba hacer la

pregunta.

–Gracias, pero no me queda lugar en la agenda –todos encontraron divertido su comentario, solo Álvaro apretó la mandíbula. Sami era tan hermosa como Rosi, y con esos ojos de Francisco, ella era un imán para enloquecer a los hombres. ¿Cuántos la habrían perseguido en esos cinco años?, se preguntó Álvaro, y negó con la cabeza como si no quisiera saber la respuesta.

–Nos hemos enterado que antes de ser una escritora conocida te ganabas la vida en un burdel de poco prestigio de Buenos Aires.

–No es un burdel, y tiene mucho prestigio. Me siento orgullosa de haber trabajado como camarera en “La Casona”, puesto que es la mejor casa de tangos que hay en La Boca, y la dueña, es una de las personas más generosas que tuve la suerte de conocer. Ella es como mi segunda madre. Te quiero con todo mi corazón, Abigail –dijo Sami, y miró a la cámara.

–También dicen que fuiste empleada doméstica –dijo el mismo panelista.

–Solo por una semana, y la verdad, fue el peor trabajo de mi vida. Los patrones deberían tratar a sus empleadas como personas, no como objetos sin sentimientos –dijo seria, mirando al panelista.

En la casa de Rosi, la sala quedó embargada por un silencio incomodo. Cada uno estaba concentrado en sus recuerdos de aquella triste semana en la que Sami había desaparecido, llevándose con ella todas las humillaciones, la angustia y hasta los secretos que ninguno había logrado descubrir. Cada uno en esa casa tenía sus propios recuerdos, sus dudas sobre lo que había pasado, y sus remordimientos porque nadie había hecho nada por evitar el dolor de Sami.

–Si esa semana no hubiera existido... –Álvaro fue el único que

expresó con palabras sus pensamientos. Si esa semana no hubiera existido, quizá ellos habrían podido tener una vida feliz, una familia feliz, pensó, pero no lo dijo en voz alta.

Pero en el estudio las preguntas no se interrumpían. Sami contestaba como si fuera una máquina y se mantenía atenta a la pregunta que vendría, gracias a eso no caía en pensamientos destructivos, sobre todo cuando tenía que responder preguntas sobre aquella fatídica noche.

–Nos hemos enterado que encontraste a tu padre cuando tenías dieciocho años.

–No fue exactamente así, porque él me encontró a mí –dijo Sami, y Francisco la miró lleno de emoción.

En la casa de Rosi, todos escuchaban atentos. Rosi tenía el pecho hinchado de orgullo y no dejaba de sonreír, aunque a veces se le escapaba una lágrima de emoción.

–¡Dios, qué hermosa está! ¡Cómo me gustaría estar allá! –dijo Álvaro, que era el más expresivo de todos.

–Álvaro, por favor –dijo Rosi, y le señaló la cocina. Eliana estaba jugando con su hijo, pero Rosi había visto que estaba atenta a cada comentario de Álvaro, aunque a él parecía no importarle.

–Sabemos que tu padre es un conocido empresario brasilero y que tu madre es una persona... de condición humilde –dijo un panelista de forma precavida.

–Mi padre es argentino, aunque sus emprendimientos más importantes están en Brasil. Y la humildad de mi madre es conocida en toda la ciudad de Mina Clavero. Rosi es la persona más generosa, humilde y trabajadora que he conocido en mi vida. ¿Cierto, papá? –dijo Sami, y miró tras las cámaras. Francisco tenía una dulce sonrisa en los labios, y asintió con la cabeza.

–¡Ay, Álvaro! Estoy tan orgullosa de mi hija –dijo Rosi emocionada. Roberto se acercó a ella y la envolvió en sus brazos.

–Tú la has criado así –dijo Roberto–. Eres una buena madre, y mis hijos han salido buenos gracias a ti, Rosi.

–La última pregunta –dijo el conductor señalando a uno de los panelistas.

–¿Es cierto que tus padres viven separados, y que Francisco Vidal tiene un romance con una conocida modelo argentina?

–Papá, esta pregunta es para ti –dijo Sami, se rio y miró a Francisco, que arqueó las cejas y le sonrió a su hija–. Mi madre fue modelo cuando era joven, y ahora sigue siendo hermosa. Y no porque sea mi madre, pero salir con ella es complicado, porque todavía los hombres se giran a mirarla con cara de bobos –todos rieron, y Francisco sonrió y volvió a asentir–. Ella es la modelo que mi padre ama –miró a la cámara y le mandó un mensaje a su madre–. Rosi, por qué no te vas a vivir con Francisco a Brasil. Hasta cuándo lo vas a hacer sufrir. ¿He respondido a tu pregunta? –preguntó al panelista.

–En parte –dijo el periodista del panel–. No has dicho si están separados.

–Están separados hasta que mi madre se decida a seguirlo. Él no puede vivir acá, y mi madre es una cabezota. –el público estaba encantado con su espontaneidad, y la aplaudieron.

–¡Mira lo que me está haciendo mi hija! –dijo Rosi horrorizada–. Se supone que ella no sabe nada de mi relación con Francisco. Me he cuidado durante más de cinco años, y ella lo hace público frente a todo el país.

–Esa pregunta debe haber sido sugerida por tu hija –dijo Roberto, y Rosi lo miró con el entrecejo fruncido.

–Llegó el momento más esperado por nosotros, y el más difícil para ti –dijo el conductor.

–¡La cama! Por fin vamos a la cama –ironizó Sami, haciendo reír a todos en el estudio. Se levantó y se sentó apoyando uno de los codos en el colchón.

Era una enorme cama redonda con sábanas de raso negro. Parecía una diosa recostada allí con su vestido amarillo, pensó Álvaro que la miraba con la boca abierta. ¡Cuánto había madurado!, se dijo.

–¿Cómo la hiciste tan maravillosa, Rosi? –preguntó Álvaro, que tenía los ojos clavados en la pantalla.

–No lo sé. Hasta a mí me sorprende. ¿Será hija mía? –preguntó, y Roberto sonrió.

–Aquí pregunto solo yo –dijo el conductor–. Debes responder lo más rápido posible y...

–Con la verdad –terminó Sami la frase–. Dispara cuando quieras.

–Vives en pareja.

–No.

–Alguna vez has vivido en pareja.

–No.

–Eso quiere decir que has vivido encerrada escribiendo –supuso Leonel.

Esa deducción le dolió. Ella, que escribía sobre el amor, desde hacía más de seis años estaba más seca que las hojas que cubrían el suelo en otoño. No quería mentir, pero ellos insistían en sacar a la luz sus traumas. ¿Qué les iba a decir? Sami Ferguson, desde que abusaron de ella, no ha podido estar con ningún hombre. Solo uno había roto la barrera de protección que había edificado a su alrededor, y la había abandonado por considerarla una puta.

Rebuscó en sus recuerdos las pocas citas que había aceptado en los últimos cinco años, y las usó para dar una respuesta que no faltara a la verdad.

–¡No, por Dios! Siempre hay alguien, solo que no han sido tan importantes como para compartir mi vida y mi casa con ellos.

Álvaro se quedó petrificado con la respuesta. Él había supuesto que ella había vivido estos años como una monja. Apretó los puños al imaginársela en brazos de otro hombre. ¿Cuántos habría tenido? Luego sonrió irónico. ¿Quién era él para juzgarla?, si hacía más de cinco años que compartía su vida con Eliana y Félix. Él ya no tenía derecho a juzgarla y condenarla como lo había hecho antes.

–Tu primer amor.

Los ojos de Sami brillaron, y con su expresión más tierna contestó.

–Álvaro... Álvaro Arias.

–Perdón, voy a romper las reglas. ¿Dijiste que no conocías a Magda Arias? Por el apellido, creo estamos hablando de un pariente –sugirió el conductor.

–Su hijo, para ser exacta. No la conozco porque es una mujer demasiado falsa. Para conocer a alguien tienes que saber sus gustos, sus sentimientos, su conducta. Y Magda Arias es como el camaleón, tiene demasiadas personalidades, y yo no sé nada de ella. ¿He respondido a tu pregunta?

–Ya lo creo que has respondido. Esta mujer va a quedar enterrada –dijo el conductor entre risas.

–Nadie habría definido a Magda mejor que ella –dijo Roberto fascinado por el desprestigio público que estaba sufriendo su exmujer–. Magda, has cavando tu propia tumba.

Rosi se sentía feliz de que por fin Magda recibiera su castigo. Había

querido humillar públicamente a su hija, o tal vez había querido colgarse de su éxito, y lo único que había conseguido era inyectarse una buena dosis de su propio veneno.

–¡Te amo, Sami! ¡Cuánto te amo! –susurró Álvaro para sí mismo, pero su padre, que estaba cerca lo escuchó y se acercó a abrazarlo.

–No desperdicies tu vida con rencores pasados –sugirió Roberto a su hijo.

El programa seguía su curso, y Álvaro en lugar de contestarle siguió con los ojos fijos en la pantalla.

–Tienes algún secreto que nunca hayas revelado a nadie.

–Solo uno, pero dejó de serlo hace cinco años. Se lo hice conocer a una persona. Ernesto, si me estás mirando, sabes que hablo de ti. Recuerdas el final de mi carta. Te la voy a recordar por si se te ha olvidado. “Es deber de padre saber que hacen sus hijos cuando uno no los ve” Deberías haberte llegado a mi casa, Ernesto –dijo Sami, mirando a las cámaras.

–¿Qué ha querido decir, Álvaro? ¿Quién es Ernesto? –preguntó Rosi preocupada–. ¿Cuál es el secreto de Sami?

–No lo sé, Rosi –dijo Álvaro, y se agarró la cabeza.

Él lo sabía. Claro que sabía quién era Ernesto. Él había recogido del suelo la carta cinco años atrás. Ella le había contado a Ernesto Marton, el padre de Jimmy, algo que no le había contado a nadie. Y él iba a averiguar cuál era su secreto.

–¿Hijo, qué tienes? –preguntó Roberto, que se había quedado mirando la reacción de su hijo.

–Nada. No nos perdamos la última parte –dijo Álvaro, pero su rostro emocionado había mudado, y ahora se podía ver la tristeza en sus ojos grises como el acero.

–Esta pregunta puede parecerle algo... cómo decirte... Quizá te ruborices.

–Se me da bien –dijo Sami, y rio–. Es natural en mí, al igual que las lágrimas. Sabes, las protagonistas de mis novelas tienen mucha facilidad para contener las lágrimas. Las envidio.

–Tu mejor relación sexual. Nombre. Fecha y detalles.

–¡Por Dios, eso es muy privado!

–Claro, así es este programa, y te recuerdo que aceptaste.

–Papá, puedes darte vuelta, por favor –dijo Sami, y miró a Francisco.

Él le obedeció, pero en cuanto su hija dejó de mirarlo se volvió. No se iba a perder esta parte.

–Fue el seis de enero. Mi regalo de reyes –aclaró–. Sorprendente regalo de reyes.

–¿Quién?

–Álvaro Arias.

–Pero este chico está siempre en tu vida.

–Siempre no –dijo Sami.

–Falta lo mejor. ¿Cómo fue?

–No creo que él esté mirando, y espero que su mujer no vea el programa. Fue en el sillón de mi sala. Él fue un amante increíble. ¿Podríamos dejarlo ahí? –pidió con los ojos llenos de lágrimas–. Te dije que no me era fácil contener las lágrimas, me has hecho ruborizar y llorar –el estudio estalló en un fuerte aplauso.

–Lo vamos a dejar ahí. Me has sorprendido. Siempre creí que las escritoras eran aburridas. Pero tú eres encantadora.

–Gracias. La verdad es que me he sentido como en casa.

Álvaro había quedado petrificado con la respuesta de Sami. Las

lágrimas que ella había derramado lo habían dejado pensando. Esos ojos empañados y expresivos habían mostrado demasiados sentimientos. Él mismo pudo ver el dolor, la pérdida, la tristeza y hasta la melancolía que mostró al recordar aquel encuentro de los dos.

Ella no lo había olvidado, eso era lo que él había querido averiguar cuando decidió venir a ver el programa.

Una enorme sensación de paz le recorrió el cuerpo, ella todavía lo añoraba. Tal vez no todo estaba perdido entre ellos.

–Te acostaste con mi hija, Álvaro, y te atreviste a dejarla –dijo Rosi indignada.

–Sí, Rosi –contestó él, sin dejar de mirar a Sami, que aún seguía en la pantalla.

–No nos agradezcas todavía, que nos faltan dos preguntas.

–Espero que no sean temas sexuales –dijo ella, arqueando las cejas. Eso hizo sonreír al conductor.

–Solo una. La peor relación sexual.

Las defensas de Sami estaban a punto de estallar en mil pedazos.

–Esa no la voy a responder –dijo Sami seria.

–Tienes miedo de herir al causante del desastre.

–¡Por supuesto que no! Tengo miedo de salir herida yo. Dime la otra –dijo seria. No pensaba responder a semejante pregunta en público.

–No puedes fallarle a tus lectoras.

–Les fallaría a mis lectoras si les contara mi primera experiencia –contestó impostando una sonrisa que le salió demasiado forzada, pero al menos había logrado disimular la angustia que se había apoderado de ella. Sus manos se entrelazaron moviéndose nerviosas. Nadie en el estudio pareció notarlo, o al menos nadie dijo nada.

En casa de Rosi, Álvaro fue el único que descubrió su nerviosismo al verla retorcer sus manos. Eso mismo había hecho ella cuando le contó su relación con Jimmy Marton.

Álvaro deseó que terminara el programa, y que Francisco la sacara de allí. ¡Cómo su padre no se daba cuenta de los nervios contenidos de su hija frente a la última pregunta!

–Solo el nombre y el lugar –insistió el conductor.

–Fue hace seis años. Él se llamaba Jimmy, y fue mi primera vez. Fue al aire libre –dijo seria, mirando al vacío, pero al percatarse que estaba perdida, miró al conductor y forzó otra sonrisa.

Todos en la casa de Rosi se quedaron en silencio. Álvaro se paseó por la sala, pensando en lo que acababa de escuchar. “Fue mi primera vez”. “Mi primera vez”, “mi primera vez”... se repetía una y otra vez en su cabeza.

Jimmy le había dicho que no era virgen. Pero ella frente a todo el país dijo que había sido su primera vez. ¡Dios! ¿Por qué le había creído a Jimmy las barbaridades que él había contado de Sami?

Álvaro estaba desesperado. Quería ir ya a Los Sauces para matar a trompadas a Jimmy. Ella era virgen cuando él la besaba. Ella era inexperta en sus brazos. No había fingido inocencia, ella era inocente... Era inocente, ingenua y virgen. Maldición. ¡Cómo pudo ser tan ciego!

Escuchó que el conductor le anunciaba la última pregunta, y Álvaro se relajó al saber que dejarían de torturarla. Porque eso había sido la maldita entrevista. Una puta tortura donde ella tuvo que desnudar sus más ocultos secretos y exponer frente al mundo todo su dolor. Parado tras el sillón de la sala miró el televisor, y se tranquilizó al verla más distendida.

–¿Quién es o ha sido el gran amor de tu vida?

–Esa pregunta no tiene respuesta, por ahora– dijo sonriendo–. Soy

demasiado joven para hacerme esa pregunta.

–Pero tú eres una escritora de novelas románticas. Tienes que darles una respuesta a tus lectoras –la presionó el conductor.

Miró la cámara y sonrió.

–Esta respuesta es para ustedes, mis queridas lectoras. Amar a un hombre es maravilloso. Y si el amor es como el de mis novelas, es como tocar el cielo con las manos. He amado de esa forma conflictiva que escribo. He sufrido por amor y he gozado gracias al amor. Pero mi historia es como mis novelas cuando se están gestando. ¿Recuerdan a Ramiro y Ana? ¡Cuántas idas y venidas en sus vidas!, hasta que encontraron el momento para resolver sus conflictos –se había agarrado la cadenita que tenía en el cuello, y hablaba sin dejar de acariciarla.

Álvaro la observaba asombrado al darse cuenta que mientras hablaba del amor de su vida no dejaba de acariciar la cadenita con el corazón que él le había regalado.

Miró a Rosi y a su padre, que estaban concentrados solo en sus palabras, y se dio cuenta que ninguno había descubierto lo que acababa de ver él. Sami lo amaba, a pesar de todo lo que había pasado entre ellos, ella estaba hablándole a sus lectoras de él.

–La escritora que está acá todavía no ha llegado a su final feliz. No se confundan, estoy enamorada. ¡Pero las voy a hacer sufrir porque no voy a dar el nombre de la persona que amo! –dijo, y le sonrió a la cámara–. Cuando encuentre mi final feliz, o el comienzo de mi historia de amor, ustedes serán las primeras en conocerlo. Voy a escribir una novela con nuestros nombres. Y se va a titular “*Te amaré toda la vida*” ¡Pero no esperen encontrar mi historia! Allí solo encontrarán mi nombre y el de mi amor. Las quiero –dijo sonriendo, y soltó la cadenita que no había dejado de apretar en su mano. Miró al conductor y le preguntó–. ¿Estás conforme?

–Creo que tus seguidoras no van a dejar de comprar tus novelas hasta dar con ese hombre misterioso que ocupa tus pensamientos. Ha sido un placer tenerte con nosotros. ¿Podría darte mi número de teléfono? –preguntó divertido el conductor.

–Por lo general pierdo las tarjetas –bromeó, y se levantó de la cama.

El programa había llegado a su fin, y ella, mientras pasaban los títulos, saludó a todos los panelistas. Luego se acercó a su padre, que la abrazó y le besó la frente.

–Estoy orgulloso de ti, hija –dijo Francisco, apretándola sobre su cuerpo.

–Y yo de ti, papá –contestó, y se apoyó en su pecho–. ¿Crees que ha visto el programa?

–Estoy seguro de que sí. Y si no lo ha visto –aclaró Francisco en tono de advertencia–, le voy a llevar la grabación, lo voy a atar al sillón, y me voy a quedar vigilándolo para que no se pierda una palabra de lo que has dicho.

Sami largó una carcajada.

–¿De qué te ríes?

–Me estoy imaginando lo que acabas de decir.

–¿Cuál es tu secreto, Sami? –preguntó Francisco, mirándola a los ojos porque su hija nunca quiso contarles que había pasado en esos tres meses de ausencia.

–Si te lo contara dejaría de serlo –dijo ella, y sonrió para tranquilizarlo. Sabía que su padre vivía preocupado por esos meses de ausencia de su pasado. Pero si se enteraba de lo que le había pasado, iba a vivir amargado el resto de su vida. Y ella no quería cargar semejante dolor en su familia.

–¿Aceptarías cenar con tu padre? –preguntó Francisco, cambiando el tema para no arruinarle el fantástico momento que acababa de vivir.

–Conozco un lugar. Es algo vulgar, pero las pizzas son las mejores –los dos rieron con el recuerdo de su primera cena, cuando él la encontró en *La casa del tango de Abigail*.

–¡Así vestidos! –dijo Francisco asombrado, él estaba de traje oscuro y su hija con un vestido de Dior.

–¡Aja! Estamos fantásticos los dos –dijo Sami, y se colgó de su brazo.

–Si tú lo dices.

–Podría pedirte un favor –dijo, mientras se recostaba en su pecho.

–El que sea.

–Quiero que vayas a ver a mamá. Ella está muy triste.

–El que quieras, menos ese –contestó serio. Sami lo miró sorprendida, era la primera vez que le pedía algo y él se lo negaba. En realidad el favor era para ellos.

–¡Nunca me has negado nada!

–Alguna vez tenía que ser la primera.

CAPÍTULO 22

La casa de Rosi estaba silenciosa, la tía Julia había regresado a Córdoba apenas terminó el programa. Había salido de la habitación con los ojos hinchados de tanto llorar, y había aporreado a Álvaro con su bolso de mano por acostarse con su Sami. Era una solterona autoritaria y de carácter desagradable, pero quería a su sobrina como la hija que nunca había tenido. A pesar de las insistencias de Rosi para que se quedara, ella cargó su maleta y se fue secándose las lágrimas con un pañuelo que tenía enganchado en la manga del vestido.

Roberto se ofreció a llevar a Julia a la ciudad en el auto de Francisco, que él y Álvaro usaban para moverse cuando venían a visitar a Rosi. Después dejó el coche en el estacionamiento del aeropuerto y partió en avión a Brasil. El gran proyecto de Construcciones Sur estaba llegando a su fin.

“*El Mundo Antiguo en Brasil*” era un complejo ambicioso, que en los comienzos se había reducido a tres hoteles por un tema de presupuesto, y representaba a tres importantes ciudades de la antigüedad: Grecia, Roma y Egipto. Aunque en el último año se estaba gestando un capricho de Francisco, el hotel castillo japonés. Francisco había vendido dos importantes complejos, uno en Caracas y otro en Punta del Este, para poder finalizar el emprendimiento. Estaba construido al norte de Brasil, en Maragogi, que tenía unas playas paradisíacas. Francisco había sido un visionario cuando compró diez años atrás unas tierras a unos metros de la playa.

El proyecto había sido dirigido por Álvaro, y ellos habían colaborado todo el tiempo con él. Francisco respetó la decisión que tomó seis años atrás, y ésta sería su última construcción. No estaba a su nombre, pero el dueño seguía en el anonimato. Nadie entendía por qué había renunciado a esa obra con todo el dinero que había invertido.

Roberto no había participado económicamente en ese proyecto, solo había colaborado técnicamente con Francisco y su hijo, que era arquitecto a cargo de la obra. “Es un genio en cuanto a técnicas e ideas originales”, decía incansablemente Roberto. Su hijo lo había sorprendido en estos años con su creatividad. Ellos tenían varios complejos en Sudamérica, pero ninguno de la envergadura y la belleza del de Maragogi.

Álvaro se había movido poco de Brasil porque tenía que supervisar el desarrollo de los hoteles. En muy contadas ocasiones había viajado a ver a Rosi para descansar unos días del traqueteo diario. Pero ese día le había pedido a su padre que lo reemplazara en la obra.

–Necesito arreglar mi vida –había dicho Álvaro cuando terminó el programa donde entrevistaron a Sami.

Roberto y Rosi se habían mirado esperanzados. Por fin su hijo hacía algo coherente, había pensado Roberto.

–No lo estropees esta vez, y quédate el tiempo que necesites –había respondido Roberto, y le había palmeado el hombro. No necesitaba preguntar de qué se trataba. Todos lo sabían.

Álvaro caminaba por el parque de Rosi. Era el único lugar donde podía olvidarse del trabajo y pensar. Había hablado con Félix más de una hora, y el crío se le había enfurecido y se había ido llorando a la habitación. Adoraba a ese chico, los dos habían compartido muchas experiencias juntos, pero él no podía quedarse estancado en una familia que no sentía como suya.

–No puedes dejarnos –dijo Eliana, que caminaba hacia él–. Félix está llorando desesperado.

–¿Por qué no eres sincera conmigo, Eliana? Acaso crees que no sé que tu marido está en la cárcel, y que tú lo visitas todos los jueves –dijo, mirándola a los ojos. Hacía un tiempito que había descubierto ese engaño, pero como no la amaba, nunca se había molestado en aclarar el asunto.

–¿Cómo lo supiste? ¿Quién te lo dijo? ¿Fue Félix? –dijo ella, y lo miró asombrada. Había tenido mucho cuidado para que no la descubriera. El taller de artesanía de los lunes y jueves había sido su excusa durante años para ausentarse de la casa.

–Sí, fue Félix. Tú lo adiestraste bien, pero al pobre se le escapó. No me amas, por eso nunca me lo has demostrado en la cama, y a mí me ha pasado lo mismo.

–¡No lo puedo creer! Traicionada por mi propia sangre. ¿Qué te contó? –dijo horrorizada. Álvaro se rio de su exageración. Él debería ser quien hiciera un escándalo después de haber sido engañado por la mujer que creía buena y generosa. Nunca fue mala, eso lo tenía que reconocer. Pero el engaño le molestaba, sobre todo después de cinco años de creer una cosa y toparse con otra.

–Un jueves le hice un comentario tonto a Félix. “¿Por qué se demorara tanto tu mamá?” Y me contestó: “Seguro que todavía está amando a mi papá” –dijo Álvaro, y Eliana se ruborizó–. ¿Sigo? –dijo Álvaro con una sonrisa de burla, y continuó sin esperar respuesta–. Me contó, que los lunes él también iba y que le llevaban comida, cigarrillos y ropa. Supongo que yo he pagado todo eso – Eliana no dijo nada, se había quedado de piedra y miraba el suelo–. Bueno, no importa, al hombre no le debe haber faltado nada, como a ti y al niño –dijo serio, y se acercó a ella unos pasos–. Se acabó, Eliana. Te he extendido un cheque para que a Félix no le falte nada durante tres meses.

Como te darás cuenta, he hecho mis averiguaciones y me he enterado que tu marido sale en tres meses.

–¿Cómo puedes ser tan cruel? –dijo indignada–. Félix es como tu hijo. No puedes abandonarlo.

–Nunca le permitiste a tu hijo que me dijera papá. El niño tiene padre, y espero que cuando salga cumpla con sus obligaciones. Lo siento, pero esto no lo provoqué yo. Si me disculpas, tengo muchos asuntos que solucionar.

–¿Con la escritora que salió por televisión hoy? –gritó Eliana furiosa cuando Álvaro se alejaba.

–Sí, con ella. Le he dado a tu hijo los pasajes de regreso y el cheque. ¡Ah, casi se me olvida! Tienes una semana para desocupar mi departamento – se giró para mirarla con determinación mientras le pedía que se fuera, pero después dio media vuelta y se alejó de ella.

–¿Dónde crees que vamos a vivir! –gritó Eliana.

–No es asunto mío, querida. ¿Por qué no se lo preguntas a tu marido?

El pueblo estaba cambiado después de seis años de ausencia. El bar seguía estando en su sitio con sus plantas tropicales en el parque, pero la casa de ropa interior había desaparecido, y en su lugar habían vuelto a abrir un quiosco de golosinas y revistas.

El mercadito del padre de Jimmy no había desaparecido. “Parece que al hombre le va bien”, pensó Álvaro. Él estaba sentado en el bar tomando una cerveza helada y miraba hacia el mercadito. Había visto salir a Jimmy con un crío de dos años en la mano. El pelmazo cuando lo vio, bajó la vista y se alejó con el niño.

Álvaro tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo, no quería trompear a Jimmy, había decidido contenerse por una vez en la vida para intentar averiguar qué carajo había pasado seis años atrás. Pensaba relajarse

unos minutos antes de cruzar la calle y enfrentar a Ernesto Marton. Pero no le hizo falta dejar su cómodo sitio, porque vio que el hombre corría eufórico hacia él.

–¡Álvaro! –gritó Ernesto desde la acera–. ¡Qué alegría verte, muchacho! –lo palmeó en el hombro, y Álvaro se levantó y como un caballero le tendió la mano y le sonrió.

–Siéntate. Acompáñame –le señaló la silla, se sentó y le hizo señas al camarero–. ¿Qué bebes?

–Cerveza. ¿Cómo está tu madre y Roberto? Cuéntame, hace seis años que no sé nada de ellos.

–Todos están bien. ¿Y Jimmy? ¡Hace tanto que no lo veo! –preguntó Álvaro. Iba a simular cortesía por un rato.

–Se casó, sabías. Tiene un hijo de dos años, y su mujer está embarazada de una niña. Miriam y yo estamos enloquecidos con el nieto.

–Te felicito. ¿Por qué no me dices donde vive? Me gustaría visitarlo – se recostó en el respaldo de la silla, y con los dedos quitaba el sudor que desprendía la bebida helada en el vaso.

–¿Recuerdas la casita de los viejitos Bruno?

–Sí, está a dos cuadras.

–Se la compramos con Miriam. Hay que ayudar a los hijos a progresar cuando uno puede. ¿No te parece? –pregunto Ernesto.

–Si se lo merecen –dijo Álvaro, bebió la cerveza y lo miró por encima de la lata. Ernesto no captaba sus sutilezas porque seguía mirándolo con cordialidad–. ¿Viste a la hija de Rosi en el programa “*A la cama con Leonel*”? –preguntó Álvaro, dejó el vaso en la mesa para concentrarse en los gestos de Ernesto.

Ernesto se ahogó con la bebida, y comenzó a toser como un enfermo de pulmonía. Álvaro se levantó y le palmeó la espalda.

–¿Estás bien? –preguntó, mirándolo fijamente.

–¿A qué has venido? –preguntó Ernesto con rudeza.

–A buscar respuestas. Y no me voy a ir hasta encontrarlas –Álvaro volvió a su silla, se sentó apoyando los codos en la mesa y lo miró fijamente.

–No sé a qué te refieres –contestó Ernesto, ofuscado.

–Quiero la carta que te mandó Sami hace... ¿cinco años? –dijo irónico, y le sujetó el brazo con violencia cuando Ernesto intentó marcharse–. Ni se te ocurra huir, porque voy a aniquilar el hermoso matrimonio que ha formado tu hijo.

Álvaro estaba confirmando sus sospechas. El día anterior había llegado a una triste conclusión. Sami no había querido acostarse con Jimmy, y él supuso que la insistencia del pelmazo la habían hecho ceder. Pero ahora, con la reacción de Ernesto, se estaba dando cuenta que era más grave de que lo que él había imaginado.

–Siéntate –ordenó Álvaro–. ¿Recuerdas a Rosi?

–¡Cómo no la voy a recordar! –contestó, desviando la mirada a la acera.

–Según mi padre, la amabas con locura –Álvaro no dejaba de mirarlo y estaba logrando desequilibrarlo.

–Eso fue hace muchos años –Ernesto había quedado encogido en la silla, y Álvaro estaba aprovechando su debilidad.

–¿Le habrías hecho daño a Rosi?

–¡Por supuesto que no! Ella era... una belleza que nos encandilaba a todos... pero era gentil y bondadosa –dijo, y Álvaro pudo ver cómo se perdía en los recuerdos.

–Ayer Rosi me preguntó quién era Ernesto, y le tuve que decir que no lo sabía. Lo hice para evitar que todos los que estaban en la casa vinieran a pedirte explicaciones. Como estarás deduciendo, te hice un favor.

–No sé nada de esa carta que dices que tengo –dijo nervioso. La pierna derecha le bailaba y Ernesto intentaba frenar con las manos el movimiento, sin nada de éxito.

–“Es deber de padre saber que hacen sus hijos cuando uno no los ve” “Deberías haberte llegado a mi casa”. Escuchaste el mensaje que te mandó anoche Sami –dijo Álvaro, y se quedó mirándolo.

Ernesto agachó la cabeza y lloró apoyado en sus brazos.

Álvaro aguardo en silencio, esperando pacientemente que se calmara y confesara. Tenía un nudo en la garganta de solo pensar que se iba a llevar mucho más de lo que había venido a buscar.

–Me mandó cuatro cartas–dijo Ernesto, pero no pudo mirarlo cuando recuperó el habla–. Las tres primeras fueron anónimas. Me fue devolviendo un dinero que le entregó Jimmy cuando se marchó del pueblo. Me pidió disculpas por haber tomado mi dinero, y me explicaba que lo tuvo que aceptar porque realmente lo necesitaba –dijo Ernesto sin dejar de derramar lágrimas.

–¿Qué decía la cuarta? –preguntó Álvaro preocupado al ver el llanto de un hombre que nunca había perdido la compostura en público.

–Decía... Empezaba diciendo... Su hijo abusó de mí –dijo Ernesto, mirando al vacío porque no podía mirarlo a los ojos mientras le confesaba la barbaridad que había hecho su hijo.

Álvaro todavía estaba intentando asimilar lo que acababa de decirle Ernesto. Se le tensó todo el cuerpo, y en sus ojos se reflejaba la ira que estaba conteniendo en ese momento. No podía hablar, porque tenía un nudo en la garganta que no había podido disipar ni con la cerveza que intentó tragar a la fuerza.

Desde que vio llorar a Ernesto, temió encontrarse con una historia que nunca se le había pasado por su puta cabeza en estos seis años.

–Sami en su carta me contó cómo la humilló Magda Arias. ¿Sabías que

tu madre le pegó? –dijo Ernesto, cuando se recuperó un poco del impacto que le habían provocado las palabras de Álvaro.

–¿Cómo? –preguntó Álvaro, apretando la mandíbula.

–No me dio detalles. Pero me explicó que nunca la habían tratado tan mal como en tu casa. Lo siento, no recuerdo todas sus palabras –dijo Ernesto, y miró a Álvaro lleno de dolor.

–No importa. Sigue –sugirió Álvaro, sin mostrarse hostil porque se estaba dando cuenta que Ernesto no la había pasado bien desde que se había enterado. Y él, en ese momento, se sentía como el peor hijo de puta del mundo, porque todo lo que le había pasado a Sami había sido por su culpa.

–Estuvo esa noche en el patio de mi casa esperando ver a Jimmy para que le prestara dinero. Quería volverse a Córdoba, quería huir de ustedes. Y mi hijo... se abusó de una criatura desesperada que le contó llorando todo lo que le había pasado en esos días. Por lo que me contó Sami, no fue violento. Ella se dejó abrazar por él, y cuando la besó quedó aturdida por la reacción de mi hijo. ¿Sabes cuándo despertó del aturdimiento? –dijo Ernesto, y tragó el nudo de amargura que se le formaba en la garganta cuando recordaba esa barbaridad–. Todas las noches tengo pesadillas con lo que hizo mi hijo, Álvaro –le aclaró para que supiera cómo había quedado de afectado–. Salió del aturdimiento cuando mi hijo abusó de ella. Ella lo llamó abuso, pero yo lo llamo violación. Ella era virgen, Álvaro, y mi hijo la violó –dijo Ernesto, mirándolo a los ojos. Era un hombre desecho por el dolor–. Tenía diecisiete años, era virgen y estaba asustada. Y encima mi hijo la violó. No solo abusó de ella, también le dio mis ahorros y le dijo: “Toma, esto es por lo que te hice”. Al año Sami me devolvió hasta el último dólar que se había llevado, y la última carta estaba fechada el 18 de diciembre. Exactamente un año después de la violación. Hasta me pidió disculpas por arruinarme las fiestas, y me dijo que ella el año anterior las había pasado emborrachándose en una habitación

de hotel.

Álvaro tenía los ojos empañados de lágrimas mientras lo escuchaba. Nunca se imaginó que la verdadera víctima en esta historia había sido Sami. Él era el verdugo de la historia, el culpable de todos sus sufrimientos, y se había pasado todos estos años culpándola a ella, y diciéndole que era una puta.

¡Dios! Hasta donde un hombre puede ser tan hijo de puta como él. Ernesto lo sacó de sus malditos pensamientos.

–¿Dime que ha podido estar con un hombre? ¿Sácame algo del sufrimiento que cargo sobre mi corazón cada día de mi vida? –suplicó Ernesto.

–¿No terminaste de ver el programa? –contestó Álvaro con una frialdad que calaba los huesos.

–No. Solo vi hasta que se dirigió a mí.

–Sí, ella ha estado con un hombre –dijo Álvaro. “Ha estado con un miserable hijo de puta que entró en su cuerpo con la violencia que solo la venganza puede permitir”, pensó Álvaro sintiendo un agudo dolor en el alma. Se levantó de la silla para irse–. Dime Ernesto, ¿tu hijo carga tu mismo peso?

–Sí. Él está pagando internamente todo lo que hizo. Suele pasar horas sentado en el patio mirando al vacío. Ni su hijo logra sacarlo de ese mundo interno en el que se pierde. No es muy seguido, pero suele coincidir con la llegada de las fiestas de fin de año. A pesar de que me negó todo lo que dice la carta, no le creí.

Álvaro y Ernesto se miraron durante un largo rato sin odios ni rencores. Álvaro le palmeó el hombro, y se alejó del pueblo. ¡Cuántos hermosos recuerdos habían compartido con Sami en ese lugar! Y ahora, lo único que quedaría guardado en sus memorias, sería aquella maldita semana de diciembre de seis años atrás.

CAPÍTULO 23

–¡Dije que quería un... camión... de... canto... rodado... y... otro de piedra... plato! –gritó Álvaro, pausando cada palabra, a los empleados que habían llegado con las piedras mezcladas para dar los últimos retoques al jardín japonés—. ¡Sepárenlas! Abajo los cantos rodados y arriba la piedra plato. Se supone que la gente va a pasear por ellas no a tropezar y romperse una pierna –gritó, y miró hacia el puente que estaban construyendo sobre la laguna artificial.

Francisco lo miraba de lejos. Desde que había regresado de Los Sauces, un mes atrás, estaba insoportable. No había un empleado a quien no le hubiera hecho alguna crítica.

Roberto hacía tres días que se había ido a Punta del Este a descansar, porque ya no lo aguantaba más.

Los dos le habían preguntado insistentemente qué le había pasado, pero no habían obtenido más respuesta que: “Ocúpense de sus asuntos”, o, “váyanse al carajo”. Por eso habían decidido turnarse para desaparecer de su lado.

Los empleados no corrían con la misma suerte que ellos, y solo les quedaba aguantar. Por suerte, la mayoría de las maldiciones eran en español, y algunos no entendían lo que les estaba gritando. El resto lo hablaba en una mezcla de portugués y español, que resultaba bastante incoherente para los lugareños.

–¡Qué hacen! Dije diez veces que a la barandilla no la quería así –gritó

Álvaro, acercándose a paso militar al puente—. Oblicua y vertical, oblicua y vertical. ¡Dame! —gritó, y le arrebató las herramientas a uno de los empleados para hacer él el trabajo—. Sígueme, Carlo —dijo a otro, para que avanzara con él en paralelo sobre la baranda del lado opuesto.

Francisco seguía mirándolo entre asombrado y preocupado. Había hablado con su hija, y al parecer Sami no había visto a Álvaro después del programa. No le había preguntado directamente, sino con sutilezas. Y su hija le había confesado que hacía cinco años que no hablaba con él. Solo lo había visto en muy contadas ocasiones, y Álvaro siempre estaba con Eliana y su hijo, por lo que Sami solía escabullirse cuando los veía juntos.

Sonó el móvil de Francisco, y en la pantalla apareció el nombre de su hija.

—¡Sami, que alegría escucharte! —dijo Francisco feliz, y se alejó del bullicio de la obra.

—¿Papá, cómo estás? —preguntó Sami alegremente, como cada vez que hablaba con él.

—Bien, acá..., está todo bien —dijo Francisco, miró a Álvaro y negó con la cabeza—. ¿Cuándo llegas? —estaba ansioso de traerla a Brasil. Hacía seis años que las quería a las dos a su lado, y solo su hija había aceptado su invitación. Había hecho construir para ella una casa de piedra junto al mar, y le había asegurado que allí iba a poder escribir sin ninguna interrupción. Estaba en un lugar paradisíaco, donde todas las viviendas gozaban de mucha intimidad, tanta que la playa que tenía casi a sus pies era solo para ella.

—En un mes. Tengo varios asuntos que resolver.

—¿Cuáles? —preguntó serio, creía que ya estaba por tomar un vuelo, pero siempre que ella le hablaba dilataba un mes más la llegada.

—Es un asuntito sin importancia. ¿Qué te parece que llegue en quince días? —comentó Sami, sabía que al acortarle el plazo su padre se olvidaría de

preguntarle sobre el asuntito sin importancia que la retrasaba.

–Te mando el pasaje para el veinticinco de enero.

–¡Eso suena a imposición! –comentó Sami, y sonrió. Conocía la ansiedad de Francisco por tenerla cerca. Si bien no iban a vivir en la misma casa, tampoco iban a estar a miles de kilómetros–. Me lo podrías enviar al domicilio de mamá.

–¡Ah... era ese el asuntito! Todavía crees que la puedes convencer. Cariño, Eva no va a... Mejor no hablemos de tu mamá –dijo Francisco, y se giró al sentir los gritos de Álvaro–. ¡Espera un segundo! No cortes –pidió, y caminó hacia donde Álvaro estaba gritando. Tanto él como Roberto no le perdían pisada, porque durante todo el día parecía estar dispuesto a agarrarse a trompadas con alguien. Vio que ahora discutía acaloradamente por la ubicación de unos pinos enanos, y negó con la cabeza.

–¡Para que contratas un paisajista si te metes en todo! –le gritó Chiao, el brasilero experto en paisajes.

–Para que haga lo que yo quiero –gritó Álvaro.

–Y por qué no lo haces tú.

Era un peloteo de gritos acalorados de los dos, porque Chiao tenía malas pulgas y no agachaba la cabeza como el resto de los empleados.

–Porque no puedo estar todo el día parado en el parque, solo vengo a supervisar y me encuentro con todo mal hecho –gritó Álvaro.

Francisco se llevó el móvil al oído mientras negaba con la cabeza.

–Hija, te hablo en una hora –dijo Francisco, mientras caminaba hacia Álvaro para que se calmara.

–¿Qué problema tienen? De acá siento los gritos. ¿Es Álvaro? –preguntó Sami.

“Malditos aparatos modernos”, pensó Francisco. Estaban a miles de kilómetros y su hija escuchaba el escándalo como si estuvieran en la misma

habitación.

–Sí, pero no pasa nada. Solo está un poco alterado.

–¿Es por la obra? –preguntó Sami llena de curiosidad. Todo lo que se relacionara con Álvaro le interesaba.

–En parte. Digamos que está un poco enojado estos últimos días. Te llamo luego.

Sami se sentó en la galería de su casa, inclinó la cabeza y sonrió. ¡Qué ganas tenía de verlo enojado, y gritándole a todo el mundo! ¡Qué ganas de aparecerse frente a él para verle la reacción! Pero recordó con tristeza que él vivía con Eliana y era como un padre para el hijo de ella.

Se levantó con brusquedad del balancín de madera que se había comprado para relajarse contemplando el lago, y se metió en la casa.

Prendió el ordenador y abrió su novela. Estaba estancada desde hacía más de tres semanas. No podía escribir, por eso había aceptado la invitación de su padre. Le hacía faltar un cambio de aires y creía que en la casa que su padre le había regalado junto al mar podría encontrar la inspiración.

Qué ganas de estar allá, caminando por su exclusiva playa mientras las ideas le venían a borbotones. Ella entraría corriendo a la cabaña, prendería el ordenador y escribiría hasta la madrugada en ese paraíso terrenal. Maragogi, pensó ilusionada y sonrió. Pero antes tenía que ir a ver a su madre, y hacer el último intento para que ella dejara de ser tan terca y se permitiera ser feliz.

Rosi estaba en la pileta de su casa, un rato tomando sol y otro tirándose al agua para mover un poco el esqueleto. Sami llegó en ese momento en un taxi y se quedó asombrada mirando a su madre.

–¡No lo puedo creer! –dijo Sami, abrió los ojos y se tapó la boca al ver a Rosi por primera vez desocupada.

–¿Qué es lo no puedes creer? –dijo Rosi enojada, y salió del agua.

–Eso –dijo, y señaló a su madre, a la tumbona y a la pileta.

–Si vivieras conmigo, sabrías que todas las tardes nado y tomo sol en la pileta –ironizó Rosi, y siguió despotricando–. Pero claro, tú prefieres a tu padre –recalcó la palabra *padre*.

Sami la miró sorprendida. La dulce Rosi se había encolerizado. Le gustó. La hostilidad a su madre la hacían más encantadora..., y seductora, hijja, agregaría su padre.

También se asombró al ver lo bien que se conservaba. Siempre había sido una mujer esbelta y elegante, pero ahora ya tenía cuarenta y nueve años y seguía siendo tan atractiva como veinte años atrás. Con razón su padre nunca la había olvidado, si hasta en Los Sauces había muchos que no habían perdido las esperanzas de conquistarla. Bueno, también había rechazado a algunos pretendientes en Mina Clavero. ¡Cuántas veces Francisco caminaba con ella por el pueblo, apretándola contra su cuerpo para que todos supieran que Rosi le pertenecía solo a él!

–No voy a vivir con él. Voy para tratar de sacarme el bloqueo que tengo para escribir –dijo Sami, y rio por los celos de su madre–. ¿Por qué no vienes conmigo, mamá?

–No puedo –fue la respuesta de Rosi, y se zambulló otra vez en el agua.

Sami no podía creer que esa fuera su madre. Cuando ella venía, Rosi la estrechaba en un abrazo interminable. Pero esta vez ni siquiera la había saludado. Su madre estaba furiosa con ella, y no tuvo dudas que también con Francisco por quitarle a su hija.

La noche era estrellada y la nostalgia de alejarse de su país, de sus hábitos y costumbres la perseguían desde hacía varios días. Sami había venido a quedarse con su madre una semana con la estúpida idea de convencerla para

que viajara con ella, pero Rosi se había encerrado como una tortuga en su caparazón. Hablaba poco, y siempre estaba nerviosa. No había ido ni una sola vez a la tienda, y eso a Sami le llamó la atención. Pero cuando le preguntó, Rosi contestó de forma cortante, “tengo empleadas”. Y Sami no preguntó más.

Francisco ya le había enviado el pasaje, y al día siguiente Sami regresaba a su casa de Estancia Vieja. Tenía que encargarle al jardinero que le mantuviera el parque, y pensaba dar de baja todos los servicios. Diana se había ofrecido a ventilarle la casa dos veces a la semana, pero ella no aceptó cargarle con semejante trabajo. Le iba a dejar una llave por si las moscas, pero conociendo a Diana, suponía que iba a ventilar la casa y regar las plantas.

Plutón la había abandonado hacía un año. Un día el estúpido perro salió a dar su gira diaria y no volvió más. Sami había preguntado por él durante una semana. Nadie sabía nada, hasta que unos chiquillos le contaron que lo vieron subirse a una camioneta de una familia de turistas. Desde ese momento, Sami decidió no tener más mascotas.

Su madre se había ido al pueblo con unas amigas. En realidad, desde que ella había llegado Rosi no paraba en la casa. Sami estaba preocupada, inclusive tenía miedo que su madre hubiera conocido a otro hombre. No se animaba a preguntarle. El horno no estaba para bollos.

Era la una de la madrugada, y Sami se había cansado de esperarla para conversar un rato antes de marcharse al día siguiente, pero Rosi, al parecer, no tenía el mismo deseo. Sami bostezó, se le cerraban los ojos y se fue a su cuarto a descansar, resignada a irse a Brasil con la desaprobación de su madre.

Por la mañana, Rosi se había levantado temprano para prepararle el desayuno a Sami, y había salido a arreglar el jardín. Sami bajó con el bolso,

quería irse temprano para aprovechar la mañana y hacer los trámites que había dejado para último momento. De pie, se bebió un jugo de naranja, comió dos tostadas con queso y salió con el bolso.

–¡Al diablo contigo, Rosi! –dijo cuando la vio sacar las malezas que había al costado de la casa.

–Dile a tu padre que lo odio –dijo Rosi, y siguió en su frenética tarea de limpiar el parque.

–¿A mí también? –preguntó Sami, asombrada por el mensaje que le daba Rosi.

–No, contigo solo estoy enojada –dijo, y se acercó a abrazarla–. Pronto nos vamos a volver a ver –la soltó, y salió caminando rumbo a la tranquera.

Sami no lo podía creer. Sabía que toda la indignación de su madre era porque ella se iba a Brasil. Pero una madre debería ser más comprensiva. Tiró el bolso en el asiento trasero, se metió a su coche y salió derrapando por el camino.

Rosi se había quedado escondida tras los árboles de su vecina, y la vio partir sin poder dejar de derramar lágrimas.

“Te odio Francisco, te odio”, pensó, y regresó a su casa. ¿Cuántos años había trabajado para comprar una casita y vivir con su hija? Todo el sacrificio que había hecho para nada. Había trabajado como esclava y soportó los malos tratos de Magda para poder formar una familia con su hija. Pero todo había sido al vicio. Francisco, el recién aparecido padre, el que le había quitado hasta el apellido Ferguson cuando reclamó su paternidad cinco años atrás, se la estaba robando para llevarla a vivir a unos pocos kilómetros de su casa.

Tenía ganas de tomar el primer vuelo a Brasil para decirle cuánto lo odiaba por quitarle a su hija. Pero no le iba a dar con el gusto de aparecerse por allá. Eso era lo que él quería, pero nadie le iba a decir a Rosi Eva

Ferguson donde tenía que vivir. Ella era feliz en Mina Clavero, y no pensaba moverse de su lugar.

CAPÍTULO 24

Cuando se vive en un lugar bello es difícil creer que existan otros mejores. Sami estaba en el paraíso. Caminaba descalza y en traje de baño por las tranquilas playas de Maragogi, recogiendo las caracolas que la marea traía por las noches. Los cocoteros, con sus troncos inclinados hacia el mar, refrescaban las arenas blancas donde se le hundían los pies. El agua era tan cristalina que se podían ver los peces que iban y venían por el arrecife. Nadar allí era maravilloso, porque las aguas siempre estaban bastante serenas.

Francisco venía todas las noches a cenar con ella, y conversaban durante horas sentados en la arena, aunque también aparecía a media mañana y por las tardes, según él era para escaparse un rato del trabajo.

Roberto hacía lo mismo, es decir, que los dos buscaban cualquier excusa para acompañarla. Del único que Sami no sabía nada era de Álvaro. En realidad solo una vez le había preguntado a su padre por Álvaro, y él le había dicho con una indiferencia que la asombró: “Allá está trabajando en los hoteles”. Como había quedado desconcertada de que Francisco no se hubiera explayado, como hacía siempre, le preguntó a Roberto que era el padre. Y él la había dejado más desorientada: “Vengo para descansar un rato de él, por favor, ni me lo nombres”.

Algo pasaba con Álvaro para provocar esa repulsa hasta en su propio padre, pensó. Sami no se había animado a ir al complejo hotelero que estaban terminando, y estaba intrigada porque su padre tampoco la había invitado.

De Rosi no sabía nada. Su madre no se había comunicado, y las veces que ella la telefoneaba, entraba el contestador y Rosi nunca le devolvía los llamados. Estaba preocupada y se lo había transmitido a Francisco. Pero él le decía entre risas: “Ya debe estar por llegar”. Quizá tenía razón, Francisco estaba convencido de que en quince días Rosi iba a aparecer hecha una furia, y no dejaba de reír cada vez que hablaban el tema.

La casa que le había regalado su padre era un sueño. Tenía poca piedra y muchos cristales que dejaban ver el paisaje que la rodeaba. Con solo abrir la puerta, Sami se encontraba con el mar a pocos metros de sus pies. Era amplia, iluminada y con muebles muy modernos. Ella no se cansaba de mirar el mar, y no se había perdido ni un crepúsculo desde que había llegado.

A lo lejos vio a dos hombres acercarse a ella. Agudizó la vista, y se rio sola al ver a Francisco y Roberto trajeados, con los zapatos hundidos en la arena y bolsas de compras en las manos.

–¿Qué hacen acá? Ustedes no trabajan nunca –dijo Sami, y rio al recordar la cantidad de veces que la visitaban.

–Nos estamos tomando un descanso –dijo Roberto. Los dos tenían una expresión de preocupación en el rostro.

Sami los miró asombrada y les quitó las bolsas de las manos.

–¿Qué han traído para comer?

–Pollo frito, y algo de comida mexicana –dijo Francisco, y le arrebató una de las bolsas.

Ella lo miró con un arqueado de cejas, ya que esa actitud no era común en su padre, que siempre se mostraba tan educado y atento.

–¿Se puede saber qué les pasa? Los dos parecen furiosos –dijo seria, porque la expresión de los dos no era para ponerse a bromear. Uno apretaba con fuerza la mandíbula, y el otro sacaba chispas por los ojos.

–Problemas en el trabajo –dijo Roberto sin dar detalles, y le quitó la

otra bolsa de comida. Al parecer necesitaban desquitarse con algo y las compras estaban recibiendo el castigo.

–Debe ser algo grave para que los dos aparezcan en ese estado.

–No, no es nada grave –dijo Francisco, gesticulando con las manos. Sami sonrió al ver a su padre con los nervios alterados.

–Últimamente me pregunto por qué vienen a mi casa a cada rato. Al principio pensaba que me querían hacer compañía, pero ahora parece como si estuvieran huyendo de alguien. Y por lo que deduzco, están usando mi casa de refugio –dijo Sami simulando ignorar cuál era el problema, aunque ella suponía que estaban huyendo de Álvaro porque los dos evitaban hablar de él. Todos entraron en la casa y los dos hombres se sentaron en la mesa de la cocina.

Francisco y Roberto se miraron un segundo, uno le asintió con la cabeza al otro, y Roberto habló. Parecían dos chicos a punto de contar una travesura.

–No sabemos qué le pasa a Álvaro. Hace un mes y medio que no para de maldecir –dijo Roberto preocupado por su hijo.

–Le he dicho que has llegado, ¿y sabes lo que me contestó? Mantenla alejada de mí. No le convengo. ¿Puedes creerlo, hija? –dijo Francisco asombrado.

Sami rio sin poder contenerse, y los dos se miraron sorprendidos.

–¿De qué te ríes? –dijo Francisco serio.

–De ustedes. Dos hombres grandes huyendo como niños. Me recuerdan a mí cuando tenía... ya saben a qué me refiero –aclaró Sami.

–A mí no me parece gracioso –dijo Francisco serio.

–Deberías pasar una mañana con él antes de juzgarnos –dijo Roberto, se levantó de la silla de la cocina, y se puso a dar vueltas alrededor de la mesa.

–¡Qué! ¡Yo! ¡Ah, no! Yo no tengo por qué soportar sus locuras. Que se lo aguante su mujer –dijo Sami, abrió la alacena y sacó unos platos antes de que la comida se enfriara.

–La dejó después del programa –contó Roberto–. Dejó a Eliana.

Los dos la miraron tratando de descifrar su reacción, pero Sami siguió con la vista en los platos sin dejarse analizar.

–Quizá la extraña –dijo en un susurro, sin mirarlos.

Francisco miró a Roberto y le sonrió. Lo que no se podía ver, se podía deducir por la voz apagada de Sami.

–No es por ella que esta así, es por ti –dijo Francisco, y Roberto asintió con la cabeza.

–¿Qué carajo tengo que ver yo en esto?, si hace casi seis años que no lo veo –preguntó enojada, y dio un golpe en la mesa.

–No lo sabemos –dijo Roberto, y se acercó a ella. Sami lo miró seria–. Él fue a Los Sauces y regresó... loco –contó Roberto–. Hemos tratado de averiguar qué ha pasado en el pueblo, pero nos ha mandado a la mierda a los dos.

Sami lo miró unos segundos, después miró a su padre. Lo que le acababan de decir la dejó helada. “Se fue a Los Sauces y regreso... loco”, pensó. Se había quedado parada en medio de la cocina, perdida en sus pensamientos. ¿Álvaro se habría enterado de algo?, ¿o quizá se había enterado de todo?

Sami caminó a la sala, y en su cabeza se formaron decenas de ideas diferentes. Quizá le habían contado lo que había sucedido. Tal vez le habían mentado, diciéndole que se había acostado con todo el pueblo. Quizá había llegado a los puños con Jimmy Marton. ¡O con su padre!, pensó cuando recordó aquel día que Mariana la derribó de una trompada en Mina Clavero y todo lo que tenía en la cartera se desparramó en el suelo. ¡Álvaro había visto

en la acera la carta dirigida a Ernesto!, se dijo Sami, y en ese momento comprendió que las palabras que ella le había dicho a Ernesto en el programa, también las había captado Álvaro. ¿No habría matado a Ernesto o a Jimmy? No, en ese caso Álvaro estaría en la cárcel.

Francisco y Roberto la miraban preocupados. Francisco sabía que su hija ocultaba algo muy serio, pero nunca había logrado que se lo contara.

–Necesito un coche –dijo Sami, mirando a los dos.

–Te llevo –contestó Francisco. Habían venido a pedirle, o mejor dicho a suplicarle que hablara con Álvaro, pero no había hecho falta.

–¡No! Necesito estar sola. Después voy a ir a verlo –contestó, y estiró la mano para que le entregara las llaves.

–Tú no vas a huir de nuevo –dijo Francisco, y la miró asustado.

–Confía en mí. Ya no tengo de qué huir, papá. Pero dame tres días para pensar –le suplicó con la mirada.

–No. Quédate tres días acá, que nosotros no te vamos a molestar –contestó Francisco. Ni loco la iba a volver a perder.

–No te voy a dejar, papá. Los necesito –suplicó Sami, sin dejar de tender la mano para que le entregara las llaves.

–Dáselas, Francisco –sugirió Roberto.

–No –volvió a negar el cabezota, y llevó las manos hacia atrás para ocultar las llaves del coche.

–Como quieras –Sami se colgó el bolso y le regaló una sonrisa, que no supo de dónde la había sacado después de lo que se acababa de enterar.

–Toma –dijo Roberto, y le lanzó las llaves de su coche–. Llama a tu padre en cuanto te instales.

–Sami, si no vuelves me mato –amenazó Francisco desde la puerta.

–¡Ay papá, deja de hablar estupideces! –dijo Sami, y se acercó a él–. Papá, eres lo mejor que me ha pasado en estos seis años. No podría estar lejos

de ti. Te llamo en unas horas.

Mientras se alejaba se giraba para mirar a su padre. Se sentía feliz de saberse tan amada por él, pero ella necesitaba tres días de soledad, tres días para encontrar su centro. Para encontrar el coraje para enfrentar a Álvaro Arias.

Francisco se paseaba nervioso por las pirámides de Egipto. Eran las cinco de la tarde y su hija no había llamado. Había sacado el móvil del bolsillo, y desde hacía dos horas lo tenía en la mano y lo miraba insistentemente, pero Sami no llamaba. ¿Dónde carajo se había metido su hija? A lo lejos, Álvaro gritaba a unos obreros que estaban colocando la réplica del carro de Neptuno.

–¡Se supone que Neptuno dirige los caballos alados por sobre el agua, no por debajo del agua! –gritó Álvaro, y corrió hacia la *Fontana di Trevi*.

Francisco arqueó las cejas por su comentario y volvió a mirar el móvil. Caminó impaciente por el jardín japonés para alejarse de los gritos de Álvaro. Por momentos sentía lástima por él, era evidente que estaba sufriendo, pero la mayor parte de las veces tenía ganas de agarrarlo a trompadas, como en ese mismo instante. Él estaba preocupado porque su hija había vuelto a huir de los problemas, y Álvaro lo estaba sacando de quicio.

Ahora Álvaro corría hacia el jardín japonés. Francisco lo vio venir y apretó el móvil en su mano derecha. “Cálmate, cálmate”, se dijo a sí mismo. El asunto era que ya llevaba demasiado tiempo repitiéndose la misma frase.

–¡Dije que las azaleas tenían que caer sobre el agua, no que las planten bajo el agua! –volvió a gritar Álvaro, ahora casi en sus oídos, se dijo Francisco.

Francisco caminó a grandes zancadas, y lo tomó de la remera con violencia.

–¡Basta, ya me has cansado! –le gritó, zarandeándolo.

–¡Despídeme, échame de acá! –el grito de Álvaro era una súplica, no una amenaza. Tomó las manos de Francisco, que le sujetaban la remera, y las sacó con un solo movimiento.

Francisco captó el dolor de sus palabras, y sacó un as de la manga para averiguar su reacción.

–Mi hija se ha vuelto a ir, y llevo cinco horas esperando que me llame –mintió en parte, aunque en parte le estaba diciendo la verdad, o al menos su verdad.

Álvaro se giró, lo miró con preocupación y se acercó a él hasta casi rozarlo. La de Álvaro era una actitud de matón de los bajos fondos, pero su voz fue débil y preocupada.

–¿Por qué se ha ido? –preguntó Álvaro, y en sus ojos se podía ver que le estaba suplicando una respuesta.

–Porque le hemos dicho con tu padre que tú estás loco desde que regresaste de Los Sauces –dijo Francisco, y le apoyó una mano en el hombro—. No te pido que me cuentes nada, pero creo que deberías hablar con ella.

Álvaro no contestó, y se alejó unos metros.

El móvil sonó y Francisco lo atendió antes del primer timbre.

–Sami, cariño, ¿dónde estás? –preguntó Francisco.

Álvaro se había girado al escuchar el nombre de Sami y se acercó a él.

Francisco lo frenó con la mano, y se quedó donde estaba.

–Papá, estoy en Ponta do Mangue o algo parecido. ¿Lo conoces?

Francisco suspiro aliviado, no solo lo conocía sino que estaba muy cerca de Maragogi, y él era dueño de uno de los pocos hoteles que había.

–Sí, hija, claro que conozco la playa de Ponta do Mangue –repitió el lugar para que Álvaro lo escuchara. ¿En qué hotel te hospedas? –miró a Álvaro, y le sonrió.

–No sé cómo se llama. ¿A que no te imaginas lo que me pasó?

–No me imagino que te pudo haber pasado –dijo, y rio por lo bajo al imaginar lo que le iba a contar.

–Me pidieron mi nombre, y cuando les dije Samanta Vidal por poco me besan la mano y me colocan la alfombra roja... ¿Quieres que te diga que habitación me dieron?

–La suite –dijo Francisco divertido.

–¿Cómo lo adivinaste?

–Porque ese hotel es nuestro –dijo Francisco sonriendo. Álvaro, que no se había movido de su lugar, largó una carcajada antes de alejarse.

–¡En serio! ¡Es una belleza, papá! Y la cama es redonda –contó Sami llena de entusiasmo.

–Me alegro de que te guste. ¿Cuándo vuelves?

–¡Por Dios, no te pongas pesado! Recién llego y te dije tres días. ¿Te ha quedado claro?

–Me ha quedado claro.

–Te llamo esta noche, y prométeme que no me vas a venir a buscar.

–Te lo prometo –dijo Francisco. Su hija le susurró “nos vemos” y colgó antes de que él le hiciera alguna recomendación.

Guardó el móvil en el bolsillo y buscó a Álvaro con la mirada. Se relajó cuando lo vio, por primera vez en cuarenta y cinco días, manteniendo un diálogo con los constructores. Se giró y se marchó a su departamento. Todo se arreglaría. Todo saldría bien, se dijo entusiasmado.

CAPÍTULO 25

Francisco vivía en un amplio departamento con vista al mar. Margarita era su empleada de toda la vida y lo esperaba levantada como si él fuera un crío. Al principio le había molestado su actitud, pero con el tiempo se dio cuenta que se ofuscaba cuando entraba y ella no lo estaba esperando.

Margarita se había quedado prendada de Sami desde el día en que la conoció. ¡Quién no se iba a enloquecer con una jovencita que se le colgaba del cuello para saludarla cada vez que venía a visitarlos!

Metió la llave en la puerta y como todas las noches, le dijo algo que sabía la iba a enojar.

–¿Qué me has preparado de cenar? –preguntó Francisco, mientras colgaba las llaves junto a la puerta.

–Si te hubieras dignado a avisarme te habría preparado algo –gritó sin levantarse del sillón en el que descansaba su enorme anatomía. Era gorda y de cara redonda como la luna llena.

–¡Ay, que descuido de mi parte! –exageró Francisco, y dejó una bolsa sobre la mesita que había frente al sillón.

Ella, golosa como toda gordita, se asomó a espiar el contenido, y Francisco rio.

–Trae unos platos –sugirió, mientras sacaba las bandejas de la bolsa de papel.

–¿Por qué no te quedaste a comer con Sami? –Margarita levantó su

voluminoso cuerpo, y caminó pesadamente hacia la cocina.

–Se ha ido a conocer otras playas –dijo, sin entrar en detalles mientras sacaba una presa de pollo frito de la bandeja. Ella le pegó en la mano y le puso el plato enfrente de sus narices.

–¿Cuántas veces te he dicho que no comas de las bandejas? ¡Qué hombre! Nunca vas a aprender buenos modales –le sirvió en el plato el pollo y una buena porción de papas, y para ella se sirvió el doble.

Francisco arqueó las cejas al ver la enorme porción de su plato.

–¿Creí que habías dicho que querías bajar de peso?

–Eso fue la semana pasada. He cambiado de idea –dijo, y miró con ojos embelesados el plato que tenía enfrente.

–¿Motivo? –preguntó, pinchó unas papas y se las llevó a la boca.

–Me preocupa mi muchacho –contestó Margarita, y cuando se llevó el pollo a la boca, cerró los ojos deleitándose con el manjar–. ¿Cómo está hoy?

Francisco se rio de su excusa, aunque era cierto que estaba preocupada por Álvaro. Lo había ido a visitar la semana anterior y lo había encontrado bastante alcoholizado. Al margen de su preocupación, Margarita siempre tenía una excusa para abandonar la dieta.

–Bien –dijo Francisco sin mirarla.

–Mientes –dijo su adorada gordita, sin dejar de comer.

–Esta tarde se rio con lo que le pasó a Sami. Ella me llamó para contarme que se había alojado en un hotel donde la habían tratado como a una princesa y le habían dado la suite. Lo que ella no sabía, era que estaba alojada en su propio hotel.

Margarita largó una carcajada y por primera vez se olvidó de la comida de su plato.

–¿Qué mujercita hermosa? Creo que a Álvaro le gusta Sami.

Francisco la miró por encima del vaso de vino, y le dedicó un arqueo

de cejas. Nunca le había contado nada, pero ella era muy observadora y había averiguado por su cuenta los sentimientos de Álvaro.

–Hacen una linda pareja. ¿No te parece? –preguntó Francisco.

–Sami es tan hermosa... y tan... dulce, y tan... simpática, y tan...

Francisco sonrió con las exageraciones de su empleada, pero Margarita sin enojarse siguió su discurso.

–Y Álvaro es tan... masculino, y tiene esos ojos tan grises y... esa mirada tan... penetrante y esos músculos...

Francisco dejó escapar la risa, porque sus palabras iban acompañadas de un balanceo de todo su cuerpo. Margarita era una romántica empedernida y siempre imaginaba finales felices para todos.

El sonido de la puerta interrumpió el imaginado romance de Margarita.

–Atiende tú, y a quien me busque le dices que no estoy –aclaró Francisco, y se recostó en uno de los sillones.

El día había sido agotador. Había soportado los ataques de ira de Álvaro. Después su hija había salido huyendo otra vez, y él había estado cinco horas con el móvil en la mano esperando que lo llamara. Todo eso lo había dejado extenuado, y no estaba de humor para recibir ninguna visita.

La gordita caminó lenta hasta la puerta, y abrió sin preguntar.

Una hermosa mujer, delgada, con el cabello negro y unos llamativos ojos verdes, estaba parada seductoramente en el pasillo. Margarita se ofuscó al imaginar que buscaba a Francisco con intenciones poco decentes. Ella ya le había dicho que no trajera aventuras a la casa, y desde que había encontrado a su hija y a su querida Eva, ninguna mujer había atravesado la puerta del departamento.

–Si busca a Francisco, no está –dijo en tono agresivo Margarita.

–¿Cómo que no está? He ido al hotel y me dijeron que se había retirado a su casa.

–Le dijeron mal. Si me disculpa –dijo Margarita, y le cerró la puerta en la cara.

–Ni se le ocurra cerrarme la puerta en la cara –dijo enojada, poniendo sus manos en la puerta para entrar–. Lo voy a esperar.

–No puede. ¿Quién se cree que es?

–Rosi, me llamo Rosi –dijo ella, e intentó entrar a la fuerza.

–Lárguese. Él no quiere recibirla –contestó furiosa Margarita.

–¡No quiere recibirme! ¡Eso le ha dicho él! –Rosi puso los brazos en jarra, y la miró indignada–. Dígale a su patrón que se quede tranquilo, porque nunca más va a volver a verme –giró sobre sus talones, y se fue caminando por el pasillo.

Margarita cerró de un portazo. Francisco se sobresaltó, y la vio aparecer hecha un basilisco.

–¿Qué ha pasado, mujer?

–Una de tus mujeres se apareció por acá y la eché.

Francisco se levantó de un salto del sillón. Él, desde hacía seis años no tenía más mujeres que Eva.

–¿A quién echaste? –dijo furioso–. No habrás echado a Eva.

–¡Por supuesto que no eché a Eva! ¿Por quién me tomas? A la que eché fue a una tal Rosi –dijo orgullosa de haber hecho bien los deberes.

–¡Maldición! –gritó, y salió corriendo a la puerta. Margarita lo miró sorprendida, se encogió de hombros y comenzó a recoger los platos.

Francisco salió al pasillo y la vio esperando en los ascensores.

–¡Eva! –dijo, y caminó hacia ella–. ¡Puedo explicarte!

–No tienes nada que explicarme –dijo Rosi, y lo miró furiosa. Después se giró para mirar por qué demoraba tanto el maldito ascensor.

–Margarita no sabía que te llamabas Rosi. Solo Eva –dijo Francisco, acercándose rápidamente a ella. La tomó en sus brazos y la apretó contra su

cuerpo.

–Suéltame. Solo he venido para decirte lo que pienso de ti –dijo furiosa, y tironeó para separarse de él.

Francisco la tomó de un brazo y con algo de brusquedad la llevó a la rastra hasta la sala.

–No tienes derecho a tratarme así –dijo Rosi, y se soltó con un brusco movimiento.

–Lo siento, pero no podía permitir que te fueras. Siéntate –dijo, señalando los sillones–. ¡Margarita, ven acá, maldita seas! –gritó a su empleada.

La gordita apareció sin que el insulto entrara en sus oídos, y se paró en medio de la sala con los brazos en la cintura. La misma posición guerrera que, minutos atrás, había adoptado Rosi con ella.

–¡Discúlpate con Eva, ahora! –dijo Francisco enojado–. Sácate esas manos de la cintura.

Margarita se llevó las manos a la boca. ¡Esa belleza era la famosa Eva! Se quedó sin reaccionar un largo rato, y cuando logró recuperarse de la sorpresa, caminó a grandes zancadas hacia Eva.

–¡Evaaaa! –dijo fascinada–. ¡Por Dios! –se volvió a tapar la boca, y Rosi la miró entre asombrada y emocionada. Había venido a Brasil furiosa, y supo que se marcharía mucho más furiosa con el recibimiento que le habían hecho en la casa de Francisco. Pero al ver a la mujer tan emocionada por su presencia, la ira que traía para descargar en Francisco estaba desapareciendo–. ¡Eva, Dios Mío, Eva! ¿Por qué no me dijiste que eras Eva? –la retó Margarita, aunque seguía mirándola con adoración. Luego miró a Francisco–. ¡Es tan hermosa como Sami, Francisco! ¿Por qué no me dijiste que también se llamaba Rosi? –gritó Margarita a Francisco.

–Para mí siempre fue Eva –dijo Francisco, y las miró a las dos–.

Discúlpate mujer, de rodillas... No, mejor de rodillas no, que voy a ser yo el que te va a tener que alzar del piso –dijo Francisco, miró a Eva y le sonrió.

Rosi miraba emocionada a los dos al darse cuenta la hermosa relación que tenía Francisco con su empleada.

–Las dos hemos sido groseras –dijo Rosi, y le sonrió a Margarita–. Es un placer conocerte, Margarita. Francisco me ha hablado mucho de ti.

–¡En serio! ¡Maldito desgraciado! Siempre me está haciendo creer que soy un estorbo –dijo Margarita, y miró a Francisco indignada. Se acercó a Rosi, y la apretó contra su cuerpo casi asfixiándola–. Eres tan parecida a tu hija, lástima que sacó los ojos de su padre.

–Gracias, pero ella es más linda. Heredó lo más lindo de los dos –dijo Rosi, y miró a Francisco, que no dejaba de observarla con devoción.

–Podrías dejarnos solos, Margarita –pidió Francisco sin apartar su mirada de Eva.

–Sí, claro, por supuesto que sí –dijo Margarita, pero en lugar de marcharse miró a Eva–. Estoy tan feliz de que hayas venido. Francisco ha estado esperándote tantos años.

–¡Basta, Margarita! No necesito tu ayuda para resolver mi vida.

–¡Ah no! Hace seis años que la esperas, y dices que no me necesitas. Sabe Eva cuánto la has extrañado. Sabe que hace veinticinco años que solo piensas en ella. Mira querida, este hombre... este pedazo de hombre, podría haber tenido a la mujer que hubiera querido, pero en su corazón solo has estado tú.

–Margarita, por favor,... déjalo ya –dijo Francisco, mirándola con el ceño fruncido.

–¡No me calles! Yo te he visto sufrir por años... Yo te he visto buscarla en revistas de modelajes... Yo te he escuchado preguntar por ella a todos los diseñadores que se alojaban en Punta del Este. Y he visto tu inmensa alegría

cuando la encontraste. ¡Eva! No sabes lo feliz que lo has hecho, y no sabes lo que ha llorado cuando me contó la hija hermosa que habían tenido.

Rosi lo miró con una dulzura que lo derritió. Y él le devolvió una mirada llena de amor.

–Te extrañé, mi amor –dijo Francisco, acercándose a ella. Eva le sonrió y Margarita perdida en las emociones de los dos, se quedó parada presenciando el encuentro—. ¿Ahora podrías dejarnos solos? –preguntó Francisco, sin mirar a su empleada.

Margarita, sin contestar, se giró y entró en su habitación.

Eva le acarició las mejillas.

–Es muy convincente –dijo Rosi, y le sonrió.

–A veces puede ser insoportable–contestó Francisco, y le acarició los brazos.

–Te ha dado una buena mano. Se nota que te quiere –dijo Rosi, se puso en puntitas de pie para acercarse a sus labios—. Sabes, venía muy enojada y pensaba decirte muchas cosas.

–Me las imagino –la interrumpió él.

–No, no te las imaginas, eran horribles –dijo, rozándole los labios con sus dedos.

–Cuéntame, mi amor –susurró Francisco en su oído, y le mordió el lóbulo.

Ella se pegó a su cuerpo y apoyó la cabeza en su pecho.

Francisco le acarició la espalda para relajarla. Sabía que iba a venir furiosa, pero también sabía que a ella no le duraba mucho el enfado.

–Te iba a decir que te odiaba –dijo ella, y lo abrazó por la cintura—. También que me habías quitado a mi hija... y... que me habías robado mis sueños de tener mi casita y a mi hija a mi lado.

–Sí –dijo Francisco, y le levantó el mentón—. ¿Y?

–Y, que nada de lo que te iba a decir era cierto –dijo ella, dándole un corto beso en los labios–. Margarita ha eliminado la ira que traía para descargar en ti.

Francisco le dedicó una radiante sonrisa, y se arrimó a sus labios para rozarlos apenas.

–¿Qué más? –preguntó, sin dejar de mirarla. Rosi tenía los labios separados, esperando su beso, pero él la iba a torturar un rato.

–¿Cómo que qué más? Bésame, hazme el amor. Hace cuatro meses que no nos tocamos –exigió Eva, que estaba sintiendo como se despertaba su deseo al estar en sus brazos.

Francisco arqueó las cejas, pero no pensaba ir tan rápido.

–No, Eva. Esta vez no vamos a avanzar hasta que me digas a que has venido –dijo él, y la apretó contra su cuerpo para hacerle sentir su excitación. Solo eso, no la tocó y tampoco la besó, pero quería que ella supiera que estaba tan ansioso como ella por hacerle el amor. Él estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario hasta que ella le dijera lo llevaba años queriendo escuchar.

–¡A qué he venido! ¿Acaso no sabes a qué he venido? –preguntó enojada, y trató de soltarse de sus brazos.

Él la liberó, y ella se apartó.

–Por lo que me has dicho, has viajado miles de kilómetros para retarme. ¿Y qué pensabas hacer después de retarme? ¿Huir como Sami? ¿Correr a encerrarte en la seguridad de tu casa? ¿Contéstame, Eva? Para mí es importante conocer el después.

–No –dijo Rosi, y se asomó al enorme ventanal de la sala. El cielo estaba iluminado de manera diferente. El mar se unía a él allá a lo lejos, donde la vista parecía perderse en el infinito, y las olas entraban y salían de la arena–. Sabes. He venido sin maletas –dijo Rosi, sin dejar de mirar las olas.

–¡Vaya! Visita de médico –dijo Francisco irritado.

–No. Es que no sabía si mi ropa era la adecuada..., y había pensado renovar mi guardarropa –se giró para mirarlo–. Crees que podrías acompañarme a las tiendas para ayudarme con... bueno, con todo. Es que no sé el idioma y... no sé lo que se usa en un lugar tan... tan parecido al paraíso –dijo Rosi, acercándose a él. Francisco la miraba serio–. ¡Maldición! Podrías ayudarme un poco –dijo enojada. Él negó con la cabeza–. ¡Bien!... Por lo visto tengo que hacerlo sola... –siguió caminando hasta tenerlo a unos pasos–. Te amo, y te he amado todos los días de mi vida. Tenía a Sami, y me fue más fácil porque yo tenía un pedacito de ti. Cuando la miraba a ella era como si te estuviera mirando a ti –dijo sin dejar de observarlo. Francisco la miraba sin decir nada, se estaba conteniendo de atraerla a sus brazos y perderse en su cuerpo como si fueran dos jóvenes ansiosos por tocarse, pero no lo hizo–. ¡Dios, como puedes hacerme esto!

Rosi se alejó nuevamente de él y miró hacia el mar. Con la vista perdida volvió a arremeter dispuesta a decir todo lo que había pensado durante esos quince días.

Francisco seguía parado sin decirle nada. Él ya había hablado durante los últimos cinco años por los dos, y ahora le tocaba a ella.

–Quiero acostarme todas las noches a tu lado y despertar en tus brazos por la mañana. Quiero prepararte el desayuno cuando te levantes y... conversar contigo hasta que no tengamos nada que contarnos, y quiero acompañarte a donde vayas. Me has dicho que viajas mucho, Fran... Bueno desde ahora vamos a ir juntos –se giró para mirarlo, y él le estaba sonriendo. Eva se animó a avanzar hacia él–. Te amo, y quiero vivir contigo todos los días de mi vida.

–¡Cuánto te ha costado, mi amor! –dijo Francisco, y extendió los brazos. Eva corrió hacia él y lo abrazó posesivamente–. Lo has decidido

ahora. Ha sido Margarita la que te convenció.

–No, ella solo evitó que te retara. He sido yo. Ya hemos estado demasiado tiempo separados. Estos cuatro meses sin ti han sido muy difíciles. Amo con todo mi corazón a nuestra hija. Pero en estos quince días he comprendido que ella no me pertenece. Tengo que dejar que despliegue sus alas, que sea libre. Pero a ti no pienso dejarte volar –dijo Rosi, y se alejó de él para mirarlo a los ojos–. ¿Me has entendido?

–Sí, cariño –dijo Francisco, y la besó con ternura–. ¿Esto me habías pedido? –le desabrochó la blusa y su mano se filtró por el sujetador para acariciarle los pechos–. ¡Cuánto he extrañado tocarte!

–Llévame a la cama, Fran –suplicó Rosi, mientras le desabrochaba la camisa y le acariciaba la espalda y el pecho.

Se quedaron desnudos y abrazados, sintiendo el contacto de sus cuerpos. Ella lo acarició hasta sentir que su respiración se agitaba, y Francisco la acostó de espaldas para torturarla con su boca. Hacía tantos meses que no saboreaba su cuerpo que estaba a punto de perder el control.

–Fran, no te detengas –susurró Eva en su oído.

Esa espontaneidad de Eva en la cama lo volvía loco, y cada vez que la escuchaba suplicarle jadeando que la hiciera gozar, él creía que iba a explotar. Saber que era el único que podía excitarla hasta hacerle perder el control, lo hacía sentir que los años no habían pasado, que los dos eran los mismos jóvenes que se habían perdido uno en el otro más de veinticinco años atrás. Eva gritó y se estremeció en sus brazos, haciéndole saber que no había en el mundo amante más apasionado que él.

–Eres deliciosa, Eva. Mi Eva –dijo Francisco con la seguridad de saberse el único hombre que ella había tenido, porque nadie más que él había entrado en su cuerpo. Y con esa convicción se introdujo en ella lentamente, e incrementó el ritmo cuando ella le gritó, “más rápido”, “más profundo”.

Fundidos uno en el otro, susurraron sus nombres como si de un ritual se tratara, y juntos subieron a la cima y descendieron agotados y sin fuerzas, pero sin separar sus cuerpos, que se mantenían unidos intentando prolongar el momento que acababa de llevarlos al paraíso. Ella había dicho que Maragogi era el paraíso. Él no lo creía así. El paraíso para Francisco estaba donde estaba Eva.

Francisco le recorrió el rostro con las manos, y ella lo miró con amor.

–¿Quieres casarte conmigo? –preguntó Francisco, sin dejar de acariciarle el rostro.

–Cuanto antes –dijo Eva, y lo besó en los labios–. Sé que no estoy en condiciones de hacerte ningún pedido después de lo que me has esperado, pero...

–Pídeme el mundo, Eva, que si puedo te lo voy a dar.

–¡Qué feliz me haces! ¿Cómo voy a devolverte todo lo que me ofreces?

–Estando siempre a mi lado –dijo él, y la besó–. ¿Te gustaría casarte en Mina Clavero? ¿O quizás en la catedral? –dijo, tratando de adivinar que era lo que le quería pedir.

–Me gustaría casarme en privado, sin fiesta, solo los dos –dijo Rosi, y miró el piso por miedo a ofenderlo.

Pero Francisco no pareció sentirse ofendido, y la besó con ternura.

–Tú y yo solos. Era mi sueño cuando me desvelaba recordándote.

–¡En serio! –dijo ella, llorando.

–No llores, Eva. Solo era un sueño que está cerca de hacerse realidad.

–He soñado lo mismo durante años –dijo Rosi, y se abrazó a él–.

Hazme el amor Fran.

–Hasta que me supliques que pare –ella rio con su comentario, y los dos se entregaron sin límites, como dos adolescentes ansiosos, pero con la experiencia de los años vividos. Hicieron el amor en distintas posturas, y sin

sentir pudor ni vergüenza. Eso le gustaba a Francisco de Eva, que a pesar de no haber tenido hombres en su vida, ella se entregaba desinhibida a él.

Agotados, se entregaron a la noche sin separar ni por un segundo sus cuerpos. Como si tuvieran miedo de que al llegar el alba aquello solo hubiera sido el más dulce de los sueños.

CAPÍTULO 26

El sol estaba alto en el horizonte, y los turistas llegaban a la playa provistos de sus almuerzos para pasar el día. Desde la ventana del hotel, Sami seguía intentando comunicarse con su padre. Federico no había atendido el móvil desde la noche anterior. Lo había llamado al departamento, y Margarita le había dicho: “Lo siento preciosa, pero no lo puedo interrumpir” ¡Ella era su hija, qué diablos! Estaba tan furiosa con esa respuesta, que había colgado sin despedirse.

Sami no había dormido en toda la noche pensando en cómo acercarse a Álvaro. El maldito arrogante se había enterado de algo en Los Sauces, y en lugar de enfrentarse al problema andaba hecho un loco y descargaba su ira con todo el que se cruzaba en su camino. Al final iba a tener que ir ella al hotel, para que a Roberto y Francisco no les diera un infarto con los nervios que estaban pasando por culpa de Álvaro.

Volvió a intentar comunicarse con su padre. Estaba preocupada y tenía miedo que le hubiera pasado algo, si no ¿por qué Margarita se iba a negar a pasarle el teléfono?

–Voy a intentar una vez más antes de regresar –dijo Sami para sí misma. Al primer tono de llamada su padre siempre la atendía. Además, se había quedado enojado con su viaje porque creía que ella iba a desaparecer, por lo que debería estar esperando su llamada con el móvil en la mano. Pero, no, y ahora la preocupada era ella.

–¡Diga! –dijo una voz somnolienta.

–¿Papá, que tienes? –preguntó Sami alterada.

–Sami, cariño, lo siento. Es que anoche me olvidé el móvil en la sala – mintió.

–No he dormido en toda la noche por pensar en mis problemas y porque estaba preocupada por ti, que no me atendías el móvil –reprochó Sami a los gritos–. Por si no lo recuerdas, ayer amenazaste con matarte si no regresaba, y ahora muy fresco me dices que ¡te olvidaste el móvil!

–Tampoco he dormido en toda la noche –dijo Francisco, y sonrió cuando miró a Eva, que en ese momento dormía en sus brazos–. ¿Por qué no descansas un rato? – sugirió Francisco y bostezó. Miró a Eva, que se acababa de despertar y le sonreía. En un susurro le comentó que la llamada era de Sami.

Ese no era su padre. El obsesivo que se pensaba matar el día anterior si ella no regresaba. ¿Qué le estaba pasando para cambiar de forma tan exagerada en unas pocas horas?

–Tú estás con alguien –aseguró Sami, y en su voz se podía adivinar su indignación.

–¿Con Alguien? –Preguntó Francisco, mirando a Eva que negó con la cabeza–. No, claro que no. ¿Cuándo vuelves, hija?

–Ahora –le informó Sami con voz cortante.

–¡Ahora! ¿No te gusta el hotel? –preguntó Francisco, y se incorporó en la cama.

Eva sonrió al verlo preocupado y tomó una decisión contraria a la anterior. Se levantó y le arrebató el teléfono de las manos.

–Hola, pichoncita –dijo tiernamente a su hija.

–¡Mamá! –dijo Sami asombrada–. Eras tú la que tuvo a papá toda la noche sin dormir.

Francisco la miró con una sonrisa radiante, porque Eva estaba roja

como un tomate.

–Bueno, no... no es para tanto. A él le gusta exagerar y... Llegué anoche, Sami. Tengo tantas ganas de verte –dijo Rosi cambiando el tema, y se recostó en la cama. Francisco miraba embobado a su mujer, recostada desnuda sin nada de vergüenza. Ella no aparentaba los años que tenía, solo unas pocas arrugas en los ojos cuando sonreía, pero su cuerpo era precioso–. ¿Qué te parece si almorzamos juntas? –sugirió Rosi a Sami.

–Salgo para allá. Dile a papá que te lleve a casa. Te quiero, mamá.

–Ya viene –dijo Rosi con una sonrisa.

–Eso nos da una hora para nosotros –dijo Francisco, se acostó sobre Eva y se puso a la labor de llevarla a un paseo por el cielo.

El agua le acariciaba los pies, que se le hundían en las blancas y finas arenas de Maragogi. Desde que su madre había llegado a Brasil, habían almorzado juntas, conversando de todo como tantas veces había soñado Rosi; y por las tardes salían a recorrer las tiendas de ropa. Su madre había comprado montones de cosas, como si se estuviera desquitando de todos los años que se había reprimido. Y a Sami la había sorprendido con un surtido de lencería, demasiado audaz para lo que ella acostumbraba a usar.

–¡Rosi! No tienen sentido esas braguitas tan diminutas y transparentes. ¡Y mira los colores! –dijo Sami sorprendida de que su madre hiciera esas compras–. ¿Por qué no te las pones tú para papá?

–Yo no tengo edad para algo tan diminuto y transparente –dijo Rosi, y se ruborizó.

–Y yo no tengo a quién mostrárselas –aclaró Sami enojada.

–No te preocupes. No va a ser por mucho tiempo –dijo Rosi, y sonrió satisfecha.

–¿Qué quieres decir? Acaso eres vidente, o has consultado la bola de

cristal antes de salir –dijo enojada por las risas de su madre.

–No. Solo es una deducción –dijo Rosi, y se entretuvo mirando otra vidriera–. ¿Te gusta? –Señaló en una tienda un vestido escotado de color melocotón–. Creo que te quedaría precioso.

–¡Mamá! Acaso me estás buscando pareja.

–Por supuesto que no. Yo solo quiero que estés preparada. He revisado tu ropa, y he visto que no es la adecuada.

–¡Esto es el colmo! ¿Por qué no se van papá y tú unos días a algún lado?... Es nada más que una sugerencia –aclaró para no ofenderla.

Rosi la ignoró y se metió en la tienda a comprarle el vestido melocotón, demasiado escotado y apretado al cuerpo.

Desde que Sami había llegado a Brasil su padre no dejaba de venir a su casa. Y ahora se agregaba su madre, que se quedaba a pasar el día.

En realidad, ella le había sugerido que se juntaran a comer, pero eso ya era un abuso porque no tenía un segundo de soledad. Le caían a almorzar, a cenar, y la sacaban de la cama por las mañanas.

Sami no estaba acostumbrada a que sus padres se metieran en sus cosas. Por el momento no les había dicho nada porque no quería que se ofendieran, pero esa noche sin falta iba a ponerles un freno a los tres, porque Roberto también estaba más en su casa que en la de él.

Sami todavía no había aparecido por los hoteles de su padre, y por lo que se había enterado, Álvaro seguía tan loco como antes. Ella quería verlo, necesitaba saber que había pasado en los Sauces, pero Rosi y Francisco no le dejaban tiempo para pensar.

Cuando ellos se iban por las noches, quedaba tan aturdida que en lugar de pensar en cómo enfrentar a Álvaro, se desvelaba pensando cómo alejar a sus padres de su casa. Pero hoy iba a poner las cosas en su sitio. O se dedicaban a sus vidas, o ella se volvía a su tranquila casa de Estancia Vieja.

A la noche sus padres llegaron a cenar con cajas de pizzas. Diez minutos más tarde llegó Roberto abrazado a una mujer que se la presentó como Irma. Era una mujer agradable, sencilla y miraba con una gran ternura a Roberto. Sami se sentía feliz de que él hubiera encontrado una mujer que lo quería.

Sami había conversado de forma cordial durante la cena, pero no sabía cómo encarar el tema de su deseo de tener tiempo para ella sin que se ofendieran. Se acercó a la ventana para mirar las olas del mar, que iban y venían constantemente. Vio a cada ola como si fueran sus padres y Roberto, que iban y venían de su casa cinco a seis veces por día, y contuvo la risa que le provocó la comparación.

Se giró, los miró a los cuatro, que conversaban animadamente en la mesa del comedor, y esta vez no pudo contener la carcajada.

Los cuatro la miraron sorprendidos.

–Disculpen. Pero me estoy riendo de mi situación –dijo Sami, y volvió a reír.

–Ven, cuéntanos –dijo Francisco, y golpeó la silla que tenía a su lado. Sami se sentó, y se apoyó en su pecho.

–Veía las olas ir y venir y... son tan parecidas a ustedes tres que van y vienen de mi casa –su madre frunció el entrecejo, su padre arqueó las cejas y Roberto sonrió. Irma fue la única que se mantuvo imperturbable, quizá porque era la primera vez que venía y no sabía de qué hablaba ella, se dijo Sami, y decidió aclararles su comentario–. Lo que sucede es que desde que he llegado no he podido escribir ni una línea. Ya sé que quieren que me sienta acompañada, pero también necesito mi espacio. Un tiempo para mí.

–¡Hija, cómo no lo dijiste antes! –dijo Francisco, y miró a Roberto–. Hemos retrasado un viaje a Punta del Este para no dejarte sola y...

–¡En serio! Por mí pueden salir esta misma noche –dijo entusiasmada con la idea de que le dieran un respiro.

–Nada nos gustaría más –dijo Roberto serio–. Pero también está Álvaro. No podemos dejarlo solo... Ya te hemos explicado que él está...

–Alterado –dijo Sami, y puso los ojos en blanco.

–Exacto. Y siempre estamos Francisco o yo para calmar su ira –dijo Roberto, y se frotó las manos–. No estaríamos tranquilos con él solo en la obra.

–Entiendo –dijo Sami, sonrió con burla y se separó de los brazos de su padre. Era una treta de los dos, no tuvo dudas. Ellos querían que ella se hiciera cargo de vigilar a Álvaro. Por eso la estaban acosando desde hacía más de siete días–. ¿Qué podría hacer yo para que puedan tomarse unas vacaciones?

–Instalarte en los hoteles –dijo Francisco demasiado rápido–. En la ingreso está Ronaldo, esperándote para acompañarte al ala del hotel Japonés donde te vas a instalar. Es un sueño ese hotel, Sami.

–¡Cómo! –dijo Sami sorprendida, y se levantó de un salto de la silla. Ella había creído que le iban a pedir que se diera una vueltita de vez en cuando, pero eso era una jugarreta demasiado sucia.

–¿Rosi, que tienes que ver en esto? –Sami miró a su madre, que la miraba sin poder ocultar la sonrisa.

–Solo participé con la lencería –dijo riendo.

Todos se miraron entre ellos, y se levantaron de las sillas como si llevaran días planeando ese ardid. La estaban manipulando, y Sami se sentía furiosa.

–No pensaran irse y dejarme a mí con... con la fiera rugiéndome en el oído –dijo desesperada cuando vio a las mujeres colgarse las carteras. Al parecer, la tal Irma, que ella no la conocía de nada aunque le había parecido

encantadora, también era partícipe del engaño.

–Hija, ya lo hemos aguantado bastante. Nadie más que tú puede calmarlo –dijo Francisco, la besó en la frente y la abrazó con fuerza–. Te llamo.

Todos la despidieron como si se fueran por mucho tiempo, y Sami estaba tan aturdida que no supo reaccionar.

Otra vez le pasaba lo mismo. Se quedaba parada como un poste, sin abrir la boca mientras el resto del mundo decidía por ella. No podía creer que su propia familia se abusara de ese mutismo que le agarraba cuando la tomaban por sorpresa. Bueno, ya lo habían hecho, y todos se habían ido sin dejarla retrucar.

CAPÍTULO 27

La mañana había amanecido lluviosa. Sami había cargado un bolso en el coche de Francisco y recorría la carretera en dirección a los hoteles. Francisco la había llamado ocho veces en el transcurso de dos días. Habían discutido en cada comunicación, hasta que ella tuvo que acceder a instalarse en el hotel japonés. La amenaza de regresar a Maragogi la persuadió a aceptar a su pedido, o mejor sería decir imposición. Prefería enfrentarse a Álvaro antes que tenerlos a todos nuevamente metidos en su casa.

Ronaldo era un brasilero que hablaba poco el español, por lo que era más lo que se reían por no entenderse que lo que habían conversado. Sami se enteró que Álvaro estaba instalado en el mismo piso que ella, y tuvo ganas de regresar a la seguridad de su casa, pero no lo hizo. Para su alivio aún no se lo había cruzado.

Los parques de los hoteles la habían dejado con la boca abierta, y eso que todavía no los había recorrido. Solo los había visto de pasada cuando ingresó con el coche, que quedó estacionado en la puerta del hotel japonés.

Dentro del vestidor de su habitación encontró unas botas rojas y un ridículo piloto de lluvia del mismo color. Sonrió pensando que esas prendas habían sido elegidas por su padre. Se las puso encima su ropa, decidida a caminar por los jardines bajo la lluvia.

Bajó corriendo por las escaleras porque todavía no estaban habilitados los ascensores. Un espejo de la recepción le devolvió su imagen. Parecía Caperucita Roja a punto de enfrentarse con el lobo. Se rio por lo real de la

comparación puesto que en algún lugar del emprendimiento debía estar el lobo enfurecido, y ella salió al parque saltando como la aludida.

Un hombre la miró divertido, y Sami se frenó en seco.

–Buenos días, señorita Vidal. Soy Danilo Romero –le extendió la mano en gesto amistoso–. Uno de los arquitectos de la obra –aclaró.

–¡Es Argentino! –dijo entusiasmada.

–Sí –dijo el hombre, y le sonrió.

–¡Qué alegría! Recién conocí a Ronaldo, pero no nos entendíamos nada.

–Su padre nos ha comentado que usted lo va a reemplazar. Y todos están informados de su presencia.

–¡Todos! –dijo Sami casi a gritos al imaginar a Álvaro dentro de todos. Él debía estar despotricando como loco con su llegada.

–Bueno... todos es un concepto muy amplio. Prácticamente todos los arquitectos a cargo. Francisco nos ha pedido personalmente a cada uno que respetemos cualquier cambio que usted sugiera como si lo hubiera decidido él.

Sami arqueó las cejas, y le sonrió llena de entusiasmo. Eso se estaba poniendo cada vez más divertido. ¡Ella que no sabía nada, podía cambiar todo el trabajo de Álvaro!, vaya que novedad más agradable le había informado el hombre, pensó. Se sentía como el hada madrina de los cuentos, puesto que no sabía un pimiento pero con solo sacudir la varita mágica podía cambiarlo todo.

–Me gusta la idea –le dijo, y aplaudió dando saltitos entusiasmada–. Voy a recorrer el complejo para analizar los cambios que quiero hacer.

Danilo Romero la miró preocupado, y la siguió por detrás.

–Le recomiendo hablar con el arquitecto Arias, él es muy...

–Sí, ya sé que está medio loco –dijo Sami, sin dejar de bajar las escaleras del palacio japonés–. No se preocupe, no me van a afectar sus

ataques de ira.

El hombre se quedó petrificado mientras la miraba alejarse. Se frotó la cien al imaginarse el escándalo que se iba a armar cuando Álvaro se enterara que la hija de Francisco tenía el camino libre para modificar sus decisiones. No le estaba gustando la tormenta que se avecinaba, y pensaba mantenerse lo más alejado posible de Álvaro.

Sami caminó feliz por el jardín japonés. Mientras observaba cada planta y cada piedra cuidadosamente ubicada, se deleitaba con el paisaje y buscaba algún mínimo cambio para hacer enojar a Álvaro. Ella no sabía nada, tampoco le importaba, solo quería lograr su objetivo, que era enfurecerlo para descubrir por qué se comportaba como un demente.

Vio el puentecito de madera que estaba sobre un lago artificial, y se fascinó porque parecía sacado de un cuento de hadas. Caminó hacia la laguna para contemplar desde allí las azaleas y los pinos. Seguía lloviendo y Sami se había cubierto la cabeza con la ridícula capucha de Caperucita, ya que no quería quedar con el pelo empapado por culpa de la lluvia.

A mitad del puente se detuvo a contemplar la vista. Estaba tan bien ubicado que mirando hacia todos los puntos cardinales se apreciaba el complejo en todo su esplendor. Quien había elegido el lugar estratégico era un genio, se dijo.

–Disculpe, pero el complejo no está habilitado –dijo una voz a sus espaldas.

Sami se estremeció al sentir la voz de Álvaro. Cinco largos años hacía que no hablaba con él, y sus defensas no estaban preparadas para enfrentarlo, nunca lo habían estado.

–Lo sé –dijo Sami, y tragó saliva porque no encontraba el coraje para girarse a mirarlo. Hizo varias inspiraciones profundas y soltó el aire despacio para serenarse. Cuando creyó que podría contener el temblor y las lágrimas,

volvió a hablar—. Estoy reemplazando a mi padre —recién allí se giró, y lo miró a los ojos.

Álvaro se había quedado de piedra al escuchar su voz. Retrocedió dos pasos cuando ella se giró y él pudo corroborar que era Sami. ¿Qué hacía allí?, se preguntó, pero no tuvo tiempo de seguir haciéndose preguntas porque ella lo interrumpió.

—¿Cómo siguen tus arranques de locura, muchacho? —dijo Sami más recompuesta, y le sonrió como si lo hubiera visto ayer. Quería demostrarle una compostura que estaba lejos de sentir, pero al menos sí podía aparentar.

—¡Sami...! —susurró Álvaro, y avanzó los pasos que había retrocedido—. ¿Qué estás haciendo acá? —preguntó Álvaro, se acercó por el puente, pero se detuvo a una distancia prudencial para no abalanzarse sobre ella.

—Cambios. He venido para hacer cambios —dijo Sami, y le sonrió al ver que la miraba con la boca abierta. A Sami le temblaron los labios, pero supuso que él, que estaba más asombrado que ella, no lo iba a notar.

¡Dios mío!, lo tenía a unos pasos, y él la miraba con esos ojos grises tan bellos, y que ahora estaban llenos de desconcierto. Un temblor involuntario la estremeció completa y rogó para que él no se percatara de sus emociones. El cuerpo de Álvaro estaba más musculoso que cinco años atrás, y su rostro recio y serio había perdido el brillo de la despreocupación de la juventud. Ahora se lo veía cansado, enojado, y algo desalineado con la barba de dos días sin afeitarse. Él seguía mirándola desconcertado.

—¿Cómo ha ido tu vida, Álvaro? —dijo Sami, como si hablara con un vecino que hacía tiempo que no veía. Quería llenar el vacío incómodo que se había instalado entre los dos, puesto que Álvaro debía estar peor que ella, ya que seguía mirándola aturdido y no abría la boca más que para mostrar su asombro.

Álvaro sacudió la cabeza como para despejar sus ideas. En qué momento Francisco había tomado la decisión de mandar a Sami a los hoteles. Y por qué a él no le había informado nada.

–Al parecer un ratoncito te ha comido la lengua. Si me disculpas –dijo Sami al ver que él seguía como esas estatuas que ella había visto en varios lados, y comenzó a bajar el puente.

–No, espera. Es que... no entiendo nada –dijo Álvaro, y sacudió la cabeza–. ¿Dijiste cambios? –preguntó preocupado.

–Ajá –contestó Sami, ella también se había asombrado, pero de que a él lo afectaran más los cambios que verla después de tantos años–. Al parecer, mi padre me ha dejado al mando –le sonrió con burla. “Si solo te interesan los cambios, hablaremos de los cambios”, pensó indignada.

–Al mando estoy yo desde hace cinco años –dijo Álvaro furioso. En realidad estaba furioso de que ella estuviera allí, y furioso por lo que había pasado años atrás, y más furioso porque él la había juzgado de forma injusta. Pero prefirió concentrarse en los famosos cambios para no pensar en el dolor que sentía en el alma cada vez que recordaba el pasado. Se acercó a ella–. Tú no sabes nada, Sami –sonrió con ironía de solo pensar en sus cambios, puesto que ella no tenía el más mínimo conocimiento.

–Para tu información, ya encontré un defecto. Ven, párate junto a mí así te lo muestro –y lo invitó a acercarse con un gesto de sus manos. Álvaro ni se movió, y se quedó mirándola con una sonrisa forzada–. ¿Tienes miedo? Por lo que me han contado de ti, debería ser yo la que tiemble de tenerte cerca.

Él se acercó con el entrecejo fruncido. Claro que tenía miedo, de abalanzarse sobre ella y estrecharla en sus brazos. Cuánto hacía que no la tenía a unos metros. ¡Dios, que difícil era tenerla tan cerca sabiendo que no podía ser suya!

Se paró lejos, guardando la distancia para no sentir ni el aroma de su

colonia, y se asomó al puente.

–Ves ese pino enano que hay allá –Sami se lo señaló con la mano, y Álvaro lo miró sin entender.

–Hermoso, ¿no? –se burló de ella.

–No me refiero a eso. Está tapando la estatua del hombre desnudo que está detrás –dijo sin mirarlo, y señaló la estatua–. Yo creo que es un grave error, puesto que las mujeres no podemos disfrutar de semejante hombre por culpa de un pinito de mierda. ¿Qué opinas? Sacamos el pino o cortamos la rama.

–Tú qué harías –dijo Álvaro, y esbozó la primera sonrisa sincera.

–Yo sacaría el pino. Me interesa más el hombre que hay detrás –dijo Sami, y lo miró seria.

–Ni se te ocurra –se acercó, y le sacó la gorra de Caperucita–. ¡Dios mío! ¡Sigues siendo tan hermosa como antes! –Álvaro se perdió por unos instantes en sus ojos azules.

Por fin había reparado en su presencia, pensó Sami, y sintió como la adrenalina le corría por todo el cuerpo.

–¿Por qué estás tan enojado, Álvaro? –preguntó Sami, y se animó a acariciarle la mejilla. Él se quedó estacado en el suelo al sentir el contacto de su pequeña mano sobre su rostro, pero negó con la cabeza y se distanció como si ella fuera radioactiva.

–Por nada –dijo Álvaro enojado–. Ni se te ocurra mover el pino, Sami –advirtió.

Sami lo miró furiosa. Si él quería guerra, guerra le iba a dar hasta quebrarle las defensas y derrumbar piedra a piedra su sólido castillo.

–Eso lo veremos, Álvaro –dijo Sami, y bajó por el lado contrario del puente.

Tres horas después el pino había desaparecido, y Sami desde el puente

veía fascinada el monumento a la masculinidad. El paisajista se había reído de su decisión, pero sin protestar había cumplido su orden. Los operarios hablaban entre susurros, aunque ella había visto que se tapaban la boca para ocultar sus risas. Al menos los pobres parecían trabajar más animados que cuando estaban al mando de Álvaro. Él había pasado cinco veces despotricando y peleando con el paisajista, pero a ella no le había dicho ni mu.

Sami seguía dando órdenes ridículas, y Álvaro se paseaba nervioso dando contraórdenes que nadie acataba. Y Sami comprendió que su padre realmente la había dejado a cargo.

Por la tarde la lluvia había desaparecido dejando paso a un sol abrazador. Sami dejó el hotel y se subió al automóvil de su padre para darse un chapuzón en el mar. Al anocheecer cenó algo en el centro y regresó a su habitación japonesa para intentar retomar la escritura de su novela en el ordenador portátil que se había traído.

La noche era cálida y el viento se filtraba por el ventanal de su habitación, se había duchado para quitarse el salitre del mar, y de solo recordar a Álvaro le cosquilleó todo el cuerpo.

Verlo tan frío con ella le había dolido. Pero ella estaba decidida a descubrir qué lo había puesto tan furioso en Los Sauces. Si creía en sus deducciones, la respuesta era transparente como el agua. Ella esa tarde había descubierto que Álvaro estaba enojado con ella, por lo que no tuvo dudas que en Los Sauces le habían corroborado la versión que había dado Jimmy seis años atrás, es decir, que ella se había entregado por voluntad propia a Jimmy Marton. A pesar de todos los años que habían pasado sintió cómo le brillaban los ojos al recordar.

–Buenos días –dijo Sami, mientras bajaba las escaleras del hotel

japonés donde estaba alojada. Tenía un pantalón corto blanco y una remera ajustada al cuerpo. Los arquitectos y constructores estaban en el gran salón del piso de abajo organizando el comienzo de las actividades diarias, y Álvaro estaba parado frente a ellos dando indicaciones.

Todos se giraron y la saludaron con cordialidad, inclusive unos cuantos hombres se levantaron para un saludo más atento, algunos le estrecharon la mano y otros le besaron las mejillas. Ella respondió con el mismo entusiasmo. Álvaro fue el único se quedó mirándola con las mandíbulas apretadas, sin dedicarle un mísero “buenos días”.

–Tu padre está en el altavoz –informó Álvaro, y apartó sus ojos de ella.

–¡Papá! ¡Qué alegría escucharte! ¿Cómo estás? ¿Cómo está mamá? ¿Qué tal las playas? Espero que no usen la noche para... bueno, para lo que tú te imaginas... y deja descansar un poco a mi mamá –dijo Sami como si esa fuera una reunión familiar.

Francisco rio por la espontaneidad de su hija, y varios de sus empleados, que estaban reunidos allí, hicieron lo mismo.

–Lo voy a tener en cuenta, cariño. ¿Cuéntame cómo te tratan en los hoteles?

–Todos son una dulzura, a excepción... bueno, tú ya sabes a quien me refiero. Es insoportable, papá. No sé cómo lo toleran los muchachos. Pobrecitos –dijo, miró a Álvaro con furia y después le dedicó una sonrisa al resto de los allí reunidos.

–Supongo que mi hija está hablando de ti, Álvaro –dijo Francisco.

–Supones bien. Acaba de hacer sacar un pino para que se vea un desnudo masculino desde el puente –dijo Álvaro serio.

–Era un desperdicio, papá. ¡Cuánto dinero debe haber salido esa estatua!, y la desperdician poniéndole un pino delante de... tú ya sabes de qué.

Francisco y los que estaban en la sala rieron. Álvaro contuvo las risas, e intentó con poco éxito mirarla furioso.

–¡Ah! Recuerdas ese niño con cara de ángel que tanto te gustó, el que pusimos frente al ingreso de la torre blanca –dijo Álvaro a Francisco.

–Sí, quedó muy bien dentro de la fuente –dijo Francisco, recordando cuánto habían pensado dónde colocarlo.

–Quedaba muy bien cuando el agua salía por la canastita que llevaba en la cabeza. Pero ahora tu hija lo tiene meando agua día y noche –dijo Álvaro furioso, recordando cuánto había gritado el día anterior para que no cumplieran con los ridículos caprichos de Sami.

Todos se la estaban pasando en grande y reían con los cambios de Sami, y ella los miró inclinando la cabeza e impostando su mejor cara de ángel. Álvaro, al verla, se perdió en los recuerdos de aquel gesto tan dulce de su pequeña. Pero al darse cuenta de su error, desvió la vista y trató de concentrarse en los problemas.

–Cambiemos el tema –dijo Álvaro de forma tajante, sin mirar a Sami–. Hoy vienen a inspeccionar los ascensores. Quizá esta tarde estén habilitados. Ramiro se ocupa de ese tema –aclaró–. También han llegado los cuadros para las pirámides, y con Junino ya hemos hecho una buena selección.

–¿Podría ayudar en la decoración de las pirámides? –preguntó Sami a quien le quisiera responder.

–¿Sería un placer? –respondió Junino en un castellano trabado, mientras la miraba embelesado. Era un joven morocho y musculoso, al estilo de los bailarines de los carnavales de Río de Janeiro y Sami le dedicó una sonrisa radiante.

–¡No! –gritó Álvaro al ver la mirada lujuriosa que le dedicó el brasilero. Todos lo miraron asombrados, y él se sintió fatal al exponer sus celos frente a la gente–. Sami mejor que se ocupe de la decoración del

Coliseo –dijo Álvaro, sin mirarla y dando por concluido el asunto.

–¿Quién está a cargo del Coliseo? –preguntó Sami, sin darle importancia a las decisiones de Álvaro.

–Jorge –dijo Álvaro, mirando para otro lado.

Jorge sonrió y Sami se quedó mirándolo asombrada. Jorge era un hombre entrado en años, con sobrepeso y sin un pelo en la cabeza. “Maldito arrogante”, pensó.

–Bien –dijo Sami, y sonrió de forma encantadora–. Cuando termine con las pirámides soy toda tuya, Jorgito –ni siquiera se dio vuelta para mirar la reacción de Álvaro, pero no tuvo dudas que él estaría a punto de derribar las paredes del hotel japonés.

–Terminemos con la reunión. Y comencemos de una vez el día –gritó Álvaro, y cogió el teléfono para comunicarse en privado con Francisco–. ¿Dime qué pretendes al mandarme a tu hija? ¿Dónde diablo estás, y dónde diablo está mi padre? –gritó Álvaro en el aparato.

–Estoy de luna de miel. Y tu padre también. ¡Nos casamos! –dijo Francisco, entusiasmado–. Relájate y diviértete, Álvaro.

–¡Me colgó, maldición! –dijo Álvaro lleno de furia. Lanzó el teléfono contra un cristal, y las dos cosas se hicieron añicos. Se frotó el cabello con las manos una y otra vez, y se paseó nervioso por el enorme salón japonés. Entró en la sala de té del hotel, y una mueca irónica se dibujó en su rostro al recordar que le habían dicho que era un lugar que transmitía paz.

–Parece que alguna noticia te sacó de tus casillas –dijo Sami desde la puerta. Todos habían sentido el estallido del teléfono contra el cristal, pero ninguno se había querido acercar a averiguar qué había pasado.

–¿Qué dirías si te cuento que tu padre y mi padre están de luna de miel? –preguntó, y se sentó en la alfombra de la estancia, con la espalda apoyada en la pared. Estaba tan tieso que parecía una estatua que habían

puesto allí, para decorar el salón.

–Creí que a mi padre le gustaban las mujeres –dijo Sami asombrada–. ¿Quieres decir que somos hermanos? –Preguntó Sami sin mudar su gesto de sorpresa, aunque se le escapó una sonrisa de burla.

Él la miró levantando las cejas. Ella, con unas pocas palabras le quitaba todos los enojos. Ella... nada menos que ella, sacándole algo de la ira que corría por sus venas.

–Tus padres se han casado, y al parecer el mío se ha casado con Irma –dijo Álvaro, mirándola a los ojos.

A Sami le brillaron los ojos, y se alejó de él caminando hacia atrás.

Álvaro se levantó y la vio subir corriendo por las escaleras. Quizá le había dolido la forma brusca en que se lo había contado, o tal vez, el haberse enterado por él y no por sus padres.

Subió de dos en dos los escalones y se quedó parado tras su puerta. Solo había silencio, y él supuso que no estaba llorando. Suspiró aliviado porque esta vez él no era el causante de sus lágrimas.

–Papá, mamá, soy yo, Sami. Sé que están de luna de miel y no me gusta interrumpirlos, pero me gustaría que me llamen para expresarles mi alegría. Disculpen mi voz cortada, pero es que estoy muy feliz por ustedes y... muy emocionada. Cuídense mutuamente y ámense siempre. Y tú, Francisco, no hagas sufrir a mamá, que ella ya ha sufrido demasiado y se merece ser feliz. Los quiero... Ah, casi me olvido, dile a Roberto que le deseo mejor suerte que la primera vez. Y lo felicito por apostar nuevamente por el amor. Se los digo yo, que soy tan ingenua que sigo creyendo en el amor. Por cierto, prometo no llamarlos por unos días.

Álvaro se quedó pensando en la reacción de los dos. Él había roto el teléfono y un cristal. En cambio, ella había corrido a su cuarto a felicitarlos sin el menor rencor, a pesar de haber sido excluida de un acontecimiento tan

importante en la vida de sus padres. Él se había puesto furioso, ella estaba feliz y emocionada.

Sami abrió la puerta y se encontró a Álvaro apoyado en la pared.

–Curioso –fue lo único que le dijo, y bajó corriendo las escaleras.

–¿Cómo lo haces? –preguntó Álvaro mientras la seguía.

–¿Cómo hago qué?

–Ser tan comprensiva. Tan dulce. No juzgar a los demás porque no hacen lo que tú esperas de ellos. Ser tan... especial –dijo Álvaro, acercándose a ella.

–Nunca he juzgado a nadie. En el fondo he sido egoísta al felicitarlos –dijo Sami. Álvaro la miró desconcertado, y ella aclaró–. Estaba cansada de tener a mis padres y a Roberto metidos todo el día en mi casa. Ojalá sigan muchos días de luna de miel así me dejan un poco de espacio.

–Veo que tienes múltiples facetas –dijo Álvaro, y la miró con admiración.

–Pero una sola personalidad –contestó, y terminó de bajar las escaleras–. A propósito. Buen chiste el de mandarme a decorar el Coliseo.

Álvaro se rio, y siguió descendiendo por las escaleras.

Sami había recorrido todo el complejo, y tuvo que reconocer que el trabajo era monumental. A Álvaro no se le había escapado un detalle y se sintió orgullosa de él. Aquel jovencito que ella había conocido era un hombre inteligente y digno de admiración, lástima que tenía un carácter insoportable.

Después de recorrer todo el complejo se dio cuenta que sí se le había escapado un detalle importante. El complejo no tenía entretenimientos para niños.

Descubrió unos terrenos que habían quedado vírgenes, y se imaginó mezclando el modernismo con toda la antigüedad que había allí, incluso sintió

admiración por su ocurrencia. Entre medio de las palmeras podrían construir un tobogán acuático con los dioses romanos y griegos del mar en la cima, y abajo una enorme pileta con forma de concha a los pies de los dioses. Del lado oeste había espacio suficiente para construir un laberinto de setos, al que podrían adornar con estatuas egipcias, griegas y romanas, y algunos bancos dispuestos estratégicamente en los lugares donde varios caminos dificultaran la elección de la salida. ¡Guau! ¡Qué creativa se sentía!

Tenía que hablar con Álvaro. Por lo que le había dicho el arquitecto Romero, ella podía hacer los cambios que quisiera. Esas minucias que había cambiado el día anterior no contaban, porque solo habían sido una pequeña disputa entre Álvaro y ella.

Sami caminó entusiasmada a buscarlo. Entró en las pirámides y Junino la invitó a colaborar con él. Ella le sonrió, porque no entendió una palabra de lo que le estaba diciendo en portugués, y le preguntó por Álvaro.

–Coliseo –le informó Junino. Eso si lo entendió, y le asintió con la cabeza.

Salió, y se tropezó con Danilo Romeros, que sonrió al verla. Ella le pidió unos minutos de su tiempo y le contó su idea. Danilo se quedó boquiabierto. Tanto lujo, tanto dinero invertido, y nadie se había dado cuenta de la necesidad de incluir un sector histórico donde los niños se divirtieran. Entre los dos aportaron más ideas para el proyecto, y Danilo le señaló a Álvaro con la mano, sugiriéndole que lo conversara con él.

–Está ocupado con esos hombres –dijo Sami con timidez porque no se animaba a ir a interrumpirlo.

–Esos son amigos de tu padre. No habrá problema si los interrumpes – dijo Danilo, y le dio un empujoncito en el hombro para animarla a acercarse. Ella miró al grupo de hombres que se reían entre ellos, y se animó a avanzar. Álvaro era el único que estaba serio, y se giraba a cada rato a mirarla.

–Álvaro, podría hablar contigo –dijo Sami, y sonrió al grupo de hombres, imaginando que Álvaro se los presentaría.

–Ahora no tengo tiempo para tus caprichos –dijo Álvaro serio–. Por la noche hablamos.

Ella se quedó avergonzada por su grosería delante de la gente.

“Por la noche, maldito arrogante, te vas a arrepentir de haberme tratado así”, pensó Sami llena de ira.

–Soy Samanta Vidal, la hija de Francisco, pero todos me dicen Sami –dijo Sami a los hombres que había visto reír mientras se acercaba, pero que al conocer su nombre habían mudado la expresión, puesto que ahora la miraban serios y asombrados. “El poder del dinero y el apellido”, pensó Sami indignada. Antes todos la pisoteaban, pero desde que era la hija de Francisco la adoraban aunque solo se dedicara a arruinar los trabajos del gran arquitecto Arias.

–Su padre habla maravillas de usted –dijo uno de ellos, y le tendió la mano.

–Eso es porque tengo un padre maravilloso –dijo Sami con una sonrisa, y todos sonrieron como si hubiera contado el mejor chiste del mundo. El único que la miraba con el entrecejo fruncido era Álvaro–. Lástima que no sabe seleccionar bien a sus arquitectos –miró enojada a Álvaro, le sonrió al grupo y se alejó.

Sami caminaba y lo maldecía en sus pensamientos. Era un arrogante, un maleducado que no se merecía la más mínima consideración de su parte.

¿Consideración por qué?, se preguntó. Por haberla tratado de puta cuando tenía dieciocho años, por haberle hecho el amor solo para vengarse de ella. ¡Por acusarla por acostarse con Jimmy sin averiguar lo que realmente había pasado, y sabiendo que él la noche anterior se había revolcado en los pajonales con Mariana!

¡Hasta cuándo iba a ser tan estúpida! ¡Hasta cuándo se iba a dejar humillar por él! Un hombre así ella no quería a su lado.

Subió a su habitación, y metió apresuradamente su ropa en el bolso. “Otra vez huyendo”, pensó, y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Por qué no?, si allí no se sentía en su casa. El único lugar donde se sentía segura era en Estancia Vieja. Y ella nunca debería haber salido de allí.

Esa era la mayor de las verdades. Iba a volver a su casa, a sus novelas, a sus noches contemplando desde la quietud de su comuna el bullicio de la Villa. Iba a compartir la luna y las estrellas con su vecino y amigo, el búho, que la miraba por las noches desde su palo, y que a veces se distraía unos segundos girando la cabeza.

Se colgó el bolso al hombro, y cuando se giró para marcharse Álvaro estaba parado en el marco con los brazos cruzados. Él entró y cerró dando un portazo.

—¿Huyes? —preguntó, acercándose lentamente como un felino a punto de lanzarse sobre un cervatillo.

—Se me dan bien las huidas —dijo Sami, y retrocedió mientras él seguía avanzando. Luego de diez pasos se dio cuenta que se le había acabado la habitación, y la única opción posible era tirarse por la ventana.

Álvaro seguía acercándose, y cuando le rozó el cuerpo, le quitó el bolso del hombro y lo lanzó al sillón.

—Esos hombres con los que estaba hablando, acababan de hacer una apuesta que me molestó —dijo Álvaro, y le acarició la mejilla. Sami de un solo manotazo apartó la mano de su cara.

—¡Ah sí! ¿Y qué apuesta pudieron hacer para que te desquites conmigo?

—Tu cuerpo —dijo Álvaro, le levantó la barbilla y la besó torpemente.

Sami no esperaba una respuesta como esa, y mucho menos acompañada de un beso castigador. ¿Por qué la torturaba? ¿Acaso él no debería haberla

defendido? Pero ése era Álvaro, el hombre que siempre hacía las cosas mal.

¡Cuánto lo deseaba! A pesar de lo irracional, hiriente, estúpido y... Maldición él tenía todos los defectos del mundo, pero su cuerpo vibraba con el beso agresivo como si fuera el mejor de los regalos. Tenía los pezones erectos y se sentía mojada donde palpitaba su deseo. Sami, que había dejado de enumerar todos sus defectos, se colgó de su cuello, se apretó contra su cuerpo y pudo sentir la erección de su miembro.

¡Qué estúpida era cuando se trataba de él! Siempre con Álvaro le había pasado lo mismo. Cinco años sin tenerlo cerca, sin tocarlo, sin hablar, no la dejaban pensar en nada que no fuera disfrutar del momento.

Álvaro reaccionó suavizando el beso cuando Sami se le entregó generosa y tímida, con una mano le rodeó la cintura para acercarla a su cuerpo, e introdujo la otra dentro de sus pantalones para acariciar su sexo. Estaba húmeda y excitada para él.

Manoteando torpemente la dejó desnuda de la cintura para abajo y se deshizo de sus ropas. No dejaban de besarse. Él la recostó en la cama, la acarició con las manos y luego la devoró con la boca. Ella jadeó en sus brazos y susurró su nombre mientras alcanzaba el máximo placer.

—Ámame —le suplicó Sami, y Álvaro interpretó sus palabras como “penétrame”, y se enterró de una sola arremetida dentro de su cuerpo cálido y húmedo, dispuesto para él. Sami se tensionó por el impacto, pero luego se relajó y gozó cada vez que él entraba y salía de su cuerpo.

Él susurró su nombre, y cuando sintió que Sami apretaba las manos en su espalda, intensificó el ritmo hasta que los dos se perdieron juntos en un remolino de placer.

Álvaro se giró en la cama, la atrajo a sus brazos y le acarició todo el cuerpo hasta que ella quedó atrapada en un sueño relajado. No le dijo nada, no le pidió perdón, tampoco le contó que sabía todo lo que le había pasado. Ya

habría tiempo para eso, ahora no quería arruinar el maravilloso momento que acababan de pasar juntos. Después de horas de contemplarla en silencio, y de deleitarse al tenerla en sus brazos, Álvaro se durmió, sintiendo una paz que por años le había sido esquiva.

CAPÍTULO 28

El sol se había filtrado por la habitación japonesa donde Sami dormía. Afuera se escuchaban gritos y unos martillazos que parecía que iban a tirar abajo el hotel japonés. Una máquina le golpeteaba en los oídos, y se sentía gente que no paraba de hablar.

Sami se incorporó en la cama sobresaltada. El reloj que estaba en la pared señalaba las doce del medio día. Ella estaba desnuda sobre las sabanas blancas.

“¡Claro que estás desnuda, idiota!, si te has acostado con Álvaro”. Se giró, pero Álvaro no estaba a su lado.

Habían dormido juntos desde la tarde anterior. Bueno... habían hecho el amor y dormido alternativamente desde la tarde anterior. ¿Cuántas veces habían gozado durante la noche? Tres, cuatro... Y no habían hablado una palabra. Solo sexo. Al comienzo fue algo torpe y hambriento, después se tornó apasionado, y al final fue lleno de ternura.

¡Dios!, cómo lo odiaba por lo que le había hecho, y cómo se odiaba por su descontrol. En los entremeses del sexo Álvaro debería haberle dado alguna explicación de lo que había pasado en Los Sauces. Pero no le había dicho nada. Y ella tampoco le había preguntado. Se la pasó durmiendo en sus brazos y gozando cada vez que se despertaban. ¡Idiota!

¿Dónde estaba el maldito arrogante que ni siquiera la había despertado? Sami se sentía furiosa consigo misma.

¡Cómo pudo dejarse seducir con un beso cargado de agresión después de la vergüenza que le hizo pasar frente a ese grupo de hombres!

“Ahora no tengo tiempo de escuchar tus caprichos”

Y, ¿qué había hecho ella? ¿Gritarle? ¡Nooo!. ¿Golpearlo hasta hacerle sangrar la nariz? ¡NOOOO!. Ella... se había revolcado en la cama con él durante toda la noche. Ese había sido el castigo que le había dado. ¡Más idiota no podía ser!

Entró al cuarto de baño con su estela de ira siguiéndola por detrás. En quince minutos estaba cambiada, con un pantalón corto color crema y una sudadera azul. Ya había tomado una decisión, lo iba a enfrentar ahora que estaba vestida y le iba a sacar una respuesta a sus preguntas, aunque tuviera que golpearle el estómago hasta hacerle vomitar las palabras.

Sami bajó corriendo las amplias escaleras de mármol del palacio japonés, pero cuando vio a Álvaro se frenó y se quedó paralizada como una de las estatuas que adornaban el parque.

Una hermosa rubia con pantalones oscuros ajustados y camisa entallada al cuerpo estaba cerca de Álvaro, quitándole lentamente una pelusa de su remera polo mientras le comentaba algo en un susurro, ¡y el muy maldito se reía! ¡No gritaba ni gruñía! ¡Se reía! Parecía que los dos se lo estaban pasando en grande. Y como si esa escena no fuera suficiente para hacerla hervir de rabia, la mujer le dio un corto y rápido beso en la boca.

Sami siguió bajando sin hacer ruido, intentando escabullirse por la puerta sin que los tortolitos la vieran. Pero no era una tarea fácil, alguno de los dos la iba a ver porque entraría en su campo de visión. Ella igual lo intentó.

–Sami, ven preciosa que quiero presentarte a la arquitecta Carmela Conti –gritó Álvaro, desde su postura acaramelada junto a la rubia.

Sami se giró y lo miró con furia. “¡Ven, preciosa!, como si llamara a su perrita caniche llena de pompones para mostrársela a su arquitecta”, conjeturó

llena de indignación. Miró a la rubia, que le sonreía desde su posición seductora apoyada en el hombro de Álvaro, y los odió a los dos.

–*Bella Ragazza!*, *¡Per Dio, se è iguale al padre!* Francisco me dijo que estabas aquí cuando le hablé al móvil. *¡Che bella, bella ragazza!* –dijo Carmela mezclando el español y el italiano. También se había pegado más de Álvaro, puesto que ahora lo tenía abrazado por la cintura, como si él fuera de su propiedad.

Con un golpe de vista, Sami alcanzó a divisar en el bolso abierto de la arquitecta, que estaba en una de las mesas, su novela *Almas gemelas*. Levanto su mirada a la rubia y decidió aprovechar la oportunidad para anotarse un puntito a su favor.

–¡Niña! ¡No soy ninguna niña! Mi nombre es Samanta Ferguson –dijo Sami usando su nombre de escritora, y los miró severamente, primero a ella y luego a Álvaro, que para variar se había quedado mudo.

–¡La escritora de novelas romántica! *¡Non posso crederlo!* Tengo tu novela *Almas Gemelas* en la cartera, y *mi piacerebbe che tu lo dedicassi a me* –dijo, y se puso a rebuscar en su bolso.

–¡Oh, qué pena! ¡No he traído la pluma de ganso y la tinta china! Es con lo único que firmo mis novelas cuando no estoy en conferencias –contestó Sami, y le dedicó una radiante sonrisa. Carmela la miró sorprendida, y Álvaro arqueó las cejas al escuchar el sarcasmo–. Si me disculpan, hoy tengo un día complicado.

Se giró para marcharse, pero antes de poder desaparecer Álvaro la sujetó del brazo.

–¿Adónde vas? –preguntó Álvaro.

–A pedir que me trasladen los dioses egipcios allá arriba –dijo Sami, y señaló con la mano el lugar que había encontrado el día anterior para su proyecto infantil. No había pensado en quitarle las estatuas egipcias que

acababan de llegar para decorar la pirámide. Pero después de lo que había pasado la noche anterior, y de lo que acababa de ver en ese momento, ella cambió de idea.

Su padre había dado la orden de que podía hacer los cambios que quisiera, y se iba a aprovecharse del poder que tenía.

–¿Es por lo que acabas de ver? –preguntó Álvaro, apretándole el brazo—. Ella es así con todos nosotros.

–Me alegro de que los muchachos tengan quien los entretenga de las arduas horas de trabajo –dijo Sami, lo miró llena de desprecio, lo empujó por el pecho y se alejó de los dos.

Salió más furiosa de lo que había estado cuando se levantó por la mañana.

¡Venganza! ¡Venganza! Eso sería lo único que tendría en la cabeza. Ella iba a quedarse con todas las estatuas egipcias que Álvaro había encargado para las pirámides, y las iba a colocar en el parque infantil. Tenía que hablar con Danilo Romero para informarse de su decisión, puesto que era la mano derecha de Álvaro desde que su padre y Roberto se habían ido.

Sami vio salir a Danilo del Coliseo. Él caminaba relajado hacia la Torre Blanca, y ella salió corriendo decidida a interceptarlo.

–Danilo, quiero las estatuas egipcias en el lugar donde haremos el parque infantil.

Danilo se quedó desconcertado.

–¿Hablaste con Álvaro? –preguntó Danilo.

–Por supuesto que no –aclaró, y al ver que Danilo se frotaba el mentón, ella dijo—. También necesito gente que trabaje en mi proyecto –dijo con decisión.

Danilo se quedó mirándola sin reaccionar.

–Sami, Álvaro se va a poner furioso si te llevas las estatuas. Han

demorado dos años en entregárselas. ¡Dos años! –repitió para hacerla recapacitar.

–Qué suerte he tenido, puesto que llegué justito cuando las entregaron – dijo Sami, y le dedicó una sonrisa de triunfo.

Danilo se dio cuenta de que ella no pensaba ceder. Además, era la hija de Francisco. ¿Quién era él para intentar hacerla entrar en razón?, si era su padre quien había dado la orden de que respetaran todos los cambios que a Sami se le antojaran.

–Ya te las hago subir, Sami. Dime que más te hace falta.

–Me harían falta dos diseños, Danilo. Un del tobogán y otro del laberinto de setos –dijo Sami–. Y necesito que me limpien el terreno sin sacar las palmeras, no quiero destruir la naturaleza.

–De eso se encarga Chiao –dijo Danilo. y rio al ver la mirada de horror que le dedicó.

–¿No será chino? –preguntó Sami preocupada–. Si me cuesta entender el portugués, imagínate lo que va a ser el chino.

–Brasilero, Sami, pero entiende bien el español –Danilo sonrió al verla suspirar. A pesar del lío que estaba armando en la obra, a pesar de usar sin ton ni son el poder que le había dado su padre, la hija de Francisco le caía de maravillas. Él ya se había dado cuenta que las órdenes de Sami no eran más que para enfurecer a Álvaro. Además, esa mañana Francisco lo había llamado para pedirle que no interfiriera en las peleas de los dos. “Solo llámame si se van a las manos” le había dicho Francisco, por lo que él se encogió de hombros y le dijo–. Ven que te presento a Chiao.

Luego de dos días de mucho trabajo, el proyecto de Sami estaba encaminado. Danilo había enviado una buena cantidad de trabajadores para limpiar el terreno, y ya le habían subido todas las estatuas que ella había

seleccionado. Álvaro iba y venía intentando recuperar lo que creía que eran sus pertenencias.

–Devuélveme a Isis, Osiris y Ra, como mínimo –dijo Álvaro el día que ella pidió que le subieran los dioses al parque–. Carmela no puede decorar el interior de la pirámide sin ninguno de los dioses.

Sami lo miró echando chispas por los ojos. ¡Carmela esto, Carmela aquello! Ya estaba cansada de la maldita Carmela. Se había enterado que la italiana había sido contratada para decorar los interiores, pero bueno, que se las arreglara con lo que le había quedado, pensó Sami.

–No. Ellos son mis preferidos –aclaró Sami, y se alejó de él.

–Maldición, Sami. ¿Cómo voy a terminar el complejo sin las estatuas? Te vas a arrepentir –amenazó Álvaro, y se alejó dispuesto a hablar con Francisco.

Lamentablemente, hablar con el padre era peor que hablar con la hija, porque Francisco se rio de sus quejas y le aclaró que él estaba de luna de miel y no quería problemas.

La situación era cada vez más difícil, la dulce Sami actuaba como una caprichosa, y la arquitecta Carmela Conti despotricaba todo el día por no poder decorar sin decorado.

Al día siguiente Álvaro volvió a hacer otro intento para convencerla.

–Sami, hace cinco años que estoy a cargo de la obra. ¿Por qué no razonamos juntos? –dijo Álvaro, y se sentó a su lado. Sami estaba bajo la sombra de una palmera limándose las uñas.

–No tengo tiempo. No ves que estoy ocupada –dijo, y levantó la lima de uñas hacia él.

Álvaro se tragó las broncas, y siguió con su discurso.

–Sabes, esas estatuas de desnudos que te has traído no quedan bien en un parque infantil –comentó, sin mirarla mientras dibujaba en la arena con un

palito, que cada vez enterraba más hondo para no descargar sus nervios en ella.

–No te preocupes, ya se me va a ocurrir algo para que los niños no vean cosas impúdicas –dijo, sin dejar de arreglarse las uñas.

La paciencia se acabó y Álvaro explotó.

–¿Qué piensas hacer? ¡Ponerles taparrabos! –gritó a todo pulmón.

Sami le dedicó una sonrisa encantadora.

–¡Taparrabos! Es una idea excelente. Eres genial –dijo exultante, y lo miró como si sintiera admiración por su extraordinaria sugerencia.

Él se levantó de un solo envión, la elevó a ella de un brazo y la apretó contra su cuerpo.

–¿Por qué lo haces? ¿Fue porque Carmela me besó? Fue sin mala intención, Sami. Ella es cariñosa con todos.

Sami no podía creer lo que Álvaro le acababa de decir. Y en ese momento comprendió con dolor que Álvaro solo a ella la había juzgado siempre de forma cruel.

Carmela lo había besado y manoseado porque era una mujer cariñosa con todos. Y a ella que la habían violado, él la había acusado de ser una puta de mierda que se revolcaba con todos los que encontraba.

Con tristeza descubrió que ese no era su lugar. Su agente la llamaba todas las noches para preguntarle por la novela que estaba escribiendo. Y ella ya no sabía que excusa ponerle para justificar su retraso. Inclusive, la había llamado el editor ¡dos veces!, preocupado por los plazos. Ella tenía que tomar una decisión antes de que su carrera sufriera las consecuencias de su desastrosa vida.

–Llévate los tres dioses y todos los desnudos –dijo Sami, mirándolo sin resentimiento–. Déjame lo que a la arquitecta no le haga falta –aclaró.

–¿Estás segura? –preguntó Álvaro con una sonrisa de oreja a oreja al

ver que ella por fin había dejado de lado la disputa.

Sami asintió con la cabeza y se sentó bajo la palmera para seguir arreglándose las uñas. La frivolidad de limarse las uñas era una buena excusa para apartar de su cabeza los problemas, y también para simular indiferencia frente a la gente que estaba trabajando allí.

–¿Cenarías conmigo esta noche? Esa noche que pasamos juntos...

–No fue más que sexo, Álvaro –dijo Sami, sin levantar la vista de sus uñas–. No tienes que justificarte. Y no puedo cenar contigo porque mi agente y mi editor están furiosos porque no avanzo con mi última novela.

–¿Solo fue sexo para ti? Eso fue –dijo Álvaro, agachado a su lado.

Para él había sido la mejor noche de su vida. Había pensado hablar con ella cuando se levantara por la mañana, pero la escena con la arquitecta, y sobre todo la decisión de Sami de llevarse las esculturas, no había hecho más que empeorar la precaria armonía que había entre ellos.

–No hablamos una sola palabra. ¿Qué otro nombre se le puede dar? –dijo Sami sin mirarlo. Era como su madre, no podía mentir sin ser descubierta. Si él la hubiera mirado a los ojos, se habría dado cuenta que ella estaba al borde de las lágrimas.

–Solo una cena, Sami. Acá es imposible hablar –suplicó Álvaro.

Pero en ese momento, Carmela se acercó caminando hacia ellos.

–¡Serás la hija de Francisco y una escritora reconocida, pero estás arruinando mi reputación con tu estúpido parque infantil! –gritó Carmela furiosa. Tenía las manos en la cintura demostrando la superioridad que le daba su prestigiosa carrera–. *¡Voglio le mie statue!*

Sami había logrado tragarse las lágrimas y miró horrorizada el arranque de furia de la mujer. No entendía mucho de italiano, pero sabiendo por qué se estaban peleando en estos últimos dos días, supuso que *Voglio le mie statue* era que quería recuperar los famosos dioses egipcios.

–¡Basta! Sami me acaba de devolver las estatuas para decorar la pirámide –dijo Álvaro, mirándola enojado–. Ya te las hago llevar.

–¡Cómo es posible que su padre y tú le consientan todos sus caprichos! –gritó Carmela indignada por el enojo de Álvaro con ella, cuando debería estar furioso con la caprichosa.

–Ella es la dueña de todo esto –dijo Álvaro, y señaló todo el complejo–. No tú, ni yo. Tienes que respetar sus decisiones.

Sami no dijo nada, pero le dolió esa aseveración. También se dio cuenta de la cantidad de gente que se había movilizado para consentir sus caprichos. ¿En qué momento se había subido a ese caballo que le quedaba grande? ¿En qué momento había puesto a los empleados a bailar como monos a su alrededor? ¡No! ¡Qué había hecho! Esa no era Sami Ferguson. Esa era la hija de Francisco, la que nunca quiso nada de él y ahora lo había tomado todo. La que se había encaprichado y había tenido a los empleados cumpliendo sus ridículas órdenes.

Se levantó de la arena y se fue caminando a su habitación.

Álvaro la miraba alejarse, no solo unos metros, sino cada vez más de su vida. Sami para él era como una cometa a la que se le había cortado el hilo. Recomponer la situación de ellos era casi imposible, porque cada día que pasaban juntos había algo más que agregar a la larga lista de errores que había cometido él.

Sami meditó toda la tarde, y cuando tuvo sus decisiones tomadas decidió hablar con Danilo Romero, no con Álvaro, ya que él había criticado desde un principio su proyecto del parque infantil.

–Pediste verme en privado –dijo Danilo, y entró a la oficina que tenían montada en el Coliseo.

Sami estaba asomada a la ventana, admirando desde allí la fantástica obra de arquitectura que había desarrollado Álvaro. Se giró, y le

sonrió tiernamente.

–¿Quieres una cerveza? –señalo dos latas que acababa de sacar de la nevera.

–Sí, gracias. –Danilo abrió una, y se apoyó en el escritorio.

Sami buscó su bebida y volvió a la ventana.

–Todo el complejo es maravilloso. No le hacía falta ningún cambio. No sé por qué lo hice. Yo no soy así –dijo Sami, mirando el jardín japonés que se veía desde todos los hoteles.

–No tienes que justificarte. Tu padre es el dueño. –Danilo se acercó a la ventana, y se quedó a su lado.

–Ese es el problema. Que mi padre sea el dueño no justifica que su hija venga acá a satisfacer sus caprichos –dijo ella, que seguía mirando el parque–. Me entusiasmé cuando me dijiste que podía hacer cualquier cambio. Me tentó el poder que me dio mi padre.

–El parque infantil fue una falencia nuestra. Tú la descubriste y no la considero un capricho –aclaró Danilo.

–¿Y las estatuas que me robé? –preguntó Sami, y lo miró a los ojos–. Sé sincero, Danilo, por favor –suplicó Sami.

–Creo que eso fue una lucha de poder entre tú y Álvaro. Además, me he enterado que las has devuelto.

Ella arqueó las cejas, y rio al darse cuenta que Danilo trataba de justificar todos los errores de la hija consentida de Francisco.

–Soy escritora, Danilo. Hace cinco años que me mantengo con mi trabajo, y todo esto no es lo mío. Tengo que alejarme de aquí porque desde que he llegado no he podido escribir ni una página decente. Bueno, ni una palabra en realidad.

–No lo sabía –dijo Danilo sorprendido–. Te felicito. ¿Qué escribes?

–Novelas románticas. No creo que me conozcas porque mis seguidoras

son en su mayoría mujeres –contó Sami, y le sonrió.

–Ni siquiera leo de terror. ¿Qué quieres que haga por ti? –dijo Danilo para facilitarle las cosas.

–Quiero borrar el parque infantil del proyecto para poder irme tranquila. Sé que han trabajado mucho durante dos días, pero ese proyecto va a retrasar dos o tres meses la inauguración. Podrías volver todo al estado anterior, y perdonarme por el trabajo inútil que les he hecho hacer.

–¿Es eso lo que quieres?

–Sí.

–Puedo hacerlo, pero no me parece correcto. Hay una falencia que tú has visto. El parque para niños es necesario en el complejo.

–Qué te parece si te inventas algo más sencillo.

–¿Estás segura, Sami?

–Nunca estuve más segura de algo como hoy –dijo Sami, mirándolo a los ojos–. Necesito volver a mi casa sin tener que pensar como marcha el parque. Si tú lo cambias, ya no será mi parque, y yo voy a tener la cabeza despejada para dedicarme a mi novela. Eso es lo mío. Los escritores necesitamos distanciarnos de las preocupaciones para concentrarnos en nuestras historias. ¿Me entiendes?

–Perfectamente. No sé escribir, pero acá creamos todo el día. ¿Cuándo te vas? –preguntó con curiosidad.

–Tengo las maletas en el coche –dijo Sami, acercándose a él.

–¿Te has despedido de Álvaro? –dijo Danilo, y le tomó las dos manos en gesto de amistad.

–Solo me he despedido de mis amigos, no de mis enemigos –contestó Sami, y lo abrazó a modo de despedida.

–¿Piensas volver? –preguntó Danilo.

–Por supuesto, pero cuando esté terminado –afirmó Sami.

–Te vamos a extrañar.

–Y yo a ustedes –y era cierto, porque allí había encontrado gente maravillosa. Pero ya no se podía quedar, porque su vida no era ese complejo. Su vida no estaba allí.

CAPÍTULO 29

–¡No puedo creer que te niegues a venir a la inauguración de los hoteles! –gritó Francisco a su hija.

Sami alejó el móvil del oído para morigerar los gritos de su padre, y miró a Jazmín, la perra de su amiga Diana, que venía todas las tardes a hacerle compañía.

–Toma, aguántatelo tú un rato –dijo Sami a la perra, y le acercó el aparato a la oreja. Jazmín ladró con chillidos agudos, y Francisco seguía gritando del otro lado de la línea.

–¡Deja de darle el teléfono a la perra y escúchame, Maldición! –volvió a gritar Francisco.

–Jazmín –dijo Sami.

–¿Cómo?

–Se llama Jazmín, y la ofendes diciéndole perra.

–Ah sí, claro, la ofendo –dijo Francisco ofuscado–. ¿Te mando el pasaje? Faltan apenas veinte días para la inauguración –volvió a insistir.

–No puedo ir. Estoy ajustada de tiempo con la novela. Quizá más adelante –mintió Sami. Hacía dos días que la había terminado y se estaba dedicando a no hacer nada.

–¿Qué quieres decir? Creí que la habías terminado –dijo Francisco.

–Creíste mal, papá. Tengo que colgar –dijo Sami–. Lamento no poder estar contigo y con mamá en la inauguración. Pero voy a pensar en ustedes esa

noche. Los quiero –dijo Sami, y cortó la llamada antes de escuchar su réplica.

Loca debería estar para volver a Brasil y encontrarse nuevamente con Álvaro. Hacía un mes que había regresado, y la primera semana se había dedicado a lamerse las heridas. A paso de tortuga y a pura voluntad había logrado retomar su trabajo. Pero cada vez que se ponía frente al ordenador, en lugar de concentrarse en los conflictos de sus personajes, por su cabeza revoloteaban todos los conflictos que había tenido con Álvaro.

Ella no estaba en condiciones de volver a enfrentarse con él. Cuantos más encuentros tuvieran, más problemas tendría con Álvaro, y ella ya no quería más enfrentamientos.

¡Claro que quería estar en Brasil! ¡Quién no iba a querer ver cómo había quedado esa fantástica obra! ¡Cómo no iba a querer saber que había hecho Danilo con su parque infantil! Lo más probable era que solo hubieran tenido tiempo para instalar unos juegos infantiles. En fin. Ese ya no era asunto suyo. Ese no era su proyecto, era el de Álvaro, de su padre, de Roberto, y en parte también de Danilo y... de la querida arquitecta Carmela Conti... La cariñosa Carmela que abrazaba y besaba en los labios a los muchachos para alegrarles el día después del arduo trabajo que tenían. ¡Dios, como la odiaba!

Si esa mañana la cariñosa Carmela Conti no hubiera estado acaramelándose con Álvaro, todo habría sido diferente. Claro que si ella no hubiera ido a Los Sauces a los diecisiete años, todo habría sido diferente. Y si no le hubiera pedido ayuda a Jimmy, también habría sido diferente. Y más diferente habría sido si Álvaro no la hubiera creído una puta. Pero bueno... así se habían dado los hechos. Y no valía la pena llorar sobre la leche derramada.

Sami salió a caminar por su tranquila comuna de Estancia Vieja, llevando a Jazmín de la correa. Las montañas estaban verdes por las lluvias de verano, y el río, caudaloso como siempre, se oía desde cien metros de

distancia. Juntó flores silvestres para renovar las de sus jarrones, y al atardecer devolvió a Jazmín a Diana y regresó a su tranquila casa enclavada en las trece curvas. Con una gaseosa y un sándwich de carne y queso se sentó en la galería a contemplar el cielo estrellado y las luces de la Villa que se reflejaban en el lago.

–Siempre me he preguntado si el búho seguiría parado en el palo después de tantos años –dijo una voz familiar, que estaba en algún lugar donde ella no podía verlo.

Sami se levantó de la silla y miró para todos lados. Sabía de quién era esa voz, pero no la podía localizar. Se estremeció al saber que estaba allí, a escasos metros de distancia. Se apoyó en la baranda, y miró al búho.

–Mi vecino nunca ha faltado a nuestra cita nocturna –dijo Sami con una sonrisa temblorosa, sin dejar de mirar al búho–. ¿Sabes cuál es mi duda?

–No.

–¿Será el mismo? O quizá es un descendiente directo –dijo Sami, y miró hacia unos árboles desde donde creía que podía venir la voz.

–Deberías consultar en internet cuantos años viven.

–Lo voy a hacer. ¿Qué haces acá, Álvaro? –preguntó Sami cuando se atrevió a decir su nombre en voz alta.

–He perdido algo muy valioso, y no sé si todavía puedo recuperarlo. El problema es que he cometido error tras error, y algunos son... cómo explicarte.

–Graves –dijo Sami, y contuvo el nudo que tenía en la garganta y casi no la dejaba hablar. Le sonrió tiernamente.

–No. Gravísimos. He desconfiado de ella de la peor forma que te puedas imaginar. La he humillado. He permitido que la maltrataran delante de mis narices. Y hasta he llegado a desconfiar de sus inocentes besos cuando era una jovencita de diecisiete años.

–Eso es grave, ¿no crees? –dijo Sami, bajando las escaleras de la galería. Álvaro seguía oculto tras los árboles, pero ella ya sabía dónde estaba.

–Hay más, esos solo son una parte de mis errores. He vuelto a Los Sauces y me he enterado de lo que te pasó –dijo Álvaro.

–No sigas... Ya es suficiente... Eso es pasado... y hay que dejarlo atrás –sus palabras fueron una imposición.

–No. Al menos una vez hay que hablar de lo que pasó, sino toda la vida va a estar allí, esperando explotar en algún momento.

–No es cierto. Todo se supera. Y recordar es revivir lo que uno quiere olvidar. Pisa el pasado y sigue adelante si quieres avanzar –dijo Sami, que se había quedado quieta junto a un árbol muy cerca de donde estaba Álvaro.

–Siempre he admirado tu fortaleza y tu empuje en la vida. Hemos estado tantos días juntos en Brasil, y nunca te dije que estuviste fantástica en la entrevista.

–Gracias. ¿A qué has venido, Álvaro? –preguntó Sami con la voz apenas audible.

–A pedirte perdón. Sabes, yo no puedo perdonarme por todo lo que te hice... Y sé que para ti no debe ser fácil perdonar que te haya dicho...

–¡Basta! –gritó Sami–. ¡Basta ya del pasado! Si viste el programa, deberías haber descubierto el simbolismo que expresé en él.

Álvaro salió del árbol y la miró a los ojos, una débil sonrisa se instaló en sus labios.

–Tu próxima novela debería tener nuestros nombres –dijo, acercándose a ella. Estaban juntos, uno frente al otro, sin tocarse, solo mirándose. Sami con ternura y él con admiración. Le sacó la cadenita del cuello y se quedó mirándola.

–¡Lo entendiste!

—Me volví loco de felicidad cuando lo entendí. Me dije; primero voy a viajar a Los Sauces para hablar con Ernesto, y después me voy a buscarla... Pero me encontré con una historia desgarradora. Ernesto lloraba como un chico por lo que te hizo su hijo, y yo lloraba porque todo eso fue por mi culpa. Él te violó por mi culpa.

—¡Por Dios! ¡No fue una violación! —gritó Sami—. Ni sé lo que me hizo. Mira, vamos a aclarar esto para que podamos borrarlo de nuestras vidas —dijo seria, y lo miró algo enojada.

Álvaro parecía estar satisfecho con su propuesta. Qué ella hablara y contara por primera vez lo que le había pasado, era el comienzo para dejar atrás todos los malos entendidos que los habían separado. Y él, por fin iba a enterarse de lo que Sami había pasado cuando huyó por su culpa.

Sami le contó todo lo que le había pasado en esa lejana semana. Los insultos, amenazas y la cachetada de Magda. Las esperas en la cocina para recoger los desperdicios mientras ellos reían en la sala. Las súplicas a Rosi para que se fueran de esa casa. Su decisión de confiar en Jimmy para que la ayudara, y su interminable angustia, cuando el consuelo se convirtió en abuso. Le aclaró que ella no lo había detenido. Su sorpresa fue tan grande que bloqueó la mente, dejó de estar presente y su mente se puso a rebobinar los días infernales en la casa de los Arias, mientras Jimmy, al parecer, saciaba su deseo de poseerla. El dolor que la despertó a la realidad, y la sangre que había entre sus piernas cuando él salió de su cuerpo. La desgarradora primera noche en un hotel fregándose la piel para arrancarse la suciedad que le había dejado Jimmy, y la imposibilidad de usar la ropa que él le había sacado. Las borracheras en los hoteles donde se alojaba mientras intentaba, sin éxito, conseguir un trabajo decente. Los dos días que pasó en un parque de Buenos Aires sin tener qué comer, porque se le había acabado el dinero que Jimmy le había pagado por robarle la virginidad. Y la milagrosa aparición de Abigail,

que la había visto durante esos dos días, sentada en el mismo banco esperando quién sabe qué. El trabajo que ella le había ofrecido en *La Casa Del Tango*, que solo consistía en servir a los clientes siempre con una sonrisa. También le contó que Abigail le había dado un lugar en su casa, y la desinteresada amistad que le brindó sin saber quién era o de dónde venía.

–¡Dios mío, Sami! –dijo Álvaro, derramando lágrimas junto a ella. Los dos habían sufrido un colapso, Sami por recordar todos esos tristes recuerdos, y Álvaro porque se acababa de enterar con lujo de detalles todo lo que le había pasado a Sami en esos tres meses de ausencia–. Perdóname por todo lo que te hice –dijo, le acarició el rostro con ternura, y le besó los ojos, la nariz, la frente, y cada rincón de su rostro para calmar el dolor que había sentido por los recuerdos.

–Nunca más me pidas que hable de esos tres meses –pidió Sami, mirándolo a los ojos.

–No, preciosa, no –dijo Álvaro, la apoyó en su pecho y le acarició la espalda para intentar consolarla.

Estuvieron abrazados durante un tiempo que pareció eterno, él la consolaba con caricias por un pasado lejano, y ella lo rodeaba con sus brazos porque sabía que la culpa lo debía estar destrozando.

–No hay culpables en esta historia, Álvaro. Todo eso ha pasado hace ya muchos años. Porque no miramos el presente –sugirió Sami, y le acarició las mejillas con ternura.

–No puedo, Sami. No puedo mirarte a los ojos sin sentirme una mierda por lo que te hice. No puedo modificar lo que pasó –Álvaro se alejó unos pasos de ella, sin dejar de mirarla–. No puedo cambiar nada... No puedo arreglar las cosas. Daría mi vida por cambiar el pasado... Daría mi vida por haberme fugado contigo apenas llegamos a Los Sauces... pero no puedo cambiar nada –su voz se fue apagando a medida que retrocedía.

–¿Te vas, Álvaro? Creí que habías venido a buscar algo –dijo Sami cuando descubrió en su mirada que no había podido soportar toda la historia que ella le había relatado. No había podido soportar la verdad que nunca había visto, o nunca había querido ver.

–No me siento con derecho a reclamarlo –la tristeza se veía en sus ojos tormentosos. Era un hombre vencido por el pasado.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y no se atrevió a retenerlo.

–¿Nunca me has amado, verdad? –preguntó Sami.

–Nunca voy a dejar de amarte. Pero lo nuestro no puede ser. Cada vez que te mire... voy a culparme por lo que te hice. Lo siento, pero es lo mejor para los dos –dijo Álvaro con la voz rota de dolor. Se subió a su coche y salió a la ruta.

Sami caminó hacia él, como si pudiera alcanzarlo. No dejaba de mirarlo. Lo vio alejarse por el camino, y el estridente sonido de unos neumáticos chirriando en el pavimento le permitió comprender que lo había perdido para siempre.

–¡Lo sientes...! ¡Todos los hombres lo sienten...! ¡No deberías haber dicho lo siento! ¡Deberías haber reparado tus errores amándome...! ¡Amándome, Álvaro! –cayó de rodillas en el suelo y gritó, a las montañas, al cielo, al lago, o a todo el que la quisiera escuchar.

Su vecino el búho había girado la cabeza para mirarla desde su palo. Ella lo vio, y entre ese llanto desgarrador dejó escapar una risa llena de dolor.

–Sabes –le dijo al búho–. Eres el amigo más fiel que he tenido, a pesar de que algunos dicen que eres un ave agorera.

CAPÍTULO 30

Faltaba una semana para la inauguración de los hoteles y Francisco no había vuelto a llamar a Sami. Ella tampoco lo había hecho. No quería más sermones de su padre, ni suplicas de Rosi.

Afuera, el caluroso sol de verano partía la tierra. Adentro, el aire acondicionado no andaba por falta de electricidad. Sami se había puesto un vestido playero sobre el traje de baño para bajar al río a refrescarse. La pileta de natación que había encargado construir sufría las demoras propias de la temporada veraniega, y tenía que esperar hasta abril para que comenzaran las excavaciones. Francisco se había ofrecido a construísela en quince días, enviándole uno de sus equipos de trabajo de Brasil; pero ella se había negado porque sabía que todos trabajaban turnándose día y noche en los hoteles para cumplir con el plazo de inauguración.

Cargó un bolso con bebidas, protector solar, gafas oscuras, el móvil y salió al sol abrazador de la siesta rumbo al río. Los turistas que venían a veranear a Córdoba no conocían mucho Estancia Vieja, por lo que las playas de arena estaban ocupadas por la gente de la comuna, y por lo general, cada uno era como dueño de un pedacito de playa y río.

Sami tenía su propio paraíso ni bien descendía la montaña. Era una olla de agua que cruzaba saltando piedras hasta llegar a una playa de arena y rocas lisas, cubierta por la sombra de un sauce que se inclinaba sobre el agua.

El remanso y la paz del lugar se vieron interrumpidos por el móvil que no dejaba de sonar.

–Diga –dijo Sami, que había salido del agua, mojada como un pato, para contestar los insistentes llamados.

–Un móvil es para llevarlo a todos lados –dijo Francisco a su hija a modo de reproche.

–¿Incluso al agua? –preguntó Sami, y sonrió por el comentario de su padre. Francisco estaba irritado con ella desde que se había vuelto de Brasil–. ¿Cómo estás, papá?

–Bien, cariño. Por fin hemos terminado el grueso de la obra. Solo quedan pequeños detalles –comentó más animoso.

–¿Cuéntame cómo están todos? –esa era una pregunta con doble sentido. Ella en realidad quería saber cómo estaba Álvaro, puesto que hablaba con Rosi y Roberto cada dos o tres días.

–Todos estamos agotados con el trabajo en los hoteles; y Álvaro, borracho todas las noches –dijo Francisco, y se produjo un silencio incómodo en la conversación.

Sami se había desplomado sobre la arena luego del comentario de su padre.

–Suponemos que debe ser por el estrés al que ha estado sometido por la obra –dijo, restando importancia a los problemas de Álvaro con ella.

–¿Tú crees? –se animó a preguntar Sami.

–Ya no sabemos qué creer con este muchacho. Roberto está desesperado por su actitud –dijo Francisco, y guardó silencio. Otra vez ese silencio con el que Francisco jugaba sucio, sabiendo que su hija se quedaba pensando que las borracheras se debían a lo que había pasado entre ellos cuando Álvaro viajó a verla.

Lo que Sami no sabía era que todos en Brasil estaban enterados de que los dos se habían encontrado en Estancia Vieja. Roberto había descubierto el pasaje que Álvaro había sacado para viajar a Argentina, y había averiguando

en las líneas aéreas que su hijo solo se había quedado un día en el país.

–Bueno, ya es grandecito, y si quiere beber hasta perder el conocimiento, allá él –dijo Sami, demostrando indiferencia frente a su padre, aunque por dentro se le removían las entrañas al imaginar el sufrimiento de Álvaro. “Estúpido, eres un estúpido, Álvaro”, pensó llena de frustración.

–Me gustaría que estuvieras en la inauguración –volvió a insistir Francisco.

–Papá, estoy en el río y la señal va y viene. Luego te hablo –tenía que pensar en la bendita inauguración. Después de todo, Álvaro y ella habían aclarado el famoso pasado, y él se había sentido culpable y se había marchado con las culpas a cuesta.

Después de la llamada de Francisco, de la comuna habían avisado a todos los vecinos de que estarían varios días sin luz debido a un desperfecto grave. Como el calor era insoportable, Sami decidió trasladarse por tres días a un hotel de Villa Carlos Paz.

Cuando por fin pudo regresar a su casa, abrió todas las ventanas para ventilar. Corría un aire frío del sur que penetraba por todos los ambientes, y por la casa corría un delicioso aroma a hierba mojada. Pulsó el contestador y le saltaron tres mensajes, se sentó en el sillón y comenzó a escuchar.

El primero era de Rosi.

–Hola hija como estás. Llámame –Clac, y cortó.

El segundo era de Rosi.

–¿Sami, por qué no me has devuelto la llamada? Estoy preocupada por ti –Clac, y volvió a cortar.

El tercero también era de Rosi.

–Sami, hija... tú y Álvaro me van a matar de un infarto. Si no me llamas voy para allá. ¡Me escuchas! Ya estoy cansada de preocuparme por los dos –Sami se asombró de los gritos desesperados de su madre antes de cortar

con un Clac.

Sami rio de su madre. Pero cuando volvió a escuchar el mensaje, se preocupó. “Tú y Álvaro me van a matar de un infarto”. ¿Sería cierto que Álvaro estaba bebiendo para olvidar sus culpas? Ella había dejado atrás el pasado hacía ya muchos años, pero él no.

Para Álvaro ese pasado lejano, era un presente del que se acababa de enterar. Ahí estaba la diferencia entre ellos dos. Lo que ella ya había superado, Álvaro recién lo estaba asimilando.

Llamó a Rosi y conversaron más de media hora. Se contaron todas las novedades una a la otra, y después logró enterarse de algunos detalles del estado de Álvaro.

–Roberto está preocupado por su hijo. Álvaro es piel y huesos. No come y bebe todo el día –comentó Rosi, con voz lastimera.

–¿Estás segura, mamá? –preguntó Sami realmente preocupada. Ella lo había visto dos semanas atrás, y no se podía imaginar a ese pedazo de hombre, lleno de músculos, como piel y huesos.

–Bueno... Yo no lo he visto. Es lo que dice Roberto cuando viene a casa –aclaró Rosi a su hija. Esta aclaración de su madre hizo dudar a Sami de la veracidad de la historia. Pero la duda no le daba la certeza de que su madre la estuviera engañando. Además, Rosi no sabía mentir. Era mejor creer algo de esa historia antes que ignorarla.

Sami se pasó horas pensando en Álvaro. No la llamó nadie en todo el día pero a las nueve de la noche el teléfono la levantó de un salto de la silla de la cocina, donde se había sentado a cenar.

–Habla Sami –se dio a conocer al no identificar el número que se iluminaba en el aparato.

–He pensado mucho antes de hacer esta llamada, porque nosotras no nos comunicamos nunca, pero...

–¿Quién habla? –preguntó Sami preocupada.

–Soy Irma, la esposa de Roberto –dijo una voz dulce del otro lado.

–¿Irma? –dijo Sami, caminando con el inalámbrico en la mano de un lado a otro de su casa. Sí la mujer de Roberto la llamaba, lo de Álvaro debía ser grave–. ¿Le ha pasado algo a Roberto o...?

–No. El problema es su hijo...

–¿Qué le ha pasado a Álvaro? ¡Oh no...! ¡Por Dios, Álvaro! ¡Qué has hecho, mi amor! –Sami dejó de escuchar cuando sus pensamientos la dominaron. El grito de Irma la devolvió a la realidad.

–¡Sami! Él está bien. Bueno... Algo borracho y distraído, y...

–¿Piel y huesos? –preguntó Sami en un susurró casi incomprensible. Tenía un nudo en la garganta de solo suponer a Álvaro dejándose morir de amor. Abrió la nevera, y sacó una botella de cerveza para relajarse.

–¿Cómo? –preguntó Irma sorprendida.

–Rosi me dijo que no come y bebe todo el día –explicó Sami a Irma. Ahora caminaba por el parque de su casa bebiendo directamente de la botella. La llamada de Irma le había hecho temblar todo el cuerpo. ¿Podía Álvaro ser tan estúpido? Sí, de hecho, lo era.

¿Por qué se tuvo que enamorar de él teniendo tantos conocidos que se habrían sentido fascinados de salir con ella?

Los pocos hombres con los que había salido, le habían ofrecido bajarle la luna y ponerla a sus pies. Pero el único que le importaba, había preferido tomar el primer cohete a la luna para no estar con ella.

–¡Ah! Sí... Algo me ha comentado Roberto... Lo que pasa es que hace diez días que no lo veo, es Roberto el que lo visita a diario, y... siempre regresa deprimido a casa. Inclusive vuelve encogido de hombros y arrastrando los pies, como si se sintiera derrotado al no poder ayudarlo –aclaró Irma, como si le costara contarle esos detalles.

–Gracias por llamarme, Irma –dijo Sami.

Se quedó pensando en las llamadas de los tres. Su padre le había contado que bebía demasiado. Rosi... bueno, su madre se había mostrado realmente preocupada por Álvaro. Ella no le había creído que estaba piel y huesos, pero la llamada de Irma la convenció de que Rosi no le había mentado. Ella no conocía mucho a Irma. Tuvo dudas de que Roberto estaba deprimido por Álvaro, y su mujer estaba haciendo un desesperado intento por solucionar el problema del hijo de su esposo.

Tenía que viajar, se dijo Sami. Ella necesitaba verlo, hablar con él e intentar quitarle las culpas que lo estaban destruyendo. Sí, eso iba a hacer. El único problema era conseguir vuelo en plena temporada. Bueno, ella a los dieciocho años había logrado volverse de España esperando una cancelación. Era cuestión de instalarse en el aeropuerto y dejar actuar a la suerte.

CAPÍTULO 31

Sami no tuvo más alternativa que hacer el viaje desde Maceió a Maragogi en un taxi, con un brasilero charlatán que no dejaba de darle conversación en portugués mientras ella le contestaba en español. Poco y nada se entendían. Lo que más claro le quedó, fue que se llamaba Ronaldinho, como el jugador de fútbol brasilero que había jugado en algún equipo Europeo.

Sami había conseguido vuelo a Buenos Aires desde Córdoba después de dieciocho horas de espera, pero en el aeropuerto de Ezeiza había tenido que esperar un día y medio una maldita cancelación. Llegaba agotada, sucia y con el cabello pegoteado de sudor, y apenas unas horas antes de la vendita inauguración de los hoteles de su padre en Maragogi.

Francisco iba a saltar de alegría cuando la viera, y Rosi le iba a dar uno de sus abrazos posesivos que le cortaban la respiración. Y Álvaro, quizás estaba tan mal que ni siquiera estaría en los hoteles. De eso se iba a enterar ni bien llegara a la fiesta.

Más con señas que con palabras le explicó al conductor el camino de ingreso a su casa de la playa. Estaba hermosa, cuidada y limpia como ella la había dejado. No tuvo dudas que su madre iba seguido para mantenerla impecable. A Rosi se le daba bien el orden y la limpieza.

Sami se relajó unos minutos en su hermosa bañera de hidromasajes, y luego tuvo que secarse el cabello y maquillarse a los apurones para llegar a los hoteles antes de que terminara la fiesta.

Sabía que su padre iba a hablar frente a los invitados, y luego iban a disfrutar de un copetín al aire libre y bastante informal. A Francisco no le gustaban las grandes reuniones, y la inauguración había sido organizada con mucha sencillez. Su intención era que la gente recorriera los hoteles y se sintiera como en su casa, por eso había distribuido camareros por todo el parque, que servirían a los invitados sin necesidad de la formalidad de permanecer sentados por horas en una misma mesa.

Sami se presentó en el ingreso del hotel con una hora de retraso. Pero tres guardias apostados en la puerta le impidieron el ingreso. Solo con invitación se podía ingresar a los hoteles, le aclararon.

Ella explicó, suplicó y terminó gritando que era la hija de Francisco, y ni así la dejaron entrar. En el apuro había dejado en su casa de la playa el bolso con el móvil y los documentos, por lo que le era imposible identificarse.

Cuando estaba retirándose vencida por su mala suerte, sintió que alguien gritaba su nombre. Se giró entusiasmada y se encontró con Danilo Romero caminando a grandes zancadas hacia ella.

–¡Danilo, que alegría verte! –dijo Sami, y se acercó al ingreso.

Danilo la estrechó en un fuerte abrazo, y después se puso a gritar en portugués a los guardias del ingreso, que por poco le besaron los pies cuando se enteraron que habían tratado con tanta descortesía a la hija del dueño del emprendimiento.

–Ven, preciosa, que quiero presentarte a alguien muy importante para mí –dijo Danilo, la agarró del codo y la arrastró por entre medio de la gente.

Llegaron donde estaba una mujer vestida elegantemente con colores claros. Era alta y de cuerpo exuberante. Cuando la mujer se giró, las dos se miraron asombradas, y Sami largó un grito de alegría.

–¡Abigail! ¡No lo puedo creer! ¿Éste es tu famoso Danilo? ¿El del corazoncito? –dijo Sami, y se tapó la boca antes de largar una carcajada.

Abigail asintió con la cabeza, y la estrechó en un fuerte abrazo, casi tan fuerte como los de Rosi.

—¿Cómo estás mi querida hijita del corazón? —dijo Abigail, apretándole las mejillas con sus fuertes manos. Danilo las miró a las dos, lleno de incredulidad, y negó con la cabeza.

—La hija de Francisco es la muchacha de la que me hablaste hace unos años —dijo Danilo.

Abigail asintió con una sonrisa. Sami no salía de su asombro, los había conocido a los dos en diferentes circunstancias y le parecía increíble lo que estaba viendo.

Pero no pudo explayarse contando su asombro porque Rosi venía corriendo hacia ella, seguida de Irma.

—¡Sami! —gritó Rosi, mientras se acercaba—. Tu padre parece que estuviera en un velorio porque tú no estabas aquí. ¡Cariño, estás preciosa con el vestido melocotón que te regalé!

—¡Mamá! —recibió otro de los abrazos posesivos de Rosi, y luego se abrazó con Irma—. Gracias por llamarme, Irma —dijo Sami, y la miró a los ojos. Para su sorpresa Irma agachó la cabeza. Entonces Sami se giró y miró sorprendida a Rosi. Su madre parecía haber perdido algo importante, porque tampoco levantaba la cabeza del piso.

Dudó de inmediato de las llamadas telefónicas. Estaba indignada, pero se quedó callada para evitar hacer un escándalo en el día de la inauguración. Tampoco podía mirarlas porque se le escaparía el grito que estaba intentando contener. Lo que hizo fue desviar sus ojos hacia el jardín japonés.

Allí fue cuando vio a su padre en un escenario en altura, y detrás de él estaban todos los arquitectos que habían trabajado en los hoteles.

Allí estaba piel y huesos, puro músculo y espalda, sonriéndole a la arquitecta Carmela Conti, que estaba a su lado pegada como chicle derretido

por el sol, y a otra mujer más, bastante joven, que estaba a su izquierda. Es decir, que piel y huesos estaba rodeado de mujeres.

–¡Maldición! –dijo Sami, y avanzó decidida abriéndose paso entre los invitados, hasta que llegó a la primera fila y miró furiosa a su padre y a Álvaro alternativamente.

Para su asombro, Álvaro se despegó del chicle y le dijo algo a Francisco, que se giró a mirarla. La seriedad del rostro de su padre desapareció, y al verla a ella en su rostro se formó una sonrisa radiante.

–¡Bueno, ahora si podemos empezar! –dijo Francisco, y la miró con adoración–. Les voy a ser sincero. Sé que todo esto es motivo de festejo, pero no lo estaba disfrutando porque faltaba un miembro importante de mi familia.

Sami le dedicó una mueca irónica, y negó con la cabeza. Le había jugado sucio. Todo había sido una de las trampas de su padre, y quizás, el cobarde de Álvaro había participado activamente en la jugarreta que le habían hecho.

–Por qué no subes, cariño, que tú también has participado en esta obra..., y tu aporte ha sido maravilloso –dijo Francisco, extendiendo la mano simbólicamente para que Sami subiera.

Sami se quedó quieta donde estaba, pensando qué carajo había aportado ella. Quizá el desbarajuste que había armado en los pocos días que había estado en los hoteles, para su padre, que era ciego para ver sus defectos, era considerado un maravilloso aporte.

Caminó riendo y negando con la cabeza. Esto se parecía más a una película cómica que la inauguración de la monumental obra de Álvaro. Pero no pudo seguir sacando deducciones ridículas, porque apenas puso un pie en el escenario, Francisco le encajó el micrófono en las manos.

Sami lo tomó solo por instinto, y luego se lo trató de quitar de encima, devolviéndoselo a quien lo quisiera agarrar. Nadie lo recibió, y no le quedó

más alternativa que hacer frente con dignidad a un discurso para el que no estaba preparada. Si ni siquiera tenía que estar allí, se dijo. Se acercó el micrófono mientras rebuscaba en su mente qué carajo decir.

–Dicen... que los padres son ciegos, sordos y mudos respecto a los errores de sus hijos –dijo Sami mirando al público–. Bueno... Acá tenemos el mejor ejemplo de ello –sonrió, y señaló a su padre. Todos riendo por su comentario y afirmaron con un gesto de sus cabezas–. Estuve pocos días y no hice más que complicarles el trabajo. Les pido disculpas públicamente por mis errores a los arquitectos y a todos los empleados que aceptaron mis ridículas decisiones. Toma, embustero, traicionero y fabulador –dijo esto último en un susurro a su padre, que fue escuchado por Álvaro, que la miró asombrado como si no supiera de qué estaban hablando.

–Mi preciosa hija está algo enojada –comentó Francisco a sus invitados–. Iluminen el parque infantil, por favor –pidió Francisco, y decenas de luces transformaron en día la negra noche que cubría el parque.

Sami se quedó paralizada al verlo. Era su parque, con su tobogán deslizándose hacia una piscina con forma de almeja; y su laberinto de setos con los dioses Isis y Osiris en el ingreso. Y en el centro del laberinto, sobre un balcón elevado, Ra miraba hacia el este como esperando la salida del sol.

–El proyecto de mi hija para los hoteles. La decisión de hacerla realidad ha sido del arquitecto Álvaro Arias. No solo la dirigió, sino que ha trabajado hombro con hombro con todos los empleados que están aquí. Y no estoy hablando de planos, que es sabido que los ha hecho. Estoy hablando del amor y la dedicación que puso en ese parque. Hasta ha ayudado a colocar cada seto que está plantado en el laberinto.

Las lágrimas, esas que Sami nunca podía controlar, inundaron sus ojos. Miró a su padre con admiración. Dios le había regalado el cielo a los dieciocho años, y ella era la encargada de conservarlo.

Miró hacia parque, y allí estaban las estatuas, aquellas estatuas por las que tanto se habían peleado con Álvaro. Se le comprimió el corazón al darse cuenta que todo eso Álvaro lo había hecho por y para ella. Sami desvió sus ojos llorosos hacia Álvaro, y en su mirada descubrió el inmenso amor que sentía por ella.

Como si vinieran de lejos, sintió los aplausos de la gente y se giró a mirarlos. Inclino la cabeza y les dedicó una de sus mejores y angelicales sonrisas.

Álvaro la miraba embelesado. Esa pose de ángel que siempre le había gustado le estaba quebrando todas las defensas, derritiendo parte de las culpas y diluyendo el estado de ira en el que había estado viviendo desde hacía ya tantos meses.

–Bueno... He hecho una pausa para que mi hija admire su obra. Sigamos conociendo cada uno de los rincones del complejo –sugirió Francisco.

Y seguidamente fue iluminando sector por sector, y presentó a los hombres que colaboraron para hacer realidad el sueño de *“El Mundo Antiguo En Brasil”*.

Todos los arquitectos hablaron frente al micrófono de los detalles más importantes de su trabajo.

–¡Qué descuido el mío! –dijo Francisco, se rio y miró a Álvaro–. ¿Quién imaginó esta maravilla histórica? ¿Quién ha seleccionado cada planta y cada escultura del hotel? Y, ¿quién se ha desvelado durante cinco años para llevar a cabo esta obra? El arquitecto Álvaro Arias –Francisco se giró hacia Álvaro y le sonrió–. Muchacho, estoy orgulloso de ti. Eres un excelente profesional, un creador sin límites y una bellísima persona –lo estrechó en un abrazo, y le cedió el micrófono.

–No me llevo bien con esto –dijo Álvaro, señalando el micrófono–.

Sami con su simpatía los ha hecho reír, y les aseguro que si me pongo a hablar los voy a hacer llorar. Ocupen mis manos y mis conocimientos, y olvídense de mi boca. Gracias por la confianza que depositaste en mí –dijo mirando a Francisco.

–Bueno, diviértanse y conozcan a fondo la historia antigua –dijo Francisco, dejando a sus invitados en libertad.

–¡Ah no! –se escuchó hablar a uno de sus invitados que estaba entre el público–. ¡He esperado todo tu discurso para enterarme quien es el dueño del complejo! Recuerdas que dijiste que no era tuyo, querido. No me hagas esto –dijo, y se acercó a la tarima.

Francisco miró fascinado el lugar por donde Eva se acercaba furiosa hacia él.

–Ven, cariño –dijo, le tendió la mano y cuando ella se la entregó la elevó en volandas hasta que quedó pegada a su cuerpo–. El complejo es de nuestra hija en un cincuenta por ciento. Y el otro cincuenta por ciento es de Álvaro Arias. ¿Qué opinas, mi amor? –dijo Francisco, y la besó delante de todos sus invitados.

–Es la mejor decisión que has tomado en tu vida –dijo ella, y le devolvió el beso.

–No, Eva. La mejor decisión ha sido casarme contigo –dijo Francisco, y le acarició el cabello.

Todos los invitados murmuraban entre ellos al descubrir que Francisco se había desprendido de su obra más impresionante. Álvaro y Sami se miraron a cual más asombrados. Francisco y Rosi se acercaron a ellos, abrazados y sonrientes.

–¿No lo pensarán rechazar? –preguntó Francisco con una sonrisa.

–Por supuesto –dijeron a dúo los dos. Se sonrieron, y Álvaro se acercó a Francisco.

–Estás completamente loco si crees que...

–Sí, estoy loco. Y te aconsejo que no te pongas a pensar en la forma de deshacerte de los hoteles, porque Eva y yo en dos días salimos en viaje de placer. ¿Quieres venir, hija? –preguntó Francisco.

–¡Por Dios, papá! Cómo se te ocurre que voy a meterme en medio de ustedes. Dime, Francisco, acaso no te has dado cuenta que Álvaro no puede estar cerca de mí por más de dos minutos. ¿Cómo crees que puede funcionar una sociedad donde los socios se tiran a matar cada vez que se ven? –dijo Sami, gesticulando con las manos.

Álvaro arqueó las cejas, sorprendido por las palabras de su pequeña. Francisco y Rosi se miraron entre ellos como si no entendieran lo que su hija acababa de decir. Sami refunfuñó indignada, porque sabía que esto era otra de las sutilezas de su padre para acercarla a Álvaro.

–Ese no es asunto mío, hija. Yo estoy feliz de haberme sacado los hoteles de encima. Arréglenselas ustedes –dijo Francisco, y se alejó de ellos abrazado de su esposa.

–¡Arréglenselas ustedes! –repitió Sami furiosa, y miró a Álvaro, que le sonreía como si esa sociedad no le fuera a traer mil quebraderos de cabeza.

Eso era una estafa. Era un ardid. Era una confabulación de todos ellos para tratar de unir a una pareja, que se había quebrado en mil pedazos cuando ella era apenas un pimpollo a punto de florecer.

CAPÍTULO 32

El jardín japonés estaba iluminado. Desde puente se podía ver todo el complejo iluminado en todo su esplendor, pero Sami solo contemplaba la estatua con el desnudo masculino. No habían vuelto a poner el pino que ella había hecho quitar, pensó y no pudo evitar la risa al recordar aquel día.

Desde el ingreso del puente, Álvaro la contemplaba reír mientras miraba el desnudo masculino que ella había hecho despejar para que las mujeres recrearan sus ojos.

Durante todos los días de trabajo intenso para hacer el parque infantil de Sami, Álvaro no había hecho otra cosa que pensar en ella. Había trabajado el día entero, y cuando por las noches se desvelaba recordándola, bajaba de la habitación y se metía en el parque infantil para plantar setos hasta quedar con los brazos entumecidos de dolor.

Y en esas noches de soledad y de duro trabajo comprendió que la decisión que había tomado en su casa de Estancia Vieja era otro de sus errores con ella. Otro más para agregar a la pila que ya tenía. Con tantas piedras que había puesto en el camino de los dos podría construir el edificio más alto del mundo si no se dedicaba a enmendar los errores que había cometido.

Sí. Esa había sido su conclusión.

El problema era que no sabía cómo enmendar tantos errores. Él no era bueno para las palabras, pero de alguna manera le tenía que hacer entender que ninguno de los dos podía estar alejado del otro. Álvaro estaba dispuesto a suplicarle de rodillas que se casara con él. Sami era la única mujer para él y

él era el único hombre para ella.

Se animó a avanzar por el puente, dispuesto a emprender el proyecto más importante de su vida. Estaba tan decidido que tenía en el bolsillo del pantalón la llave de una de las habitaciones egipcias, que estaba en el primer piso de la pirámide de Keops. Pensaba convencerla de su amor en la cama si no le salían las palabras. Quizá desnuda, en sus brazos, encontraba la forma de lograr que lo perdonara y se casara con él.

–Tenías razón, había que quitar el pino para el disfrute de las mujeres –dijo Álvaro, y se apoyó en la baranda junto a ella.

Sami levantó la vista, y lo miró furiosa.

–¿Qué te pasa, preciosa? –dijo Álvaro, y la miró preocupado.

Ella puso las manos en la cintura en posición de ataque.

Álvaro se enderezó y la miró de frente.

–Creo que no has venido por propia voluntad –dijo Álvaro, que intentaba descubrir cuál era el motivo de su enojo. No hacía falta pensar demasiado para obtener una respuesta. Él siempre había sido el maldito motivo. La última vez que se vieron, él la había dejado definitivamente en su casa. Sus planes de recuperarla, que en la teoría parecían fáciles, en la práctica eran muy, muy complicados.

–Francisco me dijo que estabas todo el día bebido. Y Rosi... la dulce Rosi, me dijo que eras piel y huesos porque no te alimentabas –le golpeó el pecho, haciéndolo retroceder mientras ella avanzaba furiosa hacia él.

–¿Eso te dijeron? –fue la sincera pregunta de su parte, pero cometió el error de sonreír.

–No te rías, maldito arrogante. Hasta Irma me llamó preocupada por tu salud –dijo Sami, y volvió a empujarlo. Álvaro caminaba hacia atrás, y ella lo increpaba con sus manos, empujándolo con cada reproche que le hacía.

Eran el espectáculo de los invitados, pero ninguno de los dos había

reparado en ello.

–¡Creíste que con un parque te iba a perdonar! –gritó Sami furiosa, y avanzó para seguir increpándolo.

Sami no se daba cuenta de lo que Álvaro estaba haciendo con sus retrocesos. Con cada empujón que ella le daba, él la acercaba más a la pirámide de Keops.

Ya estaban a pocos pasos del ingreso, se dijo Álvaro lleno de entusiasmo porque no le había resultado tan difícil llevarla al refugio que tenía preparado.

–Bueno... no te voy a mentir, porque al principio lo creí. ¿Qué opinas de Ra mirando la salida del sol? –se animó a bromear, le sonrió mientras seguía su retroceso hacia el lugar donde seguro la iba a recuperar.

–Horrible. Yo lo hubiera puesto al oeste, así el pobre se despedía de sí mismo por las noches.

–Podemos cambiarlo. Si te parece –dijo Álvaro, subiendo las escaleras. Por suerte la habitación estaba en el primer piso, unos cuantos escalones más y estarían solos.

Los invitados estaban muy interesados en la pirámide de Keops desde que ellos comenzaron a discutir. Pero Sami no lo veía más que a él.

–No. No quiero cambiar nada. No quiero parques. No es eso lo que quiero.

–¿Y qué quieres, princesa? –dijo él, giró la llave en la cerradura y entró con ella, que lo seguía empujando desde que habían salido del puente.

–Tenía sueños, Álvaro. Y tú me los has destruido. No tenías derecho –dijo Sami, y lo empujó nuevamente.

Ya estaban solos y Álvaro había girado la llave para que nadie los interrumpiera. Sami estaba tan furiosa, que no se había dado cuenta que Álvaro había manejado toda la situación.

–¡Dios mío, Sami! Cuéntame –le pidió, se acercó a ella y le acarició los brazos–. ¿Mejor dime dónde compraste este vestido tan sexy? –dijo, y le bajó las tiritas de los hombros.

–Eva... digo Rosi... mi madre me lo... ¡No me distraigas, maldición! –dijo al percatarse que él otra vez le hacía perder el hilo de la discusión. Lo empujó con menos fuerza, o nada de fuerza, porque Álvaro no se movió de su lugar.

–Tienes razón... Estábamos en tus sueños –dijo él, y le besó el cuello.

–Mis sueños están cada vez más lejos –susurró en su oído, pero otra vez reaccionó y lo empujó de nuevo–. ¡Tú vas a cumplir mis sueños, maldito Álvaro! –le gritó, recuperando el control a medias, porque él estaba quitándole el vestido, que resbaló al piso.

–¡Claro que voy a cumplir tus sueños! –se alejó unos pasos para contemplarla solo vestida con una tanguita diminutas y las sandalias–. ¡Sami! ¿Dime cuándo te has comprado esa tanguita tan chiquitas y tan transparentes? ¿Son del color del vestido?

–Eva... mi madre... ¿Qué has hecho? ¡Devuélveme mi ropa! –dijo furiosa al percatarse que estaba casi desnuda, y lo golpeó en el pecho.

–Sami me vas a llenar de magulladuras –dijo Álvaro, le rodeó la cintura para atraerla más cerca de su cuerpo–. Estábamos en los sueños –susurró en su oído, y sus traviesas manos se adueñaron de sus nalgas–. ¡Qué delicia!

–Me has engañado –dijo Sami sobre su boca, sin fuerzas ya para seguir despotricando.

–Ajá –Álvaro apoyó sus labios delicadamente sobre los de Sami, y ella le rodeó el cuello en un abrazo posesivo–. Abre la boca, preciosa, y déjame saborearte –Sami acató el pedido como una chiquilla obediente, y él intensificó el beso y las caricias. Sintió cómo ella se entregaba relajada a él, y

como la furia que había traído desaparecía al estar en sus brazos.

Las manos torpes de Sami se deshacían de la ropa de Álvaro. Los botones de la camisa no querían ceder, y ella los terminó arrancando. Él rio sobre sus labios, y la ayudó con los pantalones.

Cuando estuvieron desnudos, Sami lo empujó a la cama y retomó el control.

–Esto no va a quedar así. Tú vas a hablarme todo el tiempo. ¿Me entiendes?

–Cómo tú digas –dijo Álvaro, y le sonrió. La tumbó de espaldas, y su mano buscó entre la humedad de su sexo el punto de máximo placer—. Por qué no me cuentas tus sueños mientras yo me ocupo de ti –dijo, y saboreó con su boca uno de sus pezones, que ya estaba endurecido por el deseo.

–¡Mis sueños! ¡Ay Álvaro...! No... ahora... no –jadeó, con su cuerpo arqueado por el placer que Álvaro le estaba haciendo sentir con sus manos y su lengua.

Los dos se perdieron en una marea de sensaciones, ella jadeó y le rodeó el cuello en un abrazo posesivo. Y Álvaro disfrutó de entregarse a ella, sabiendo que era el único hombre que Sami quería en sus brazos. Se deleitó con el dulce sabor de todo su cuerpo, y la llevó a un orgasmo tan exquisito que él casi se perdió de solo verla estremecerse en sus brazos.

–Ámame –pidió Sami.

Esa sola palabra lo hizo reaccionar. Eso mismo le había pedido ella cuando se amaron toda la noche en el hotel japonés, y él lo había interpretado mal.

–Te amo, a pesar de no tener derecho a hacerlo –Álvaro la miró a los ojos, y entró en ella suavemente. Vio sus lágrimas cuando escuchó su declaración de amor, que fue hecha en el mismo momento en que la penetraba—. Y te voy a amar durante toda la vida –dijo mientras los dos se

movían juntos, Sami seguía llorando—. No llores, mi amor – susurró, y con sus labios absorbió cada una de las lágrimas que ella derramaba.

No hablaron, porque las palabras que ella quería escuchar fueron dichas en el momento que las necesitaba. Sus labios se juntaron húmedos y salvajes mientras el ritmo era cada vez más exigente, hasta que ella explotó primero en un torbellino de sensaciones que la hizo gritar su nombre. Él entró con arremetidas cada vez más profundas, y dejó su simiente dentro de ella, jadeando sobre sus labios palabras de amor.

Sudados y agotados, él la acostó sobre su cuerpo y sus manos no pudieron contener el deseo de acariciar cada rincón de ese cuerpo que tanto amaba. Ella era deliciosa, y era suya.

–¿Quieres que hablemos? –dijo Álvaro, cuando los dos normalizaron la respiración—. Cuéntame esos sueños maravillosos que has tenido.

–Tú y yo caminando por Los Sau... ¿Podríamos cambiar el pueblo? – sugirió Sami, y levantó la cabeza para mirarlo.

–¿Qué te parece Estancia Vieja o Maragogi? –dijo, y la besó en los labios.

–Me gustan los dos.

–Cuéntame que me muero de curiosidad.

–Voy a cambiar el lugar. Los dos caminábamos por la playa, tú llevabas sobre tus hombros a nuestro hijo de tres años y yo llevaba en brazos a nuestra hijita de seis meses. El niño era igualito a ti y la bebé era como yo – dijo sin mirarlo. No se animaba a verle la cara cuando le dijera que eso no podía ser.

–No, no me parece –dijo Álvaro, negando con la cabeza.

–No sé para que te lo he contado. No sé por qué tuve que tener sueños contigo –dijo enojada, y se incorporó en la cama.

–Ven acá –Álvaro la atrajo hacia él, y la rodeó con sus brazos para

contener sus forcejeos—. Yo quiero tres, y no pienso ceder en este asunto.

Sami lo miró con una sonrisa.

—¡Tres!

—Ajá —dijo Álvaro, sin dejar de darle cortos besos como piquitos de pájaro. Sami se estremeció recordando esos besos tan cortos y que tantas sensaciones habían despertado en ella cuando tenía apenas doce años—. Además, tu sueño es muy... simple... deberíamos ponerle nombre a nuestros hijos.

—¡Te has vuelto loco! —dijo Sami, y rio.

—Ale sería nuestro niño y... Coty nuestra bebé y... ¿Qué nombre tienes para nuestro tercer hijo?

—Tú no puedes elegir todos los nombres. Eso no es justo.

—Está bien, elige tú el nombre de Ale, pero Coty no lo vas a cambiar. Siempre soñé con tener una niña que se llamara Coty.

Ella lo miró sorprendida. No podía creer lo que le estaba pasando. Su sueño de cuando tenía quince años se podía hacer realidad, porque al ponerles nombres a los niños ella ya los sentía en sus brazos. Pero eso no podía ser. Álvaro se había despedido de ella para siempre, confesándole que él no podía estar a su lado. No, eso solo debía ser un juego, una estratagema, otra farsa en su vida de ilusiones que nunca se concretaban.

—Mira, Álvaro, como broma ya es suficiente. Mejor nos olvidemos de todo —dijo Sami, sin mirarlo. Quizá Álvaro le estaba siguiendo el juego para que esa noche no fuera como la anterior que habían pasado juntos. Solo sexo, y ni una palabra de amor.

Álvaro la levantó en sus brazos, la dejó parada junto a la cama y él se quedó de pie frente a ella.

—Sami, sé lo que te dije. Pero... Esto es lo que me sale bien —señaló hacia el complejo—. Hice tu parque y te di todos los dioses egipcios que tú

querías, solo para demostrarte mi amor.

–No me basta –dijo ella, parada a su lado. Los dos estaban desnudos mirándose intensamente.

–Lo sé. Tú eres la diosa de las palabras, en cambio, yo solo enredo las cosas. ¿Qué tal si me ayudas y me dices lo que quieres?

–¿Quiero que cumplas mis sueños?

–Tres hijos –dijo Álvaro, y levantó tres dedos de la mano para que le quedara claro.

–No voy a ser una madre soltera como Rosi –aclaró Sami, para que se fuera enterando de sus pretensiones.

–¿Dónde quieres que nos casemos? En Maragogi o en Estancia Vieja –dijo Álvaro, y sonrió al ver su cara de asombro.

–Bueno... Esto... Tampoco quiero casarme tan pronto... Además, dijiste que no podías estar a mi lado sin sentirte culpable... y dijiste...

–Que yo no te convenía. Pero he encontrado una solución a ese problema –Sami lo miró seria. Álvaro no aguantó más y la apretó contra su cuerpo–. Voy a dedicar mi vida a ti. Prefiero ser tu esclavo antes que tener que estar lejos de ti. Déjame reparar mis errores. Déjame sacarme las culpas por lo que pasó. Quiero hacerte la mujer más dichosa del mundo.

–¿Quieres ser mi esclavo? –preguntó Sami con una mirada llena de picardía, que hizo reír a Álvaro.

–Dime lo que quieres y te lo daré –susurró Álvaro en su oído.

–¿Y con eso crees que vas a liberarte de tus culpas? –preguntó con una sonrisa burlona.

–Al menos lo voy a intentar. No puedo estar separado de ti y tú no puedes estar lejos de mí –dijo Álvaro, y le levantó el mentón para que ella lo mirara.

Los dos se quedaron mirándose, y ella dejó escapar una risa por sus

propios pensamientos.

–Empecemos de una vez a expirar tus culpas –dijo Sami, y le dio un corto beso en los labios–. Quiero casarme en Argentina.

–Lo suponía –contestó, devolviéndole los besos–. ¿Qué más, mi amor?

–Dónde viviremos lo decido yo –dijo ella, y le dio otro beso.

–¡Tenemos los hoteles, Sami! –dijo él preocupado.

–Lo siento, Álvaro, pero si quieres liberarte de las culpas vas a tener que confiar en mí –dijo ella, y se sonrió.

Él la miró entre preocupado y complacido. Esto no era exactamente lo que él había pensado, pero la dulce Sami estaba dispuesta a cobrarse cada uno de sus errores, y a él le parecía bien.

–No me mires con esa cara de asombro y hazme el amor antes de que regresemos a casa.

“A casa”, pensó Álvaro y sonrió.

La tumbó en la cama y cumplió con todos los deseos de su adorada consentida. Hubo muchos, sí que los hubo, y duraron toda la noche.

Y Álvaro sintió que el peso de sus culpas, poco a poco, se iban a ir diluyendo hasta desaparecer. Ella era la mujer que siempre había amado, la que amaría toda la vida.

EPÍLOGO

¿Creen que es fácil sacarse las culpas de encima? No, claro que no lo es. Pero les aseguro, según mi propia experiencia, que pueden borrarse de nuestras vidas.

Estuve un año satisfaciendo todos los caprichos de mi querida esposa.

Sami y yo nos instalamos en Brasil después de casarnos en nuestra casa de Estancia Vieja.

Mi querida Sami extrañaba tanto su comuna que cada quince días me exigía que nos tomáramos tres o cuatro días de vacaciones en Córdoba.

¡En mi vida he viajado tanto como en ese año! Pero yo le había prometido ser su esclavo, y mi mujercita se tomó mis palabras al pie de la letra.

La verdad, que estar en Estancia Vieja unos días era como tocar el cielo con las manos, porque Sami escribía varias horas al día y por las tardes salía a dar largas caminatas por las montañas, y yo dejaba por unas horas de ser su esclavo. Esas eran mis horas de descanso, aunque debo confesarles que la mayoría de las veces extrañaba su compañía y sus exigencias. Pero bueno, cuando regresábamos a Brasil ella se encargaba de compensar mis añoranzas multiplicadas por diez.

Les juro que ya he perdido la cuenta de la cantidad de esculturas y plantas que he llevado de acá para allá en los hoteles. El desnudo masculino que se ve desde el puente del jardín japonés, Sami me lo ha hecho cambiar

tres veces de lugar. Ahora está nuevamente frente al puente. Y el dios egipcio Ra ha mirado hacia el este y hacia el oeste en... ya no me acuerdo en cuántas ocasiones. Ahora está asentado en una plataforma giratoria, y Ra mira al este por la mañana y al oeste por las tardes. ¿Qué alivio no?, al menos para mis músculos. Pero Sami me decía que gracias a ella mi físico cada vez estaba más atractivo y musculoso.

Yo llegaba destrozado por las noches, y Sami me esperaba desnuda y relajada sobre las sábanas, reclamando mis atenciones. Era su esclavo y mi deber era complacerla en todo. Al verla desnuda esperándome se me quitaba todo el cansancio, y esa era la tarea que más me gustaba cumplir.

El mejor de todos mis servicios fue el primero que me pidió.

Esa noche, en la habitación de la pirámide de Keops, entre los dos engendramos a nuestra hija Coty. ¡Ya sé que el primero tendría que haber sido Ale! Pero a ninguno de los dos nos importó que su sueño se hubiera cumplido de manera inversa, ya que un año después, Ale chillaba en nuestros oídos, y Coty se nos colgaba del cuello y nos llenaba de besos, porque no quería ser desplazada por su hermano.

¿Saben cómo engendramos a Ale? Eso también fue maravilloso.

Después de un año agotador de cumplir todos los deseos de mi esposa, sentí que ya me había sacado todas las culpas, y me decidí a hablar con ella.

Me acerqué al cuarto de nuestra hija Coty, donde Sami estaba sentada amamantándola, y le dije: “Cariño, te amo con locura, pero...” El pero es la mejor palabra para explicar que uno ya está harto de ser un esclavo, que está repodrido de trasladar las estatuas de un lado para otro, y quiere mandar todas sus culpas al carajo.

Así fue más o menos lo que le dije. “Cariño, ya no me siento culpable de nada... estoy cansado de ser tu esclavo y... por mí que los dioses egipcios se vayan al carajo, porque yo no los cambio más de lugar”.

Sami siempre me ha sorprendido, y esta vez no fue la excepción. Me miró, lloró con una enorme emoción y me dijo:

“No sabes cuánto he esperado este momento. Creí que nunca iba a recuperar a mi esposo. Por fin podremos decidir nuestro futuro entre los dos”.

Me derritió. Yo esperaba estallidos de furia y jarrones estampados contra la pared, pero ella me regaló su mejor sonrisa, sus más emotivas lágrimas, y me dio su más dulce bienvenida al matrimonio.

¿Cómo creen que reaccioné? Alcé a mi hija en brazos, cargué una muda de ropa y un paquete de pañales descartables, y en diez minutos estaba golpeándole la puerta a Rosi para que cuidara a la pequeña. En esa noche de amor compartido con mi esposa engendramos a nuestro pequeño Ale.

Ahora nuestros hijos tienen dos y tres años, y Sami ha cumplido su sueño de caminar juntos tomados de la mano, con nuestra hija Coty sobre mis hombros y el pequeño Ale en sus brazos.

Hemos hecho surcos sobre las arenas de Maragogi, y hemos formado senderos sobre las montañas de Estancia Vieja, cumpliendo el sueño de Sami, que desde el primer paseo que hicimos también se convirtió en mi propio sueño.

He decidido que mi mujer tiene una deuda conmigo, le he pedido una mínima compensación por el lejano año de esclavitud y ella ha accedido encantada. Es por eso por lo que estoy haciendo los bolsos de nuestros angelitos, mientras Sami los baña y los cambia antes de que sus abuelos se los lleven de vacaciones.

Roberto e Irma pensaban llevarse a Ale a Punta del Este. Y Coty quiso ir con Francisco y Rosi a Mina Clavero. Pero anoche tuvimos una crisis familiar, porque Ale quiso quitarle el lugar a su hermana, y ella no se lo quiso ceder. Al parecer Sami logró solucionar el problema. No con los niños, por supuesto, sino con los adultos. Hoy todos parten a Mina Clavero, y yo me

quedo solo con mi encantadora mujercita.

Imagínense la semana que vamos a pasar los dos, sin los niños interrumpiendo nuestras noches. Lo que no creo que se imaginen es cómo pienso hacerle pagar el año de esclavitud que le entregué. No, no piensen mal. Ella va a disfrutar tanto como yo.

Los niños entraron corriendo a la sala donde yo me bebía una cerveza junto a la ventana. El cielo estaba de un azul brillante y sin nubes, y las olas entraban y salían de la arena tapando las caracolas que nuestros hijos se habían olvidado de recoger.

–Dize mami que uztedez ze conozielon de muy chiquititoz. Ez zielto – me preguntó Ale, que se trababa al hablar, y a todas las s y c las convertía en z.

Lo alcé en volandas, y le sonreí a mi hijo que era la réplica en miniatura de mí. Miré a Sami, que me observaba desde las escaleras y me sonreía.

–Mami era un bebé de pañales cuando la conocí. Hasta la cambié una vez. Claro que yo era grande. Tenía cinco años –dije a mi hijo, y le mostré los cinco dedos de mi mano.

–¡Puaj! ¡Qué asco! –me dijo Coty, negando con la cabeza. Tenía los mismos ojos y hoyuelos de su madre, pero con el cabello claro, casi dorado, como el mío–. ¿No vomitaste, papá?

–Bueno... ganas no me faltaron. Pero quería demostrar que lo podía hacer. Por eso no vomité –dije, me reí y miré a Sami, que sonreía y negaba con la cabeza–. Sabes quien recuerda todo de nosotros.

–Zi, yo zi –dijo Ale entusiasmado por saberse la respuesta.

–Que vas a saber tú si eres, ¡tan chiquitito! –dijo mi hija mayor, que solo tenía tres, pero se sentía enorme al lado de Ale.

–Ez Rozi, Ez Rozi –gritó el benjamín, y Sami y yo nos miramos sin poder contener la risa, pero al ver a Coty haciendo puchero no tuvimos dudas que vendría un nuevo estallido de rivales entre ellos.

–Creo que ha llegado la hora del abrazo de oso –dijo Sami, interrumpiendo la pelea. Nuestros dos hijos corrieron y se empujaron para llegar primero a su mamá, y Sami los acogió a los dos en sus brazos–. ¿Se van a portar bien?

–Zi, mami –dijo Ale.

–Yo lo cuido –aseguró nuestra pequeña madre suplente, como solíamos llamar a la traviesa Coty. Sami los abrazó, y sonrió por el comentario de nuestra hija.

–Gracias, Coty. Sabes que confío en ti –nuestra niña le sonrió orgullosa, y el pequeño demonio, como yo llamaba a Ale, no quería soltarse del cuello de su mamá–. Ale, mamá y papá en unos días se van a reunir contigo y con Coty. Pero si te quieres volver, ya sabes que nosotros te vamos a ir a buscar. ¿Cierto?

–No quielo volvel. Quielo Rozi –dijo mi valiente muchachito a su madre, y Sami confiando plenamente en las palabras de nuestro pequeño hijo, se relajó.

Era la primera vez que Ale se iba por tantos días, y teníamos miedo de que al día siguiente tuviera una pataleta y quisiera regresar.

Volví de dejar a nuestros hijos con sus cuatro abuelos, que babeaban todo el día por ellos, y vi a Sami asomada a la ventana contemplando el mar. Eso no fue lo que me llamó la atención, porque ella siempre ha disfrutado contemplando la naturaleza.

Lo que me impactó fue que se había puesto una bata totalmente transparente y debajo no tenía lencería.

¡Dios! Quién no se apresura a entrar a su casa viendo semejante

maravilla.

–Te esperaba –dijo Sami, y se acercó a mí.

–Recuerda, cariño, que esta semana tú eres mi esclava –aclaré para que no se olvidara, y me saqué toda la ropa en la entrada de la casa.

–Estoy dispuesta para ti, amo –contestó ella, representando su papel.

Levanté mis pantalones del suelo, saqué de mi bolsillo una lista de los servicios que pensaba pedirle a Sami durante su semana de esclavitud, y ella me la arrebató de las manos.

Comenzó a leerla y no pudo contener la carcajada.

Decía más o menos así.

Uno: hacer el amor en la playa.

Dos: hacer el amor en la sala.

Tres: hacer el amor dentro del agua siguiendo el ritmo de las olas.

Cuatro: hacer el amor...

En fin, no los voy a cansar. En definitiva, cada punto era casi lo mismo, solo cambiaba el lugar donde íbamos a hacer el amor.

De vez en cuando había algo así como prepararle a tu maridito una tarta de manzana o un jugo de frutas.

Pero el más importante de mis pedidos le hizo levantar la vista. Sami me miró con esa cara de ángel que siempre me hace emocionar.

–Se va a llamar Ra –dijo Sami entre lágrimas, cuando leyó que le pedía nuestro tercer hijo.

Me abalancé sobre ella, y la abracé tiernamente.

–Me gusta –mentí, porque en mi egoísmo yo había pensado en Eric, si era varón, pero como ya había elegido el nombre de los dos primeros, y Sami me lo dijo con tanta ternura, me guardé mi opinión, que no era muy buena—. Sabes, he estado pensando que durante mi año de esclavitud solo hubo un pedido tuyo que no pude cumplir.

Ella me miró asombrada con sus hermosos ojos azules, pero cuando abrió la boca para protestar, la silencié con mis palabras.

–La luna. Me pediste la luna, y nunca te la pude dar. Qué poca memoria tienes, Sami –dije, y sonreí al recordar todos los deseos, algunos imposibles, que ella me había pedido para que me liberara de mis culpas.

–Álvaro, tú tienes poca memoria. Cada vez que me has hecho el amor, me has llevado a la luna y me has traído de regreso –contestó Sami sobre mis labios–. ¿Quieres que te lo demuestre?

–Cada día de nuestras vidas –susurré sobre sus labios.

Y así nos perdimos en un mar revuelto y lleno de pasión, y nos acariciamos en esos lugares que nos hacían olvidar del mundo, hasta que los dos subimos juntos a la luna. Sami me miró con ternura, y yo, con todo el amor que siempre he sentido por ella y que tanto me había costado explicar con palabras.

Sami me permitió saldar mis culpas. Su generosidad y su falta de rencor nos han permitido dejar de lado todos los errores y las culpas, y por fin somos libres para disfrutar de nuestra felicidad.

–Te amo con el alma, Sami –susurré sobre sus labios.

Ella me miró con esos ojos expresivos que hablaban sin palabras, y supe que me estaba diciendo: “Álvaro, yo también te amo con el alma”.

Le sonreí, y Sami me besó.

Cinco meses después de que Sami aceptara ser mi esclava por una semana, ella encontró el tiempo para publicar su novela “Te amaré toda la vida”, ¿y a que no se imaginan como se llamaba el protagonista? Álvaro, por supuesto. Ese sí sería un mejor final ¿no les parece?, pero nuestra vida no sé detuvo allí.

Nueve meses después de esa semana sin niños con Sami, nació nuestro

tercer hijo. No se llamó Ra, y yo me arrodillé en la arena, miré al cielo y di gracias a Dios, porque pobre mi hijo, lo que habría sufrido con el nombre que se le había ocurrido a su madre. Además, a mí Ra me había dejado algo traumatado. Tampoco se llamó Eric.

Fue una niña, y por pedido de Francisco la llamamos Eva, el nombre con el que él conoció a Rosi, en un hotel de un pueblo muy cerca de Los Sauces.

Han pasado más de quince años de mi matrimonio con Sami. Los dos ya somos adultos maduros, como me decía ella. Pero yo me seguía sintiendo un adolescente cuando la miraba.

Cerré los ojos y me transporté al pasado, a cuando Sami tenía doce años y yo diecisiete.

Los dos corríamos por la montaña, y yo siempre aprovechaba cualquier ocasión para tomarla de la mano. Pero ese día se dio el milagro... ella tembló ante mi contacto. Mi rostro joven se llenó de alegría, porque al fin ella se había dado cuenta que entre nosotros había mucho más que una amistad. Me atreví a acercarme y le robé un beso tan delicado y corto, que se parecía a un piquito de pájaro. Tenía terror de asustarla y que saliera corriendo, pero Sami me miró con sus ojos expresivos, llenos de asombro y emoción. ¡Me amaba! Por fin era correspondido. Sami me amaba. Sabía que tendría que esperar a que creciera, pero no me importaba porque ella me amaba.

—Otra vez recordando el piquito de pájaro —me dijo Sami al ver que estaba con los ojos cerrados.

Los abrí y la miré emocionado.

—Otra vez —dije, y de un tirón la senté en mi regazo—. Ese beso fue el comienzo de todo —aclaré, le di un pico, y a ella le brillaron los ojos.

Sami me envolvió el rostro con sus manos y cuando me estaba por besar, mi padre, que siempre nos miraba emocionados al ver el amor que nos teníamos, nos interrumpió.

–Supongo que no te va a molestar saber que tu hija Eva, mi nieta, ha salido corriendo de la mano del hijo de tu vecino –me dijo Roberto.

–¡Qué! –grité, y me levanté de un salto de la tumbona–. Pero si ese chico tiene diecinueve años, y nuestro angelito apenas tiene trece. Si le roba un pico lo mato, Sami. Te juro que lo mato –dije, y salí corriendo para darle una trompada a ese degenerado que pretendía pervertir a mi inocente niña.

Sentí las risotadas tras mío, y cuando me giré, vi a mi hija Eva desternillándose de risa. Ale me miró y negó con la cabeza, como si creyera que su padre estaba loco, y Coty estaba sonrojada y con el entrecejo fruncido, porque estaba con sus amigos, que miraban asombrados el escándalo que había armado por algo tan insignificante. A Rosi le brillaron los ojos de la emoción, ella siempre se remontaba al pasado, a cuando éramos niños, como solía hacerlo yo. Francisco la envolvió en sus brazos de forma posesiva y le dio un beso en la frente. Él no toleraba ver triste a su esposa. Después miró con adoración a Eva junior, como llamamos a mi hija, y le contó que yo pervertí a su madre porque le robé un beso cuando solo tenía doce años. Mi hija Eva simuló estar asombrada, ya que esa anécdota la había escuchado cientos de veces. Era una actriz consumada esa criatura, que ha salido calcada a su madre. A veces pensaba que no me hacía falta cerrar los ojos para ver a Sami a los doce años, la tenía todos los días en casa, con su misma cara de ángel, su cabello oscuro y sus ojos de un azul con un toque de lila que dejaban ver todas sus emociones.

Sami me miró con la cabeza inclinada y yo me acerqué a ella, la rodeé en mis brazos hasta casi fundirnos en uno, y para vergüenza de nuestros hijos, le robé un beso apasionado, que nada tenía que ver con el piquito de pájaro de

antano.

–Te amo, princesa –le susurre en el oido.

–Lo se, mi amor –me dijo Sami, y me rodeo el cuello con sus brazos, entregandose a mi como lo ha hecho en nuestros buenos y malos momentos. Asi de puro y generoso es su amor. Y yo se que la amare toda la vida.

AGRADECIMIENTOS

Si han llegado hasta acá, quiero darles las gracias por apostar nuevamente por una de mis novelas. A las que recién me están conociendo, espero que hayan tenido una lectura placentera.

Ustedes son quienes me impulsan a seguir soñando y escribiendo historias de amor. Espero que hayan disfrutado de la historia de los personajes de “Te amaré toda la vida”.

Muchas gracias por leerme, por el apoyo que siempre me brindan, y por recomendar mis novelas.

Si quieren leer mis otras historias, pueden encontrarlas en este link de Amazon relinks.me/SusanaOro

¡Hasta la próxima!

SINOPSIS

Cuando Sami Ferguson se enamoró era demasiado joven. A pesar de su corta edad ella estaba segura que sería para toda la vida. Lo que no se imaginó fue lo doloroso e injusto que podía ser el amor, ni las dificultades que tendría que soportar porque los dos eran de clases sociales diferentes. Sami era la hija de Rosi, la empleada doméstica de la familia Arias, y Magda Arias no iba a permitir que su hijo Álvaro perdiera la cabeza y el brillante futuro que tenía por delante por culpa de sus ridículos sentimientos por la hija de su sirvienta.

Álvaro Arias se enamoró de Sami cuando ella era demasiado ingenua e inocente. Él sabía que tendría que esperar que ella creciera para concretar ese amor que les llegó demasiado pronto.

Cinco años después los dos se reencuentran, y Álvaro está convencido que ese es su momento con Sami. Pero nada salió como él se lo había imaginado.

Odios, culpas, resentimientos del pasado y celos serán los obstáculos que se interpondrán en la vida de los dos.

¿Podrán Sami y Álvaro sortear tantos escollos, olvidar las culpas y perdonar los errores? ¿Podrá el amor superar tantas pruebas?

BIOGRAFÍA

Susana Oro nació en Córdoba, Argentina. Se graduó de abogada en la Facultad de Derecho de la UNC y ejerció su carrera los primeros años. Vive en Córdoba, Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Su pasión por el romance y los finales felices se remonta a su juventud.

En el año 2009 comenzó a escribir novelas románticas contemporáneas y en 2012 publicó “Ríndete a mí” bajo el sello Amor y Aventura de Vergara. Su novela Hechizo de Luna es una de las cinco finalistas del III Concurso Indie 2016 de Amazon. Hechizo de amor ha ganado el premio Erginal Books en romance contemporáneo. En la actualidad todas sus novelas están publicadas en Amazon.

Mail: susananick@hotmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/susana.oro.1>

Twitter: @Susana_Oro

Instagram: susana_oro

Página de Amazon donde pueden encontrar todas mis novelas:

relinks.me/SusanaOro

Mis novelas:

Ríndete a mí

Todos los caminos me conducen a ti

Más allá de las estrellas

Cuando él me amó

Y llegaste a mí
El valor de una promesa
La caída del soltero
Hechizo de Luna
Hechizo de amor
Nuestros bellos años
Conquistando a Alice
Confío en ti